¿Tienes flores?



SERIE MILLBROOK FALLS, LIBRO 2

CLARA ASHBY

Esta edición es una traducción de la siguiente obra, realizada con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: Got Flowers
Autor: Clara Ashby
Fecha de publicación original: Junio, 2026

La obra original ha sido traducida íntegramente. Los materiales complementarios, incluyendo prólogos, avisos de derechos de autor, reseñas y agradecimientos, han sido traducidos fielmente y pueden contener referencias específicas a la edición original en inglés.

Got Flowers

MILLBROOK FALLS

CLARA ASHBY

CLARA ASHBY

Copyright © 2026 Clara Ashby

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de esta publicación por cualquier medio, ya sea fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa y por escrito del editor.

Para solicitar permisos, escriba a: contact@claraashby.com.

Esta historia, así como todos los nombres, personajes e incidentes que aparecen en esta obra, son ficticios. Cualquier parecido con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios o productos es pura coincidencia.

ISBN: 978-91-991263-0-2

Diseño de portada: LunaCco Design

• Primera edición 2026

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Gracias
También de Clara Ashby

Lista de reproducción

1. ...Baby One More Time – Britney Spears
2. Girls Just Want to Have Fun – Cyndi Lauper
3. Dreams – Fleetwood Mac
4. Take It Easy (2013 Remaster) – Eagles
5. Walking On Sunshine – Katrina & The Waves
6. Free Bird – Lynyrd Skynyrd
7. Time After Time – Cyndi Lauper
8. Zombie – The Cranberries
9. Carol of the Bells – Liliac
10. Landslide – Fleetwood Mac
11. Dream A Little Dream Of Me – Ella Fitzgerald, Louis Armstrong
12. Edge of Seventeen – Stevie Nicks
13. Free Fallin' – Tom Petty
14. Dream On – Aerosmith
15. I'm On Fire – Bruce Springsteen
16. American Girl – Tom Petty and the Heartbreakers
17. Go Your Own Way – Fleetwood Mac
18. Dreams – The Cranberries
19. Thunder Road – Bruce Springsteen
20. The Christmas Song (Merry Christmas To You) – Nat King Cole
21. White Christmas – Bing Crosby

Miramos el mundo una sola vez, en la infancia. El resto es memoria.
Louise Glück, El iris salvaje

CAPÍTULO
Uno

La escalera había conocido tiempos mejores, sin duda.

Sage Hartwell observó la pintura desconchada y el bamboleo sospechoso con un optimismo puro e inmerecido, el mismo que aplicaba a los décimos de lotería, a los hombres que ponían «emprendedor» como profesión, y a esto: su sueño haciéndose realidad en Main Street.

—¡Hit me baby one more time! —cantó a todo pulmón junto con Britney Spears, y su voz recorrió Main Street de Millbrook Falls con toda la gracia melódica de un gato en una licuadora. La vieja radio salpicada de pintura, en equilibrio precario sobre el alféizar, estaba a todo volumen, porque si por fin ibas a convertir tu sueño en un edificio real donde colgar un letrero, más valía hacerlo con banda sonora.

Main Street seguía con su tranquila rutina de lunes por la mañana. La panadería, tres puertas más abajo, tenía las luces encendidas y el olor a pan fresco llegaba hasta la acera. La mujer de la librería estaba abriendo la puerta, taza de café en mano. Algunos vecinos pasaban por la acera, y la mayoría aminoraba el paso para mirar la escalera, o el tono que se estaba aplicando a la fachada de la tienda, o a la propia Sage, que sabía perfectamente que estaba llamando la atención y había decidido, unos dos minutos después de aparcar la furgoneta en Millbrook Falls la tarde anterior, que no le importaba.

Que miraran. Que hablaran. Ya había sido objeto de cotilleos de pueblo antes; ser la hija de Daisy Hartwell significaba que nunca había escapado del todo del escrutinio de los vecinos, ni siquiera cuando se marchó a Nueva York. Al menos ahora tendrían algo interesante que decir.

Pasó el rodillo lentamente por la bandeja y lo levantó; el cilindro pesaba y goteaba rosa. La empresa de pintura había intentado convencerla de algo llamado «Rubor Polvoriento», un color tímido y disculpón, pero Sage había mirado las muestras y había elegido «Fantasía de Chicle». Era perfecto: exactamente el tono que llevaba en la cabeza desde hacía tres años, el que había dibujado en cuadernos durante los momentos más demoledores en Petals & Posies, mientras su jefa le decía que los ranúnculos lavanda «no iban con la marca».

Los ranúnculos lavanda SIEMPRE iban con la marca. Su jefa se había equivocado en prácticamente todo.

Se detuvo a media pasada para apartarse un rizo rubio rebelde de la cara con el dorso de la muñeca, dejando inevitablemente una rayita rosa en la mejilla izquierda que hacía juego con las otras trece que ya le decoraban la piel como pintura de guerra abstracta.

Había renunciado a domarse el pelo más o menos cuando renunció a emparejar los calcetines. Hoy llevaba uno decorado con pequeños girasoles y otro con lunares, ambos asomando de las zapatillas de lona gastadas que la habían acompañado durante la escuela de arte y las floristerías que casi acabaron con ella. Ahora estaban aquí. Emprendimiento en pueblo pequeño, allá vamos.

Bad Seeds. El nombre al que llevaba dándole vueltas durante años. El nombre que le había contado a su madre en la cena de anoche, y había visto cómo su rostro se tensaba, cauteloso. Herido, tal vez. O peor: resignado.

Su madre siempre había sido la floristería del pueblo. Daisy Hartwell, constante y cálida, exactamente lo que Millbrook Falls esperaba de una floristería. Y Sage la había querido, había crecido respirando tallos cortados y tierra húmeda, había aprendido los nombres de todo antes de saber leer. Pero también había pasado años en Nueva York oyendo que era demasiado creativa, demasiado

salvaje, demasiado intensa, y había vuelto a casa para crear algo que nadie pudiera etiquetar así.

Todo el pueblo iba a tener opiniones. Lo sabía. Las familias fundadoras de Main Street conservaban las cosas en ámbar siempre que podían, y un escaparate rosa chicle con actitud no era precisamente su estilo. Iba a pasarse meses dando explicaciones. Probablemente ya había empezado, a juzgar por cómo dos personas al otro lado de la calle se habían parado a mirar el color de la pintura con esa expresión tan típica de los vecinos de Millbrook Falls cuando algo les pilla por sorpresa.

Podía lidiar con eso. Podía lidiar con muchas cosas.

—Oh baby, baby, how was I supposed to know —canturreó, añadiendo un pequeño meneo de hombros que arrancó un chirrido de protesta a la vieja escalera. La bandeja de pintura, en equilibrio precario sobre el soporte, se tambaleó de forma inquietante.

«Quizá deberías moderar la coreografía», sugirió alguna parte racional de su cerebro, pero a Sage nunca se le había dado bien hacer caso a la parte racional de nada. Además, Britney estaba llegando justo a la mejor parte, y...

Un claxon sonó justo debajo de ella, agudo e impaciente. El sonido sobresaltó a Sage lo suficiente como para que el codo le golpeara la bandeja de pintura justo cuando la camioneta —la del claxon— terminaba de aparcar en el hueco detrás de la escalera.

El tiempo se volvió espeso como la miel.

La bandeja se volcó. Intentó agarrarla y falló. Fantasía de Chicle trazó un arco por el aire de agosto, un arcoíris perfecto y terrible, y aterrizó en el capó de la camioneta con un golpe húmedo y espectacular.

El rosa se extendió sobre el acero restaurado como un desastre a cámara lenta.

Sage se quedó paralizada en la escalera, el rodillo de pintura aún aferrado en la mano, goteando sin parar sobre la acera. Miró hacia abajo, hacia lo que hasta hacía un segundo había sido una camioneta en condiciones excepcionales. Una camioneta de 1965, a menos que se equivocara, y no se equivocaba, porque su vecino en Nueva York había pasado tres años restaurando una Chevy igualita y

no había hablado de otra cosa durante esos tres años. Pintura verde oscuro, cromo que atrapaba la luz, líneas limpias y bajas y absolutamente preciosas: esta camioneta no pertenecía a una plaza de aparcamiento. Pertenecía a un museo.

«Oh», pensó débilmente. *«Oh no».*

La puerta del conductor se abrió de golpe. Alto, hombros anchos bajo una camiseta de West's Hardware, pelo oscuro, el bronceado de alguien que trabajaba al aire libre. Bajó a la acera y miró su camioneta.

El cromo le devolvió la mirada, festivamente rosa.

Su rostro atravesó la incredulidad y aterrizó en una furia al rojo vivo. Dientes apretados. Controlado, pero a duras penas.

La escalera eligió ese momento para tambalearse: el peso de Sage se desplazó mal y el metal viejo protestó con un chirrido de espanto.

Una mano se cerró en torno al marco de la escalera y la estabilizó.

—No te muevas.

La voz llegó desde justo debajo: grave, masculina, controlada de un modo que sugería que él quería ser cualquier cosa menos controlado.

Sage se quedó inmóvil. El rodillo de pintura, resbaladizo entre los dedos, se le escapó y cayó con un golpe húmedo sobre el capó de la camioneta, junto al charco de pintura original.

Sage bajó a toda prisa por la escalera. Esto tenía arreglo. Se disculparía, se ofrecería a pagar que se lo dejaran como nuevo, ella... El hombre se apartó de la base de la escalera y ella pudo verle bien la cara por primera vez. Abrió la boca, pero no le salió nada coherente.

Él era... la palabra que le vino a la mente fue *intenso*. Mandíbula marcada, ojos gris oscuro, la expresión de un hombre que ya estaba al límite de su paciencia antes de que ella apareciera y que ahora la había agotado por completo. Parecía que alguien hubiera cogido el concepto de «no me toques las narices» y lo hubiera metido en una camiseta de ferretería.

Aquellos ojos grises la encontraron de inmediato. Subieron desde sus zapatillas salpicadas de pintura, pasaron por los calcetines desparejados, recorrieron el vestido amarillo lleno de manchas que se había puesto esa mañana sin pensar en protegerse de la pintura, el mechón rosa y el desastre general que proyectaba, hasta llegar a su rostro. Un hombre mirando a alguien que acababa de darse cuenta de que había aparcado en la ciudad equivocada.

El sistema nervioso de Sage, tan servicial como siempre, optó por el parloteo nervioso.

—Dios mío —soltó, las palabras brotando a borbotones como agua de una presa rota—. Dios mío, lo siento muchísimo, no le vi ahí, estaba pintando y Britney estaba en la mejor parte, ya sabe cómo se pone, y usted tocó el claxon y yo salté y la bandeja salió volando y luego la escalera se tambaleó y usted dijo «no te muevas» pero el rodillo simplemente... se me resbaló...

Hizo un gesto de impotencia hacia la zona de desastre rosa en el capó. Bandeja de pintura. Rodillo de pintura. Ambos contribuyentes a la catástrofe.

—Te dije que no te movieras.

Las palabras fueron secas. Objetivas. Él había estabilizado la escalera, le había dado una instrucción directa, y ella había dejado caer el rodillo igualmente.

—Lo sé —dijo Sage con voz lastimera—. Lo sé, pero ya estaba... y luego yo... su camioneta... su camioneta hermosa, preciosa, claramente restaurada a mano, puedo ver el trabajo que le dedicó, el cromo es increíble, bueno ERA increíble, quiero decir que sigue siendo increíble solo que ahora también es rosa, lo cual no es el peor color, muy de tendencia primaveral, una elección de estilo de vida muy audaz, pero supongo que usted no quería específicamente acentos rosas porque la mayoría de la gente no quiere pintura rosa en sus vehículos a menos que vayan a por algo muy vanguardista...

—Para.

La palabra salió áspera y grave, la voz de un hombre que probablemente no necesitaba alzarla para conseguir lo que quería. Vibró en algún lugar del esternón de Sage y cortó en seco lo que

fuera que estuviera a punto de decir sobre teoría del color y estética de coches.

Se detuvo.

Britney seguía cantando, alegremente ajena a la situación.

El hombre miró su camioneta durante un largo rato. Luego se agachó y pasó el pulgar con cuidado por el borde de un churrete, examinándolo. Evaluaba el daño a algo irremplazable, que —estaba empezando a comprender ella— era exactamente lo que era aquello.

Cuando se levantó, tenía la mandíbula apretada. Sacó un juego de llaves del bolsillo, pulsó un botón, y la luz interior de la camioneta se encendió. Se inclinó para revisar el panel de la puerta, el marco de la ventanilla, buscando cualquier salpicadura de pintura más allá del capó.

Cada movimiento era controlado. Metódico. Calma forzada sobre la furia: alguien que se obligaba a no reaccionar hasta conocer el alcance total del problema.

—Esta es una Chevy C10 de 1965 —dijo finalmente mientras se ponía de pie. Su voz era peligrosamente tranquila—. Mi abuelo condujo esta camioneta durante cuarenta años. Me pasé años restaurándola los fines de semana.

Sage sintió que se le caía el alma a los pies tan rápido que le sorprendió no oír el golpe.

—La pintura original me llevó cuatro meses encontrarla e igualar el tono —continuó mientras sacaba el teléfono y fotografiaba el daño desde varios ángulos—. Tuve que buscar un especialista en New Haven. Venía muy recomendado. Costó una fortuna.

Oh, no. —Yo... sé que esto tiene mala pinta, pero puedo arreglarlo, puedo pagar lo que haga falta, sin duda...

—Solo el barniz habrá que rehacerlo. —Rodeó el capó y se agachó para examinar dónde la pintura rosa había chorreado hacia el guardabarros. La precisión de todo aquello era peor que si hubiera gritado—. Si se ha adherido a la capa original, estamos hablando de un repintado importante. Y esto —dio un golpecito cerca de un churrete— va a necesitar atención inmediata antes de que se seque.

—Lo sé —dijo Sage mientras lo seguía alrededor de su propia camioneta, incapaz de dejar de disculparse—. Lo sé, y lo siento

muchísimo, nunca quise... se me escapó la bandeja y el claxon me asustó y no le vi entrar, nunca habría...

—¿Dónde pensabas mirar exactamente, si no hacia abajo? —Se giró para encararla. Aquellos ojos grises eran tan directos que resultaba imposible encontrar un lugar cómodo donde posar la mirada—. Estás en una escalera sobre una calle pública.

—Tiene razón. —Notaba cómo se le encendía la cara, poniéndose tan rosa como la pintura—. Tiene toda la razón. Debería haber estado atenta; debería haber sujetado mejor la bandeja...

—Sí. Deberías haberlo hecho.

Aquella certeza rotunda dolió más de lo que habría dolido la ira.

—Voy a arreglar esto —dijo, y se sintió aliviada al oír que le salía la voz firme—. Lo digo en serio. Cueste lo que cueste, lo pagaré. Puede que me lleve un tiempo porque literalmente acabo de abrir una floristería y la caja del primer mes es un desastre garantizado, pero pagaré hasta el último céntimo. Se lo prometo.

Él la miró largamente.

—West's Hardware —dijo, señalando con la barbilla el edificio junto al suyo, el que compartía pared con su tienda—. Al lado.

Y entonces lo comprendió. No era solo un transeúnte al azar con mala suerte al aparcar. Era su vecino. El negocio que compartía pared con el suyo. El hombre al que vería todos los días, cuyos clientes aparcarían junto a los suyos, cuyo escaparate pasaría de largo cada vez que fuera al suyo.

El hombre cuya camioneta acababa de pintar de rosa en su primera mañana de vuelta.

—Oh —dijo Sage—. Oh, eso es... —Su mirada fue de la pared compartida a la camioneta, todavía alegremente rosa, y volvió a él —. Eso es mucho.

—Sí —dijo él—. Lo es.

Miró la camioneta una vez más. Luego a ella: calcetines desparejados, vestido manchado de Fantasía Chicle.

—Tengo que hacer una llamada —dijo, sacando el teléfono del bolsillo trasero. No era una invitación a continuar la conversación. Era un despido en toda regla.

—Por supuesto —dijo Sage—. Claro. Yo... sí. Le prepararé un presupuesto por escrito para las reparaciones. Reuniré toda la información que necesite...

Pero él ya se dirigía hacia el lado del conductor, teléfono en la oreja, sin mirarla.

La camioneta —todavía hermosa a pesar de todo, incluso con los churretones rosas que le bajaban hacia el guardabarros, el cromo aún reluciente, las líneas limpias de sesenta años de buen diseño intactas salvo por la parte que ella había arruinado— salió del aparcamiento marcha atrás, sin prisa pero con precisión. Enfiló Main Street. Desapareció al doblar la esquina.

Sage se quedó plantada en la acera, con el rodillo y la bandeja de pintura en las manos, mirando el hueco vacío donde había estado la camioneta.

Ese era tu vecino, le recordó una vocecita en su cabeza. *Y tu primer día.*

Seguía allí plantada cuando notó a alguien a su lado: una mujer mayor con un cárdigan de color pastel, los brazos cruzados, examinando la fachada rosa de la tienda. Sopesando cada palabra antes de hablar.

—Ese color —dijo por fin la mujer— es tremendamente rosa.

—Gracias —dijo Sage.

Una pausa.

—No era un cumplido, cielo.

—Ya lo sé.

Otra pausa. La mujer miró la pintura, luego a Sage, luego el bote de Fantasía Chicle en la acera, y pareció sacar varias conclusiones a la vez.

—La hija de Daisy —dijo al fin. No era tanto una pregunta como una nota mental.

—Sage Hartwell —confirmó Sage.

Los ojos de la mujer se desviaron hacia la plaza de aparcamiento salpicada de rosa donde había estado la camioneta, y luego al vestido manchado de pintura de Sage.

—Menuda primera impresión estás causando.

—Tengo un don —dijo Sage.

—Mmm.

La mujer echó un último vistazo a la tienda. Su expresión comunicaba, sin necesidad de añadir una sola palabra, que tenía muchas opiniones sobre el color, el nombre, la situación en general y el incidente de la pintura que claramente había presenciado desde algún punto cercano. Y que las compartiría todas con todo el que conociera en cuanto tuviera ocasión. Después se marchó.

Sage la vio alejarse. Bajó la mirada hacia las gotas de Fantasía Chicle que quedaban en la acera, secándose poco a poco con el calor de agosto. Luego alzó la vista hacia la tienda —su tienda, toda rosa y desafiante, exactamente lo que siempre había querido, hermosa de un modo que iba a sacar de quicio a la mitad del pueblo y a encantar a la otra mitad.

El rodillo volvió a gotear.

Pensó en su cara cuando se había agachado a examinar los daños —en cómo su mano había sido cuidadosa, casi delicada, al tocar la pintura. En cómo había dicho años de fines de semana como si fuera un idioma que ella debería entender.

Se había disculpado. Dos veces. Con toda sinceridad, sin reservas. Había ofrecido pagar todo, absolutamente todo. Y él la había mirado como si fuera un problema que ya hubiera clasificado y archivado en la carpeta de «molestia permanente».

Ni siquiera sabía cómo se llamaba.

—Vale —murmuró Sage para sí misma mientras se volvía hacia la escalera—. Vale.

La radio arrancó con la siguiente canción. Recogió el rodillo y volvió a subir —porque ¿qué otra cosa iba a hacer, rendirse el primer día?

Su primer día de vuelta en Millbrook Falls estaba yendo exactamente según lo previsto.

Es decir: era un desastre absoluto.

Pero era su desastre, y de algún modo, eso lo cambiaba todo.

CAPÍTULO
Dos

El arreglo floral era quizás un poco excesivo.

Esa mañana había saqueado lo que quedaba de la nevera de su madre; se había quedado con algunos tallos después de cerrar Hartwell's Flowers y no era capaz de desprenderse de todo de golpe. Las rosas de jardín llevaban en cubos en el garaje de Daisy, todavía perfectas. Sage había añadido delfinios del proveedor mayorista de Hartford, al que llamó ayer con su nueva cuenta comercial. Su primer pedido. Su primer arreglo en Millbrook Falls que era enteramente suyo.

Lo había montado en la cocina de su madre antes del amanecer, con las manos guiadas por la memoria muscular de tallos y alambre y ese ángulo particular que hacía que un arreglo pareciera natural. Este no lo era. Este era una disculpa que requería soporte arquitectónico.

Sage estaba frente a West's Hardware a primera hora de la mañana, con lo que generosamente podría llamarse una disculpa y lo que con más precisión podría llamarse una producción botánica a gran escala. Rosas de jardín en tonos rubor y crema, delfinios que se alzaban hacia el cielo en azules graduados, enredadera de jazmín colgante, y olía como debería oler el perdón, suponiendo que el perdón tuviera aroma, cosa que en la opinión profesional de Sage, sin duda lo tenía.

La nota estaba pegada al tarro de cristal que había usado como jarrón, con su letra dibujando bucles en la tarjeta en tinta morada:

Lo siento de verdad, catastróficamente, por lo de tu camioneta. Sé que un arreglo floral no arregla el cromo, pero quería que supieras que ayer hablaba en serio. —Sage (el desastre de pintura de al lado)

Había añadido un pequeño dibujo de una lata de pintura con cara triste. Luego lo tachó porque parecía demasiado cursi. Luego lo volvió a añadir porque el espacio en blanco parecía vacío. La nota había pasado por cuatro borradores. Este era el menos terrible.

La puerta principal de la ferretería estaba cerrada con llave, pero se veían luces encendidas en la parte trasera. Había alguien dentro. Dejó el arreglo con cuidado sobre el limpiabotas junto a la entrada —un detalle anticuado, metal desgastado por décadas de botas de trabajo.

Listo, pensó. *Paso uno de la Operación No Ser la Peor Vecina en la Historia de Millbrook Falls.*

Estaba a medio camino de su furgoneta cuando la puerta de la ferretería se abrió.

—Buenos días.

La voz era plana, familiar. Se giró y lo encontró de pie en el umbral, mirando las flores como si fueran una multa de aparcamiento.

Llevaba otra camiseta de West's Hardware, esta un poco más desteñida, y parecía llevar despierto un buen rato. Tenía el pelo oscuro ligeramente despeinado, y Sage se sorprendió preguntándose a qué hora abriría la tienda. Temprano, estaba claro.

—Hola —dijo Sage, esbozando una sonrisa que probablemente parecía tan nerviosa como ella se sentía—. Solo quería dejarte eso. Como disculpa. Por lo de ayer.

Él miró el arreglo. Luego a ella.

—No necesito flores.

—Ya sé que no las necesitas —dijo ella—. Nadie necesita flores, técnicamente. La gente necesita comida, refugio y wifi. Pero las flores son... son un reconocimiento. De una mala acción. Que cometí. La mala acción.

Su expresión no cambió.

—¿Huelen bien? —intentó.

Nada.

Silencio. Sage se hizo agudamente consciente de cada sonido en Main Street: un coche que pasaba, alguien abriendo la panadería calle abajo, un pájaro emitiendo trinos absurdamente alegres en el arce de enfrente. Sonidos normales de mañana, salvo que ella estaba allí plantada mientras un hombre la observaba y parecía decidir si era demasiado temprano para estar tan molesto.

—El presupuesto —dijo finalmente—. Para la camioneta. ¿Lo has conseguido?

—Estoy en ello —dijo Sage—. Ayer llamé a tres sitios. Dos se rieron cuando les describí el daño. El tercero dijo que tendría que verlo en persona, lo que supongo que significa que es grave.

—Es grave.

—Cierto. Sí. Lo sé.

Se apartó un rizo detrás de la oreja.

—Voy a arreglar esto. Hablaba en serio.

Él la miró durante un largo momento. Luego recogió el arreglo floral.

Lo hizo con cuidado. Sage lo observó agarrar el tarro de cristal, vio cómo su otra mano subía para estabilizar el jazmín colgante antes de que se enganchara en el marco de la puerta.

Había crecido rodeado de cosas que crecen. Tenía que ser así.

Lo dejó dentro del umbral, fuera de la vista.

—Gracias por las flores —dijo. Plano. Como agradecer a alguien por una multa de aparcamiento.

La puerta se cerró antes de que pudiera responder.

Sage se quedó en la acera, mirando el letrero pintado de la ferretería sobre la entrada. West's Hardware. Su lugar.

Y justo al lado: ella.

Buen comienzo, pensó. Bordando lo del nuevo comienzo en un pueblo pequeño.

Al mediodía, todo el pueblo conocía el nombre.

Sage no había pretendido que se difundiera tan rápido, pero había subestimado la velocidad a la que se movía la información en Millbrook Falls. El rotulista, un tipo llamado Marcus que había venido desde New Haven y que, bendito fuera, no había hecho ni una sola pregunta sobre sus elecciones creativas, había pasado la mañana en la entrada con una maqueta: el diseño completo pintado en un tablero, apoyado contra el escaparate para que pudiera comprobar las proporciones y el color contra la pared real antes de hacer el definitivo. Negro brillante contra ese perfecto rosa chicle: BAD SEEDS. El letrero terminado vendría después, una vez que ella lo aprobara. La maqueta sola bastó para detener el tráfico.

A mediodía, llegó Gladys Murphy.

Sage la reconoció de inmediato —no por memoria personal, ya que llevaba años fuera, sino por ese conocimiento innato de pueblo pequeño. Gladys Murphy ya era vieja cuando Sage era joven: asistía a todas las reuniones del pueblo, conocía los asuntos de todos y desaprobaba la mayoría. Por la expresión de su cara mientras contemplaba la maqueta, seguía desaprobando.

—Bueno —dijo Gladys—. Supongo que es cierto, entonces.

Sage, que había estado rascando gotas de pintura rosa de la acera, se enderezó.

—¿El nombre? Sí. Está decidido.

—Bad Seeds.

Gladys lo repitió como si fuera un diagnóstico.

—Así que así lo vas a llamar.

—Sí, señora.

—La tienda de tu madre se llamó Hartwell's Flowers durante veinticinco años.

«Treinta», pensó Sage, pero no la corrigió.

—Lo sé. Esto es otra cosa.

—Desde luego que sí.

Gladys miró el cartel una vez más.

—Lo nuevo no siempre es mejor, querida.

Se marchó, y Sage tuvo la clara impresión de que para la hora de la cena, todo el círculo social de Gladys Murphy estaría al tanto de la

escandalosa nueva dueña de la floristería y de su tienda con nombre inapropiado.

Frank Kowalski apareció veinte minutos después.

Sage lo reconoció de Sullivan's Coffee: el primer cliente de Jake cada mañana, el hombre que llevaba pidiendo café solo y un muffin de arándanos desde hacía lo que parecían décadas. Se quedó en la acera, con las manos en los bolsillos, mirando el cartel apoyado.

—Bad Seeds —dijo finalmente.

—Ese mismo —confirmó Sage.

—Atrevido.

Se rascó la mandíbula.

—A mucha gente de este pueblo no le va a gustar.

—Ya me estoy dando cuenta.

Asintió una vez, sin apartar la vista del letrero.

—Buena suerte con eso.

Se marchó. Sage no supo distinguir si había sido un cumplido o una advertencia.

A media tarde, ya había oído los cuchicheos.

La dueña de la librería, al pasar:

—Bueno, supongo que cada generación tiene que rebelarse a su manera.

Dos mujeres que no reconocía, en voz lo bastante alta como para que no pareciera casual:

—¿Te imaginas lo que va a decir el Club de Jardinería?

Un hombre más o menos de su edad, gritando desde el otro lado de la calle:

—¡Bad Seeds! Me gusta. Muy punk rock.

Se quedó en lo que con el tiempo sería la sala principal de la tienda —de momento, una zona de obras con lonas, latas de pintura y su tablero de inspiración apoyado contra la pared— y miró el móvil. Tres llamadas perdidas de su madre.

El pueblo estaba hablando. Lo notaba.

Daisy había pasado más tarde con sándwiches de la charcutería y una sonrisa cautelosa que indicaba que estaba midiendo sus palabras. Había recorrido el espacio con la mirada: el tablero de inspiración, las muestras de pintura que Sage había reunido junto

con fotos de jardines silvestres, invernaderos cubiertos de vegetación y flores brotando entre las grietas del hormigón.

Se detuvo ante el tablero de inspiración. Ante las malas hierbas que rompían las aceras, las flores silvestres que invadían solares abandonados, el cardo y el diente de león, y todas esas cosas que los jardineros se pasaban la vida intentando eliminar.

—Va tomando forma —dijo Daisy por fin.

—Mamá.

Sage dejó el rodillo.

—Puedes decir lo que estás pensando.

—No estoy pensando nada.

—Sí que estás pensando algo. Llevas pensando algo desde que te dije el nombre.

Daisy alzó la mano para tocar una de las fotos: rosas silvestres que trepaban por una valla oxidada. Sus dedos recorrieron las espinas.

—¿Por qué ese nombre? —preguntó. Su voz se había suavizado de esa manera particular que indicaba que se estaba esforzando por mantenerla firme—. ¿Por qué Bad Seeds?

Sage lo explicó de nuevo: la resiliencia, lo salvaje, la belleza de las cosas que crecían pese a todo lo que les decía que no debían hacerlo. Pero incluso mientras hablaba, vio cómo los hombros de su madre se encogían ligeramente, cómo su mano caía de la foto y aferraba la bolsa de la charcutería con más fuerza.

Su madre no la había tocado desde el domingo. Ni un abrazo. Ni un apretón en la mano. Nada.

—No va de ti —dijo Sage—. El nombre. No es...

—Lo sé —la interrumpió Daisy. Demasiado alegre. Demasiado rápido—. Sé que no. Estás creando algo tuyo. Lo entiendo.

Se fue quince minutos después, con los sándwiches casi sin tocar, y Sage se quedó en la puerta viendo a su madre caminar hacia el coche. La vio detenerse antes de subir, con la mano en la manilla, mirando hacia el letrero una vez más.

Luego se marchó.

Sage notó un nudo en la garganta. Miró el móvil. Tres llamadas perdidas.



El ruido de las obras empezó esa tarde.

Sage estaba en la trastienda, intentando resolver el tema de la fontanería —había un fregadero, técnicamente, pero tenía unos setenta años y sus propias ideas sobre la presión del agua— cuando llegó Carl, el contratista, con lo que parecían todas las herramientas eléctricas habidas y por haber.

—Vamos a tirar esta pared —dijo, señalando el tabique entre la sala principal y el almacén de atrás—. Quitar los armarios viejos. Reforzar las vigas del techo. Debería llevarnos una semana, quizá dos, según lo que encontremos.

—¿Qué crees que vais a encontrar? —preguntó Sage.

Se encogió de hombros.

—¿En un edificio tan viejo? Cualquier cosa. Amianto, cableado dudoso, sorpresas estructurales. Lo divertido.

El primer taladrazo dio en el yeso antiguo.

El sonido fue inmediato, percusivo, y parecía diseñado para atravesar la pared medianera hasta West's Hardware con la máxima eficiencia. Sage hizo una mueca. El contratista sonrió.

—Paredes gruesas —dijo alegremente—. Yeso y listones de verdad. Ya no las hacen así.

—¿Va a hacer tanto ruido todo el rato?

—Uy, esto no es nada. Espera a que empecemos con el suelo.

Sage salió en busca de aire que no supiera a polvo de yeso, y fue entonces cuando lo vio.

Cole —había aprendido su nombre gracias a Marcus, el pintor de letreros, que había mencionado «Cole West, el tipo que lleva la ferretería, muy quisquilloso con su camioneta»— se veía a través del escaparate de la ferretería. Estaba en el mostrador, hablando con un cliente, e incluso desde el estrecho espacio entre los dos edificios, Sage pudo ver el momento en que el taladro volvió a arrancar.

Se le tensó la mandíbula. Solo ligeramente. Lo justo.

El cliente dijo algo. Cole respondió con expresión controlada, profesional. Pero la mano que tenía sobre el mostrador se había quedado muy quieta, y Sage reconoció esa quietud. Alguien contando hasta diez. Posiblemente hasta veinte.

El taladro golpeó algo metálico y produjo un sonido que solo podía describirse como el de un gato al que estuvieran asesinando con un cortacésped. El cliente se estremeció. La mandíbula de Cole hizo algo que parecía doloroso.

Entonces se giró hacia la pared compartida. Hacia la tienda de ella.

Sus miradas se cruzaron a través del cristal.

Él levantó un dedo. Espera ahí.

Oh, no. Se dio la vuelta y entró con la esperanza de esquivar el interrogatorio que intuía que se avecinaba.

Sage seguía en medio de la nube de polvo de yeso cuando se abrió la puerta principal. Cole ocupó todo el umbral, y no parecía un hombre que hubiera venido a hablar del tiempo.

La mirada de Cole fue hacia el tablero de inspiración detrás de ella —rosas silvestres que trepaban por vallas, jardines gloriosamente asilvestrados. Su expresión cambió. Entonces el taladro chilló de nuevo, y lo que ella casi había visto se esfumó.

—¿Cuánto tiempo? —dijo.

—¿La obra? Eh... ¿Una semana? Quizá dos, dependiendo de lo que encuentren...

—Horas —dijo con voz inexpresiva—. Hoy. ¿Cuántas horas más de esto?

La sierra de vaivén chilló detrás de ella, perfectamente sincronizada. A Cole se le volvió a tensar la mandíbula.

—Tres o cuatro —dijo Sage—. Quizá. El contratista dijo...

—Tres o cuatro horas.

—Sé que es ruidoso...

—No es solo ruidoso. Tengo clientes. Tengo un negocio que llevar. —Miró más allá de ella hacia el interior destripado, las paredes al descubierto, el contratista que destrozaba alegremente un armario —. Y estás taladrando nuestra pared compartida en horario comercial.

—Estoy reformando —dijo Sage, y notó que su propia voz se ponía a la defensiva—. Tengo derecho a reformar mi propia tienda.

—Durante el día. Un martes. Cuando todos en esta calle intentan trabajar.

—¿Y cuándo se supone que lo haga? El contratista tiene un horario...

—Me da igual el horario de tu contratista. —Las palabras le salieron más duras de lo que probablemente pretendía. Respiró hondo y se recompuso visiblemente—. Tengo un cliente ahora mismo intentando elegir pintura mientras parece que estuvieras asesinando a alguien a través de la pared.

—Lo siento —dijo Sage—. De verdad. Pero no puedo parar la reforma solo porque te resulta inconveniente.

Un destello de ira le cruzó el rostro. —Inconveniente.

—Sí. Inconveniente. No planeé tirar pintura sobre tu camioneta, y no planeé que la reforma fuera ruidosa, pero yo también estoy intentando abrir un negocio aquí, y no puedo...

La sierra golpeó algo metálico. El sonido fue infernal.

Cole cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, la miró como si fuera un problema que seguía intentando resolver sin encontrar solución.

—Solo... —Se detuvo. Volvió a empezar—. Solo intenta que no haga tanto ruido.

—Haré lo que pueda.

Se marchó sin decir nada más, y la puerta se cerró un poco más fuerte de lo necesario tras él.

Sage se quedó plantada en medio del polvo de yeso, con la rabia ardiéndole en el pecho.

Había estado enfadado. Enfadado de verdad esta vez, no con la furia fría y controlada de ayer, sino con una frustración real que se le desbordaba, y eso la enfadó aún más. Como si tuviera que sentirse culpable por reformar su maldita tienda.

¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Pararlo todo porque a él le resultaba inconveniente? ¿Andar de puntillas con su horario comercial, sus clientes, su preciada paz y tranquilidad?

Ella también llevaba un negocio. Tenía derecho a arreglar su propia tienda. Él no podía entrar así y hacerla sentir mal por ello.

Le temblaban las manos, no de nervios esta vez, sino de pura irritación. Se las miró: la pintura bajo las uñas, el polvo de yeso que le cubría las palmas.

—No voy a disculparme por esto —le dijo a la habitación vacía.

Uno de los obreros asomó la cabeza por la esquina. —¿Has dicho algo?

—Nada —dijo Sage—. Hablaba sola.

Él sonrió. —Primer síntoma de locura, dicen.

—Demasiado tarde —murmuró Sage, y volvió al trabajo.

Pero las manos no dejaron de temblarle en otros veinte minutos.

—Oye —llamó por encima del ruido—. ¿Cuánto va a durar esto?

—¿Hoy? Probablemente otras tres horas. Quizá cuatro.

Tres horas. Como mínimo.

Miró la pared que compartían con West's Hardware y notó que algo a medio camino entre la culpa y el desafío se le instalaba en el pecho. No había planeado que la reforma fuera ruidosa. No había planeado nada de esto: ni el desastre de la pintura, ni los cotilleos del pueblo, ni la expresión dolida de su madre.

Pero tampoco iba a disculparse por construir su propio sueño.



A ÚLTIMA HORA DE LA TARDE, el contratista se había marchado, y la tienda estaba en silencio salvo por el crujido ocasional del viejo edificio al asentarse. Se quedó plantada en el centro de lo que algún día sería su sueño: el tablero de inspiración con sus fotos de jardines silvestres, las muestras de pintura en once tonos de rosa, crema y verde salvia, los bocetos que había hecho del escaparate.

Salió. La maqueta de Marcus seguía apoyada contra el escaparate, letras de un negro brillante sobre rosa chicle. Exactamente lo que había querido. Exactamente lo que iba a aprobar para el cartel definitivo.

Su teléfono mostraba tres llamadas perdidas de su madre. Todas de esa mañana, antes de que viniera con los sándwiches. Antes de aquella conversación cautelosa. Antes de verla marcharse.

El pulgar de Sage quedó suspendido sobre el nombre de mamá. Podía devolverle la llamada ahora. Intentar explicar otra vez por qué el nombre importaba, por qué no podía dejar las cosas como estaban.

Lo intentaría de nuevo, cuando encontrara palabras que no sonaran a disculpas por desear esto.

Main Street se sumía en el atardecer: luces que se encendían en las ventanas, gente que volvía a casa, la dueña de la librería que cerraba más adelante y echó un vistazo a la maqueta al pasar.

Sage miró el nombre, negro y rotundo contra el rosa. —El nombre se queda —dijo en voz baja—. Me da igual lo que piense nadie.

Tendría que volver pronto a casa de su madre. Enfrentarse al silencio cauteloso que la esperara allí. Quizá hablarían. Quizá no. En cualquier caso, aún no tenía las palabras.

Pero el cartel se quedaba.

El nombre se quedaba.

Todo lo demás tendría que adaptarse a eso.

CAPÍTULO
Tres

El camión de mudanzas llegó a media mañana, lo que quería decir que Sage llevaba despierta desde el amanecer. Ya había recorrido tres veces el camino desde la casa de su madre hasta su nuevo alquiler, comprobando que la llave seguía funcionando, que la luz del porche seguía encendiéndose, que todo aquello no era un sueño febril producto de su imaginación.

No lo era. La casa era real: una casita de dos plantas con tejas desgastadas y un porche cubierto que rodeaba la fachada y un lateral. Los inquilinos anteriores habían dejado el jardín abandonado; Sage ya había pasado una hora la noche anterior arrancando malas hierbas con una linterna y planeando lo que plantaría en primavera. Lavanda a lo largo del camino. Quizás algunas margaritas cerca de la valla como ofrenda de paz para su madre, aunque no estaba segura de que fuera a notarlo. Ni a importarle.

Sacudió el pensamiento de su cabeza y abrió la puerta principal para los de la mudanza.

Los de la mudanza fueron eficientes con esa brusquedad profesional que hacía que Sage se sintiera agradecida e invisible a partes iguales. Subieron sus muebles por las estrechas escaleras sin quejarse. El espejo de su abuela reclamó la pared sobre la repisa de la chimenea: el marco dorado ornamentado que su madre había llamado «demasiado» y Sage había llamado «perfecto».

A las once, el camión se había ido y Sage estaba sola con sus cajas y la creciente sensación de que no tenía ni idea de dónde iba

cada cosa.

El silencio fue lo primero que la golpeó. Nada de ruido de tráfico. Nada de sirenas. Ningún vecino del piso de arriba cuyos pasos se hubiera aprendido de memoria. Solo el crujido de la madera vieja al asentarse y el sonido distante de un cortacésped en algún lugar calle abajo.

Se quedó plantada en medio del salón con una caja de platos y sin idea de dónde estaba la cocina.

Ya estaba. Este era su hogar ahora. No el sofá de su madre, no un subarriendo en la ciudad, no otra parada temporal. Esta casa con sus suelos crujientes y su jardín esperando que lo llenara y su porche que daba a...

Se quedó helada.

A través de la ventana delantera, podía ver la casa de al lado. Dos plantas, porche cubierto, más grande que la suya pero con el mismo encanto desgastado. La pintura estaba mejor cuidada: un blanco nítido que hacía que el gris desvaído de su alquiler pareciera aún más ajado. Había jardineras bajo las ventanas. Un par de botas de trabajo junto a la puerta.

Y de pie en ese porche, taza de café en mano, mirándola directamente a través de su propia ventana...

Cole West.

Llevaba vaqueros y una camiseta desgastada. Su pelo oscuro parecía recién despeinado con los dedos. La taza de café, azul oscuro y robusta, estaba a medio camino de su boca, congelada en el aire.

Se le desencajó la mandíbula. La mano se le quedó paralizada en el aire. La taza de café se inclinó peligrosamente.

Se le cayó el alma a los pies.

No.

No.

Cruzó hasta la ventana lateral. Su patio trasero. El de él. Seis metros de césped y una valla.

Sage lo vio dejar el café con exagerado cuidado. Avanzó hasta el borde del porche y se quedó mirando la valla como si esta lo hubiera traicionado personalmente.

Luego levantó la vista. Sus miradas se cruzaron a través de la distancia.

—Tiene que ser broma —dijo él. Su voz llegó perfectamente clara en la quietud de la mañana.

—Oh, no. —Las palabras le salieron estranguladas.

Él se pasó una mano por la cara. Sage sintió unas ganas locas de reír, o quizás de gritar.

Esto no podía estar pasando. El caos del vecino en el trabajo era una cosa. El caos del vecino en casa...

No había forma de escapar el uno del otro.

Cole giró sobre sus talones y desapareció en su casa. La puerta se cerró de un portazo que resonó en ambos patios.

Sage se dejó caer en el sofá y se quedó mirando el techo.



A PRIMERA HORA DE LA TARDE, Sage había desembalado exactamente tres cajas, había reorganizado la cocina dos veces y, lo más importante, se preguntaba cómo no había visto la camioneta de Cole en el camino de entrada.

Había salido de casa esa mañana antes de que su madre se despertara, con el café en un vaso para llevar y una nota en la encimera que decía: «Los de la mudanza vienen temprano, no quería despertarte». Una salida de cobarde, quizás. Pero no tenía palabras para cualquier conversación que la estuviera esperando.

Alguien llamó a la puerta.

La abrió y se encontró con dos mujeres en el porche: una morena con una sonrisa fácil y manchas de café en la camisa, y una mujer menuda de pelo negro corto y ojos grises con un brillo travieso.

—¡Hola! —La morena levantó una bandeja de cartón con tres cafés con hielo—. Ruby, de Scattered Beans. He traído refuerzos. —Señaló a la mujer menuda a su lado—. Esta es Zara.

—Dependienta en la librería —añadió Zara. Ya estaba mirando por encima del hombro de Sage hacia el interior de la casa, evaluando el caos a medio desembalar—. Nos enteramos de que te mudabas hoy. También de lo de la pintura. Y lo del camión. Y de la cara de tu vecino cuando se dio cuenta de que vives al lado.

—Pueblos pequeños —dijo Ruby alegremente—. No puedes estornudar sin que seis personas te digan «¡Jesús!» y otras tres pregunten si te estás resfriando.

Sage relajó los hombros.

—Entonces estáis aquí para...

—Ayudarte a desembalar —dijo Ruby—. A menos que prefieras que nos vayamos y te dejemos terminar sola.

Sage miró la bandeja de café, luego a aquellas dos mujeres a las que no conocía de nada y que de alguna manera sabían cómo le gustaba el café y todo lo de su semana humillante.

—Habéis traído leche de avena.

—Ha sido chiripa —dijo Ruby—. Bueno, y que Jake mencionó que pediste uno en Sullivan's ayer.

—Así que sí, estamos aquí para ayudar —añadió Zara—. Pero también un poco por el espectáculo de verte colocar cosas como una loca.

—Me parece justo —dijo Sage, y las dejó pasar.



Empezaron por la cocina. Ruby tenía opiniones muy claras sobre cómo organizar los estantes. Zara las tenía aún más claras sobre ignorar las de Ruby.

—Las especias deberían estar en orden alfabético —dijo Ruby, sacando frascos de una caja.

—Las especias deberían estar agrupadas por tipo de cocina —replicó Zara.

—Eso es una locura. ¿Y qué pasa si quieres comino para tacos y también para curry?

—Pues entonces eres de las que tienen dos frascos de comino.

Sage las vio discutir por su cardamomo y decidió que las quería a las dos.

Para cuando pasaron al salón, Ruby estaba a mitad de una historia sobre un cliente de esa mañana.

—Así que va este tipo y entra con su propia taza —dijo Ruby, dejando una caja sobre la mesa de café—. Que está genial. Ecológico, me encanta. Pero luego va y se ofende cuando intento enjuagarla antes de servir.

—¿Y qué se pensaba que ibas a hacer? —preguntó Sage mientras desenvolvía el espejo de su abuela.

—Ni idea. ¿Juzgarle por la taza que usa? ¿Leerle el aura a través de las manchas de café? —Ruby negó con la cabeza—. Me dijo, literalmente: «Esa taza tiene un curado».

Zara levantó la vista de la estantería.

—¿Como una sartén de hierro fundido?

—Por lo visto ahora las tazas de café necesitan curado. A mí no me llegó esa circular.

—Por favor, dime que la enjuagaste igual —dijo Sage.

—La enjuagué a fondo —la sonrisa de Ruby se volvió maliciosa—. Sin quitarle los ojos de encima en ningún momento.

Zara reorganizó los libros de Sage por colores, pese a sus protestas.

—La semana pasada alguien intentó devolverme un libro —dijo Zara—. Decía que la protagonista tomaba malas decisiones.

—¿Qué libro? —preguntó Sage.

—Anna Karénina.

Sage se quedó a medio desenvolver.

—¿La tragedia?

—La tragedia —confirmó Zara—. Donde las malas decisiones son precisamente de lo que va todo. Le dije que si quería personajes con buen criterio, se leyera manuales de instrucciones.

—No se lo dijiste.

—Pues sí. Y luego le recomendé otros tres libros donde todo el mundo sufre con mucha elegancia —Zara dio un paso atrás para admirar su estantería multicolor—. Se los compró todos.

A última hora de la tarde, la planta baja estaba prácticamente desembalada y el dormitorio de Sage ya parecía habitable. Se dejaron caer en el sofá las tres juntas, sudorosas y satisfechas.

—El inquilino anterior dejó el jardín hecho un desastre —dijo Zara, mirando por la ventana lateral.

—Ya lo sé —Sage siguió su mirada hacia la maraña descuidada de malas hierbas y plantas perennes olvidadas. Llevaba años haciendo arreglos florales para otros: vestíbulos de empresas, bodas, novios culpables que ni se molestaban en elegirlas ellos mismos—. Ya estoy pensando qué plantar en primavera. Flores silvestres, seguramente. Quizá unas rosas trepadoras a lo largo de la valla. Cosas que crecen aunque te olvides de ellas una temporada.

Su primer jardín. No el de su madre. No el de ningún cliente. Suyo.

—La valla que compartes con Cole West —la voz de Ruby sonaba estudiadamente neutra.

Sage gimió y se tapó la cara con un cojín.

—Sí.

—Frank se pasó por Scattered Beans esta mañana expresamente para contarle a Ruby que Cole tenía cara de que le hubieras atropellado al perro cuando te vio con la mudanza —la sonrisa de Zara era afilada.

—Parecía horrorizado —dijo Sage contra el cojín.

—Tú también, me imagino.

—Quería que me tragara la tierra.

Ruby le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Por si te sirve de consuelo, a mí me parece desternillante.

—Normal.

—Pues sí —Ruby se recostó y apoyó los pies en la mesa—. Pero en serio, ¿estás bien? Tiene que ser muy raro.

Sage bajó el cojín.

—Es... no sé. Le destrocé la camioneta. Me odia. Y ahora somos vecinos.

—No te odia —dijo Zara.

—Me odia.

—No, es que... —Ruby agitó una mano—. Cole es así. Le da muchas vueltas a las cosas. Dale tiempo.

Sage no estaba convencida, pero agradecía el intento.

—Bueno —Zara se levantó y se estiró—. Ya hemos cumplido con nuestra buena acción del día. Tienes las cajas desembaladas, los estantes organizados y unas amigas nuevas que se presentarán sin avisar en el futuro.

—Cuento con ello —dijo Sage, y lo decía en serio.

Ruby se paró en la puerta.

—Bebes, ¿no? ¿Alcohol de verdad?

—¿Es una pregunta con trampa?

—Bien. Porque acabamos de desembalar toda tu casa, y eso merece ginebra —la sonrisa de Ruby se volvió cómplice—. Danos una hora para ir a casa a cambiarnos. Traeremos provisiones.



Una hora después, el porche de Sage se había convertido en un bar de cócteles improvisado. Zara llegó con un cuenco de rodajas de lima. Ruby trajo la ginebra.

El sol se hundía en el horizonte, tiñendo el cielo del mismo tono de rosa con el que Sage había pintado Bad Seeds: el color que todos decían que era demasiado, lo que significaba que era exactamente el adecuado.

—Por las nuevas amigas —dijo Ruby, alzando su copa.

—Por las casas nuevas —añadió Zara.

—Por sobrevivir al día de la mudanza —concluyó Sage.

Chocaron las copas y bebieron.

—Bueno —dijo Zara, acomodándose en una de las sillas de mimbre—. Del uno al diez, ¿cómo de horrorizado tenía Cole el gesto esta mañana?

—Once —dijo Sage.

—Me han dicho que soltó un «Tiene que ser broma» en voz alta —añadió Ruby.

—Pues sí. Yo dije «Oh, no».

—Muy romántico —dijo Zara con sorna.

Sage se rio a su pesar.

—Fue como una película de terror. Para los dos.

—Hablando de terror —dijo Ruby—, hoy una clienta me pidió un café que «supiera a otoño».

—Eso no es terror, es marketing estacional —dijo Sage.

—Espera, que hay más. Le preparé un latte de calabaza con especias. Y se quejó de que sabía demasiado a calabaza.

Sage parpadeó.

—¿Y qué quería entonces?

—¡Eso mismo dije yo! —Ruby levantó las manos, casi derramando la copa—. ¡El otoño sabe a calabaza! Es ciencia pura.

—¿Seguro? —Zara mantuvo una expresión impasible.

—Es ciencia emocional. La ciencia del corazón.

—Eso no existe.

—Claro que existe. Lo aprendí trabajando de cara al público.

—Hay gente que solo quiere ver arder el mundo —sentenció Zara.

Sage se rio tan fuerte que casi derramó la copa. Se sentía bien. Natural. Conocía a aquellas mujeres desde hacía apenas un par de horas, pero parecía que llevaran años siendo amigas.

—Vale, pero en serio —dijo Zara, inclinándose hacia delante—. ¿Qué plan tienes con lo del vecino gruñón? ¿Evitarlo para siempre? ¿Mudarte?

—Estaba pensando en alegría agresiva —dijo Sage—. Saludarlo cada mañana. Sonreír sin tregua. Acabar con él a base de pura persistencia.

—Eso es diabólico —dijo Ruby—. Me encanta.

—O —sugirió Zara— podrías prenderle fuego a la camioneta y cerrar el círculo.

—Intento evitar más incidentes con vehículos.

—Cobarde.

—Quiero que sea como entrar en el jardín de alguien —dijo Sage cuando le preguntaron por Bad Seeds—. No una tienda. Un jardín donde, además, se venden cosas.

A Ruby se le iluminaron los ojos.

—Es perfecto. Justo lo que necesita Main Street.

—A Gladys le va a horrorizar —dijo Zara alegremente.

—Gladys lo odia todo.

—No todo. Le gustó el mercadillo de repostería de la sociedad histórica el mes pasado.

—Eso es porque fue el mismo mercadillo que llevan haciendo cuarenta años. A Gladys le encantan las cosas que nunca cambian.

Sage dio otro sorbo a su copa. El cielo iba tiñéndose de tonos más intensos de naranja y púrpura. Algunas luciérnagas madrugadoras parpadeaban en el jardín.

Un movimiento le llamó la atención. Miró hacia la valla y vio a Cole en su jardín trasero, de pie junto a los escalones del porche con los brazos cruzados. No las miraba directamente —tenía la vista fija en algún punto intermedio, hacia los árboles del fondo de su parcela —, pero su postura era rígida: la rigidez estudiada de un hombre que se esfuerza mucho por parecer relajado.

Se había cambiado desde esa mañana. Otros vaqueros, una camiseta henley gris en lugar de la de antes. El pelo seguía empeñado en no cooperar con ningún peinado razonable.

Parecía estar inspeccionando la valla. Con mucho detenimiento. Como quien examina un puente en busca de daños estructurales o desactiva una bomba.

Zara siguió su mirada.

—Vaya, mira. El vecino.

—No... —empezó Sage.

—Demasiado tarde. —Zara alzó la copa hacia Cole—. ¡Hola, Cole!

Cole se giró. Su expresión era ilegible en la luz del atardecer, pero Sage captó el momento exacto en que las vio a las tres en el porche. Se le tensó la mandíbula. Se le pusieron los hombros rígidos, como si estuviera reconsiderando seriamente cada decisión vital que lo había llevado hasta aquel momento.

Entonces —y Sage lo recordaría siempre— se agachó y fingió examinar un poste de la valla.

Un poste que estaba claramente en perfecto estado.

Ruby se inclinó hacia delante en la silla, observando con regocijo manifiesto.

—¿Está... está buscando daños estructurales?

—Creo que está fingiendo que no existimos —susurró Zara.

Cole se enderezó. Pasó al siguiente poste. Lo sometió a la misma inspección minuciosa.

—Dios mío —dijo Sage—. Va a inspeccionar la valla entera.

—Esto es increíble —murmuró Ruby maravillada.

Cole volvió a agacharse. Desde aquel ángulo, Sage lo vio lanzar una mirada furtiva hacia el porche y luego volver a concentrarse de inmediato en un trozo de madera en perfecto estado.

—¡Hola, Cole! —gritó Ruby con voz cantarina y deliberadamente alegre—. ¿Aguanta bien la valla?

Cole se quedó paralizado. Durante tres segundos largos, no se movió.

Luego se levantó, se sacudió una tierra invisible de los vaqueros y las miró directamente por primera vez. Tenía la mandíbula tan apretada que Sage temió por su salud dental.

—Perfectamente —dijo.

—¡Estupendo! —La sonrisa de Ruby habría bastado para iluminar una ciudad pequeña—. Nunca se es demasiado cuidadoso con el mantenimiento de las vallas.

—No —dijo Cole con sequedad—. No podéis.

—Además, una noche preciosa para ello —añadió Ruby.

La mirada de Cole se desvió hacia Sage. Ella se sintió clavada en el sitio, atrapada entre el impulso de decir algo —lo que fuera— y la certeza de que cualquier cosa que saliera de su boca empeoraría todo. Sus ojos grises eran más oscuros en el crepúsculo, ilegibles, pero que claramente decían: «esto es culpa tuya, de alguna manera».

—Preciosa —dijo.

La palabra quedó suspendida en el aire un instante de más. Luego se dio la vuelta y caminó —no corrió, pero se movió con determinación— hacia su puerta trasera.

Esta vez su puerta no se cerró de golpe, pero se cerró con una rotundidad que resultó más estruendosa que cualquier portazo. Sage

oyó el cerrojo desde el otro lado del jardín.

Zara esperó exactamente dos segundos antes de estallar en carcajadas.

—¡Ha inspeccionado tres postes de la valla!

—Esa valla está en perfecto estado —dijo Ruby, sonriendo—. La he visto a la luz del día. No tiene nada de malo.

—Estaba tan metido en el papel —dijo Zara entre risas—. O sea, examinándolos de verdad.

Sage se cubrió la cara con las manos.

—Dios mío.

—Eso —declaró Ruby— ha sido lo más pasivo-agresivo que he presenciado en mi vida. Y una vez vi a Gladys Murphy reorganizar la mesa del mercadillo benéfico de la sociedad histórica porque alguien había puesto los brownies antes que las galletas.

—Se agachó dos veces —dijo Zara, todavía riendo—. ¡Qué dedicación!

—Voy a tener que vivir a su lado para siempre —dijo Sage contra las palmas de las manos.

—¿Sabes qué es interesante? —la voz de Ruby había pasado de divertida a pensativa.

—¿Qué? —Sage levantó la cabeza.

—Ha estado ahí fuera, ¿qué, siete minutos? Contando el numerito de inspeccionar los postes.

Sage había estado esforzándose mucho por no llevar la cuenta de cuánto tiempo había pasado Cole en su jardín trasero. Lo había intentado y había fracasado, por lo visto, porque Ruby tenía razón. Había estado allí un buen rato antes de que empezara el teatro de los postes.

—¿Y? —dijo.

Ruby removió su copa.

—¿Sabes qué me mata? Que podría haber entrado sin más.

—Quizás de verdad necesitaba revisar la valla —intentó Sage.

—Sage. Cielo. —Zara se inclinó hacia delante—. He visto a ese hombre agacharse dos veces para examinar madera en perfecto estado.

A Ruby le brillaron los ojos.

—Esa valla no necesitaba que la revisaran. Pero por lo visto, nosotras sí.

A Sage le dio un vuelco el estómago.

—Le estás buscando tres pies al gato.

—Puede ser. —Ruby se encogió de hombros—. O puede que simplemente sea observadora.

Zara se rio.

—Ruby se entera de todo. Es insoportable.

—Es un don —corrigió Ruby—. Jake dice que da miedo.

—Jake no se equivoca.

Se quedaron en el porche hasta que el cielo se tiñó de índigo y aparecieron las primeras estrellas. Sage sirvió otra ronda —más floja esta vez, más tónica que ginebra. Estiró las piernas, con los pies descalzos apoyados en la barandilla del porche. La ginebra se había quedado tibia, pero le daba igual. Ruby estaba contando una historia sobre un cliente que había intentado pagar con criptomonedas. Zara se reía tan fuerte que se le escapó un resoplido.

Esto. Esto era lo que había echado de menos en Nueva York.

Ahora tenía amigas. Amigas de verdad, no solo conocidas del trabajo o gente que veía en la tienda del barrio. Una casa que era suya, no un subarriendo con los muebles de otra persona y normas sobre no clavar clavos en las paredes. Un jardín que llenar, una tienda que terminar y una vida que por fin estaba tomando la forma que había imaginado.

Aunque su vecino la odiara.

Aunque cada vez que miraba hacia la valla, sintiera el peso de aquellos ojos grises sobre ella.

Aunque sospechara —por mucho que intentara no hacerlo— que Ruby podría tener razón sobre lo de escuchar.

El cielo ya estaba completamente oscuro cuando Ruby y Zara recogieron sus cosas. Ruby la abrazó para despedirse; olía a café y vainilla. Zara le apretó la mano y prometió pasarse por la tienda en cuanto abriera.

—Escríbenos —dijo Ruby—. Cuando quieras. Lo de las visitas sin avisar iba en serio.

—Cuento con ello —dijo Sage, y lo decía en serio.

Las vio alejarse por el sendero hacia la calle, con las voces resonando en la quietud de la noche. Ruby dijo algo que hizo reír a Zara, una risa luminosa y despreocupada. Luego doblaron la esquina y desaparecieron.

Sage se quedó en el porche, en la oscuridad del verano, copa de ginebra en mano, mirando hacia la valla.

Las luces de Cole estaban encendidas en la casa de al lado. Podía ver el resplandor a través de las ventanas, oír el sonido apagado de una puerta al cerrarse. Seis metros de césped y una valla de metro veinte: esa era toda la distancia que los separaría a partir de ahora.

Sin escapatoria en el trabajo. Sin escapatoria en casa.

Pensó en la observación de Ruby. En Cole agachado junto a los postes de la valla, escuchando. En cómo se había quedado paralizado cuando lo llamaron, pillado.

Su nuevo vecino la odiaba. Eso estaba claro.

Lo que no estaba claro —y lo que le provocaba un vuelco en el estómago que se negaba en redondo a analizar— era por qué se había quedado en el jardín siete minutos en lugar de entrar sin más.

CAPÍTULO
Cuatro

El equipo de construcción llegó como un pequeño apocalipsis de camisas de franela.

La demolición del muro había terminado la semana anterior: la sala principal se había abierto al área de almacenamiento trasero, los armarios viejos habían desaparecido, las vigas del techo estaban reforzadas y aprobadas. La tienda había disfrutado de un silencio bendito y glorioso durante tres días completos. Tiempo suficiente para que Sage casi olvidara cómo sonaba el interior de su propia cabeza cuando no competía con una sierra de vaivén.

Ahora Carl y su equipo habían vuelto para la siguiente fase, y Carl —fornido, con los ojos perpetuamente entornados, con pinta de hombre que nunca había conocido un edificio en el que no pudiera encontrar algún defecto— le soltó exactamente el mismo ruido que el primer día. El gruñido ambiguo que podría haber significado cualquier cosa, desde «esto será fácil» hasta «tu seguro va a tener mucho trabajo».

—Suelo hoy, subsuelo mañana, tarima a finales de semana —dijo, consultando su portapapeles como si no se lo hubiera dicho ya dos veces.

—Igual que presupuestaste —confirmó Sage.

—Va a haber ruido.

—La semana pasada también hubo ruido.

—Más. —Sonaba casi contento—. Los mazos no susurran.

Cruzó los brazos y esperó, como siempre esperaban los hombres como Carl: preparados para una discusión que les permitiera explicar algo. Sage se negó a dársela. Ya había pagado el depósito y, además, intuía que discutir con Carl era un recurso renovable que convenía reservar.

A través del escaparate de West's Hardware apareció Cole. Taza de café en mano. Observaba la furgoneta de construcción con la quietud particular de un hombre que ve cómo su semana va a peor.

Sage se volvió hacia la furgoneta antes de que él pudiera pillarla mirando.

Estaba en la trastienda sacando sus nuevos jarrones de vidrio de las cajas —cilindros transparentes en tres alturas, una compra práctica que en su momento le había parecido muy de adulta— cuando el primer mazo golpeó el suelo viejo. El impacto le subió desde las suelas de los pies hasta los dientes. El polvo cayó del techo como la nieve menos festiva del mundo.

A través de quince centímetros de ladrillo y yeso centenario, oyó algo pesado caer al suelo en el lado de Cole. Luego silencio. Luego lo que era, sin duda, una maldición.

Sonrió a pesar de sí misma.

El mazo encontró su ritmo y se acomodó para largo.

La primera queja llegó poco antes de las tres.

Cole West ocupó todo el umbral, con polvo de ladrillo en el pelo que lo volvía prematuramente canoso, una raya de pintura de guerra en un pómulo.

—Dime que ya casi terminan ahí dentro —dijo.

Sage estaba colocando tulipanes blancos en una jarra de cerámica y mantuvo la expresión cuidadosamente neutra.

—Acabamos de empezar.

—Suena como un derbi de demolición.

—¿Qué esperabas? ¿Carpintería susurrada?

—Esperaba que me avisaras antes de la segunda ronda.

Se le tensó un músculo de la mandíbula. La raya de polvo de ladrillo lo hacía parecer más dramático de lo que probablemente era, lo cual era casi una lástima.

—Mis clientes —dijo lentamente, como si ella fuera dura de oído — no pueden ni oírse pensar.

—Es media tarde de un lunes. Esto sigue siendo una zona de obras. —Ajustó un tallo de tulipán que no necesitaba que lo ajustaran—. Terminarán el viernes.

—El viernes.

—O a principios de la semana que viene. Si encuentran podredumbre en las vigas.

Mantuvo el silencio un momento de más. Sus ojos grises hicieron el trabajo por él: frustración y agotamiento en pugna, sin claro vencedor.

—Vale —dijo finalmente—. Pero si tocan un cable...

—No lo harán.

—No puedes saberlo.

—Contraté profesionales. Saben lo que hacen.

La miró fijamente. Ella le sostuvo la mirada, tulipán en mano, viva imagen de alguien que definitivamente no iba a darle más vueltas a eso cuando estuviera sola.

—Claro —dijo—. Profesionales.

Se dio la vuelta y salió, dejando tras de sí un rastro de polvo de ladrillo como el cometa más gruñón del mundo.

Sage miró los tulipanes. Parecían estar juzgándola, lo cual tenía gracia viniendo de flores que estarían muertas en una semana.



Unas noches después, el silencio pudo con ella.

Se había quedado hasta tarde trabajando en los escaparates: botellas de leche antiguas que había encontrado en una venta de herencia, cada una perfecta para un solo tallo. El equipo se había ido a casa. La tienda se había quedado en silencio. Y el silencio, resultó ser, era peor que los mazos, porque el silencio dejaba espacio para pensar, y pensar era la única actividad que Sage había estado evitando cuidadosamente toda la semana.

La ausencia hiriente de su madre, por un lado. La forma en que Cole la había mirado, cubierto de polvo y de una irritación apenas contenida, por otro. Y debajo de ambas, la grande, la que no dejaba de meter de nuevo en su caja: si reinventar la tienda de su madre había sido el acto de valentía que le había contado a todo el mundo, o solo una forma muy cara de romperle el corazón a su madre.

En la acera, vio un destello de pelo rojo fuego y un abrigo verde musgo.

Su madre aminoró el paso frente al escaparate rosa. Por un segundo, Sage pensó que iba a entrar: incluso levantó la mano hacia la puerta.

Luego la bajó. Y siguió caminando.

Sage la vio alejarse, pasar de largo Sullivan's, hasta que el abrigo verde desapareció.

No golpeó el cristal. No saludó con la mano. No tenía mucho sentido; a Daisy Hartwell no se la convencía de nada para lo que no estuviera preparada, y una hija saludando desde dentro de una tienda en la que su madre no era capaz de entrar no iba a ser lo que le hiciera cambiar de opinión.

Se limpió las manos en el delantal —olían al eucalipto que había estado preparando para el encargo fijo de la señora Henderson, uno de los clientes que había heredado discretamente de la antigua cartera de su madre—, sacó el móvil y puso su playlist de trabajo. Porque la alternativa era quedarse ahí parada sintiendo cosas, y prefería no hacerlo.

Para la tercera canción —Cyndi Lauper, «Girls Just Want to Have Fun», porque si iba a tener una pequeña crisis existencial, al menos que tuviera banda sonora— estaba cantando. A pleno pulmón. Y posiblemente haciendo algo con las caderas que técnicamente no podía llamarse bailar, pero se le parecía bastante.

No oyó los golpes en la pared hasta que ya habían sonado tres veces.

Bajó la música, frunciendo el ceño.

Volvieron a sonar. Deliberados. Rítmicos. El código internacional de «estás siendo extremadamente molesta».

Sage miró el móvil. Apenas las ocho y media. Una hora perfectamente razonable y civilizada para estar viva y poner música en su propia tienda.

Lo volvió a subir —no más alto, solo al nivel de antes, por una cuestión de principios— y volvió a sus botellas de leche.

Dos minutos después, los golpes volvieron. Más fuertes.

Los ignoró.

Se volvieron más insistentes. Agresivos, incluso. Quien dijera que los hombres callados no se comunican, nunca había compartido pared con uno.

Sage fue hasta la pared y respondió con sus propios golpes. Tres, secos.

Silencio. Luego, amortiguado pero inconfundible:

—¿Podrías bajar eso?

Se acercó al ladrillo.

—¡Son las ocho y media!

—¡Está muy alto!

—¡Me ayuda a pensar!

Una pausa.

—¡Me está dando dolor de cabeza!

—¡Pues cierra la puerta!

Al otro lado de la pared: silencio. Luego pasos. Luego un portazo tan fuerte que lo sintió vibrar bajo los pies.

Sage esperó treinta segundos completos.

Luego buscó la canción más agresivamente alegre de su repertorio —Katrina and the Waves, «Walking on Sunshine»— y subió el volumen. No hasta el once. Pero sí hasta un ocho bien firme, por principios.

Y volvió a sus botellas de leche, sonriendo.

La represalia llegó dos minutos después.

Estaba a mitad del estribillo —posiblemente usando una botella de leche como micrófono, un detalle que se llevaría a la tumba— cuando lo oyó.

Herramientas eléctricas.

Del otro lado de la pared. De West's Hardware.

Un taladro. Funcionando. Sin taladrar nada, por lo que podía distinguir. Solo el motor en marcha. El chirrido agudo de un motor girando en el vacío sin más razón que la pura inquina.

Dejó de cantar.

El taladro siguió sonando.

Cole West estaba en su ferretería fuera de horas, haciendo funcionar una herramienta eléctrica contra nada, solo para molestarla. La revelación vino acompañada de un extraño destello de placer que prefirió no analizar.

Subió «Walking on Sunshine» a nueve.

El taladro subió de intensidad.

Ella subió a diez.

El taladro encontró compañía: algo que sonaba a sierra circular, que tampoco cortaba nada, también enteramente dedicado a ella.

Sage se quedó plantada en medio de su tienda, rodeada de botellas de leche vintage y el sonido de Katrina and the Waves librando un combate a muerte contra toda la colección de herramientas eléctricas de Cole, y reconoció, con absoluta claridad, que los dos estaban completamente locos.

Bajó la música a un volumen razonable. De fondo. Una rendición que no podía, bajo ninguna circunstancia, confundirse con una disculpa.

Al otro lado de la pared, las herramientas se fueron apagando una a una.

Esperó, botella de leche aún en la mano.

Nada.

Volvió a sus arreglos florales con la música baja, intentando no fijarse en los sonidos de él moviéndose al otro lado del ladrillo.

Se fijó de todos modos. El resto de la noche.



El camión de reparto no solo bloqueó la entrada de Cole. Bloqueó el paso de Frank Kowalski hacia Sullivan's, lo cual era un crimen mucho

más grave.

Sage estaba dentro firmando el recibo de las estanterías cuando oyó a Frank por la puerta abierta.

—Vaya. Menudo estorbo.

Levantó la vista justo a tiempo de ver a Cole guiando al anciano alrededor del camión, con una mano en el codo de Frank, el rostro tenso de concentración. No enfadado. Cuidadoso, de una forma que no le había visto con nada salvo su camioneta.

—Despacio —dijo Cole—. Aquí hay un bordillo.

—Ya veo el maldito bordillo. Soy viejo, no ciego.

Pero Frank se movía más despacio de lo que claramente quería admitir, avanzando con cuidado por la acera irregular, y a Sage se le encogió el estómago. Soltó el albarán y fue hacia la puerta...

Para cuando llegó, Cole ya había llevado a Frank más allá del camión, a terreno firme.

Sage soltó el aire. El anciano estaba refunfuñando, lo cual, viniendo de Frank, era básicamente un certificado de buena salud.

Veinte minutos después, ya sin los repartidores, Cole apareció en su puerta con una pequeña bolsa de papel en la mano.

—Frank casi se cae —dijo. Sin enfado. Solo el hecho, puesto ahí entre los dos.

—¿Está bien?

—Está bien. Esta vez —Cole dejó la bolsa en el mostrador: un pedido de alcayatas de algún cliente, se daría cuenta después, que había estado sujetando todo el rato mientras guiaba a Frank a lugar seguro—. Tenías razón. Veinte minutos no son para tanto —hizo una pausa en la puerta—. Salvo cuando sí lo son.

Se marchó antes de que ella pudiera disculparse.

Sage se quedó sola con sus estanterías nuevas y una bolsa de alcayatas de otro, y descubrió que había estado tan ocupada defendiendo su sagrado derecho a hacer reformas que nunca se había parado a pensar en quién podría salir herido si se encontraba en medio.

Veinte minutos no era gran cosa. Excepto cuando sí lo era.

Ruby apareció a la tarde siguiente con café helado y cara de traer información.

—Frank le está contando a todo el mundo que casi lo matas con un camión de reparto.

—Eso no fue lo que pasó.

—Oh, lo sé. Estuve presente para el espectáculo en directo mientras él colocaba el cartel en la calle de Scattered Beans. Pausas dramáticas. Aspavientos. Un verdadero monólogo teatral.

Ruby se apoyó en el mostrador de trabajo.

—También mencionó que Cole lo sujetó antes de que se cayera y lo acompañó hasta un banco. Muy heroico, al parecer. Frank usó la palabra «heroico».

Sage centró toda su atención en las dalias que estaba arreglando.

—Cole estaba siendo decente. Eso no es lo mismo que heroico.

—Mm.

Ruby dejó que el silencio hiciera su trabajo.

—Frank parece pensar que los dos estáis en el mismo bando. Aunque todavía no os hayáis dado cuenta.

—No estamos en ningún bando. Somos vecinos que intentamos activamente no matarnos el uno al otro.

—Claro, claro. ¿De eso iba la guerra musical? ¿Resolución de conflictos?

Sage levantó la vista.

—¿Cómo te has...?

—Zara lo oyó desde la librería. Yo lo oí en mi local, casi ahogando a Beatrice, la máquina de café. Sonaba como una batalla de DJ.

La sonrisa de Ruby se ensanchó, lenta y complacida.

—Con herramientas eléctricas.

—Odio este pueblo.

—Amas este pueblo. Solo odias que se entere de todo.

Ruby se apartó del mostrador y se dirigió hacia la puerta.

—Incluido que Cole y tú estáis siendo completamente ridículos con todo esto.

Se fue antes de que Sage pudiera montar una defensa.

Sage oyó la campanilla de la puerta y se dio la vuelta para encontrarse con un Frank algo molesto.

No se molestó en saludar. Cruzó hasta el mostrador y dejó algo encima: un pequeño objeto sellado en una caja de plástico transparente, claramente recién sacado de un estante de ferretería.

Un detector de vigas.

—Para ti —dijo—. Para que dejes de hacer agujeros en las paredes a ciegas. Cole dice que has estado intentando colgar cosas en la trastienda.

Sage miró el detector de vigas. La etiqueta del precio aún en la esquina. La forma deliberada en que Frank lo había colocado, justo en el centro del mostrador, como quien hace una entrega que considera importante.

—Frank, yo...

—Cole dijo que te sentías mal por lo del lunes.

Frank se removió incómodo.

—Dijo que no fue culpa tuya. Solo mala sincronización. Pero me imagino que eres de las que se sienten mal de todos modos, así que...

Señaló el detector de vigas con la cabeza.

—Ahora no tienes por qué.

—Eso es... gracias.

—No me des las gracias a mí. Dáselas a Cole. Él lo eligió.

Frank se giró hacia la puerta, y luego se detuvo, porque cómo no.

—¿Sabes cuál es tu problema?

Sage esperó. Tenía la sensación de que iba a descubrirlo de todos modos.

—Cole y tú estáis demasiado ocupados siendo tercos como para daros cuenta de que estáis en el mismo lado de todo.

—No estamos en un bando. Solo somos vecinos.

Frank soltó una risa seca y cargada de intención.

—Claro que sí. Por eso pasó veinte minutos esta mañana explicándome todas las razones por las que tu horario de entregas nunca fue realmente un problema. Y por eso estás mirando ese detector de vigas como si pudiera explotar.

Se fue antes de que ella pudiera discutir, lo cual se estaba convirtiendo en un patrón con los hombres de este pueblo.

Sage cogió el detector de vigas. Le dio vueltas entre las manos. Era más pesado de lo que parecía, sólido y serio, la herramienta que compra alguien que pretende hacer las cosas bien.

Cole había recorrido los pasillos de su propia tienda y había elegido esto. Para su pared, la pared que compartían, la pared en la que ella seguía haciendo agujeros. Y luego, en lugar de entregárselo él mismo y arriesgarse a una conversación real, lo había enviado a través de Frank, porque por lo visto esto era lo que eran ahora: dos adultos haciendo diplomacia a través de un intermediario anciano con talento para lo dramático.

Se quedó allí un rato, dándole vueltas, intentando averiguar qué se supone que haces cuando el hombre con el que llevas dos semanas en guerra te arma discretamente con lo único que evitaría que destroces su pared.

Además de usarlo.

Lo cual, dada su historia con las paredes, era ambicioso.



El sábado por la mañana, Sage estaba en su porche con café, todavía en pijama —camiseta extragrande, pantalones cortos de dormir, pelo recogido en un moño que había abandonado toda pretensión de estructura en algún momento del amanecer— cuando oyó el rugido inconfundible del Chevy del 65 entrando en el camino de al lado.

La camioneta estaba impecable. Ni rastro de rosa en ninguna parte.

Cole bajó y cerró la puerta con suavidad, como se cierra la puerta de algo que acabas de terminar de reparar. Luego pasó una mano por el capó, despacio, buscando algún defecto que ella no podía ver desde su porche, y él probablemente tampoco.

La camioneta estaba entera de nuevo. Arreglada y pagada hasta el último céntimo.

Aun así sentía que debía disculparse, otra vez. Como es debido. En persona, no a través del seguro y un arreglo floral que él nunca

había reconocido.

Cole levantó la vista y la pilló mirando.

Durante un momento, ninguno de los dos se movió.

Entonces Sage levantó su taza de café. Un saludo. Un reconocimiento. Posiblemente una disculpa, si él quería interpretarlo así de generosamente.

Cole la miró fijamente durante tres largos segundos.

Su mirada bajó. Captó el pijama. Las piernas desnudas. El desastre que coronaba su cabeza.

Su expresión no cambió, exactamente. Pero algo en sus hombros sí, un pequeño reajuste, y volvió a mirar su camioneta demasiado rápido.

Luego asintió. Una vez. Breve.

Y entró sin decir una palabra.

Sage seguía sentada en su porche, súbitamente consciente de que llevaba unos pantalones cortos de pijama viejísimos a la vista de toda la calle, y trataba de decidir si aquello había sido un avance o una humillación.

El veredicto fue claro: ambas cosas. Sin duda alguna, ambas.

La tregua empezó esa misma noche.

Estaba trabajando hasta tarde, con jazz sonando de fondo, cuando lo oyó: música que llegaba desde el otro lado de la pared, desde West's Hardware. Rock clásico, el que su padre ponía los domingos por la mañana mientras hacía huevos y fingía saber cocinar.

Lo bastante alto para oírlo. No tanto como para ser una declaración de guerra.

Ella bajó el suyo un poco.

Un momento después, el de él bajó también.

Esperó, con el jazz de fondo, las manos apoyadas en un arreglo a medio terminar.

La música de él volvió, más baja. Casi de fondo.

Sage ajustó la suya al mismo nivel.

Podía oírlo desde allí. No los detalles —la pared era demasiado gruesa y demasiado vieja para eso— pero sí el sonido de él moviéndose por la tienda. El chirrido de una caja arrastrada por el

suelo. El golpe sordo de algo dejado sobre el mostrador. Quince centímetros de ladrillo y cien años de yeso los separaban, pero lo mismo habría dado que fuera una cortina.

Trabajaron así durante una hora. Ella con sus flores, él con lo que sea que hace un hombre solo en una ferretería a esas horas. Dos personas a cada lado de una pared, fingiendo que la otra no era el único motivo por el que seguían allí.

Cuando por fin apagó su música, la de él se calló dos minutos después.

Sage se quedó de pie en medio de su tienda, rodeada de centros de mesa terminados y con un detector de vigas apoyado en el alféizar donde lo vería cada mañana, y se preguntó qué narices se creían que estaban haciendo.

También sabía que a la noche siguiente pondría su música exactamente al mismo volumen.

Y él haría lo mismo.

Y ninguno de los dos diría una palabra al respecto.



Ruby y Zara aparecieron unas noches después con ginebra, tónica y la agenda apenas disimulada de mujeres que habían venido a por información.

—Así que —dijo Zara, dejándose caer en una silla del porche de Sage—. Semana interesante.

—Fue una semana.

—Frank te trajo un detector de vigas.

—Sí.

—Que Cole eligió.

—Sí.

Ruby y Zara intercambiaron una mirada que duró un poco más de la cuenta.

—Qué —dijo Sage. No era una pregunta.

—Nada —dijo Ruby, con la inocencia de una mujer que jamás en su vida había querido decir nada.

Zara removió su copa.

—Solo que cuando un hombre recorre toda su tienda para elegir una herramienta específica, pensando en ti todo el rato...

—No sigas.

—...y luego la hace entregar en mano por un mensajero anciano...

—En serio. No sigas.

—...eso no es estrictamente de vecinos. Eso es lo único que digo.

—Fue una disculpa —dijo Sage—. Por lo de la camioneta. Que fue culpa mía.

—¿De verdad? —Ruby se inclinó hacia delante—. Porque Cole le dijo a Frank que solo fue mal momento.

—Cole estaba siendo amable.

—Cole West. Amable —Zara sopesó las palabras como si buscara el truco—. Fascinante.

La ginebra estaba fría. Las tablas del porche aún conservaban el calor del día. Una puerta mosquitera se cerró de golpe en algún lugar de la manzana, y un perro soltó un ladrido desganado antes de pensárselo mejor.

Algo llamó la atención de Sage. Cole, en su patio trasero, regadera en mano, iba hacia las jardineras junto a la valla. No miraba hacia ellas. Tenía la atención puesta en las hierbas aromáticas, en el riego lento y cuidadoso, en la pequeña tarea de mantener algo vivo.

Pero sus hombros se habían tensado. Sabía exactamente cuántas personas lo estaban observando.

—¡Hola, Cole! —llamó Zara, radiante como una banda de música.

Él alzó la vista, resignado.

—Buenas noches.

—¡Las plantas tienen buena pinta!

—Gracias.

Volvió a regar.

La voz de Ruby era la dulzura personificada, y completamente desvergonzada.

—A Sage le encantó el detector de vigas, por cierto.

La mano de Cole se detuvo sobre la regadera. Solo un segundo. Alzó la vista y sus ojos se encontraron con los de Sage, al otro lado de la valla.

—Bien —dijo—. Localiza las vigas antes de taladrar. Te ahorras el parcheo.

—Lo haré —dijo Sage.

—Y no te fíes del primer pitido. Pásalo dos veces.

Se le torció la boca: lo más parecido a una sonrisa que había conseguido sacarle en toda la semana.

—Lo pasaré dos veces —dijo ella.

El silencio se extendió entre los dos patios. No era cómodo. Tampoco hostil. Era algo más nuevo, algo para lo que ninguno de los dos tenía nombre todavía.

—Bueno —dijo Cole al fin—. Que pasen buena noche.

Terminó de regar y entró en casa. La puerta se cerró suavemente tras él. Sin portazo. Ni siquiera el pequeño clic intencionado que había perfeccionado en las últimas dos semanas. Solo una puerta que se cerraba al final del día.

Ruby esperó exactamente tres segundos.

—Te ha dado instrucciones para cuidar la herramienta.

—Estaba siendo amable.

—Estaba implicado —corrigió Zara—. En la integridad estructural de su propia pared, vale. Pero implicado.

Sage miró la valla donde él había estado. Las jardineras que había construido con sus propias manos, las hierbas verdes y dispuestas con esmero. Esa manera cuidadosa y sin prisas que tenía con todo lo que cultivaba, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para convencer a las plantas de que brotaran de la tierra.

Pensó en la música que se colaba por la pared. En el saludo con la cabeza del sábado por la mañana. En el peso inexplicable de un detector de vigas en su mano.

—Es solo una herramienta —dijo.

Ruby y Zara se miraron. No dijeron nada.

Lo cual, de algún modo, era mucho peor que si hubieran discutido.

CAPÍTULO
Cinco

La mañana del viernes llegó con una alegría agresiva: sol brillante, pájaros cantando, el universo completamente ajeno al inminente colapso nervioso de Sage.

En algún momento entre su segunda taza de café y su cuarto cambio de ropa, el teléfono vibró.

MAMÁ

Buena suerte hoy, cariño.

Sage se quedó mirando el mensaje.
Lo leyó tres veces.
Empezó a escribir una respuesta, la borró, volvió a intentarlo.

SAGE

Gracias. ¿Pasarás por aquí?

Aparecieron tres puntos.
Desaparecieron.
Volvieron a aparecer.
Desaparecieron.

MAMÁ

Hoy no puedo. Pero estoy pensando en ti.

Sage dejó el teléfono como si pudiera explotar.
«Hoy no puedo».

No «estoy ocupada» ni «tengo otros planes».

Solo «no puedo».

Como si entrar en Bad Seeds —la tienda que antes era Hartwell's Flowers, que llevó el nombre de su madre durante treinta años, que ahora era rosa y desafiante y se llamaba algo que mamá ni siquiera podía pronunciar sin estremecerse— fuera físicamente imposible.

Quizás lo era.

«Al menos me lo dijo», pensó Sage.

«Al menos no desapareció sin más como papá».

Sage terminó el café, se pintó los labios de rojo como pintura de guerra y cogió las llaves.

Se había cambiado de ropa cuatro veces y al final se había decidido por un vestido rojo con falda amplia, porque si iba a hundirse, lo haría como si lo hubiera elegido.

Para cuando abrió Bad Seeds, el sol ya estaba en lo alto y Main Street empezaba a despertar.

Sullivan's Coffee tenía las luces encendidas.

Algunos madrugadores pasaban con perros o maletines o ambas cosas.

Sage encendió las luces, comprobó los expositores que ya había comprobado la noche anterior y se quedó en el centro de su tienda intentando recordar cómo se respiraba.

Las rosas tenían buen aspecto.

Las dalias tenían buen aspecto.

Todo parecía listo menos ella.

Y el cartel todavía no estaba colocado.

Un tal Bill había llamado ayer por la tarde: algún problema con los soportes.

Estaría allí a primera hora del viernes.

A primera hora.

Lo que, por lo visto, significaba cuando a Bill le diera la gana, y la gran inauguración empezaba en tres horas.

Sage miró el espacio vacío donde se suponía que debía estar BAD SEEDS y soltó una retahíla de palabras que su madre habría desaprobado.

Una puerta de camioneta se cerró de golpe afuera.

Levantó la vista.

La furgoneta de Bill, por fin.

Estaba descargando el cartel de la parte trasera; las letras negras brillaban con la luz de la mañana.

A través del escaparate de West's Hardware, vio a Cole levantar la vista de lo que fuera que estuviera haciendo.

Lo vio observar cómo Bill forcejeaba con el cartel durante tres segundos antes de dejar el café y salir.

Sage volvió adentro para seguir preparándolo todo para el gran momento.

Cole no dijo nada.

Se limitó a tender las manos hacia un extremo del cartel.

Bill pareció sorprendido, pero se lo pasó.

Juntos lo llevaron hasta los soportes de montaje: Cole sujetaba la parte inferior mientras Bill fijaba la superior.

Todo duró unos diez minutos.

Ninguna conversación que ella pudiera ver.

Solo dos hombres colocando un cartel.

Cuando terminaron, Bill dijo algo.

Cole asintió una vez y volvió a entrar en su tienda sin mirar hacia Bad Seeds.

Sin dar señales de haber visto a Sage observando a través del cristal.

Bill recogió sus herramientas, saludó a Sage a través del cristal y se marchó.

El cartel colgaba sobre la puerta.

BAD SEEDS.

Letras negras sobre rosa chicle.

Desafiante.

Perfecto.

Por fin en su sitio.

Cole había ayudado.

No porque ella se lo hubiera pedido.

No porque fueran amigos.

Simplemente porque Bill necesitaba un par de manos extra y eso era lo que hacía Cole.

Sage no sabía qué hacer con esa información, así que la guardó en la misma caja mental donde metía todos sus otros pensamientos sobre su vecino y puso música.

Demasiado alta.

Muchísimo.

Había apuntado a «animado» y había dado en «denuncia por ruido».

Un golpe seco resonó a través de la pared medianera.

Sage se quedó paralizada con la mano en el dial del volumen.

Claro que podía oírlo.

Lo bajó.

Bajo.

Razonable.

Un volumen que no traspasaría el ladrillo y el yeso.

Los golpes se detuvieron.

Esperó conteniendo el aliento, a la espera de algo más.

Otro golpe.

Que se abriera la puerta.

Lo que fuera.

No llegó nada.

Vale.

Genial.

Al menos sabía que seguía ahí.

Volvió a colocar los expositores e hizo todo lo posible por no pensar en que Cole West acababa de ayudar a instalar su cartel para luego volver a ignorar su existencia como si nada.



Ruby apareció con una bandeja de cafés y una energía frenética que delataba al menos tres espressos previos.

—¡Entrega de inauguración!

Entró de lado por la puerta, casi derramando un café con leche.

—He traído provisiones. Las vas a necesitar.

Sage cogió la bandeja.

—No tenías por qué...

—Claro que sí.

Los días de inauguración son terroríficos.

Cuando abrí Scattered Beans, hice seis docenas de galletas del estrés que tenía y me comí la mitad antes de que apareciera nadie.

Ruby recorrió la tienda con la mirada.

—Joder, Sage. Esto es una pasada.

—Solo son...

—Si dices «solo flores», te quito el café.

Ruby giró lentamente sobre sí misma.

—Esto es lo que Main Street necesitaba. Esto es ARTE. Cualquiera que no ame esto seguro que patea cachorros y devuelve los libros de la biblioteca con retraso.

A pesar de todo, Sage se rio.

—Eso me parece exagerado.

—Me reafirmo.

Ruby le pasó un café con leche y miró hacia la ventana.

—Por cierto, vi cómo ponían tu letrero esta mañana. Una instalación impecable, al menos desde lo que alcancé a ver mientras barría la acera delante del café.

Sage siguió su mirada hacia West's Hardware.

—Bill necesitaba ayuda.

—Ya me fijé.

La sonrisa de Ruby se volvió cómplice.

—Qué amable Cole echándole una mano.

—Solo estaba... solo fue...

Sage se detuvo.

—No significó nada.

—Claro que no.

Ruby se dirigió a la puerta.

—Pasaré luego a ver qué tal. Intenta no agobiarte. Puedes con esto.

Se fue antes de que Sage pudiera replicar.

Sage se dio la vuelta y cambió el letrero a ABIERTO.

Luego se quedó detrás del mostrador y descubrió que se había olvidado de ponerse desodorante.

Solucionó el problema en la trastienda. Se echó un discurso motivacional de tres segundos frente al espejo. Poco convincente, pero tendría que valer.

Volvió a la tienda.

La puerta siguió cerrada.

Sin clientes. Sin gente pasando. Solo Sage, sus flores y la creciente sospecha de que había cometido un terrible error.

Entonces sonó la campanilla.

La señora Patterson entró con su bolso y una expresión afable. Tendría unos sesenta años, tenía un jardín que Sage admiraba en sus paseos vespertinos y en ese momento representaba todo el futuro de Sage como dueña de un negocio.

—¡Buenos días! —dijo Sage con un trescientos por ciento más de entusiasmo del necesario para cualquier saludo humano.

—Buenos días, querida.

La señora Patterson empezó a curiosear.

—Tu madre estuvo presumiendo de ti en el club de lectura. «Mi hija va a abrir su propia tienda», no paraba de decir.

Las palabras golpearon como un puñetazo. Presumiendo en el club de lectura. Contándole a todo el mundo lo orgullosa que estaba. Pero no lo bastante orgullosa como para venir a verlo en persona.

—Me alegra saberlo —dijo Sage, porque ¿qué otra cosa podía decir?

La señora Patterson compró rosas blancas y estatice morado, elogió los jarrones vintage y prometió correr la voz entre sus amigas.

Primera cliente: éxito.

Luego vino el desfile de campanillas. Un señor mayor preguntando cómo llegar a correos. Una mujer en mallas de yoga que parecía ofendida a título personal porque Bad Seeds no vendía suculentas: «Están muy de moda». Una adolescente que sacó dieciséis fotos sin comprar nada.

Para la cuarta campanilla, Sage había dejado de levantar la vista con esperanza. Ya solo era un reflejo.

Frank llegó cargando escepticismo como quien carga un maletín. Aceptó su chai sucio de la bandeja de Ruby, llevó a cabo lo que parecía una inspección sanitaria de toda la tienda y finalmente emitió su veredicto:

—No está mal.

Viniendo de Frank, aquello era prácticamente una propuesta de matrimonio.

Se fue. Sonó la campanilla. La tienda volvió a quedarse en silencio.

Sage salió a ajustar el cartel de pizarra que había puesto esa mañana: GRAN INAUGURACIÓN en letras de tiza que había reescrito tres veces hasta dar con la inclinación perfecta.

Main Street estaba animada para ser viernes. Gente paseando, comprando, viviendo sus vidas normales, mientras la suya dependía de si alguien compraría sus flores.

A través de los escaparates de West's Hardware, veía a Cole en su mostrador. Ayudando a un cliente con muestras de pintura, señalando algo, explicando. El cliente se rio. Los hombros de Cole adoptaron una postura relajada que ella nunca le había visto con ella.

Entonces su mirada se desvió. La encontró a través del cristal.

Durante tres segundos, se miraron a través de cuatro metros y medio de acera y su juicio silencioso. Su expresión no cambió. No se suavizó. No se endureció. Solo... se mantuvo.

Volvió a atender a su cliente como si ella nunca hubiera estado allí.

Sage apretó la tiza con tanta fuerza que le dejó polvo blanco en la palma. Volvió adentro antes de que alguien pudiera verla plantada allí, mirando una ferretería como una loca.

Sonó la campanilla...

Una mujer de unos veinte años estaba encuadrando una foto cuando dio un paso atrás y chocó con el mostrador.

El golpe hizo tambalearse un jarrón de cerámica lleno de ásteres morados. Sage se abalanzó hacia él. Falló.

El jarrón se estrelló contra el suelo.

Agua por todas partes. Flores esparcidas como metralla morada. La jarra de cerámica, milagrosamente intacta, rodó bajo un estante.

—Dios MÍO —dijo la mujer, todavía con el móvil en la mano. Tenía una estética cuidadosamente curada que sugería que toda su vida era contenido—. Dios mío, lo siento muchísimo... espera, ¿todavía puedo usar esto para un post? «Cuando literalmente lo rompes, literalmente lo compras». No, eso es horrible... Lo siento mucho, solo estaba intentando pillar la luz perfecta para mi feed...

—¡No pasa nada! —Sage cogió toallas de detrás del mostrador—. ¡Son cosas que pasan!

Sage se arrodilló, secando agua, rescatando ásteres. La mujer se unió a ella, frenética: alguien que había causado un desastre y necesitaba desesperadamente documentar cómo lo arreglaba.

Juntas salvaron la mayor parte del arreglo. Rellenaron la jarra. Reconstruyeron algo que se parecía vagamente a la composición original.

—Me las llevo —anunció la mujer, ya inclinando el móvil para la foto perfecta del arreglo reconstruido—. Todas. Cuesten lo que cuesten. Además, ¿cuál es tu Instagram? Tengo, como, ochocientos seguidores y les va a encantar este sitio.

—De verdad que no tienes que...

—No, literalmente tengo que hacerlo. Es lo mínimo que puedo hacer.

La mujer pagó cuarenta y siete dólares por flores de culpa, sacó más fotos desde distintos ángulos y se fue murmurando ideas para el pie de foto.

Sage fregó el suelo por segunda vez, alejó los jarrones restantes del borde del mostrador y se apuntó mentalmente que tenía que comprar un cartel de «Por favor, no tocar».

Estaba escurriendo la toalla cuando la campanilla sonó de nuevo.

Gladys Murphy.

Sage la vio primero por la ventana: cabello gris recogido en su característico moño perfecto, zapatos prácticos, una expresión que decía que venía a dictar sentencia, no a comprar flores.

Empujó la puerta como quien lleva viviendo en Millbrook Falls desde que Kennedy era presidente y tiene algo que decir sobre cada

cambio en Main Street.

—Señorita Hartwell —dijo.

—Señora Murphy. —Sage se enderezó, con la toalla aún en la mano—. ¿Puedo ayudarla a encontrar algo?

Gladys no respondió. Recorrió la tienda con paso lento: pasó junto a la pared rosa decorativa, junto a los jarrones antiguos, junto al caos cuidadosamente organizado que era la visión de Sage hecha realidad.

Cogió un jarrón de cerámica. Lo examinó como si fuera una prueba judicial. Lo dejó con precisión quirúrgica.

Cada segundo de silencio fue una pequeña eternidad.

Finalmente, Gladys se volvió hacia ella.

—Bueno —dijo—. Has tomado... decisiones.

En la pausa antes de «decisiones» habría cabido un coche pequeño.

—Así es —dijo Sage, manteniendo la voz firme.

—Tu madre llevó esta tienda durante treinta años. —Gladys se ajustó la correa del bolso—. Hartwell's Flowers. Nunca necesitó ser otra cosa.

Hizo una pausa.

—Pero claro, Daisy siempre supo cuál era su lugar.

Las palabras dieron exactamente donde apuntaban.

—Esta no es la tienda de mi madre —dijo Sage en voz baja—. Es mía.

Los labios de Gladys se fruncieron en una línea capaz de cortar cristal.

—Ya lo veo.

Se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo con la mano en el pomo.

—Espero que sepas lo que haces, querida.

El «querida» sonó a amenaza.

Se marchó sin comprar nada.

Sage se quedó en el centro de su hermosa y desafiante tienda rosa chicle y se dijo que la aprobación de Gladys Murphy no importaba.

Lo que Gladys no entendía —lo que la mitad del pueblo no entendía— era que el nombre no era un accidente ni una provocación. Era la verdad. Sage había pasado toda su vida oyendo que era el tipo equivocado de semilla: demasiado ruidosa, demasiado salvaje, plantada en una tierra que quería algo más ordenado. Simplemente había decidido dejar de disculparse por lo que crecía de todos modos.

Miró el móvil otra vez. Nada de mamá todavía.



Zara irrumpió por la puerta a la hora del almuerzo cargando una pila de libros de tapa dura, dando saltitos como si llevara toda la mañana a base de café.

—¡FELICIDADES! —anunció tan alto que dos clientes que miraban las dalias se volvieron.

Dejó caer los libros sobre el mostrador. Colecciones de poesía con temas florales: *Hojas de hierba, El iris salvaje, Una cereza roja sobre un suelo de baldosas blancas.*

—Para tu mostrador —explicó Zara, sin dejar de dar saltitos—. Para crear ambiente. Además, no pude resistirme a prepararte una colección de poesía floral porque estás viviendo mi sueño estético.

—Son preciosos —dijo Sage, pasando los dedos por la cubierta en relieve de El iris salvaje.

—Lo sé. Se me da genial mi trabajo. —Zara miró a su alrededor —. Ruby no mentía. Este lugar es IMPRESIONANTE. Deberías estar superorgullosa.

—Gracias —dijo Sage—. Por los libros. Por pasarte.

—¿Estás de broma? Esto es lo más emocionante que le ha pasado a Main Street desde que descubrieron el bar clandestino. — Zara cogió una ramita de lavanda y la olió. Fue hacia la puerta, pero se dio la vuelta—. Oye. Cualquiera que no ame esta tienda tiene un gusto cuestionable y probablemente se merece las flores aburridas del súper.

Salió con la misma energía caótica con la que había entrado.

Sage colocó bien los libros de poesía. Abrió *El iris salvaje* por una página al azar y encontró: «Miramos el mundo una vez, en la infancia. El resto es memoria».

Cerró el libro antes de que las palabras pudieran calar hondo.



A MEDIA TARDE se detuvo una furgoneta de reparto y el conductor descargó un arreglo floral tan grande que tuvo que llevarlo con las dos manos.

—Para Sage Hartwell.

Sage firmó, le dio propina y se quedó mirando lo que le había traído.

Girasoles. Lirios blancos. Follaje dispuesto en una caja de madera rústica que probablemente costaba más de lo que había ganado en toda la mañana. Un arreglo que decía que alguien había gastado dinero de verdad para darle la bienvenida.

Sacó la tarjeta.

Felicidades por la inauguración. Bienvenida a Main Street.

— Jake Sullivan

Sage la leyó dos veces. El Jake de Ruby, el que llevaba Sullivan's Coffee dos puertas más abajo. Jake, con quien apenas había cruzado más que buenos días y comentarios sobre el frío que llegaba. Jake, que había enviado flores que decían ahora eres una de nosotros sin que ella tuviera que pedirlo.

Bienvenida a Main Street.

No «buena suerte» ni «espero que te vaya bien». Bienvenida. Como si hubiera llegado al lugar donde debía estar. Como si los demás comerciantes de Main Street hubieran votado en silencio y decidido que pertenecía allí.

Se le hizo un nudo en la garganta.

Llevó el arreglo al escaparate, el lugar privilegiado, donde todos los que pasaran pudieran verlo. Lo colocó con cuidado, ajustó el

ángulo dos veces y dio un paso atrás.

A través del cristal, veía Sullivan's Coffee calle abajo. El letrero por delante del que había pasado cientos de veces. Jake probablemente estaba allí ahora mismo, sacando cafés, sin saber que sus flores acababan de darle ganas de llorar en pleno día de inauguración.

Sonó la campanilla de la puerta. Una mujer de unos cincuenta años entró, vio el arreglo de Jake y dijo:

—Oh, ¿Sullivan's ha enviado flores? Qué detalle. Jake es un buen hombre.

Compró un ramo de rosas amarillas.

Llegaron dos clientes más, los dos mencionaron el arreglo de Sullivan's, los dos compraron algo. Como si las flores de Jake fueran un aval. Un sello de aprobación de la Main Street de toda la vida.

Sage miró los girasoles y sintió un nudo en la garganta.



La tarde se convirtió en un torbellino de papel de envolver y cintas: una estudiante universitaria que compró ásteres morados para su novia y obligó a Sage a ayudarla a elegir exactamente el tono correcto; un hombre mayor que pasó veinte minutos seleccionando rosas amarillas y otros diez asegurándose de que Sage supiera que tenían que durar hasta el cumpleaños de su esposa el martes; y una mujer que se quedó boquiabierta al ver las botellas de leche vintage y compró tres para usarlas como jarrones en casa.

El cajón de la caja registradora se atascó de tan lleno. Sage tuvo que reponer las dalias. Y volver a reponerlas.

Bad Seeds estaba funcionando.

La gente compraba flores. Se llevaba tarjetas de visita. Preguntaba por opciones de entrega y suscripciones semanales. Prometía contárselo a sus amigos, a sus clubes de lectura, a sus hijas que se casaban la próxima primavera.

A través de la ventana, la camioneta de Cole estaba aparcada en su sitio de siempre. Siempre aparcaba en la calle cuando tenía recados que hacer. La puerta de la ferretería se abría y cerraba a medida que los clientes entraban y salían. Estaba a unos cinco metros, separado por una pared compartida, y nunca se acercó.

Ni una sola vez.

Sage envolvió otro ramo y se dijo que no importaba.



Ruby regresó justo antes del cierre con dos copas de champán y una botella con una etiqueta naranja inconfundible.

—¿Veuve Clicquot? —Sage se quedó mirándola—. Ruby, esto es...

—¿Caro? Lo sé. —Ruby dejó la botella en el mostrador como si ya hubiera decidido que aquello iba a pasar sí o sí—. Pero solo abres la tienda de tus sueños una vez. Vamos a celebrarlo como Dios manda.

Ruby descorchó la botella.

—Por Bad Seeds. Por tu sueño. Por demostrar a todos los imbéciles escépticos de este pueblo lo equivocados que estaban.

Brindaron. El champán estaba frío, seco, y probablemente costaba más de lo que Ruby ganaba en propinas en toda la semana.

—Gracias —dijo Sage—. Por todo lo de hoy.

—Ahora no te libras de mí. Tú, yo y Zara. Somos un pack.

Ruby recorrió la tienda con la mirada: las existencias reducidas, los recibos esparcidos en el mostrador, las pruebas de un día de éxito.

—¿Vino tu madre?

Ahí estaba.

—No.

—¿Llamó?

—Me mandó un mensaje esta mañana. Dijo que estaba pensando en mí.

La expresión de Ruby cambió.

—Pero no vino.

—Dijo que no podía. —Sage dio otro sorbo y dejó que el champán le picara—. Que es distinto a estar ocupada. Distinto a tener planes. Solo... no podía.

—Eso es una mierda.

—Puede. Pero es su mierda, y ella sabrá.

A través de la ventana, la camioneta de Cole se alejó de West's Hardware. Se iba a casa. Terminaba su día sin reconocer el de ella.

Sage apartó la mirada antes de que Ruby pudiera notar adónde miraba.

Demasiado tarde.

—¿El vecino gruñón dijo algo? —preguntó Ruby.

—No.

—¿Ni siquiera una felicitación a regañadientes?

—Silencio de radio total.

—Los hombres. —Ruby negó con la cabeza—. Salvo Jake, que quede claro, pero en general: idiotas.

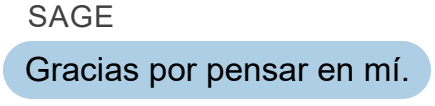
Terminaron el champán. Ruby se marchó prometiendo una noche de vino.

Sage cerró con llave y le dio la vuelta al cartel: CERRADO.

Sacó el móvil y abrió un mensaje nuevo. Se quedó mirando el nombre de su madre.

La inauguración fue muy bien. Ojalá hubieras estado.

El pulgar se le quedó suspendido sobre enviar durante treinta segundos. Luego lo borró. Escribió en su lugar:



Lo envió antes de poder arrepentirse, se guardó el móvil y se fue andando a casa sola.

Sobre ella, el letrero de Bad Seeds brillaba bajo las farolas: desafiante, perfecto, suyo.

CAPÍTULO
Seis

La alarma de Sage sonó a las cuatro y media, y su cuerpo tuvo unas cuantas cosas que decir al respecto, todas impublicables. Pero al mercado mayorista le daban igual sus sentimientos, y las flores no se arreglaban solas, así que se levantó como pudo e intentó recordar por qué había pensado alguna vez que tener un negocio era buena idea.

El mercado resplandecía bajo los fluorescentes y olía a tierra y agua fría. Se movió por los pasillos en piloto automático, recogiendo rosas, dalias y eucalipto mientras su cerebro seguía dormido en sus tres cuartas partes y el café se le enfriaba en algún punto entre las dalias y la caja. Para cuando volvió a Bad Seeds peleándose con los cubos del maletero, el sol ya había salido y Main Street había comenzado su lento desperezamiento matutino. En este negocio no existían los fines de semana. A las flores les daba igual que ella quisiera un domingo para dormir más allá del amanecer: seguían marchitándose, había que cambiarles el agua, exigían sus peregrinaciones de las cuatro de la mañana al mercado. Había asumido, pensándolo bien, varios cientos de dependientes extremadamente frágiles, con ninguno de los cuales se podía razonar, y que morirían todos por puro rencor.

Y luego estaban los camiones de reparto.

El camión de cinco metros aparcado justo delante de West's Hardware, bloqueando la entrada mientras el conductor descargaba palés de espuma floral y mercancía al ritmo pausado de un hombre

al que le pagaban por horas para arruinarle la mañana a ella específicamente.

—¿Puede moverse? —preguntó Sage—. Está bloqueando la puerta.

Apenas la miró.

—Señora, me quedan ocho paradas. Estoy descargando aquí.

—Pero es que está...

—Cinco minutos. Tranquila.

Cinco minutos se convirtieron en doce, y Sage observó a través de su ventana cómo Cole salía a la acera, miraba el camión, miraba la tienda de ella, se ponía las manos en las caderas y luego las dejaba caer, y se quedaba allí respirando despacio y con deliberación, como un hombre que cuenta hasta diez sin conseguir el resultado que busca. No dijo nada. Se cruzó de brazos y esperó mientras uno de sus clientes intentaba escurrirse junto al camión con una bolsa de mezcla de hormigón en brazos, y cuando el trasto por fin se alejó, le pilló la mirada a través del cristal y se la sostuvo durante tres segundos que consiguieron durar bastante más de tres segundos.

Luego se dio la vuelta y volvió a entrar.

Sage volvió a sus bocas de dragón y a la piedra de culpa que tenía instalada en el pecho, y le recordó, con firmeza, que ella no había contratado personalmente el camión.

La piedra no le hizo caso.



El arreglo de boda peleó con ella durante veinte minutos antes de rendirse por fin y aceptar ser hermoso.

Dio un paso atrás con las tijeras de cinta aún en la mano y contempló lo que había creado: rosas color crema y dalias sonrosadas cayendo en cascada como si hubieran crecido así, eucalipto serpenteando entre todo en espirales verde plateado. La novia había pedido romántico pero no aburrido, y Sage le había

dado algo que parecía espontáneo, salvaje y vagamente caro, que era precisamente el truco del oficio y la parte que nadie veía.

Pasó un dedo por un pétalo de dalia, suave como la piel y más oscuro en los bordes, y sintió cómo la vieja satisfacción callada se le asentaba en el pecho. Esta parte nunca perdía su magia. Toda esa extraña alquimia: tallos, alambre y cinta entrando por un lado y algo que paraba a la gente en la calle saliendo por el otro.

La tienda olía a rosas, a verde y a posibilidad.

Le dolían las manos, le dolía la espalda. Llevaba despierta desde las cuatro y media, y apenas era mediodía.

Merecía la pena.



Los expositores de la acera habían sido idea suya: arreglos preciosos en cubos galvanizados colocados justo al borde del bordillo para atraer a la gente. Gancho visual. Merchandising. Cebo para Instagram.

Un plan impecable, hasta que llegó el viento.

La primera ráfaga mandó pétalos de rosa volando por la acera en una estela rosada que pareció artística durante unos treinta segundos y luego pareció basura, así que los barrió, recolocó los cubos y volvió a entrar. Al día siguiente el viento tumbó un cubo entero de eucalipto, y el agua se extendió por el hormigón en una mancha oscura que fue a acumularse, con lo que solo podía interpretar como malicia personal, justo en la base de la puerta de Cole.

Estaba de rodillas con un puñado de papel de cocina, recogiendo lo que la fregona no pillaba, cuando la puerta se abrió encima de ella.

—Tus cubos se están cayendo —dijo Cole.

Levantó la vista. Estaba a contraluz con las luces de su tienda detrás, así que no podía leerle la cara, solo la voz, que se había

vuelto plana de esa manera concreta que significaba que estaba haciendo un esfuerzo real por mantener la calma.

—Lo sé —dijo ella—. Lo estoy arreglando.

—Es la segunda vez esta semana.

—Ya lo sé.

Volvió a fregar, y él no se fue; lo oyó cambiar el peso de un pie a otro detrás de ella, sintió el silencio alargarse hasta cobrar textura.

—Daisy nunca hizo esto —dijo por fin.

Las manos de Sage se quedaron quietas sobre la fregona. Treinta años. Daisy había llevado esta esquina durante treinta años sin inundar ni una sola vez el umbral del hombre, y aquí estaba su hija, anegándole la entrada con una regularidad que empezaba a ser semanal.

Se puso de pie, el agua goteando de la fregona sobre el suelo que acababa de limpiar.

—No soy mi madre.

—Ya lo veo.

Volvió a entrar, y la puerta se cerró con un clic tan suave que resultó casi cortés, lo cual era más insultante que un portazo.

Sage terminó de fregar, arrastró los cubos tan lejos de su puerta que quedaron prácticamente pegados a su propia ventana, y escurrió la fregona con las manos entumecidas por el agua fría. Luego hizo lo que hacía siempre: pasarse las siguientes cuatro horas construyendo, con sumo cuidado, la respuesta demoledora que debería haber soltado en el momento. Le vino hacia la segunda corona fúnebre: «Sí, bueno, Daisy tampoco tuvo que aguantarte a ti».

Demoledor. Habría dado de lleno en el blanco.

Una verdadera lástima que se le hubiera ocurrido mientras estaba hasta los codos de helechos, tres horas y todo un tono emocional demasiado tarde para servirle de algo a nadie.

Lo de la música llevaba un tiempo gestándose hacia un enfrentamiento inevitable.

Sage trabajaba hasta tarde casi todas las noches y necesitaba música para hacerlo —siempre había sido así, porque el silencio hacía que su cabeza se llenara de ruido—, así que la música tenía que sonar más alta, todas las preocupaciones y las dudas agolpándose hasta que no podía oírse pensar por encima del estruendo de su propia incertidumbre. Así que llenaba Bad Seeds de rock clásico y folk indie e intentaba no pensar en la pared que compartía con West's Hardware.

Llamaron a la puerta sobre las diez, con golpes fuertes e inconfundiblemente ofendidos, y cuando abrió, Cole estaba allí en vaqueros y una camiseta desteñida con pintura en un hombro, con aspecto cansado. No parecía cansado y molesto a la vez, sino solo cansado, de ese cansancio que viene de demasiadas horas trabajando y muy pocas durmiendo, aunque ella no tenía por qué saber distinguir eso en su rostro, y archivó el hecho de que podía hacerlo.

—Son las diez —dijo él.

—Sé qué hora es.

—Puedo oír tu música a través de la pared.

—No está tan alta.

—Lo está cuando intento trabajar.

—¿Trabajar? Yo también estoy intentando trabajar.

—Inventario. Facturas. Cosas que requieren concentración —se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el índice—. ¿Puedes bajarla?

El «por favor» estaba ahí en alguna parte, implícito aunque nunca pronunciado en voz alta, y ella había tenido toda una discusión cargada y lista hasta que lo miró bien: agotado hasta los cimientos, de una manera que le quitó las ganas de pelear sin hacer ruido.

—Vale —dijo ella—. La bajaré.

—Gracias.

Él dio tres pasos antes de detenerse y mirar atrás, y ella se adelantó, antes de que él pudiera decir lo que fuera.

—No estaba intentando molestarte.

Algo cambió en su rostro. La línea dura de su boca no se movió, pero sus ojos sí, solo ligeramente —o ella decidió que lo hicieron, lo cual, en la oscuridad de su propio umbral, venía a ser lo mismo—.

—Lo sé —dijo él.

Cerró la puerta y bajó la música hasta casi nada, y su cabeza se llenó de ruido como siempre, cada preocupación que había estado ahogando inundando de golpe el silencio. Aguantó quince minutos. Luego la subió de nuevo, solo lo suficiente para poder pensar, diciéndose que él ya se había ido de todos modos, que era su tienda, y que el hombre no podía pretender razonablemente que montara centros de mesa en una tumba.

A la mañana siguiente, había una nota pegada en su puerta trasera.

Todavía demasiado alta. —CW

Se quedó mirándola un rato. Letras de imprenta, perfectamente precisas, las iniciales firmadas al final como si estuviera presentando una queja formal ante un organismo con jurisdicción. La arrugó, la tiró a la basura y se dijo a sí misma que no le importaba.

Permaneció arrugada en la basura todo el día. Le importó de todos modos, y le fastidió cada minuto que pasó pensando en ello.



Ruby y Zara aparecieron una noche con vino y comida para llevar y una carpeta llena de preguntas incisivas, porque eran ese tipo concreto de amigas: las que se daban cuenta de que llevabas días alimentándote de café frío y simplemente aparecían para hacer algo al respecto sin que nadie se lo pidiera.

—Cuéntanos la versión real —dijo Zara, dejándose caer en el sofá —. No la versión de Main Street.

La versión real era que Sage estaba agotada, que sus entregas no dejaban de bloquear la puerta de Cole, y que no podía dejar de

pensar en un hombre que presentaba sus quejas por ruido en letras de imprenta. Eligió no compartir nada de eso.

—Es difícil —dijo—. Pero está funcionando. La gente compra flores. Frank elogió mis dalias.

—Eso es enorme —dijo Zara, y luego, con el aire de alguien que lo había estado conteniendo todo el día—: Dios mío, Tommy reorganizó mis estanterías. Sin preguntar. Lo ordenó todo alfabéticamente. Tengo un sistema, está basado en la vibra, el color del lomo y cuánto confío en el autor, y él simplemente... —hizo un gesto estrangulado— le impuso el alfabeto como un hombre que nunca ha tenido un sentimiento sobre un libro en su vida.

—Estaba intentando ser útil —dijo Ruby.

—Estaba intentando tener razón. Hay una diferencia —Zara alcanzó el vino—. En fin. Hablando de apuestas arriesgadas, por fin envié mis páginas a esa agente de Boston. Tina-algo. No llegará a ninguna parte, pero hay que intentarlo, ¿no?

—¿Tina? —Ruby arqueó las cejas—. ¿La ex de Cole, Tina?

—¿Ah, sí? Vaya —Zara se encogió de hombros, ya tres pensamientos más adelante—. Qué pequeño es el mundo. En fin, dijo que leería los tres primeros capítulos, que son tres más de los que consiguieron los últimos cuatro agentes.

Y entonces Ruby, que era constitucionalmente incapaz de dejar un hilo sin tirar, dejó su copa de vino y dijo:

—Bueno. ¿Qué tal tu vecino?

Sage dedicó toda su atención al pad thai.

—¿Qué vecino?

—El de la camioneta que destrozaste.

—Está bien.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Tampoco es relevante.

—Oh, es muy relevante —Zara se inclinó hacia delante—. Ruby dice que ayudó a instalar tu letrero.

—Bill necesitaba ayuda para levantarlo.

—Y Cole simplemente estaba allí.

Ruby y Zara intercambiaron una mirada que decía «nos lo estamos pasando en grande y ella no tiene ni idea».

—Qué —dijo Sage.

—Nada. Solo que los hombres no suelen presentarse voluntarios para colgar carteles en tiendas que odian.

—No odia la tienda. Me odia a mí. Hay una diferencia.

—¿La hay? —la sonrisa de Ruby era pura picardía—. Porque es prestarle mucha atención a una mujer con la que supuestamente no soporta compartir pared.

Sage dejó la copa de vino con gesto contundente.

—Somos vecinos. Eso es todo.

—Claro —dijo Ruby, sonriendo con la mirada en su copa.

Ya era tarde cuando se fueron, y el apartamento se sentía más cálido después de que ellas lo llenaran, y Sage se sentía más ligera de lo que se había permitido reconocer que había dejado de sentirse. Ruby la abrazó en la puerta.

—Lo estás haciendo genial.

—Saluda a Tommy de mi parte —le gritó Sage a Zara—. Y vuelve a poner tus libros como estaban.

—Ya lo hice. Está fingiendo que no le duele.

Bajaron las escaleras todavía discutiendo, y Sage se quedó en el umbral un momento más de lo necesario, escuchando cómo sus voces se desvanecían.



El primer frío de verdad de septiembre llegó de noche: una mañana con un aire que mordía y las hojas apenas empezando a plantearse cambiar de color. Sage cargaba tres cubos de flores desde el coche hasta la tienda, con los brazos llenos, los hombros protestando y el agua oscilando peligrosamente cerca de los bordes, cuando llegó a la puerta y se dio cuenta de que no existía ninguna versión de la física en la que también pudiera abrirla.

Se quedó en la acera y consideró el problema.

—¿Necesitas ayuda?

Cole. Por supuesto. Por lo visto le habían asignado una deidad guardiana con sentido del humor, y este era el tipo de cosas que le parecían graciosas.

—Estoy bien —dijo ella.

—Tienes las manos ocupadas.

—Muy observador.

Él alargó el brazo por encima de ella hacia el pomo, lo bastante cerca como para que le llegara su olor entero: jabón, serrín y café. Abrió la puerta y la sostuvo. Pasar requirió un contoneo lateral poco digno que le presionó el hombro brevemente contra el pecho de él, sólido y cálido en el aire frío de la mañana.

—Gracias —dijo ella en cuanto estuvo a salvo dentro.

Él emitió un sonido que, siendo generosos, podría transcribirse como «de nada», y dejó que la puerta se cerrara.

Sage se quedó en medio de la tienda mirando fijamente el lugar donde él había estado de pie. No significaba nada. Los vecinos ayudaban a los vecinos a cargar cosas; era una ley no escrita de pueblo pequeño, más antigua que cualquiera de los dos.

El hombro todavía le ardía donde lo había tocado.

Y en los últimos cuatro segundos, sin consultar al resto de su cerebro, había formado opiniones detalladas sobre cómo olía aquel hombre. Aquello era una catástrofe de primer orden. Cogió el cubo más cercano y pasó la siguiente hora arreglando flores con la concentración sombría y fija de una mujer que huye de la escena de un crimen que tiene toda la intención de volver a cometer.



El viento seguía ensañándose con sus cubos, y una mañana estaba fuera con la escoba, barriendo un reguero de eucalipto y pétalos de rosa, cuando Cole cruzó la calle y se detuvo a unos metros, mirando los cubos volcados con el ceño fruncido, como si fueran un fallo estructural que lo hubieran llamado a evaluar.

—Necesitas sacos de arena en el fondo —dijo.

Ella alzó la vista de la escoba.

—¿Qué?

—Los cubos. Sacos de arena en el fondo. Evita que se vuelquen.

Y entonces no esperó a que ella respondiera, ni se explicó más, ni se ofreció a enseñarle cómo: simplemente se dio la vuelta y volvió a su tienda, como si soltar un solo consejo útil le hubiera costado un esfuerzo enorme y acabara de gastar en ella toda su cuota mensual.

Sage se quedó allí mirando el espacio donde había estado, dándole vueltas. Se había fijado. Lo que significaba que la había visto perder contra el viento las suficientes veces como para tener la solución preparada antes de que ella siquiera preguntara, posiblemente mientras se tomaba el café, posiblemente mientras disfrutaba del espectáculo: una línea de pensamiento que examinó durante exactamente un segundo antes de guardarla en algún lugar donde no tropezaría con ella más tarde.

La bolsa de arena apareció en su escalón trasero a la mañana siguiente. Sin nota. Solo veintitrés kilos de arena de obra con la esquina rasgada donde alguien había comprobado el peso antes de cargarla cruzando dos locales en la oscuridad.

Se agachó en el suelo frío y pasó el pulgar por el plástico rasgado.

Absolutamente, definitivamente no estaba pensando en sus manos. Manos fuertes y cuidadosas que habían levantado esta bolsa, decidido sí, esta, esta sujetará sus cubos, y la habían cargado antes del amanecer para dejarla en su escalón sin siquiera una nota para apuntarse el tanto, lo cual era de alguna manera la parte más exasperante de todo...

No. No estaba pensando en ello. Tenía flores de las que ocuparse y una política, recién promulgada, contra esa categoría exacta de pensamiento.

Arrastró la bolsa adentro y llenó los cubos uno por uno; la arena se asentó en el fondo, pesada y sólida, anclándolos, y cuando volvió a sacarlos, no se movieron ni un ápice cuando el viento los azotó.

Problema resuelto.

Aguantó hasta el mediodía antes de derogar la política y pensar en sus manos de todos modos.



A LAS ONCE DE esa noche, Sage estaba en la mesa de la cocina, sumergida en pedidos al por mayor con tres pestañas del navegador abiertas, y llevaba horas con música puesta sin haberse dado cuenta de que la había puesto.

Se había acostumbrado a mantenerla baja, incluso aquí, a dos casas y una valla de distancia de cualquiera con derecho a quejarse, pero esta noche se había olvidado de sí misma y había dejado que Stevie Nicks y el resto de Fleetwood Mac llenaran la cocina mientras cuadraba las facturas del mes y organizaba los pedidos de la semana siguiente, el volumen subiendo poco a poco como siempre hacía en cuanto su cerebro se enganchaba a una tarea.

Estaba a punto de aprobar una fecha de entrega cuando lo oyó.

Música.

No de sus altavoces. De fuera.

Apagó la suya y se quedó muy quieta. Era tenue pero inconfundible: guitarra y batería atravesando nítidamente la oscuridad de septiembre, llegando desde la casa de al lado, desde la de Cole, justo al otro lado de la valla. «Free Bird». Lynyrd Skynyrd. Apenas audible a esa distancia.

Había visto la luz del porche encendida cuando volvía tarde a casa. Había oído su camioneta aparcar en la entrada por las noches. Pero nunca música, nunca nada que sugiriera que su vida iba más allá de las cuatro paredes de la ferretería.

Hasta ahora.

Fue hasta la puerta principal, la abrió y salió al porche. El frío la envolvió de golpe, anunciando que el verano había terminado definitivamente. Arriba, las estrellas habían salido en masa, nítidas y cercanas.

La música llegaba flotando desde su lado de la valla. No era alta. Apenas perceptible. Pero deliberada.

Sage se sentó en el escalón del porche y se arrebujó en el cárdigan, y cuando el solo de guitarra ascendió y estalló, cerró los

ojos y se dejó llevar.

La canción terminó. Empezó otra. «Dream On».

Debería entrar. Eran casi las once y media, el mercado abría a las cuatro y media, y nadie sabía mejor que ella lo que el mañana le iba a pasar factura por esto.

Se quedó.

La música cambió a algo más tranquilo, y entonces lo reconoció: «Landslide». Fleetwood Mac. Su Fleetwood Mac, lo mismo que ella había puesto en la cocina hacía una hora.

Quizá una coincidencia.

O quizá no.

Era una mujer adulta sentada en un escalón helado del porche a medianoche, escuchando a escondidas el estéreo de su vecino como una lunática.

La canción seguía sonando.

No se movió.

CAPÍTULO
Siete

El problema de ser vecinos era que hacía astronómicamente difícil evitar a un hombre, un hecho que Sage descubrió la mañana en que salió a su jardín con café tibio y el optimismo vacío de quien aún no llevaba despierta el tiempo suficiente para saber lo que le esperaba. Sus tomates necesitaban tutores. Su albahaca estaba organizando una toma hostil del bancal de hierbas. Toda la situación requería intervención antes del trabajo, y había dado exactamente cuatro pasos en el jardín cuando la puerta de Cole se abrió.

Bajó los escalones de su porche en pantalón corto de running y una camiseta gris desteñida, auriculares ya puestos, y no miró hacia ella; solo apoyó una mano en la barandilla y estiró un cuádriceps mientras ella se quedaba paralizada en medio de su propio jardín, sosteniendo un ovillo de cordel y un tutor de tomate como una mujer a la que hubieran pillado planeando un crimen.

La valla entre sus jardines era baja. Decorativa. Diseñada, claramente, por alguien que jamás había considerado que dos seres humanos pudieran necesitar que fuera lo bastante alta para esconderse detrás a las seis de la mañana.

Él la vio a mitad del estiramiento. Ella se quedó inmóvil, tutor en mano. Ambos se quedaron muy quietos, dos personas fingiendo ser adornos de jardín.

Luego él asintió. Breve. Cortés. Exactamente el gesto que le harías a un desconocido en un paso de cebra.

Ella le devolvió el gesto.

Él echó a correr, y Sage se quedó en su jardín digiriendo dos datos que no había pedido conocer: que Cole West corría por las mañanas, y que Cole West tenía las pantorrillas de un hombre que llevaba años haciéndolo.

Clavó el tutor en el suelo con más fuerza de la estrictamente necesaria para el tomate.

A partir de entonces, decidió ajustar sus horarios de jardinería para no coincidir con su carrera, no por él, se dijo, sino porque era su jardín y podía poner tutores a los tomates cuando le diera la gana.

Siguió haciéndolo a las seis y media de todos modos, algo que se negó a analizar.



Estaba en su porche con una copa de vino y esa quietud absoluta de quien está demasiado cansada para levantarse cuando la camioneta de él se detuvo en la entrada de al lado. El aire de septiembre se había enfriado lo suficiente para ponerse una rebeca, y en algún lugar calle abajo, el señor Henderson cortaba el césped en franjas diagonales perfectas, y el olor a hierba recién cortada llegaba con la brisa.

Cole bajó con bolsas de la compra en ambas manos, de las reutilizables que indicaban que era una persona organizada, y Sage sintió un repentino interés académico por la pintura de la camioneta. Puramente profesional. Control de calidad. El rosa había desaparecido definitivamente.

Él se volvió hacia el porche de ella.

Ella se concentró intensamente en la casa de enfrente, bebiendo su vino, fascinada por el columpio del porche que los Miller no habían usado en la vida. Cuando se arriesgó a echar otra mirada, él había sacado una barbacoa de carbón a su porche, y podía verlo por encima de aquella traidora vallita: colocaba los carbones en una pirámide precisa y los encendía con una cerilla larga en lugar de

pastillas, lento, deliberado, con las manos en los bolsillos mientras esperaba a que prendieran.

El olor a humo de carbón llegó primero. Luego el pollo. Luego el ajo, y algo con romero que hizo que su estómago montara una furiosa protesta pública contra la barrita de cereales que había llamado cena.

Se movía alrededor de aquella barbacoa igual que se movía por su ferretería: sin prisa, competente, un hombre que había hecho algo cien veces y lo haría cien más sin sentir la menor necesidad de apresurarse en ninguna de ellas. Y había algo en esa competencia serena y constante que le oprimía el pecho de un modo que le molestaba profundamente.

Cuando se agachó para remover los carbones, la camiseta gris se le tensó en la espalda, y Sage descubrió, sin haberlo pedido, que tenía opiniones sobre la forma concreta en que se movían los omóplatos de aquel hombre.

Opiniones detalladas. Del tipo que exigía soltar la copa de vino antes de hacer algo con ella que luego tendría que explicar.

Entró en casa antes de hacer algo verdaderamente imperdonable, como acercarse a la valla y preguntarle a qué temperatura tenía el pollo.



Ruby la acorraló en Scattered Beans, apoyada en el mostrador con la expresión inconfundible de una mujer que guardaba pensamientos que tenía toda la intención de compartir.

—Así que... —dijo Ruby.

—Así que... —repitió Sage, ya en guardia.

—Tu vecino.

—Tengo varios vecinos.

—El de la camioneta que arruinaste.

Sage dio un sorbo muy largo y muy estratégico a su café.

—¿Qué pasa con él?

—Está soltero, ¿verdad?

El café se le fue por el otro lado. Sage tosió, con los ojos llorosos.

—¿Qué?

—Cole. ¿Soltero?

—¿Cómo voy a saber eso?

—Sois vecinos —la sonrisa de Ruby era pura maldad sin diluir—. Los vecinos saben cosas.

—No somos ese tipo de vecinos.

—¿Qué tipo sois?

—Del tipo que asiente cortésmente y finge que el otro no existe.

—Fascinante —Ruby apoyó la barbilla en la mano y se acomodó como quien se prepara para una función de tarde—. ¿Y qué tal te está funcionando?

Sage dejó la taza con la fuerza suficiente para que el hielo saltara por el borde.

—Bien.

—Te estás sonrojando.

—No estoy... —se llevó las manos a las mejillas, que estaban calientes, las traidoras—. Hace calor aquí.

—Estamos a veinte grados.

—Tu cafetera calienta mucho.

—Beatrice está a cinco metros de distancia y lo sabes.

—Lo único que tienes —dijo Ruby, cruzada de brazos con satisfacción insufrible— es un caso clásico de atracción por el vecino. Los síntomas incluyen sonrojo excesivo, mensajes defensivos en mayúsculas y reorganizar toda tu vida de jardinería en torno al cardio de un hombre.

Sage se aferró a su café como a un salvavidas. —Tengo que irme. Flores. Muchísimas flores. Todas urgentes.

—Ajá. —La sonrisa de Ruby no se movió ni un milímetro—. Saluda a Cole de mi parte.

—No voy a... él no... nosotros no...

—Que tengas un buen día, Sage.

Huyó, y apenas había recorrido media manzana cuando le vibró el teléfono.

ZARA

Ruby dice que te has puesto roja hablando de Cole

SAGE

NO ES VERDAD

ZARA

mayúsculas. sin duda la respuesta serena de una mujer que no tiene nada que ocultar

Sage se guardó el teléfono en el bolsillo y volvió al trabajo, donde las flores, al menos, tenían la decencia de no opinar sobre su vida amorosa.



La oficina de correos la pilló desprevenida.

Tenía tres paquetes que enviar: flores de boda con destino a Springfield, un pedido corporativo para Hartford, un arreglo de condolencias para un funeral en Northfield. Los había arrastrado por toda Main Street mientras se prometía, una vez más, que empezaría a usar el servicio de recogida a domicilio como alguien con la vida resuelta.

Solo había tres personas en la cola cuando entró. Cole era el último.

Se detuvo tan en seco que la de detrás casi se la lleva por delante.

Él llevaba una caja de tarifa plana bajo un brazo y el teléfono en la otra mano, pasando pantallas, y aún no la había visto. Todavía podía irse. Volver más tarde. Evitar toda la situación con su dignidad técnicamente intacta. Pero las flores de boda tenían que salir hoy, así que se puso en la cola detrás de él y aceptó su destino.

Él levantó la vista. Sus miradas se cruzaron. Él apartó los ojos, luego volvió a mirarla, luego los apartó otra vez, como quien intenta descifrar el protocolo de una situación para la que ningún manual de protocolo lo había preparado. Sage concentró toda su atención en

las etiquetas de dirección, que ya había revisado dos veces y ahora revisaba por tercera vez con una concentración desmedida.

La voz automatizada sonó por el altavoz. —Atendiendo al cliente treinta y siete en la ventanilla dos.

Cole murmuró algo entre dientes.

A Sage se le escaparon las palabras antes de que su cerebro diera el visto bueno. —Odio esas cosas.

Él la miró. —¿Qué?

—Los sistemas automatizados. Esa voz siempre suena como si le decepcionara personalmente que existas.

Sus ojos se iluminaron —no era una sonrisa, pero algo que se le parecía—. —La música de espera es peor.

—Ah, la música de espera. —Se cambió los paquetes al otro brazo—. Treinta minutos de jazz que suena como si lo hubieran grabado dentro de una lata.

—Mientras la voz no para de repetirte que tu llamada es muy importante para ellos.

—Pero no lo bastante importante como para contratar a un ser humano de verdad.

—Atendiendo al cliente treinta y ocho en la ventanilla uno —dijo la voz, con suficiencia.

—¿Ves? —dijo Sage—. Nos está juzgando.

Esa vez la boca de Cole sí se movió. —No te falta razón.

La cola avanzó. —Siempre escribo notas de agradecimiento —se oyó decir, sin saber por qué seguía hablando, salvo que el silencio le parecía peor que el riesgo—. En papel de verdad. Mi letra es horrible, pero resulta más auténtico que un correo electrónico.

Él la miró. —Igual.

—¿En serio?

—Los pedidos de clientes. Los escribo a mano. —Se cambió la caja de brazo—. El correo electrónico me parece... vago.

—Exacto. Hay algo en...

Los dos se callaron a la vez.

Habían estado terminándose las frases. Dándose la razón. Manteniendo, contra todo pronóstico y todo precedente, una conversación que no era una discusión.

Sage estudió sus paquetes. Cole estudió la pared. Detrás de ellos, la mujer de la cola carraspeó con toda la intención.

—Atendiendo al cliente treinta y nueve en la ventanilla dos —dijo la voz sin vida.

Él se acercó a la ventanilla, y Sage no pudo oír lo que decía, pero lo vio deslizar la caja sobre el mostrador, responder a una pregunta y luego negar con la cabeza ante algo... y Margaret, que llevaba trabajando en esa oficina de correos desde que Sage usaba coletas, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que le arrugó toda la cara.

Vaya. Así que Cole West tenía una sonrisa capaz de hacer reír a las empleadas de correos. Y había estado reservando hasta la última gota de su mal humor para ella, específicamente, como quien lo raciona para una ocasión especial.

No tenía ni idea de qué hacer con esa información, así que la archivó junto a las pantorrillas y los omóplatos, en el cajón que se había prometido dejar de abrir.

Él terminó en la ventanilla y pasó de largo sin mirarla. Le deseó un buen día a un punto en el aire situado a la izquierda de su hombro, con la nuca enrojeciéndole por encima del cuello de la camisa.

—Igualmente —le dijo ella a su espalda.

La puerta se cerró tras él. Rápido.

—Número cuarenta —repitió la empleada. Sage volvió a la realidad, llevó sus paquetes a la ventanilla e intentó recordar, partiendo de cero, cómo funcionaban las direcciones.



Después de cerrar, reorganizó el cajón de las cintas.

No hacía falta reorganizarlo. Lo había hecho el mes pasado, por colores, y desde entonces funcionaba de maravilla. Pero sus manos necesitaban una tarea y su cerebro necesitaba dejar de darle vueltas a lo de la oficina de correos, así que sacó todos los carretes y

empezó de cero. Alfabéticamente, esta vez. Azul, beige, burdeos, champán, crema.

A mitad del proceso, se descubrió con un carrete de cinta color crema en la mano, pensando en la letra de Cole. Letras de imprenta. Precisas. ¿Escribiría sus notas de agradecimiento en papel normal o en algo con el nombre de la tienda? ¿Con pluma estilográfica o con lo que tuviera más a mano? ¿Empezaría con *Estimado* o iría directo al…

Metió la cinta crema entre burdeos y champán, lo que saboteó todo el sistema alfabético, y empezó de nuevo por anchura. Luego por material: satén, grosgrain, terciopelo. Una hora después, había organizado el cajón de tres formas distintas, le olían las manos a polvo y cartón viejo, y las cintas nunca en su vida habían estado más ordenadas.

Todo estaba bien.



El espejo llegaba al día siguiente, y llevaba toda la semana planeando la instalación: una pieza vintage con un marco dorado muy ornamentado que proyectaría la luz de la tarde desde los escaparates por toda la estancia y haría que la tienda pareciera el doble de grande. Más parecida a la imagen que llevaba en la cabeza.

Ya había elegido el lugar. Medido dos veces. Pasado el detector de vigas por el yeso y marcado los puntos con pequeñas X de cinta de pintor azul.

Tommy le había advertido sobre el edificio, pero ella había colgado muchas cosas pesadas en su vida. Estanterías. Cuadros. Aquel espejo verdaderamente enorme de su antiguo dormitorio que, por lo que sabía, seguía aferrado con valentía a una pared de Nueva York.

¿Tan diferente podía ser?

Dio un paso atrás y contempló las dos X azules en la pared, y sintió la pequeña y serena satisfacción de una mujer con un plan.

Todo iba a salir bien.

CAPÍTULO
Ocho

El problema de querer demostrar que podías hacer algo tú sola era que al final tenías que hacerlo de verdad.

Sage estaba subida a una escalera de mano, taladro en mano, mirando la pared con la esperanza de que le proporcionara orientación divina. El espejo estaba apoyado contra el mostrador detrás de ella: dos metros y medio de dorado ornamentado que había encontrado en un mercadillo de antigüedades y del que se había enamorado al instante. Iba a quedar perfecto. Dramático. Una pieza de impacto que haría que la tienda pareciera saber lo que hacía.

Había medido dos veces. Encontró un tutorial de YouTube titulado «Cómo colgar espejos pesados como una experta». El tipo del vídeo lo había hecho parecer fácil, y llevaba un cinturón de herramientas, así que estaba claro que sabía lo que hacía.

Sage apretó el gatillo.

La broca se hundió en el yeso, encontró resistencia e hizo un sonido como un pequeño estallido.

El agua le dio en la cara.

No un goteo. Un géiser en toda regla.

El cerebro de Sage pasó por varias etapas a toda velocidad: *Qué raro* dio paso a *Oh no*, que dio paso a *DIOS MÍO*, que dio paso a un grito interno sin palabras mientras el agua helada brotaba de la pared con lo que parecía saña personal.

Soltó el taladro —lo cual probablemente era un peligro, pero parecía menos importante que el AGUA QUE LE ESTABA ROCIANDO LA CARA EN ESE PRECISO INSTANTE— y se tapó el agujero con la mano. El agua brotó entre sus dedos. Lo cual no sirvió absolutamente de nada, salvo para hacerla sentir más estúpida.

Agarró una toalla del mostrador del fondo y la apretó contra la pared. La toalla se oscureció al instante. El agua le corría por los brazos, bajaba por la pared y se acumulaba en el suelo más rápido de lo que parecía físicamente posible.

El cerebro de Sage estaba atascado en un bucle: *páralo páralo páralo*, pero la toalla no paraba nada, y no sabía qué más hacer, y el agua seguía saliendo, y en algún lugar en el fondo de su mente, una vocecita le susurraba que el agua no se quedaba contenida en un solo lado de una pared compartida…

Oh no.

Oh no.

La puerta principal se abrió de golpe con la fuerza suficiente para hacer temblar el cristal.

Cole estaba en el umbral, con una expresión que había dejado atrás la furia y rozaba lo apocalíptico.

—¿Qué —dijo, con voz mortalmente calmada— has hecho?

Las manos de Sage seguían presionadas inútilmente contra la pared, con el agua cayéndole encima. El vestido vintage se le pegaba a la piel.

—Estaba colgando un espejo…

—Has perforado una tubería de agua.

—¡No sabía que había una tubería ahí!

—¡Es un edificio de cien años! —gritaba ahora, gritaba de verdad —. ¡Hay tuberías por todas partes! ¡No puedes ir haciendo agujeros en las paredes así como así!

—No estaba haciendo agujeros al azar, medí…

—¡Mediste para la estética, no para las instalaciones!

No se equivocaba, lo que lo hacía peor.

La combinación de estar de pie en medio de una inundación, empapada, aguantando los gritos de Cole West mientras él tenía absoluta e irritantemente la razón… le hizo escocer los ojos. Las

lágrimas llegaron sin permiso, calientes y humillantes, y se mezclaron con el agua de su cara.

Cole se quedó a media frase.

Sage no podía mirarlo. Estaba llorando, y empapada, y todo aquello por lo que había trabajado estaba literalmente bajo el agua, y lo peor era que él tenía razón: no sabía lo que estaba haciendo, y quizá debería haber dejado todo como lo tenía su madre, seguro y aburrido y sin inundar…

Lo oyó moverse. Esperaba que se fuera, quizá. O que siguiera gritando.

En cambio, vadeó hasta el arreglo floral más cercano —un cuenco bajo de flores silvestres de finales de verano en el que había pasado una hora esa mañana— y lo levantó con cuidado del charco que se extendía.

—¿Qué estás…?

—¿Dónde lo pongo? —su voz seguía siendo áspera, pero la furia había desaparecido.

—Cole, no tienes que…

—¿Dónde?

Ella señaló el mostrador. Él dejó el arreglo, volvió a por el siguiente. Y el siguiente. Se movía por la tienda con eficiencia, las manos cuidadosas con los tallos aunque el agua le calara las botas.

—Deja de agobiarte —dijo—. La tienda está bien.

—Hay agua por todas partes…

—¿No se te ocurrió cerrar la llave general? —la pilló mirándolo—. ¿Dónde está la llave de paso?

Ella parpadeó.

—No…

Él maldijo entre dientes mientras se dirigía a la trastienda.

—Cómo no.

Sage oyó las tuberías golpetear, una válvula chirriar en protesta. El géiser de la pared titubeó, se debilitó, se detuvo. El silencio repentino resultó sobrecogedor.

Cole reapareció y echó un vistazo a los daños.

—Has tenido suerte. No tocaste la instalación eléctrica. El yeso está empapado, pero se secará —vadeó hasta la pared y examinó el

agujero—. En los edificios antiguos como este, a veces pasaban las tuberías por paredes compartidas. Más barato que llevarlo todo por el sótano. Le diste a la tubería del agua fría.

—Lo siento mucho…

—¿Tienes fregona?

Le trajo la fregona. Y toallas. Y la aspiradora de agua que había comprado hacía dos semanas y que todavía no había estrenado.

Trabajaron sin hablar: él absorbiendo lo peor del agua, ella escurriendo brazadas de toallas en el fregadero y comprobando si los zócalos se habían deformado. Cuando él le hizo un gesto hacia la aspiradora, ella ya la estaba enchufando. Habían hecho esto antes, se dio cuenta. No esto exactamente, pero sí trabajar en paralelo. Aquella vez que el camión de reparto de Cole había bloqueado su envío de flores de la mañana. La semana en que el pueblo se quedó sin luz y ambos necesitaban hielo. Pequeñas emergencias que requerían cooperación en lugar de competencia.

Trataba su trabajo con cuidado, aunque no dejaba de refunfuñar por todo. Los arreglos florales, reubicados en terreno más alto. La jarra vintage que tanto orgullo le había dado encontrar. Se movía por el espacio como si lo tuviera memorizado, y quizá así era: al fin y al cabo, sus tiendas compartían pared. Seguramente la oía reorganizar el inventario igual que ella oía su rock clásico colándose a la hora del cierre.

Cuando terminaron de fregar lo peor, él sacó un detector de vigas del bolsillo. Por supuesto que llevaba un detector de vigas en el bolsillo. Lo pasó por la pared, marcó dos puntos con un lápiz y miró el espejo.

—¿Ibas a colgarlo ahí? —señaló las marcas que ella había hecho.

—Medí y usé el detector...

—Mediste mal y está claro que no sabes usarlo. —Cambió la broca por una que sacó del bolsillo y perforó dos agujeros limpios en las vigas. Esta vez, sin géiseres.

Luego levantó el espejo.

Sage lo observó levantar dos metros y medio de espejo ornamentado como si no pesara nada, con el agua todavía cayéndole del pelo a los hombros, la camisa pegada a los músculos

que se le marcaban mientras colocaba los soportes con precisión meticulosa. Comprobó el nivel dos veces, ajustó, volvió a comprobar. Tenía las manos firmes a pesar de todo: la inundación, el desastre, lo que acababa de pasar entre ellos en aquel suelo mojado.

Encajó el espejo en la pared. Perfecto. Nivelado. Seguro.

—Listo.

Sage miró el espejo. Estaba exactamente donde lo había querido, reflejando la tienda entera: las paredes rosa chicle, el mostrador vintage, las flores que había arreglado esa mañana. Incluso empapado todo, incluso después del desastre, quedaba bien.

—Gracias —dijo en voz baja.

Cole recogía las herramientas sin mirarla.

—Llama a un fontanero para que revise esa tubería antes de colgar nada más.

—Cole...

—Y no taladres paredes sin comprobar antes las instalaciones.

—Lo sé. Lo siento. Yo... —No sabía cómo terminar la frase.

La tienda estaba en silencio salvo por el goteo. La crisis había pasado. El desastre, controlado. Él tendría que irse.

No se fue.

Cole dejó las herramientas. Se volvió hacia ella. Estaban más cerca de lo que Sage había pensado, tan cerca que tuvo que echar la cabeza ligeramente hacia atrás para mirarlo a los ojos. El agua se acumulaba a sus pies. La camisa de él se le pegaba al pecho. El vestido de ella se le adhería a la piel.

A Sage se le aceleró el pulso por razones que nada tenían que ver con tuberías rotas.

Algo había cambiado en su expresión: la ira se había apagado y dejaba al descubierto algo más crudo.

Debería retroceder. Poner distancia entre ellos. Darle las gracias otra vez y dejarlo marchar antes de que aquello se complicara más de lo que ya estaba.

La mirada de Cole bajó a su boca. Volvió a subir. Se quedó ahí.

—No te muevas —dijo en voz baja.

No era una orden. Era una petición. Quizá una advertencia. Se le había puesto la voz ronca, pero no de gritar.

Sage se quedó inmóvil. La mirada de él volvió a bajar a su boca, y ella supo lo que estaba a punto de pasar y no pudo obligarse a retroceder, no pudo obligarse a romper lo que fuera que había entre ellos...

Él la besó.

El pensamiento llegó después: después de que la boca de él encontrara la suya, después de que la mano de él le acunara la mandíbula con una suavidad que contradecía cada palabra cortante que le había lanzado. Tenía la palma mojada y fría por el agua, pero la boca cálida, con sabor a café negro y a algo mentolado, probablemente el chicle que mascaba cuando trabajaba.

Se lo había imaginado. Por las noches, cuando no podía dormir y la mente le jugaba malas pasadas, cuando lo oía al otro lado de la valla y se preguntaba. Pero su imaginación no se había acercado ni de lejos.

Cole no besaba como discutía: todo aristas y posiciones inamovibles. Besaba como si temiera que ella fuera a desaparecer. Suave. Tentativo. El pulgar de él le recorrió el pómulo, el callo raspándole la piel, y ella pudo oler el serrín en el pelo de él.

Le devolvió el beso antes de poder pensárselo mejor.

La otra mano de él le encontró la zona lumbar, sujetándola como si pudiera salir flotando, y a ella le pasó por la cabeza, casi con desesperación, que nunca se había fijado en lo cálidas que eran sus palmas, en cómo parecían arder incluso a través del algodón mojado. Él emitió un sonido grave, gutural, y profundizó el beso lo justo para que Sage olvidara que estaban de pie en medio de un desastre, olvidara que acababa de destrozar su tienda, olvidara todas las razones por las que aquello era una idea terrible.

La boca de él se movía contra la suya como si la estuviera aprendiendo. Tomándose su tiempo. Ella saboreó la menta en la lengua de él, sintió el roce de la barba contra su mandíbula. Notó cómo a él se le entrecortaba la respiración cuando la mano de ella le subió al hombro, el músculo tensándose bajo su palma, el ángulo preciso de su cabeza que hacía que el beso pareciera inevitable.

El corazón de Sage le latía con fuerza contra las costillas. Podía sentir el pulso de él saltándole bajo los dedos, allí donde le había

encontrado el cuello. Los dos empapados, los dos respirando con dificultad, los dos fingiendo que aquello no lo estaba cambiando todo.

Se separaron despacio. A regañadientes. La frente de él descansó contra la de ella, la respiración agitada, y durante un segundo perfecto, el mundo fue solo ellos dos y el agua que aún goteaba de las paredes.

Ninguno de los dos se movió.

Sage aún tenía los ojos cerrados. Abrirlos haría aquello real, significaría enfrentarse a lo que acababa de pasar, y todavía no estaba preparada. Sentía la mano de Cole aún acunándole la mandíbula, el pulgar trazándole dibujos distraídos en el pómulo, como si hubiera olvidado que la tenía ahí.

El aliento de él era cálido contra su boca. Lo bastante cerca para volver a besarlo. Lo bastante cerca para sentir el momento exacto en que él recordó dónde estaban.

La mano de él se apartó de su rostro.

La pérdida fue casi física.

Sage abrió los ojos. Cole la miraba como si no la hubiera visto en su vida, con una expresión a medio camino entre el aturdimiento y el terror. El agua le goteaba del pelo. La camisa se le pegaba al pecho. Los dos seguían de pie en un charco, rodeados del desastre de ella, y la realidad los golpeó de lleno.

—No debería haber... —empezó Cole, retrocediendo.

—Eso ha sido un error —dijo Sage.

—Sí. —Aún tenía la mano suspendida cerca del rostro de ella, como si hubiera olvidado cómo apartarla—. Lo ha sido.

Los dos mentían. Los dos lo sabían.

Cole retrocedió primero, y la mano le cayó del todo. Cogió sus herramientas sin mirarla. —Tengo que revisar mi lado. Ver lo grave que es el daño.

—Cole...

—Solo... —Se detuvo en la puerta—. Llama a un fontanero. Mañana.

Y se fue.

Sage se quedó de pie en el suelo húmedo, sola, y se tocó la boca. Sentía los labios hinchados. La cara aún le ardía donde había estado la mano de él. El espejo colgaba perfectamente recto y le devolvía su reflejo: empapada, despeinada, completamente destrozada.

Todo seguía goteando.



Sage no durmió.

Tampoco se cambió el vestido húmedo, lo que visto en retrospectiva parecía una tontería, pero cambiarse de ropa era como admitir lo que acababa de pasar, y todavía no estaba lista para admitir nada.

Para cuando Tommy Sullivan apareció a la mañana siguiente, iba por su cuarto café. Tommy arreglaba la mitad de las cosas rotas en Millbrook Falls; si tenías una fuga, un hundimiento o un agujero, llamabas a Tommy antes que a cualquier empresa con logo en la furgoneta.

Echó un vistazo al agujero en la pared, luego al ventilador que ya rugía en la esquina, y asintió como quien confirma un diagnóstico.

—Me han dicho que Cole y tú tuvisteis un día emocionante.

A Sage se le encendió la cara.

—¿Puedes hacer algo o no?

—Puedo evitar que empeore. —Se agachó junto al zócalo, presionó el pulgar contra el yeso y frunció el ceño—. El ventilador tiene que quedarse encendido hasta que esté completamente seco, un par de días seguramente. Lo taparé de momento para que no te quedes mirando un agujero. Pero la reparación de verdad hay que hacerla con pladur, y esa es una pared compartida, así que es cosa del seguro, no mía. —Se enderezó y se limpió las manos—. Tendrás contratistas entrando y saliendo un par de semanas. Edificio viejo. Estas cosas llevan lo que llevan.

—Maravilloso —dijo Sage.

—Podría ser peor. —Sonrió camino de la puerta—. Y la próxima vez que quieras colgar algo pesado, pregúntale antes a Cole. Tiene todas las herramientas necesarias.

Tommy se marchó sonriendo, que parecía ser la única manera en que se iba de ningún sitio.

Sage se quedó de pie en medio de su tienda, rodeada de flores perfectamente colocadas y un espejo perfectamente colgado, y se preguntó si sería demasiado pronto para largarse del pueblo y empezar de cero en otra parte.

Su teléfono vibró. Un mensaje de un número que no reconocía:

COLE

Soy Cole. El perito del seguro viene a las 2 por lo de mi inventario. Deberías estar.

Sage se quedó mirando el mensaje. Escribió «OK», lo borró. Escribió «Lo siento», también lo borró. Al final puso:

SAGE

Ahí estaré.

Y le dio a enviar.

Sin respuesta.



La perita del seguro, Brenda Algo según su placa, recorrió la pared compartida de punta a punta con el aire imperturbable de una mujer que había visto todas las formas en que un edificio viejo podía traicionar a su dueño. Palpó el yeso del lado de Sage, tomó nota, luego pasó al de Cole y al almacén, observó el cartón empapado y las cajas deformadas, y silbó por lo bajo. —El agua ha llegado a mucho género aquí atrás. Eso es lo gordo. —Golpeteó el bolígrafo contra el portapapeles—. Edificios viejos. Encantadores hasta que se convierten en un siniestro.

—Pero está cubierto —dijo Sage—. Los dos lados. La pared, su inventario.

—Para eso está la póliza, cielo. —Brenda lo dijo como si le extrañara un poco que alguien se preocupara—. Tendrás una franquicia, las reparaciones llevarán unas semanas, alguien irá dejando polvo de pladur por tu bonita tienda rosa. Molesto. Pero no es el fin del mundo. —Miró a los dos, luego al desastre de la pared compartida, y una expresión cómplice le cruzó la cara—. Eso sí, tendréis que resolver lo de la reparación de la pared entre vosotros. Dos locales, una pared. Se complica cuando los vecinos no se hablan. —Una pausa—. O cuando se hablan demasiado. En cualquier caso.

—Nos hablamos lo normal —dijo Sage.

La sonrisa de Brenda decía «Claro, cielo», y chasqueó el bolígrafo y se fue a redactarlo todo.

Cuando Brenda se fue, Sage y Cole se quedaron de pie en el almacén dañado, sin mirarse, rodeados de cajas de cartón empapadas y el fantasma de lo que había pasado la noche anterior.

—Pagaré tu franquicia —dijo Sage—. Y todo lo que el seguro te ponga pegas. Fue mi taladro. Mi agujero. —Se obligó a mirarlo—. Esta parte me toca a mí.

—Sage...

—Es mía —repitió—. Déjame cargar con ella.

No le tembló la voz. Ya era algo.

Cole la miró un largo momento.

—Ya lo resolveremos —dijo al fin.

—No tienes por qué...

—Lo sé. —Cogió el cinturón de herramientas del mostrador—. Tengo que volver al trabajo.

—Sí. Yo también.

Ninguno de los dos se movió.

—Sage... —empezó Cole, pero se detuvo. Negó con la cabeza—. Da igual. Ya nos veremos.

Lo dejó de pie en su almacén arruinado, y Sage se preguntó cómo demonios se arreglaba algo que habías roto cuando ni siquiera podías mirar a la otra persona a los ojos.



TUMBADA en la oscuridad, lo revivía una y otra vez en un bucle que no podía apagar: la mano de él en su mandíbula, la sorpresa de su boca, el «no te muevas» susurrado contra su piel como si significara algo más que «quédate quieta». Para cuando la camioneta de Cole arrancó con un carraspeo en la entrada de al lado a la mañana siguiente, llevaba varias horas contemplando el techo sin obtener nada a cambio.

Así que se levantó, porque la alternativa era quedarse allí perdiendo, y se vistió, y caminó hacia Main Street con la mirada fija al frente y West's Hardware agazapado en el rabillo del ojo como algo que se negaba deliberadamente a mirar.

A través del escaparate, lo vio al fondo, reponiendo una estantería, con la cabeza gacha, completamente absorto.

Logró dar tres pasos más allá de la puerta.

Luego se detuvo. Se dio la vuelta. Volvió sobre sus pasos y empujó la puerta antes de que la parte de su cerebro encargada de la dignidad pudiera presentar una objeción.

La campanilla tintineó. Cole alzó la vista.

Durante un largo segundo, ninguno de los dos se movió.

—Hola —dijo Sage.

Él dejó lo que tenía en las manos.

—Hola.

—Solo quería...

Y ahí murió la frase, porque cualquier final honesto era impronunciable. *«Gracias por lo del otro día»* estaba mal. *«Deberíamos hablar de lo que pasó»* era aterrador. *«No he dejado de pensar en ti»* quedaba tan lejos de lo que estaba dispuesta a decir en voz alta que su boca se negó siquiera a intentarlo.

—Tommy le ha puesto un ventilador —dijo en cambio, con el brillo desesperado de quien se aferra al primer tema a mano—. Y lo del seguro está resuelto. Así que... se está solucionando.

—Bien.

Un silencio se instaló entre ellos.

—Debería irme —dijo Sage—. Tengo que...

—Sí. Yo también.

Se giró hacia la puerta y había recorrido la mitad del camino cuando la voz de él la detuvo.

—Sage.

Se volvió.

Él seguía exactamente donde lo había dejado, con las manos en los bolsillos, el rostro impenetrable.

—No me arrepiento —dijo, sereno—. De lo del otro día. Para que lo sepas.

Se le cortó la respiración en algún lugar donde no tenía por qué cortarse.

Y antes de que pudiera articular una sola de las respuestas que no había preparado, la puerta se abrió de golpe a su espalda y entró Frank, que la saludó con un gesto como si fuera parte del mobiliario, y se dirigió directo a la sección de pinturas con el paso de quien lleva cuarenta años comprando el mismo blanco roto.

El momento se hizo añicos como cristal contra el suelo.

—Yo...

Sage hizo un gesto vago hacia la puerta, la calle, toda su vía de escape.

—Café. Ruby. Debería...

Cole asintió.

—Sí.

Salió a una mañana que tuvo el descaro de ser normal y llegó hasta la esquina antes de permitirse sentir el peso de aquellas palabras.

«No me arrepiento».

Ella tampoco. Ese era precisamente el problema.

CAPÍTULO
Nueve

El café fue un error.

Sage lo supo en cuanto entró en Scattered Beans y vio cómo la cara de Ruby hacía esa cosa —el cambio sutil de barista amigable a «te veo y sé cosas»— pero para entonces ya era demasiado tarde para retirarse sin parecer sospechosa.

—Buenos días —dijo Sage, intentando sonar despreocupada pero quedándose más cerca de maníaca—. Solo necesito un momento—

—Siéntate —Ruby ya estaba preparando una segunda taza—. Tú y yo vamos a hablar.

—Debería volver a—

—Sage —Ruby dejó las dos tazas en la mesa del rincón junto a la ventana, la que se había convertido en su mesa en las últimas semanas—. Siéntate.

Sage se sentó.

La cafetería estaba tranquila a media mañana, solo el murmullo bajo de dos mujeres junto al mostrador y el siseo de la máquina de espresso. Ruby se deslizó en la silla frente a ella, con la barbilla apoyada en la mano y los ojos oscuros indescifrables.

—Entonces —dijo Ruby—. ¿Qué pasó?

—No pasó nada.

—Inténtalo de nuevo.

—Nada— Sage dio un sorbo al café para ganar tiempo, se quemó la lengua y al instante lamentó cada decisión que la había llevado hasta ese momento—. Ruby, no sé qué te crees—

—Hace un tiempo, tú y Cole no podíais estar en la misma habitación sin parecer que estabais considerando el asesinato. Ahora no podéis estar en la misma habitación sin parecer que estáis considerando algo completamente distinto —Ruby se recostó con los brazos cruzados—. Y antes de que digas «nada», te recuerdo que te conozco y sé cuándo mientes.

Sage se quedó mirando su café.

—No es— Se detuvo. Volvió a empezar—. No pasó nada.

—Pero algo sí pasó.

—No. Acabo de decir—

—Dijiste que no pasó nada —concedió Ruby, demasiado razonable, demasiado paciente—. Pero la forma en que lo dijiste significa que definitivamente pasó algo y estás fingiendo que no.

Sage abrió la boca. La cerró. Volvió a abrirla.

Ruby esperó.

—Puede que me besara —dijo Sage por fin, soltando las palabras de golpe—. Pero fue un error. Él lo dijo. Yo lo dije. Los dos estuvimos de acuerdo. Así que no pasó nada porque los dos estamos fingiendo que no pasó, lo que significa que no pasó, funcionalmente hablando —

—Te besó.

—Unos dos segundos. Quizá tres. Fue muy breve.

—Cole West te besó.

—Y luego se arrepintió de inmediato, sí, eso ya lo hemos hablado —

—¿El hombre que te mira como si fueras un desastre natural que él tiene que gestionar personalmente te besó y crees que eso no es nada? —Ruby estaba sonriendo, con una sonrisa que hacía que Sage quisiera que se la tragara la tierra.

—Oh, cariño —Ruby negó con la cabeza, sin dejar de sonreír—. Se te da peor que a él.

—¿El qué?

—Fingir.

Sage fulminó su café con la mirada.

—No estoy fingiendo —dijo—. Estoy reconociendo la realidad. La realidad es que fue un error, los dos lo sabemos y estamos pasando

página como adultos.

—¿Evitándoos?

—No nos estamos evitando.

Ruby arqueó las cejas.

—Ayer me mandaste a West's Hardware a preguntar por ganchos para cuadros.

—Estaba ocupada—

—Me hiciste apuntar las medidas en un papel y llevarlo como si fuera una paloma mensajera.

—Eso es eficiencia—

—Sage.

Sage se desinfló un poco.

—Vale, de acuerdo. Puede que nos estemos evitando un poco. Pero eso es sano. Es lo que haces cuando pasa algo inapropiado y quieres mantener los límites profesionales con alguien con quien trabajas codo con codo.

—No trabajas junto a él. Trabajas junto a una pared.

—Una pared muy fina.

—¿Ese es el problema? —Ruby ladeó la cabeza, pensativa—. ¿Le oyes?

Sage notó que le ardía la cara.

—No. Bueno, quizá. A veces. Es un edificio viejo. El sonido se cuela.

—¿Qué tipo de sonidos?

—Sonidos normales. Sonidos de trabajo. Clientes. La caja registradora. Su voz cuando explica dónde está el tinte para madera por enésima vez en la semana —Sage dio otro sorbo al café, buscando algo que hacer con las manos—. No es raro. Es solo... que está ahí.

La expresión de Ruby se suavizó.

—¿Te molesta?

—No —la respuesta salió demasiado rápido. Sage se oyó, torció el gesto y lo intentó de nuevo—. O sea, lo noto. Pero no pasa nada. En realidad es algo... No sé. Ya forma parte de la tienda. Del edificio. Los sonidos de al lado.

—¿Reconfortante?

Sage le lanzó una mirada.

—No sigas.

—Solo digo que...

—Pues no lo digas.

Se quedaron en silencio un momento, con la máquina de espresso siseando de fondo. Ruby jugueteaba con el borde de la funda de su vaso, sin presionar, solo esperando.

—Fue un error —dijo Sage en voz baja—. Él lo dijo. No mentiría sobre eso.

—Quizá —dijo Ruby—. O quizá él sea tan malo en esto como tú.



Una tarde, Sage estaba reponiendo la nevera cuando oyó abrirse la puerta principal de West's Hardware y la voz de Cole llegando hasta ella, más cerca de lo habitual, como si estuviera justo fuera de su tienda.

Se quedó paralizada, con los brazos llenos de manojos de eucalipto, e hizo lo único lógico: agacharse detrás del mostrador.

Esto estaba bien. Esto era profesional. Esto no era para nada esconderse de su vecino de negocio como un personaje de dibujos animados.

Esperó, escuchando. Los pasos de él se alejaron. Soltó el aire.

Entonces se levantó demasiado rápido.

Se dio con la coronilla contra el saliente del mostrador con un sonido de gong. El dolor brotó agudo e inmediato, le hizo saltar las lágrimas y redujo su vocabulario a una sola palabra de cuatro letras que se mordió justo a tiempo. Se tambaleó hacia un lado, aún aferrada al eucalipto, y se golpeó la cadera contra la esquina del estante de suministros.

El eucalipto salió volando.

Sage se quedó sentada en el suelo de Bad Seeds, rodeada de vegetación dispersa, con una mano en la coronilla, y reconsideró

seriamente cada decisión de su vida que la había llevado a ese momento.

Al otro lado de la pared, la voz de Cole seguía, ajena a todo. Algo sobre tacos para pladur.

Recogió el eucalipto en silencio y decidió que si alguien preguntaba por el chichón que se le estaba formando en la cabeza, le echaría la culpa a un repartidor problemático.

La alternativa —admitir que se había provocado una conmoción cerebral leve mientras se escondía de un hombre al que había besado— no era una opción.



Unos días después, el contratista dejó otra nota.

Sage la encontró pegada a su puerta cuando volvió de comer: un formulario con copia al carbón con casillas para marcar y un calendario para el parche final del pladur. En la parte inferior, alguien había garabateado: «Según el seguro, ambos locales deben dar el visto bueno antes de pintar», y lo había firmado con una rúbrica ilegible.

Lo miró un buen rato, luego se lo entregó a uno de los contratistas con su propia nota sujeta con un clip arriba: *Me parece bien. —S*

Veinte minutos después, la nota reapareció en su mostrador con un segundo clip: *Aprobado. —CW*

Profesional. Eficiente. Absolutamente ninguna necesidad de contacto directo.

Perfecto.

En cuestión de días, habían desarrollado todo un sistema. Los contratistas se convirtieron en intermediarios, participantes involuntarios de la estrategia de evasión más elaborada que Sage había ideado en su vida. ¿Color de pintura para la pared compartida? Aprobado mediante pósit. ¿Fecha para la inspección final? Confirmada a través del asistente del perito del seguro. ¿Que si la

textura del pladur debía coincidir con el yeso existente? Una serie de formularios marcados que aparecían y reaparecían como cartas de amor extremadamente aburridas.

Estaba funcionando. Obviamente. El sistema era impecable.

Los días se fundían unos con otros. Las notas aparecían y desaparecían. Los contratistas iban y venían. Sage y Cole mantenían su elaborado baile de evasión profesional.

Los sonidos del local de al lado se habían convertido en una banda sonora a la que no recordaba haberse suscrito. El crujido de su escalera sobre las dos de la tarde cuando reponía los estantes altos. Su voz mientras explicaba acabados de pintura con una paciencia que sugería que había respondido la misma pregunta diez veces ese día. El tintineo de sus llaves al cerrar, siempre a las 6:47, nunca a las 6:45 ni a las 6:50.

No es que lo estuviera controlando.

Una tarde, mientras estaba sola en la tienda preparando un pedido de boda, se detuvo a medio corte y se dio cuenta de que estaba pendiente del sonido de sus pasos al otro lado de la pared.



Para finales de semana, el otoño había llegado de verdad.

Los encargos llegaban en oleadas: centros de mesa para preparar Acción de Gracias, coronas para las puertas, arreglos en naranja quemado y burdeos intenso que gritaban septiembre de una manera que a Sage le hacía hormiguear las manos de ganas de crear. Todo el mundo se entregaba al comienzo del otoño. Trabajaba muchas horas: un trabajo concentrado y satisfactorio que la dejaba exhausta y a la vez llena de energía.

Los días de Cole transcurrían en paralelo, audibles a través de la pared compartida. El ritmo constante de los clientes. Su voz mientras explicaba tipos de pintura o calidades de madera. Solo que no sonaba tan paciente como de costumbre.

Una tarde, lo oyó contestarle bruscamente a alguien por una devolución, cortante de una manera que nunca le había oído. Otro día, al pasar por delante, lo vio a través del escaparate, de pie en medio de su tienda, con un martillo en la mano como si hubiera olvidado por qué lo había cogido. Y ayer por la mañana llevaba el pelo revuelto por detrás: un desastre que era de pasarse las manos por él demasiadas veces, no de dormir.

Su camioneta se quedaba hasta tarde casi todas las noches. Él también estaba evitando volver a casa.

Las floristerías de Nueva York le habían enseñado velocidad y eficiencia, pero nunca la habían dejado diseñar. Cada arreglo había sido una fórmula: flores predeterminadas, estructura predeterminada, elecciones seguras y predeterminadas que se parecían a todos los demás arreglos de todos los demás escaparates. Tres rosas, dos ramitas de relleno, una flor protagonista si el cliente pagaba extra. Bonito. Olvidable. El equivalente floral de la música de ascensor.

Bad Seeds era lo opuesto. Cada pieza era una pequeña rebelión: combinaciones de colores inesperadas, texturas que no deberían funcionar pero funcionaban, salvajes y deliberadas y completamente suyas.

Un día, una mujer entró pidiendo algo «otoñal pero no cliché», lo que en la experiencia de Sage significaba que había visto demasiados tableros de Pinterest en naranja y amarillo y estaba desesperada por algo que no gritara pumpkin spice.

Sage creó algo que parecía haber salido de un cuento de hadas gótico: dalias negras, ranúnculos burdeos, esas extrañas escabiosas que su antiguo jefe en Nueva York habría llamado «demasiado raras para los clientes». Oscuro. Dramático. Definitivamente no pumpkin spice.

La mujer lo miró fijamente.

—Me llevo cuatro.

Regresó dos horas más tarde y encargó tres más para una cena con invitados, luego preguntó si Sage hacía asesorías para «eventos que necesitaran un toque atrevido».

Sage cobró la venta y se permitió un momento de pura satisfacción reivindicativa.

Bad Seeds estaba funcionando.

Estaba consiguiendo que funcionara.

La semana culminó con una avalancha de clientes el sábado que no cesó hasta la hora de cierre: clientes en cola ante el mostrador, preguntas sobre arreglos florales para bodas y coronas fúnebres, y si podía hacer un ramo vertical para una fiesta de jubilación en dos semanas. Sage se movió por todo aquello con confianza y soltura: había pasado años gestionando el caos y por fin había encontrado un caos que merecía la pena gestionar.

Para cuando dio la vuelta al cartel de Cerrado, le dolían los pies, la espalda protestaba y se sentía más satisfecha de lo que se había sentido en meses.

Cerró la puerta con llave, apagó las luces principales y empezó a limpiar su espacio de trabajo. Tallos al contenedor de compost, restos de cinta al reciclaje, herramientas limpias y en su sitio. La rutina familiar se posó sobre ella como un cárdigan gastado.

En la tienda de al lado, podía oír a Cole haciendo lo mismo. El tintineo de las llaves. Pasos que recorrían su tienda en ese patrón familiar.

Rutinas en espejo. Vidas paralelas separadas por treinta centímetros de yeso y un entramado de décadas.

Limpió el mostrador y lo oyó hacer lo mismo. Contó la caja y oyó el leve tintineo del cajón de él al cerrarse. Comprobó los cerrojos de la puerta trasera y lo oyó hacer lo mismo en su lado del edificio.

Lo sensato sería marcharse. Irse a casa. Servirse una copa y desplomarse en el sofá y no pensar en que llevaban así todas las noches: cerrando a la misma hora, conscientes el uno del otro, fingiendo que no lo estaban.

En lugar de eso, se quedó de pie en la tienda en penumbra y esperó.

Los pasos de él avanzaron hacia la entrada. Se detuvieron. El cerrojo giró con un clic sólido que ella sintió más que oyó.

Contó hasta cinco y cerró su propia puerta con llave.

Silencio en la tienda de al lado.

Apagó la última luz, cogió el bolso y salió por la entrada trasera hacia la pequeña zona de aparcamiento que a veces compartían. El aire de finales de septiembre se había vuelto fresco y cortante, cargado del olor de la lluvia que se avecinaba. Su coche estaba a la izquierda. La camioneta de él a la derecha, con el cromo reluciente bajo la única luz del techo.

El contenedor se alzaba entre ellos, enorme, verde y decididamente nada sexy.

Sage se subió el bolso en el hombro y echó a andar hacia el contenedor, los restos florales de ayer en una mano. Tiraría la bolsa, se subiría al coche, conduciría a casa y definitivamente no pensaría en...

Cole dobló la esquina desde su lado del edificio en ese mismo instante, con su propia bolsa de basura en la mano.

Los dos se detuvieron.

De repente, el aparcamiento pareció muy pequeño.

—Hola —dijo Sage, porque aparentemente su boca funcionaba con independencia de su cerebro.

La mandíbula de Cole se tensó.

—Hola.

Se quedaron allí. Dos personas. Dos bolsas de basura. Un contenedor.

Esto estaba bien. Los adultos tiraban la basura cerca unos de otros constantemente. Era una interacción humana normal que no tenía por qué ser rara.

Sage se movió. Cole también.

Llegaron al contenedor a la vez, los dos alzando las bolsas hacia el borde, y sus manos chocaron.

No se rozaron. Chocaron. Nudillos contra nudillos, la presión cálida y plena de la mano de él contra la de ella durante un segundo eléctrico que se prolongó unos catorce años de más.

A Sage se le cortó la respiración. La mano de Cole no se movió.

La de ella tampoco.

Estaban demasiado cerca. Lo bastante cerca para que ella pudiera ver la pequeña cicatriz en la comisura de la boca de él, una que nunca había notado. Lo bastante cerca para oler el serrín y el

limpiador con aroma a limón, el olor que impregnaba todo en West's Hardware.

El corazón le golpeaba contra las costillas como si intentara escapar. El aire parecía demasiado escaso. Cuando él tragó saliva, ella siguió el movimiento de la garganta de Cole y olvidó cómo respirar.

Esto era un problema.

Esto era un gran problema.

Semanas fingiendo. Semanas de notas y evasivas y sistemas elaborados diseñados para evitar que pasara exactamente esto.

Todo se desintegró en el espacio entre una respiración y la siguiente.

—Sage... —La voz le salió más áspera de lo que ella se la había oído nunca.

—No.

La palabra escapó antes de que hubiera decidido qué le estaba pidiendo que no hiciera. Terminar esa frase. Apartar la mano. Seguir mirándola así, como si fuera algo más que la mujer que había perforado un agujero en la pared de él y bloqueado el aparcamiento de sus clientes.

Debería moverse. Dar un paso atrás. Hacer alguna broma sobre el protocolo junto al contenedor.

En lugar de eso, dijo:

—No podemos...

—Lo sé.

Él todavía no había apartado la mano.

—Esto no es...

Profesional. Sensato. Nada de lo que ninguno de los dos había acordado.

—Lo sé.

Ni siquiera estaban terminando las frases. Solo estaban allí de pie en un aparcamiento, con las manos en contacto sobre un contenedor, manteniendo media conversación que de algún modo lo decía todo.

El aire entre ellos estaba cargado, como el momento antes de que caiga un rayo, cuando se te eriza el pelo y sabes que deberías

correr pero los pies no cooperan.

Ella no se movió.

Él tampoco.

La luz del aparcamiento zumbaba sobre sus cabezas. En algún lugar de Main Street, una puerta de coche se cerró de golpe. El mundo entero seguía girando a su alrededor, y ninguno de los dos participaba en nada de ello.

La mandíbula de Cole se tensó. Retiró la mano como si hubiera tocado algo que quemaba.

—Deberías irte —dijo, y sonó casi enfadado. Con ella o consigo mismo, Sage no habría sabido decirlo.

—Sí.

Sage dio un paso atrás. Luego otro. Todavía notaba la mano caliente donde había estado la de él. Demasiado caliente. Podía sentir el pulso allí, rápido e irregular.

—Sí, debería.

Tiró la bolsa de basura al contenedor sin mirar y la oyó aterrizar con un golpe sordo. Cole hizo lo mismo, con movimientos cuidadosos y deliberados, como si se estuviera concentrando mucho en no mirarla.

Caminaron hacia sus vehículos sin hablar. A Sage le temblaban las manos mientras abría la puerta del coche.

Detrás de ella, la puerta de la camioneta de Cole se abrió. Se cerró.

Se subió al coche. Arrancó el motor. Agarraba el volante con demasiada fuerza, el corazón le latía de forma arrítmica, y aún podía sentir la forma exacta de los nudillos de él contra los suyos.

La camioneta de Cole arrancó con un rugido.

Ella salió primero. Él la siguió, manteniendo la distancia de dos coches entre ellos, como un escudo, como si alejarse fuera a hacer todo esto más fácil.

Sage condujo hasta casa con la voz de Ruby resonándole en la cabeza: *Eres peor en esto que él.*

Equivocada, pensó. Los dos eran igual de terribles.

Aparcó en la entrada. Subió al porche con las piernas temblorosas. Abrió la puerta, entró y la cerró tras de sí, y a través de

la ventana de la cocina vio cómo se encendían las luces en la casa de Cole, justo al lado.

Los dos allí.

Los dos fingiendo.

Los dos sin engañar a nadie en absoluto.

CAPÍTULO
Diez

La trastienda de Bad Seeds olía como si un sótano húmedo hubiera tenido un bebé con una tienda de segunda mano y lo hubiera abandonado en 1987.

Sage estornudó directamente en la manga —un hábito por el que su madre le habría soltado un sermón de quince minutos— y contempló el caos como quien se enfrenta a su propia ejecución. A base de cajas de cartón. Muerte por mil carretes de cinta mohosos.

Al menos iría con su estilo.

Los daños por agua de hacía un par de semanas ya estaban arreglados —el ventilador de Tommy lo había secado todo, los del seguro habían reparado la pared medianera y la habían repintado, y los desperfectos visibles habían desaparecido—. ¿Pero aquí atrás, detrás de la oficina donde nadie miraba nunca? Las secuelas persistían. Cajas manchadas de agua y combadas. Material arruinado. Tres décadas de trastos de floristería esperando a ser clasificados en conservar, tirar o «¿Por qué mamá pensó que alguien necesitaría doce cajas de rosas de seda en un color que solo puede describirse como "melocotón pesadilla"?».

Sage lo había estado evitando. Obviamente. Había estado evitando muchas cosas últimamente.

Como su trastienda.

Como Cole West.

Como preguntarse por qué esas dos cosas ocupaban el mismo espacio en su cabeza.

Sacó otra caja del estante. El fondo cedió de inmediato y derramó lo que parecían tres generaciones de etiquetas de precios sobre el suelo en una cascada de arqueología comercial.

—Fantástico —le dijo a la habitación vacía—. Justo así quería pasar mi tarde de sábado. Viviendo el sueño. Persiguiendo la felicidad. Y demás eslóganes de pósteres motivacionales.

Estaba inmersa en un intenso debate interno sobre si beber vino mientras hacía trabajo manual contaba como empinar el codo a deshoras o como autocuidado cuando reparó en el hueco de la pared.

Los contratistas habían quitado una sección de pladur dañado y, por lo visto, decidieron que eso era problema de otro. A través del hueco se veían ladrillos al descubierto y viejos travesaños de madera, el esqueleto de un edificio que había sido muchas cosas antes de convertirse en Bad Seeds.

Algo brilló. Una esquina de madera, oscura y fuera de lugar, encajada entre el ladrillo y el marco.

Sage dejó la caja del desastre de etiquetas y se acercó.

Madera, sin duda. Una caja, quizá. Metida en horizontal en el hueco de la pared como si alguien la hubiera escondido a propósito.

Su cerebro le ofreció de inmediato varias opciones: tesoro, pruebas de un asesinato o —conociendo su suerte— una cápsula del tiempo con los crímenes de moda de su madre en los ochenta.

Metió la mano. La madera era sólida, lisa, trabajo artesanal de calidad. La fue moviendo hasta soltarla y la sacó entre una lluvia de polvo de yeso antiguo que la hizo estornudar otra vez.

La caja era pequeña, de unos veinte por quince centímetros, de madera oscura ennegrecida por el paso del tiempo. Bisagras de latón oxidadas hasta un verde apagado. Un pestillo sencillo forjado a mano.

Sin inscripciones. Sin etiquetas. Solo madera lisa y posibilidades.

Sage la abrió.

Dentro, envuelto en seda descolorida del color de un cielo que se había rendido, había un fajo de cartas.

No sobres, solo papel doblado, amarillento en los bordes, atado con una cinta tan frágil que se deshizo en cuanto la tocó. Los hilos

de seda se separaron como si llevaran décadas esperando permiso para soltarse.

Sage atrapó las cartas antes de que se dispersaran.

La de arriba estaba doblada en tres, con pliegues bien marcados. El papel era fino, delicado al tacto. Cuando la desdobló, la caligrafía era pulcra, inclinada, masculina: una letra que ya no se enseña.

Mi queridísima Rose:

Oh.

Oh, no.

A Sage se le cerró la garganta. Le empezaron a temblar las manos.

Eran cartas de amor. De verdad. De las que la gente escribía cuando las cartas eran la única forma de salvar la distancia y decir: *«Sigo aquí, sigo pensando en ti, por favor no me olvides».*

Buscó una fecha. Esquina superior derecha: 12 de julio de 1967.

Vietnam.

Genial. Ahora iba a llorar por la vida amorosa de otra persona. Su propia situación romántica era un desastre protagonizado por un hombre que la besó y se arrepintió al instante, pero claro, añadamos un poco de desamor histórico a la mezcla. Para redondear la experiencia.

La firma al final era elaborada, llena de bucles, distintiva. No era un nombre completo, solo iniciales, pero tan estilizadas y entrelazadas que no conseguía descifrarlas. Una firma que alguien había practicado y perfeccionado a lo largo de docenas de cartas.

«Tuyo», decía la carta.

—Rose —le dijo Sage a la trastienda vacía.

Volvió a doblar la carta, siguiendo los pliegues originales, y miró el fajo. Al menos veinte más. Quizá treinta. Una relación entera escondida en una pared.

Alguien había querido a Rose lo suficiente como para escribirle treinta cartas, y alguien las había escondido. Sage cerró la caja y el pestillo encajó en su sitio con un clic.

—Bueno —dijo—. Justo lo que necesitaba: más complicaciones emocionales en mi vida.



La expresión de Ruby cuando Sage entró en Scattered Beans con la caja era una mezcla de intriga y deleite.

—Por favor, dime que está llena de dinero —dijo Ruby, dejando la taza que estaba secando—. Por favor. Quiero vivir tu riqueza repentina aunque sea de prestado.

—Mejor. Romance histórico devastador que nos va a hacer llorar a las dos.

—Oh, gracias a Dios —Ruby abandonó la taza por completo—. Temía que fueras a decir algo aburrido como «documentos fiscales antiguos».

Sage dejó la caja en el mostrador y abrió el pestillo. Ruby cogió la carta de arriba y la desdobló con el cuidado que suele reservarse para desactivar bombas.

Su rostro fue cambiando mientras leía; Sage la vio recorrer todo el viaje emocional en tiempo real. De curiosa a conmovida a destrozada.

—Oh —dijo Ruby en voz baja. Levantó la vista, con los ojos ya brillantes—. Oh, Sage. Esto es... —Se detuvo. Volvió a empezar—. ¿Quién escribe así hoy en día?

—Alguien en 1967, aparentemente.

—Escucha.

La voz de Ruby se había vuelto ronca.

—Me preguntaste si tengo miedo. La respuesta es sí, aterrada, si te soy sincera. Pero no de la guerra.

Hizo una pausa, con un nudo en la garganta.

—Cartas de guerra. Son cartas de la guerra de Vietnam.

—Lo sé.

—Para Rose.

Ruby estudió la firma.

—De alguien con una caligrafía extremadamente elaborada. Mira esto, apenas se puede leer de lo estilizada que está.

—¿Quién es Rose?

Sage sacó otra carta del montón.

—¿Quién las escribió? ¿Y por qué estaban escondidas en mi pared?

—Además, ¿por qué estoy llorando?

Ruby se secó los ojos.

—Ni siquiera conozco a estas personas y estoy llorando. Esto es culpa tuya.

—Las encontré hace cuatro horas y ya he llorado dos veces. Estamos juntas en esto.

Ruby cogió otra carta y la recorrió con la mirada.

—Julio de 1967. Dios, está hablando de embarcarse. De ir a la guerra. Y le escribe como si...

Se detuvo, apretó los labios.

—Como si pudiera no volver.

La cafetería estaba en silencio a su alrededor. Fuera, Main Street seguía con su tarde de sábado: gente paseando, coches pasando, todos completamente ajenos a que Sage y Ruby estaban sentadas allí con el corazón de alguien desplegado sobre el mostrador.

—¿Qué vas a hacer con ellas? —preguntó Ruby.

—No tengo ni idea. ¿Averiguar a quién pertenecen, si sigue viva?

Sage tocó el borde del montón.

—Alguien las escondió a propósito. Alguien se las quitó.

—¿A menos que las escondiera ella misma?

—Entonces, ¿por qué no guardarlas en un lugar donde pudiera encontrarlas de nuevo?

Ruby se quedó en silencio un momento, pensando. Luego su mirada se afiló: esa expresión que ponía cuando las piezas empezaban a encajar.

—Espera —dijo—. La abuela de Jake. Se llama Rose.

Sage se quedó muy quieta.

—¿Rose Sullivan?

—Tiene setenta y ocho años. Vive en Northfield.

Ruby ya estaba haciendo cálculos; Sage casi podía ver los engranajes girando.

—Habría tenido veintiún años en 1967.

—Ruby. Probablemente hay muchas Roses.

—¿En Millbrook Falls?

Ruby arqueó una ceja.

—Nómbrame otra Rose que conozcas.

Sage abrió la boca. La cerró. La abrió de nuevo.

—Exacto —dijo Ruby—. Deberías preguntarle a Jake.

—¿Y decirle qué? «Oye, encontré unas cartas viejas. ¿Tu abuela es en secreto la protagonista de un romance trágico de guerra?» Eso no es nada raro.

—Solo es raro si tú lo haces raro.

—Todo lo que hago es raro. Es lo mío.

Ruby esbozó una sonrisa.

—Entonces esto debería resultarte fácil.



Jake Sullivan miró la caja como si Sage acabara de poner una granada viva en su mostrador.

Lo cual, emocionalmente hablando, podría haber hecho.

—¿Dónde encontraste esto?

Su voz era cuidadosamente neutra: la calma plana y deliberada de un hombre que se esforzaba por no sentir nada.

—Escondidas en la pared de Bad Seeds. Detrás de las estanterías del almacén.

Sage deslizó la caja por el mostrador.

—Durante la limpieza por los daños del agua.

Jake sacó el montón de cartas. No desdobló ninguna. Solo las sostuvo como si pudieran explotar si no tenía cuidado.

—Cartas de amor —dijo Sage—. De 1967. Vietnam. Dirigidas a alguien llamada Rose.

Jake se quedó muy quieto. Dejó las cartas.

—Rose —dijo.

—Lo sé. Nombre común. Probablemente nada.

Sage tocó el borde de la caja.

—Pero tu abuela...

—Se llama Rose.

Jake tenía la mandíbula tensa.

—Sí.

Se miraron. Ambos pensando lo mismo. Ambos sabiendo lo improbable que era.

—Probablemente hay muchas Roses —dijo Sage.

—Probablemente —convino Jake.

Pero ninguno de los dos sonaba convencido.

Jake cogió una carta, le dio la vuelta sin abrirla. Estudió el papel descolorido como si pudiera ofrecer respuestas.

—Nunca ha mencionado nada de esto —dijo en voz baja—. Cartas. Alguien de la guerra.

—Quizás no es ella.

—Quizás.

Volvió a dejar la carta en la caja con delicadeza.

—Rose no es precisamente un nombre raro.

Sage volvió a guardar las cartas en la caja y cerró el pestillo. Jake la observó hacerlo, con expresión indescifrable.

—Si averiguas algo —dijo—. Sobre quién las escribió. O...

Se detuvo.

—¿Me avisas?

—Sí —dijo Sage—. Lo haré.

Se fue con la caja bajo el brazo y la clara sensación de que Jake sabía más de lo que decía.

O al menos sospechaba más de lo que quería admitir.



Sage traía las cartas del coche —Jake las había vuelto a meter en la caja y se las había entregado con algo parecido al alivio— cuando oyó la voz de Cole.

—¿Necesitas ayuda?

Se giró demasiado rápido y casi se le cayó la caja. Cole estaba en la puerta de West's Hardware, con las manos en los bolsillos y una

expresión cuidadosamente neutra.

Dos semanas así. Dos semanas esquivándose con esmero y manteniendo una distancia cortés, los dos fingiendo que no había pasado nada en una floristería inundada a principios de septiembre.

Sage estaba harta de fingir.

Además, no paraba de darle vueltas. El beso. Sus manos. Cómo se había apartado como si hubiera tocado algo que quemaba.

Genial. Estupendo. Pensamientos totalmente normales y apropiados en plena acera.

—Estoy bien —dijo, y le salió a la defensiva, cortante, y para nada bien.

La ceja de Cole hizo eso. Lo de *me he fijado y lo estoy archivando*.

—Vale —dijo, ya dándose la vuelta.

—Espera. —La palabra se le escapó antes de que su cerebro pudiera autorizarla. Respiró hondo. Lo intentó otra vez—. Perdona. No quería... Estoy distraída.

—¿Qué hay en la caja?

Bajó la mirada. El pestillo se había soltado por el camino, y la esquina de una carta asomaba por la abertura.

—Misterio. Tesoro escondido. Posiblemente una tragedia. Seguro que me hace llorar luego.

Cole se acercó.

Era lo más cerca que habían estado desde el desastre del contenedor. Lo bastante cerca para que Sage pudiera ver el gris de sus ojos, el pelo que había renunciado por completo al concepto de peinado. Su cerebro, tan servicial él, catalogó todo aquello mientras a la vez gritaba: *¡ABORTAR, ABORTAR, ABORTAR!*

—Eso no es una respuesta —dijo.

—Es la única que tengo ahora mismo. —Sage se recolocó la caja —. Cartas de amor. Escondidas en mi pared durante la limpieza. De la época de Vietnam, 1967. Dirigidas a alguien llamada Rose.

Cole guardó silencio un momento.

—Cartas de guerra —dijo al fin.

—Sí.

—Estás intentando averiguar quién las escribió.

—Y por qué estaban escondidas. Y quién era Rose. Y básicamente todo, porque soy incapaz de dejar un misterio en paz.

La expresión de Cole se alteró —no era exactamente una sonrisa, ni exactamente una mueca. Como si estuviera resolviendo una ecuación que no cuadraba.

—Podría ayudarte —dijo—. Si quieres. Investigación. Registros.

A Sage casi se le paró el corazón.

—¿Sabes cómo...?

—Los registros militares son públicos. Bases de datos de bajas. Si era de por aquí, seguro que hay un rastro. —Cole alargó la mano y le ajustó la caja en los brazos, levantándola un poco, acomodándola mejor. Su mano rozó la de ella.

Ninguno de los dos se apartó.

Sage sintió el contacto en todo el cuerpo. Su cerebro, tan servicial, se cortocircuitó.

—¿Esta noche? —se oyó decir—. ¿Después de cerrar?

La mano de Cole se quedó quieta sobre la caja. Sus ojos encontraron los de ella y los sostuvieron un latido de más.

—Sí —dijo al fin—. Esta noche me va bien.

Retiró la mano. Se alejó. Volvió a poner una cuidadosa distancia profesional entre ellos, y Sage echó de menos la cercanía al instante —absurdo, inútil, y exactamente lo que llevaba dos semanas intentando no pensar.

—¿A las ocho y media? —preguntó.

—Sí.

—¿En tu casa?

—Es más fácil trabajar allí. —Sin dar más explicaciones. Sin mencionar por qué. Práctico, sin más.

—Claro. Tiene sentido. Muy lógico. —Sage se aferró a la caja—. Gracias por... O sea, no tienes por qué...

—Quiero —dijo Cole, y su voz hizo eso que le encogía el pecho.

Se quedaron allí un latido más, sin saber muy bien cómo salir de aquella conversación.

—A las ocho y media —repitió Sage, porque por lo visto había olvidado cómo funcionaban las conversaciones.

—Allí estaré —dijo Cole, lo cual no tenía ningún sentido porque era su casa, pero Sage asintió como si fuera perfectamente normal.

Se dio la vuelta y caminó hacia su tienda con toda la dignidad que pudo reunir mientras hacía malabares con una caja de cartas de amor trágicas ajenas y sus propias decisiones de vida más que cuestionables.



Sage llamó a la puerta de Cole a las ocho y media con la caja bajo el brazo y el corazón latiéndole demasiado rápido para tratarse de un simple recado.

Investigación. Misterio histórico. Dos personas trabajando juntas en un proyecto. Completamente normal y profesional.

Se estaba mintiendo y lo sabía.

La puerta se abrió. Cole estaba allí, en vaqueros y una camiseta gris desteñida, con el pelo en plena rebelión de siempre. Miró la caja y luego a ella.

—Hola —dijo Sage, demasiado animada, sobreactuando.

—Hola.

Se quedaron allí plantados. Ninguno se movió. El cerebro de Sage intentó calcular cuánto había durado el silencio. ¿Tres segundos? ¿Treinta? El tiempo avanzaba como miel fría, y Sage lo odiaba.

—He traído las cartas —dijo, lo cual era obvio dado que las llevaba en la mano, pero por lo visto su boca funcionaba con independencia de su cerebro.

—Claro.

Cole retrocedió.

—Pasa.

Su mesa de cocina ya estaba despejada salvo por un portátil y un cuaderno con cercos de café en la tapa. Señales de preparación. Había estado pensando en esto.

En que ella viniera.

En ayudarla.

Sage dejó la caja con cuidado. Cole la abrió y sacó las cartas como si importaran.

Y así era.

Aunque quizá no por las razones que le aceleraban el pulso a Sage de formas extrañas.

—Empezamos con lo que sabemos —dijo Cole, acercándose al portátil—. Las fechas. La firma. Y de ahí, hacia atrás.

Abrió lo que parecía una base de datos, registros militares quizá. Sus dedos se movieron por el teclado, y Sage se sorprendió mirando sus manos en lugar de la pantalla.

Sacó una silla y se sentó. Al instante se dio cuenta de que quedaba a quince centímetros del hombro de Cole. Podía sentir el calor que irradiaba de él. Podía oler a serrín y algodón limpio y el leve aroma a aceite de máquina de quien pasa el día entre herramientas.

Se concentró con todas sus fuerzas en las cartas y no en lo cerca que estaban.

Leyeron en silencio. Bueno, un silencio salpicado de clics de teclado y algún que otro crujido de papel y los pensamientos atronadores de Sage sobre cómo ninguno de los dos había mencionado el beso y quizá fingirían para siempre y ella moriría de tensión sin resolver.

Divertido.

—Aquí.

Cole señaló un pasaje en una de las primeras cartas. Su dedo subrayó las palabras, con cuidado de no rozarle la mano en la página.

—No solo está diciendo «te echo de menos». Está intentando hacerle ver lo que él ve. Sentir lo que él siente.

Sus hombros se tocaron.

Ambos se quedaron inmóviles.

—Perdón —dijo Sage, apartándose un poco.

—No pasa nada.

La voz de Cole sonó más ronca de lo que la frase merecía. No se alejó, pero tampoco se acercó. Se quedó ahí, contenido.

—La mesa es pequeña.

La mesa era de tamaño perfectamente normal. Ambos lo sabían.

Sage cogió otra carta, la desdobló, intentó concentrarse en las palabras y no en cómo Cole se había movido un poco y ahora había un centímetro calculado entre ellos que se sentía como un kilómetro.

Las cartas contaban una historia. Las primeras, tentativas: dos personas que se conocían envueltas en el contexto de la guerra. Las posteriores, más profundas, más crudas. Una relación que se desplegaba en papel porque era la única forma de alcanzarse.

Rose respondía. Las cartas lo dejaban claro. Él mencionaba sus palabras, sus preguntas, sus miedos. Pero la mitad de ella en la conversación había desaparecido. Solo quedaba la de él. Escondida en una pared.

—Esta es diferente —dijo Cole, sosteniendo una carta—. La letra está más apretada. Más apresurada.

Sage se inclinó para mirar. Sus hombros volvieron a rozarse. Ninguno se apartó esta vez.

Las cartas progresaban como ver a alguien enamorarse en tiempo real: las primeras, cuidadosas y formales; las posteriores, lo bastante crudas como para hacerle doler el pecho. Las ordenó cronológicamente y las extendió sobre la mesa.

Las manos de Sage temblaban ligeramente cuando cogió la última carta. La final.

Enero de 1968.

La desdobló.

No sé cuándo podré volver a escribir. Nos envían mañana y tengo la sensación de que pasará un tiempo antes de que pueda llegar a un buzón. Pero necesito que sepas que, pase lo que pase, dondequiera que acabe, tú eres la razón por la que sigo adelante. Tú eres la razón por la que lucharé por volver a casa.

Debería haberte dicho lo que sentía antes de irme. Debería haberte dicho muchas cosas. Cuando vuelva, te prometo que lo haré.

Te quiero, Rose. Debería haber empezado por eso. Lo diré mejor cuando vuelva a verte.

Tuyo,

La firma. La misma floritura elaborada que había perfeccionado a lo largo de treinta cartas.

Sage la dejó como si fuera de cristal.

Tenía un nudo en la garganta. Los ojos le ardían. Genial. Perfecto. Llorando en la cocina de Cole por la tragedia de otra persona.

—Nunca volvió —dijo ella. Le salió la voz ronca—. ¿Verdad?

—Las cartas se cortan en enero del 68.

La voz de Cole sonaba igual que la de ella.

—Eso no significa que...

—Significa algo.

El silencio que siguió dolió.

Cole cerró el portátil. Cogió la última carta y la releyó.

—«Debería haberte dicho lo que sentía antes de irme» —dijo en voz baja.

Sage no podía mirarlo. No podía hacer nada salvo quedarse ahí sentada, con las palabras que otro nunca llegó a decir extendidas sobre la mesa.

La cocina estaba en silencio salvo por el zumbido de la nevera y el sonido lejano del tráfico en la calle.

Cole dejó la carta.

—Es tarde —dijo.

—Sí.

Sage empezó a guardar las cartas en la caja. Le temblaban las manos.

Cole hizo ademán de ayudar. Se detuvo. Su mano quedó suspendida sobre la de ella un instante antes de retirarse.

Ella terminó de guardar las cartas y cerró el pestillo. Ninguno de los dos se había movido de la mesa.

—Debería irme —dijo Sage.

—Sí.

Se puso de pie. Cole también. Estaban tan cerca que ella podía sentir el calor que emanaba de él, tan cerca que si cualquiera de los dos hacía un movimiento en falso, se tocarían.

Ninguno dio un paso en falso.

Sage recogió la caja. Cole la acompañó hasta la puerta. La abrió.

—Gracias por... —empezó ella.

—Cuando quieras —dijo él.

La palabra quedó suspendida en el aire. Cuando quieras. Como una puerta abierta que ninguno de los dos sabía cómo atravesar.

Se marchó con la caja bajo el brazo y demasiadas cosas sin resolver entre ellos.

CAPÍTULO
Once

El festival de septiembre tenía exactamente el tamaño que Millbrook Falls necesitaba: lo bastante grande como para no poder evitar a tu ex, lo bastante pequeño como para que todos supieran quién había ganado el concurso de tartas. (Siempre era Barb Henderson, y todos sospechaban que había brujería de por medio).

Sage había decidido saltárselo y trabajar en Bad Seeds.

La Feria de la Cosecha de octubre era el gran evento. Esa sí importaba. Para esa sí se prepararía.

Este podía celebrarse sin ella.

De todos modos estaba en Bad Seeds, trabajando en un pedido para una boda, cuando Cole entró.

Levantó la vista y al instante deseó haber cerrado con llave.

No porque no quisiera verlo. Sino porque sí quería, y ese era el problema.

Desde el beso —el beso que no estaban reconociendo, el beso que había sido un error, el beso que ella había reproducido tantas veces en su cabeza que probablemente podría recrearlo fotograma a fotograma como la película de Zapruder— habían caído en una dinámica que solo podía describirse como «compañeros de trabajo educados que una vez tomaron una decisión terrible con sus bocas».

Funcional. Profesional. Absolutamente agónico.

—Hola —dijo Cole.

Llevaba las llaves en la mano.

—No estás en el festival.

—Vaya trabajo de detective —dijo Sage.

Añadió otro tallo de eucalipto, se pinchó con el alambre y soltó un taco.

—Impresionante.

A él se le suavizó la mirada.

—Mi familia está allí. Atienden el puesto de la granja todo el día.

—Lo sé. Vi los carteles —se chupó el pulgar, que sangraba—. Sidra especiada y mermeladas artesanales. Muy vuestro estilo.

—Cierto —se balanceó sobre los pies.

Miró hacia la puerta y luego de vuelta a ella.

—Así que la granja está vacía hoy. Tengo que revisar algunas cosas. Existencias, equipo. Lo de siempre.

—¿Vale?

—Mencionaste que necesitabas verdes perennes. Para arreglos de otoño.

Sage parpadeó. Dejó el ranúnculo antes de asesinarlo.

—Sí, lo mencioné.

De pasada, cuando habían estado leyendo cartas uno al lado del otro en la mesa de la cocina de él. Ella había soltado que necesitaba un proveedor local de verdes perennes.

Cole había dicho: «Nosotros cultivamos».

Y ahí había terminado la conversación.

Hasta ahora, aparentemente.

—Si quieres venir a verlos —dijo Cole, con la mirada clavada en el suelo—, ahora sería buen momento. No hay nadie. Tranquilidad. Puedes ver lo que tenemos, decidir si te sirve.

El corazón de Sage ejecutó una pirueta olímpica y aterrizó fatal. Se pinchó con el alambre otra vez.

—Me estás ofreciendo llevarme a la granja de tu familia.

—A ver los verdes —corrigió Cole.

Demasiado rápido.

—Para tu negocio. Reunión de proveedores.

—Claro. Negocios.

—Sí.

—Vale —dijo Sage por fin—. Déjame recoger esto.



El Chevy del 65 tenía mejor pinta que en agosto.

La camioneta estaba impecable. Perfecta. Como si el incidente de la pintura rosa no hubiera ocurrido jamás.

A diferencia de su culpa, que por lo visto era permanente.

Se subió al asiento del copiloto y enseguida la envolvió el olor a cuero, jabón para monturas y lo que tenía que ser tabaco de hacía ochenta años. El abuelo de Cole o seguía rondando por aquella camioneta o había alcanzado la inmortalidad a base de pura cabezonería.

Cole se subió, arrancó y salió a Main Street sin mirarla.

El silencio duró unos cuarenta y cinco segundos.

—Lo siento —soltó Sage—. Otra vez. Por lo de la pintura. Sé que ya me he disculpado veinte veces, pero...

—No pasa nada.

—Sí que pasa. Era la camioneta de tu abuelo.

—No pasa nada —repitió Cole—. La pintura salió. Estamos bien.

—¿Lo estamos?

La pregunta quedó flotando entre ellos.

Cole apretó el volante con fuerza. Tomó el desvío hacia la Ruta 7 sin responder.

Sage se retorció los dedos en el regazo.

—Porque no parece que lo estemos.

—Lo llamé un error —su voz sonaba neutra—. Justo después de que pasara. Así que eso fue... —exhaló con fuerza—. Sí. No fue mi mejor momento.

—No —coincidió Sage.

Luego, más bajo:

—Pero ¿lo fue? ¿Un error?

Él apretó la mandíbula.

—¿Quieres la respuesta sincera o la sensata?

—La sincera.

Cole guardó silencio un buen rato. Se le pusieron las orejas rojas; ella observó cómo el rubor le subía desde el cuello de la camisa.

—No lo sé —dijo por fin—. Pero llamarlo así sí que lo fue.

A Sage se le cortó la respiración.

—Me entró el pánico —continuó Cole, con los ojos fijos en la carretera—. Estabas alterada, yo estaba... —se detuvo—. No quería que pensaras que me estaba aprovechando. Así que metí la pata y lo empeoré todo.

—Lo pusiste muy raro —dijo Sage.

—Lo sé.

—Hemos estado muy raros desde entonces.

—También lo sé.

Cole le lanzó una mirada breve y penetrante.

—¿Y qué tal te va con eso de fingir que no pasó?

—Tan bien como a ti.

Sage abrió la boca. La cerró.

—Odio que tengas razón.

—Para todo hay una primera vez.

Se rio a su pesar. La tensión en la camioneta cambió, y Cole relajó los hombros, abandonando su postura defensiva.

Condujeron en silencio un rato. Un silencio distinto. Menos cortante. Como si ambos cargaran con lo mismo, con esa cosa imposible, y hubieran acordado, sin palabras, dejar de lanzarle piedras.

Sage miró por la ventana. Vio cómo Millbrook Falls daba paso a tierras de cultivo: campos que se teñían de dorado, graneros de madera envejecida y gris plateado.

—Entonces —dijo finalmente—. Cuéntame de la granja.

Los hombros de Cole se relajaron un poco.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cuánto tiempo lleva tu familia con ella?

—Desde los años veinte. Mi bisabuelo la compró después de la guerra. La Primera Guerra Mundial —añadió, por si acaso—. Al principio era lechería. Luego cultivos. Ahora es mixta: cultivamos verduras, tenemos algo de ganado, árboles de Navidad.

—Y ramas de perenne.

—Y ramas de perenne.

—¿Creciste allí?

—Sí —su voz se suavizó—. Trabajé en la granja desde que pude caminar. Veranos, fines de semana, al salir de clase.

—Suena intenso.

—Fue bueno —dijo simplemente—. Duro, pero bueno. Tenía sentido.

Sage pensó en su propia infancia: tardes en la floristería, su madre enseñándole los nombres en latín, el olor de tallos recién cortados y espuma floral.

—¿Por qué la ferretería, entonces? Si amabas tanto la granja...

Cole guardó silencio un momento.

—La amaba. Todavía la amo. Pero no me veía llevándola yo solo. Mi padre sí, él está hecho para eso —giró hacia una carretera más pequeña—. Yo quería construir algo que fuera mío. La ferretería tenía sentido.

—¿Y tu familia estuvo de acuerdo con eso?

—Lo estuvieron —su voz se volvió más suave—. Mi padre me llevó a comer el día que firmé el alquiler del local. Trajo un martillo del granero, el que usaba su padre. Dijo que debía tenerlo para el nuevo sitio —Cole pasó el pulgar por el volante—. Me dijo que la granja estaría allí si cambiaba de opinión, pero que apoyarían lo que eligiera.

A Sage se le encogió el pecho. Pensó en la cara de su madre cuando vio el letrero de Bad Seeds. El dolor. El silencio.

—Eso debió de ser agradable —dijo.

Cole la miró.

—Tu madre todavía no acepta el cambio de nombre.

—¿Cómo...?

—Pueblo pequeño. Además, tengo ojos. No ha ido a tu tienda ni una vez.

Sage se miró las manos.

—Piensa que la estoy borrando.

—¿Lo estás haciendo?

—No. Lo estoy haciendo mío. Eso es diferente.

Cole asintió despacio. No discutió. No intentó arreglarlo. Dejó que las palabras quedaran ahí, flotando.

—Mi familia lo entendió —dijo finalmente—. Les costó un poco: mi padre tenía planes, creo. Esperaba que yo me hiciera cargo algún día. Pero lo aceptaron.

Cole añadió:

—Tu madre lo entenderá. Solo necesita tiempo.

—¿Y si no lo hace?

—Lo hará —lo dijo con certeza—. Te quiere demasiado como para no hacerlo.

Sage parpadeó varias veces, conteniendo las lágrimas. Miró por la ventana antes de que él pudiera verle los ojos húmedos.

La camioneta giró hacia un largo camino de tierra. Al frente apareció una casa de campo: fachada de madera blanca, contraventanas negras. Graneros más allá, campos que se extendían hacia las colinas.

—Aquí es —dijo Cole.

Era precioso. No con esa belleza de revista. Precioso como lo es el trabajo duro, la madera vieja y la tierra que ha alimentado a generaciones durante un siglo.

Cole aparcó cerca del granero más grande y apagó el motor.

—¿No hay nadie aquí? —preguntó Sage.

—Solo nosotros.

Intentó no pensar en lo que eso significaba. Fracasó de inmediato.

Salieron. El aire olía a tierra, a heno y a algo verde que no sabía nombrar. Sage siguió a Cole hacia el granero; sus botas crujían sobre la grava mientras intentaba recordar por qué estaba allí.

Claro. Ramas de perenne. Negocios. Reunión con proveedor.

No era una cita. Definitivamente no era una cita. Solo dos personas hablando de precios de mayorista en un granero romántico sin testigos. Totalmente normal. Completamente profesional.

Cole abrió la puerta del granero y le hizo un gesto para que entrara.

El granero olía a aceite de motor y a polvo de heno acumulado durante décadas. Las herramientas colgaban en tableros perforados

con orden obsesivo: llaves organizadas por tamaño, destornilladores clasificados por tipo de cabeza. Alguien (Cole, probablemente) había etiquetado cada gancho con rotulador descolorido. Un calendario de 1987 colgaba torcido junto a la puerta, con la chica de julio sonriendo bajo un sombrero de paja, al parecer demasiado querido como para tirarlo.

Y al fondo, apiladas en manojos ordenados que hacían juego con la organización de las herramientas, estaban las ramas de perenne.

Sage olvidó respirar.

Abeto, pícea, cedro, acebo. Manojos organizados por tipo, recién cortados y listos. Aspiró el aroma intenso del pino y el cedro: diciembre en septiembre, bosques y arreglos de invierno que llevaba planeando desde agosto.

—Oh —dijo en voz baja.

Cole se quedó atrás, dejándola mirar.

—Los cortamos cada semana durante el otoño y el invierno. Vendemos algunos en el puesto de la granja, otros a floristas en Hartford. Pero si quieres un suministro regular, podemos arreglarlo.

Sage se acercó al fardo más cercano: abeto de Douglas, las agujas suaves, de un verde azulado. Pasó los dedos por encima. Perfecto. Fresco. Local.

—Esto es justo lo que necesito.

—¿Sí?

—Sí.

Lo miró.

—Cole, esto es...

Se detuvo. Lo intentó de nuevo.

—Gracias. Por enseñarme esto.

Se encogió de hombros.

—Necesitabas un proveedor. Nosotros los cultivamos. Tiene sentido.

Cole le mostró el resto: pícea con sus agujas afiladas, cedro que olía a recuerdos, acebo con bayas aún verdes. Le explicó los calendarios de corte, los precios, las opciones de entrega.

Sage lo observó hablar de coníferas como otros hablaban de equipos de fútbol o cotilleos de famosos, y se dio cuenta de que

estaba metida en un buen lío.

—¿Tu abuelo construyó este granero? —preguntó.

—Él y mi tío abuelo.

Cole recorrió con la mano una de las viejas vigas de madera.

—Les llevó dos veranos.

Un legado construido con madera y esfuerzo.

—Ven —dijo Cole—. Te enseño el resto.



Cole la guio más allá de los invernaderos, donde los tomates aún se aferraban a las matas a pesar del frío de septiembre.

—Tozudos —dijo, señalándolos con la cabeza—. Como todo lo demás aquí.

—¿Tú incluido?

Se le torció la boca.

—Yo el primero.

Caminaron por el perímetro en un silencio cómodo, Sage observando cómo él tocaba las cosas al pasar: un poste de la valla, comprobando si había podredumbre; el pestillo de una puerta, probando el cierre. Pequeños gestos que decían conozco este lugar, y él me conoce a mí.

Estaba catalogando cómo se movían sus manos y no tenía excusa alguna. Esto era un problema.

—¿Por qué no te quedaste? —preguntó.

Estaban junto a un viejo muro de piedra, con la casa visible a lo lejos.

Cole guardó silencio un buen rato.

—Quería construir algo que fuera mío. No mejor que esto, solo diferente. La ferretería, eso soy yo. Elegí cada estante, cada producto, cada horario. Es mía.

—Pero sigues ayudando aquí.

—Un par de veces a la semana. Más durante la cosecha.

Esbozó una sonrisa pequeña y sincera.

—No podía irme del todo. Esto es...

Hizo un gesto hacia los campos.

—Esto es de donde vengo. La ferretería es lo que elegí. Esto es lo que me eligió a mí.

Sage lo entendió. Dios, vaya si lo entendía. Bad Seeds era lo que ella había elegido. Pero la tienda de su madre, Millbrook Falls, las flores, todo el legado... eso la había elegido a ella mucho antes de que ella lo eligiera a su vez.

—Tienes suerte —dijo—. De que tu familia lo entendiera.

—Sí.

Cole se volvió para mirarla.

—La tuya también lo hará.

—No paras de decir eso.

—Porque es verdad.

Quería creerle. Se quedó allí, en medio de las tierras de su familia, y lo deseó tanto que le dolió.

—Vamos —dijo Cole—. A comer.



La comida fueron bocadillos de una nevera portátil en la parte trasera de la camioneta.

Cole sacó dos bocadillos envueltos y dos botellas de té helado. Sage se encaramó al portón trasero y aceptó el suyo.

Comieron en silencio un rato. El sol calentaba, la brisa era fresca, y la vista eran campos hasta donde alcanzaba la mirada. Sin tráfico. Sin gente. Solo tierra y cielo y ellos dos encaramados en el portón de una camioneta como si fuera un día cualquiera.

Sage mantenía un intenso debate interno sobre si aquello contaba como una cita.

—Esto está bien —dijo al fin.

—Sí.

—Tranquilo.

—Esa es la idea.

—Pasé seis años haciendo arreglos florales para gente a la que le importaba más el pie de foto de Instagram que las flores.

Le dio un mordisco al bocadillo.

—Quería crear cosas que estuvieran vivas. Raras. Mías.

—De ahí Bad Seeds.

—De ahí Bad Seeds.

Cole la miró.

—¿Siempre has sido tan tozuda?

—¿Es una pregunta retórica?

—Un poco.

Ella sonrió.

—Sí. Soy tozuda. Mi madre también lo es. En eso nos parecemos.

Lo miró fijamente: a este hombre que la había llevado a la granja de su familia con la excusa de las coníferas.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —preguntó.

Cole se quedó quieto. Dejó el bocadillo.

—¿Qué?

—Me odiabas en agosto. Pinté tu camioneta. Alteré tu tienda. Hice ruido. Era el caos en persona y querías que me fuera.

—Yo no...

—Sí. No mientas. Me mirabas como si hubiera ofendido personalmente cada uno de tus valores.

—Eso no es—

—Y ahora me traes a la granja de tu familia, me la enseñas y me das sándwiches. ¿Qué ha cambiado?

Cole miró los campos. Tomó aire.

—No eres lo que pensaba —dijo finalmente.

—¿Y qué pensabas que era?

—Imprudente. Desconsiderada. —Jugueteó con la etiqueta de la botella de té helado—. Alguien a quien no le importaba el daño que causaba.

—Oh. —Se le cayó el alma a los pies—. Vaya. Qué duro.

—Estaba equivocado.

Sage lo miró. Él seguía con la vista fija en los campos, la mandíbula tensa.

—No eres imprudente —continuó Cole. Apretó la mandíbula—. Volviste sabiendo que sería difícil. Eso es distinto.

—Y lo de la pintura —añadió Cole—, fue un accidente. Te disculpaste enseguida. Intentaste arreglarlo. Yo estaba... —Negó con la cabeza—. Estaba enfadado por otras cosas y lo pagué contigo. No fue justo.

—¿Otras cosas?

—Da igual.

—En realidad, sí que importa.

Cole se volvió para mirarla. Sus ojos grises, firmes, serios. —No quería que me gustaras.

Todo quedó en silencio.

—Me construí toda una vida aquí. Tranquila. Ordenada. —Hizo una pausa—. Apareciste tú y lo volviste todo rosa y ruidoso.

—¿Y ahora?

Le sostuvo la mirada. —Ahora no sé...

No terminó la frase. No hacía falta.

—¿Desde cuándo? —Le salió la voz más débil de lo que pretendía.

Cole miró los campos. —Desde que bajaste de esa escalera cubierta de pintura rosa. —Se detuvo—. Desde antes de querer admitirlo.

No podía respirar.

Se miraron.

Se levantó la brisa. A lo lejos, un cuervo graznó.

—No sé qué hacer con esto —dijo Cole finalmente.

—Yo tampoco.

Se quedó callado un buen rato. —Quería que vieras esto —dijo—. La granja. De dónde vengo. —Hizo una pausa—. Quería que lo entendieras.

—Lo entiendo —dijo Sage en voz baja—. Lo entiendo.

La mano de Cole estaba a centímetros de la suya. Podía acortar la distancia. Fácilmente. Solo tenía que inclinarse un poco, rozar sus dedos con los de él, ver qué pasaba.

No se movió.

Él tampoco.

—Deberíamos volver —dijo Cole finalmente—. El festival estará a punto de terminar. Mi familia se preguntará dónde estoy.

—Claro. Sí.

Recogieron en silencio. Volvieron a subir a la camioneta. Cole arrancó y enfiló el camino de tierra.

El viaje de vuelta fue más silencioso. Cargado.

Sage observó pasar los campos. Pensó en Cole eligiendo la ferretería en lugar de la granja, escogiendo su propio camino sin dejar de honrar sus orígenes.

—Gracias —dijo—. Por hoy. Por enseñarme todo esto.

—Sí. —La voz de Cole sonó ronca—. Cuando quieras.

No hablaron en todo el camino de vuelta.



Cole aparcó frente a la casa de Sage. Apagó el motor. Ninguno de los dos se movió.

—Bueno —dijo Sage.

—Bueno.

—Te llamo esta semana. Por lo de las coníferas. Para cuadrar las entregas.

—Vale. Bien.

—Negocios.

—Sí.

Alargó la mano hacia la manija de la puerta. Se detuvo. —¿Cole?

—¿Sí?

Sage se volvió para mirarlo. Su perfil se recortaba nítido contra la luz de la tarde: mandíbula fuerte, la línea de la nariz, el pelo oscuro cayéndole hacia delante. Parecía cansado. Parecía haberse pasado todo el viaje intentando resolver algo sin llegar a ninguna conclusión.

Conocía la sensación.

—Me alegro de que me trajeras —dijo—. A la granja. Me alegro de haberla visto.

Cole se volvió hacia ella. Sus miradas se encontraron.

Quince centímetros los separaban. Lo bastante cerca para ver el anillo más oscuro alrededor de sus iris.

Debería salir. Ya. Entrar en casa. Dejar que este momento pasara antes de que se convirtiera en algo que ninguno de los dos pudiera deshacer.

Los ojos de Cole bajaron a su boca, solo un segundo, pero ella lo captó. Se le aceleró el pulso.

La mano de él se movió sobre el volante. Se tensó. Se relajó.

Debería irse. Antes de hacer algo estúpido como inclinarse sobre la consola y comprobar si el primer beso había sido solo un espejismo.

—Debería... —Le salió la voz ronca. Se aclaró la garganta—. Debería irme.

—Sí.

No se movió. No apartó la mirada.

Ella tampoco.

Sentía el calor que emanaba de él. O quizá era su propia piel ardiendo.

Sage se obligó a coger la manija de la puerta.

—Nos vemos el lunes.

—Sí.

Salió con las piernas temblorosas. Cerró la puerta. Dio tres pasos por el camino de entrada antes de oírle decir su nombre.

Se volvió.

Cole estaba inclinado sobre el asiento del copiloto, con la ventanilla bajada. Su expresión era indescifrable y completamente obvia a la vez.

—Los perennifolios —dijo—. Te llevaré muestras el martes.

—Vale.

—Negocios.

—Claro.

Sonrió sin poder evitarlo.

—Negocios.

Él le sostuvo la mirada un instante más, luego se enderezó. Arrancó la camioneta. Se alejó del bordillo.

Sage lo vio alejarse. Se quedó en el porche hasta que el Chevy desapareció al doblar la esquina.

Se quedó allí un rato más, en el aire que empezaba a refrescar de septiembre, pensando en granjas y ferreterías y en las decisiones que toma la gente.

Dentro de casa, se apoyó contra la puerta cerrada y se llevó la palma al pecho, sintiendo el corazón latirle con fuerza, como si quisiera escapar.

CAPÍTULO
Doce

Mediados de octubre habían llegado con la inevitabilidad de una cita con el dentista que Sage llevaba semanas fingiendo ignorar.

La Feria de la Cosecha se acercaba. Bad Seeds llevaba abierta más de dos meses. Sage había conseguido evitar cualquier conversación real con su madre durante más de sesenta días, algo que le parecía tanto un logro como un récord personal de fracaso que no le hacía ninguna gracia ostentar.

La visita a la granja había removido algo en su interior.

Ver a Cole lidiar con su propio legado familiar —la granja que amaba pero que había elegido no dirigir, el padre que le puso un martillo en la mano en lugar de cargarle con reproches— hacía imposible seguir fingiendo que el silencio de su madre no importaba. Que la distancia entre ellas daba igual. Que dejar las cosas rotas era de algún modo más fácil que intentar arreglarlas.

Así fue como Sage acabó plantada frente a la casa de su madre un martes después del cierre, con un ramo de dalias que había preparado esa mañana, intentando recordar cómo se llamaba a una puerta como una persona normal.

Había ensayado aquella conversación cien veces. Y estaba claro que no iba a usar ninguna de esas frases iniciales.

La puerta se abrió antes de que pudiera llamar.

Daisy apareció en el umbral con vaqueros y una camisa de jardinería, el cabello rojo fuego recogido en un moño despeinado, tierra en las manos. Miró a Sage. Luego a las dalias.

—Son preciosas —dijo su madre.

Genial. El cerebro de Sage descartó de inmediato las diecisiete frases iniciales y soltó:

—Son de tu vivero. Los bulbos que plantaste hace tres años. Los llevo propagando desde entonces.

El rostro de su madre se suavizó un instante, y volvió a tensarse.

—Lo conservé todo —Sage le tendió el ramo—. ¿Puedo pasar?

Daisy se apartó sin decir palabra.



La cocina olía a hierbaluisa y a pasado. Sage se sentó a la mesa donde había aprendido a montar ramos con alambre y observó las manos de su madre moverse entre las dalias: recortando, deshojando, colocando. Todavía gráciles, incluso con la artritis.

De esas manos lo había aprendido todo.

—Tendría que haber venido antes —dijo Sage.

Daisy dejó las tijeras. Se volvió para mirarla.

—Sí. Tendrías que haberlo hecho.

Sin edulcorar. Sin evasivas corteses. Solo honestidad que golpeó como una bofetada.

Sage respiró hondo.

—Lo siento.

—¿Por qué exactamente? —la voz de Daisy sonaba calmada. Demasiado calmada. La calma que precede a las tormentas—. ¿Por el nombre? ¿Por no pedirme opinión? ¿Por cambiar la imagen de mi tienda sin avisarme? ¿O por evitarme durante dos meses porque sabías que estaba dolida y no querías enfrentarte a ello?

Cada palabra dio en el blanco. Los discursos que Sage había ensayado con tanto esmero no habían previsto la capacidad de su madre para enumerar sus fallos con precisión de fiscal.

—Por todo —dijo Sage. Le salió la voz ronca—. Lo siento por todo.

Daisy la miró largamente. Luego se sentó frente a Sage, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Me siento borrada —dijo Daisy en voz baja—. Esa tienda fue mi identidad durante treinta años. La levanté de la nada. Tuve que dejarla porque mis manos ya no daban más, y hasta eso fue como perderme a mí misma —flexionó los dedos lentamente, mirándoselos —. Y entonces volviste tú, la pintaste de rosa y le pusiste un nombre que suena a broma.

—No es ninguna broma...

—Lo sé —a Daisy se le quebró la voz—. Racionalmente, lo sé. Pero eso no impide que me parezca que cogiste todo lo que yo era y decidiste que no valía lo suficiente.

A Sage le dolía el pecho.

—No era eso lo que quería decir.

—Lo sé —los ojos de Daisy brillaban—. Pero la intención y el impacto no son lo mismo, ¿verdad?

No. No lo eran.

Sage se miró las manos. Pensó en Nueva York. Las floristerías impolutas donde cada arreglo era idéntico, donde la creatividad era un lastre, donde le habían dicho una y otra vez que era demasiado. Demasiado salvaje. Demasiado ella.

—Bad Seeds —dijo Sage despacio— es como me llamaban en todas las floristerías corporativas en las que trabajé en Nueva York.

Su madre se quedó inmóvil.

—No a la cara —continuó Sage—. Pero lo oí. «Es una mala semilla». «No encaja». «Tiene talento, pero nunca seguirá las reglas». Yo era la semilla que crecía donde no debía. La que salía torcida y se negaba a enderezarse.

La expresión de Daisy cambió.

—Y durante seis años intenté corregirlo —dijo Sage. Ahora su voz sonaba firme. Segura de sí misma—. Intenté ser la florista que querían. Tranquila. Convencional. Sin riesgos. Hice mil arreglos idénticos y los odié todos. Y entonces volví a casa y me di cuenta de que no quiero ser una buena semilla. Quiero ser exactamente lo que dijeron que era. Salvaje. Inesperada. Mía.

Miró a su madre.

—El nombre no es ninguna broma. Es una reivindicación. Es mi manera de decir: *sí, soy la mala semilla*, y eso no es un defecto. Es lo que soy.

Daisy lloraba.

En silencio, las lágrimas le recorrían el rostro, y Sage notó que a ella también le ardían los ojos.

—Pero es más que eso —dijo Daisy en voz baja—. ¿Verdad? Malas semillas. De una madre —miró a Sage—. ¿Yo te hice sentir así? ¿Como si no encajaras?

—No...

—¿Por eso te fuiste a Nueva York?

—Mamá... —Sage alargó el brazo por encima de la mesa y tomó las manos de su madre—. No fue culpa tuya. Me fui porque necesitaba descubrir quién era fuera de Millbrook Falls. Fuera de ser tu hija. Necesitaba fracasar en mis propios términos.

—¿Y lo hiciste? —la voz de Daisy sonó quebrada—. ¿Fracasar?

—Espectacularmente —Sage soltó una risa ahogada por las lágrimas—. Fui muy infeliz. Odiaba el trabajo. Odiaba la ciudad. Pasé seis años creando cosas hermosas para gente a la que le daban igual, y volví a casa porque este era el único lugar que me había parecido real.

—Entonces, ¿por qué Bad Seeds? —su madre le apretó las manos con más fuerza—. ¿Por qué no quedarte con Hartwell's? ¿Por qué no conservar algo de lo que construí?

Sage tomó aire con un suspiro tembloroso.

—Porque no puedo ser tú. Lo intenté. En Nueva York, intenté ser la florista que tú eras: organizada, profesional, perfecta. Y fracasé. Soy un desastre. Pongo la música demasiado alta. Taladro tuberías, pinto camionetas de rosa y pongo cubos de flores donde no deben estar.

Hizo una pausa. Esa lista sonaba peor en voz alta que en su cabeza.

—Te olvidaste de la vez que prendiste fuego al expositor de cintas —dijo Daisy.

—Fue un accidente.

—Tenías catorce años y pensaste que las velas harían la tienda más romántica.

—Y lo hicieron. Por un momento.

A Daisy se le escapó una mueca, casi a su pesar.

—Necesitaba un nombre que fuera mío —continuó Sage—. No porque el tuyo estuviera mal. Sino porque necesitaba algo que encajara con quien soy de verdad.

Daisy guardó silencio durante un buen rato.

—No eres desordenada —dijo al fin—. Eres creativa. Es diferente.

—No pensabas eso cuando tenía dieciséis años y llené la cámara de la tienda con experimentos de tinte que lo tiñeron todo de morado.

—Arruinaste tres docenas de rosas blancas.

—Quedaron preciosas.

—Eran para la boda de los Morrison.

—Estaban mejor moradas —Sage hizo una pausa—. Además, los Morrison se divorciaron dos años después, así que técnicamente les ahorré dinero en fotos que iban a acabar en la basura.

—Las flores no funcionan así.

—Las flores funcionan exactamente así. Soy profesional.

—Eres un peligro.

—Aprendí de la mejor.

—Tu padre era un hombre perfectamente razonable. Hasta que dejó de serlo.

—No estaba hablando de papá.

Esta vez, Daisy sonrió de verdad. Movió los dedos despacio, mirándose las manos. Manos que antes se movían como por arte de magia entre tallos, alambre y cintas.

—Siempre has sido terca.

—Aprendí de la mejor.

Su madre la miró. Con las manos aún sobre la mesa, entre las dos.

—No eres una mala semilla, Sage.

—Lo sé —Sage le apretó las manos—. Pero crecí a pesar de lo que se suponía que debía ser. Y eso no es malo. De eso se trata precisamente.

El rostro de Daisy se descompuso. Atrajo a Sage hacia sí en un abrazo por encima de la mesa: torpe, intenso, las dos llorando ya.

—Lo siento —susurró Daisy contra su pelo—. Siento haberte hecho sentir que tenías que irte.

—Tú no...

—Sí. Te presioné para que fueras algo que no eras. Y cuando elegiste tu propio camino, me lo tomé como algo personal —Daisy se apartó, con las manos en los hombros de Sage—. Volver a Millbrook Falls no fue huir de Nueva York. Fue volver al único lugar que sentías como tu hogar. Debería haberlo visto.

—Y yo debería habértelo explicado —Sage se secó los ojos—. En vez de cambiar el nombre sin más y esperar que lo entendieras.

—Tu padre solía decir que éramos demasiado parecidas para comunicarnos bien.

Sage se rio. Daisy se rio. Las dos llorando y riendo a la vez, aferradas la una a la otra como si hubieran contenido la respiración durante dos meses y por fin pudieran soltar el aire.

—El nombre se queda —dijo Sage en voz baja—. Tiene que quedarse. Porque ese nombre es parte de quien soy.

Daisy asintió despacio y se secó los ojos.

—Lo sé.

—Pero necesito que lo veas —continuó Sage—. No solo el letrero. Todo. Lo que he construido —tomó aire con un temblor—. ¿Vendrás a verlo? ¿Por favor?

Su madre guardó silencio un largo momento.

Luego se levantó.

—Deja que coja el bolso.



Caminaron por Main Street una junto a la otra. A través de los ventanales de Scattered Beans se veía a Ruby, y Sage vio cómo su amiga abría los ojos de par en par al ver a Daisy a su lado.

Para la hora de cenar, lo sabría todo el pueblo.

Iban tan absortas en la conversación que pasaron de largo Bad Seeds.

Sage solo se dio cuenta cuando miró de reojo y se encontró mirando a través del escaparate de West's Hardware. Cole estaba dentro, ayudando a un cliente con muestras de pintura. Levantó la vista, cruzó la mirada con ella y luego vio a Daisy a su lado. Arqueó las cejas.

Oh. Se habían pasado de la tienda. Un escaparate entero. Genial. Muy normal. Definitivamente la energía serena y controlada que quería proyectar.

Sage se encogió levemente de hombros a través del cristal.

Luego. Ya se lo explicaría luego.

Su expresión adoptó un gesto que parecía preocupación mezclada con aprobación, una combinación muy de Cole. Luego se volvió hacia su cliente, y Sage intentó no pensar en que acababa de mantener una conversación entera con él a través de una ventana sin pronunciar una sola palabra.

Eso probablemente no era lo normal entre vecinos.

—Nos hemos pasado —se rio Sage.

—Oh, sí, eso parece.

Daisy se dio la vuelta y se detuvo frente a la tienda. Se quedó mirándola.

Su madre se quedó allí, en silencio, contemplando el exterior rosa chicle con sus llamativas letras negras.

—Es muy rosa —dijo Daisy finalmente.

—Agresivamente rosa.

—Gladys Murphy se quejó al ayuntamiento.

—Lo sé. Dos veces.

—Bien —la boca de Daisy se curvó—. Le hacen falta aficiones.

Sage se rio a pesar de los nervios que le retorcían el estómago.

—¿Quieres ver el interior?

Daisy la miró y asintió.

Sage abrió con la llave.

La campanilla sonó —la misma de Hartwell's Flowers, la que Sage había conservado porque hay cosas que merecen conservarse. Daisy entró y se quedó completamente inmóvil.

Sage observó a su madre asimilarlo todo, con las manos metidas en los bolsillos para no ponerse nerviosa. O gesticular. O tirar sin querer el cubo de girasoles que había colocado demasiado cerca de la puerta esa mañana porque estaba distraída pensando en...

No. No iba a pensar en Cole ahora mismo. Se concentraría en su madre.

Quien seguía de pie en medio de la tienda, en silencio, mirando alrededor.

Las paredes de ladrillo visto. Los muebles vintage que había ido coleccionando —mesas desparejadas, una cómoda antigua reconvertida en mueble de almacenaje, el sillón de terciopelo en la esquina. El espejo en la pared compartida. Flores frescas por todas partes, organizadas por color en cubos galvanizados. El menú de pizarra con arreglos clasificados por personalidad en lugar de por ocasión: «Para gente que odia las rosas», «Agresivamente alegre», «Triste pero bonito».

La mesa de trabajo en la parte trasera donde Sage pasaba horas cada día, rodeada de tallos, alambre, espuma floral y el caos organizado que de algún modo producía belleza.

—Conservaste la cámara frigorífica —dijo Daisy. Su voz sonaba queda.

—Compraste la mejor. ¿Por qué iba a cambiarla?

—Y el organizador de cintas.

—Por lo mismo.

Daisy caminó despacio por el local, tocando cosas. El mostrador. La báscula vintage que Sage usaba de decoración. La pequeña colección de jarrones antiguos expuestos en estantes flotantes.

Se detuvo en la mesa de trabajo, los dedos rozando los alicates que Sage había dejado a la vista, el arreglo a medio terminar esperando al día siguiente. Cogió las tijeras de podar. Las dejó. Las cogió de nuevo, sopesándolas. Sus manos se abrían y cerraban, como si estuviera comprobando si aún funcionaban.

—Tu abuelo me las regaló cuando abrí la tienda.

A Sage se le encogió el pecho.

—Las mandé afilar a un profesional en agosto.

Su madre se rio.

—Cómo no.

Dejó las tijeras con cuidado y se acercó a una fotografía enmarcada en la pared: Hartwell's Flowers en los años noventa, Daisy en la puerta con una Sage pequeña en brazos, las dos riendo.

—Conservaste esto —susurró Daisy.

—Claro que lo conservé —a Sage le escocían los ojos—. No te borré, mamá. Construí sobre lo que tú creaste. Hay una diferencia.

Daisy se volvió hacia ella, con lágrimas en las mejillas pero sonriendo.

—Es precioso, Sage.

Las palabras la alcanzaron como una ola.

—¿Sí?

—Sí —Daisy volvió a mirar alrededor de la tienda—. Es completamente tú. Salvaje y deliberada y absolutamente nada de lo que yo habría hecho —hizo una pausa—. Debería haber estado aquí en agosto. Debería haber dicho esto el día que abriste —se detuvo, con la voz quebrada—. Después de que tu padre se fuera, aprendí a encerrarme en mí misma cuando algo me asustaba. Simplemente... cerrar la puerta y arreglármelas sola. Y una hija más valiente que yo era lo más aterrador de todo —apretó los labios—. Estoy orgullosa de ti. Debería haber empezado por ahí.

Sage salvó la distancia que las separaba y abrazó a su madre con fuerza.

Se quedaron allí, en Bad Seeds —la tienda que era y no era Hartwell's Flowers, el sueño que era enteramente de Sage y estaba construido sobre treinta años de trabajo de su madre—, aferradas la una a la otra.

—Vendré más a menudo —dijo Daisy con la cara hundida en el pelo de Sage—. Si quieres.

—Quiero —Sage se secó los ojos—. Llevo dos meses acumulando preguntas sobre proveedores y precios porque era demasiado orgullosa para hacerlas.

—Llevas un negocio. El orgullo sale caro.

—Ya me estoy dando cuenta.

Su madre sonrió y echó otro vistazo a la tienda.

—Enséñame en qué andas metida.

—Cole me enseñó la granja familiar y las coníferas.

Daisy arqueó una ceja.

—¿Cole West?

—Es largo de contar.

—Tengo tiempo.

Sage vaciló. Luego, con cuidado —tanteando el terreno— le contó a su madre lo de la visita a la granja. Las coníferas. La conversación sentadas en el portón de la camioneta. No todo. Desde luego no la parte en la que se había planteado muy en serio besarlo en la camioneta. Ni la forma en que él la había mirado cuando dijo que no sabía qué hacer con aquello.

Solo las partes seguras.

Daisy escuchó sin interrumpir. Cuando Sage terminó, su madre guardó silencio un buen rato.

—Es un buen hombre —dijo Daisy finalmente—. Callado, pero sólido. Su madre venía a comprar flores de aniversario todos los años sin falta.

—Mamá...

—Solo lo comento —Daisy esbozó una sonrisa—. No dejes que el orgullo te impida algo bueno. Ya eres bastante terca de por sí.

Se acomodaron en la mesa de trabajo —Sage en su taburete, Daisy en la silla de consultas— y hablaron sobre la Feria de la Cosecha. El diseño del puesto. Los pedidos anticipados de coronas. El suministro de ramas de pino de la granja West, que hizo que Daisy arqueara las cejas sin decir nada.

—Voy a montar un sistema de pedidos anticipados —explicó Sage, sacando su cuaderno de planificación—. Los clientes pueden reservar coronas personalizadas y recogerlas en la feria. Me lo sugirió Ruby.

—Ruby es más lista de lo que aparenta.

—Ya me voy dando cuenta.

Daisy estudió los bocetos. —Están bien. Muy bien. Pero los precios son demasiado bajos.

—¿Lo son?

—Te estás infravalorando —su madre señaló el diseño de corona más grande—. Esta vale al menos quince dólares más de lo que

cobras.

—La gente ya piensa que Bad Seeds es caro.

—Porque les das algo que no pueden conseguir en ningún otro sitio. Cobra en consecuencia.

Sage había olvidado lo bien que se sentía escuchar a su madre hablar de negocios. Tener a alguien que entendiera los números, los márgenes, el margen de beneficio y el coste invisible de la mano de obra que los clientes nunca quieren pagar.

Su madre se levantó y recogió el bolso. —Debería irme. Pero aquí estoy si me necesitas. Para darte consejos, para hablar las cosas. Lo que necesites.

—Gracias.

—He estado pensando en qué hacer ahora —añadió Daisy—. Diseño de jardines, quizá. Aprovechar lo que sé sin... —flexionó las manos—. Sin las partes que ya no funcionan.

—Eso sería perfecto para ti —dijo Sage en voz baja—. Siempre viste el conjunto. No solo el arreglo, sino dónde encajaba.

—Ya veremos —la sonrisa de Daisy era tímida—. Todavía estoy en ello.

—Yo también.

Su madre la estrechó en un abrazo que sabía a perdón y a nuevos comienzos, a todo lo que habían sido demasiado tercas para decirse durante dos meses.

—Estoy orgullosa de ti —volvió a susurrar Daisy—. No lo olvides.

—No lo haré.

En la puerta, su madre se detuvo. Echó un último vistazo a la tienda. —Bad Seeds —dijo despacio, como probando las palabras—. En realidad es perfecto. Me fastidia haber tardado dos meses en verlo, pero lo es.

—¿Sí?

—Sí —la sonrisa de Daisy era auténtica ahora. Plena—. Es exactamente quien eres. De las semillas silvestres nacen las flores más fuertes.

Sage tuvo que respirar hondo para que no le temblara la voz. —Gracias, mamá.

—Nos vemos pronto.

—Sí. Pronto.

Sage se quedó sola en Bad Seeds, contemplando lo que habían construido juntas: lo que su madre había empezado, lo que Sage había transformado, lo que ahora, de algún modo, era de las dos.

A través de la ventana, vio movimiento. Cole, que estaba cerrando West's Hardware. Él miró hacia la tienda y sus ojos se encontraron a través del cristal.

Ella levantó la mano. Un pequeño saludo.

Él asintió. Esa ligera inclinación de cabeza que significaba que la había visto.

Luego subió al Chevy y se marchó.

Sage sacó el móvil.

SAGE

Hablé con mi madre. Fue... mejor de lo que esperaba.

Los tres puntos aparecieron casi de inmediato.

COLE

Bien. ¿Estás bien?

SAGE

Sí. Muy bien, la verdad. Gracias por el empujón.

COLE

No te di ningún empujón. Llegaste tú sola.

SAGE

¿Nos vemos en la feria?

COLE

Allí estaré.

Se quedó mirando la pantalla un momento más y luego se guardó el móvil en el bolsillo.

Fuera, el sol de la tarde entraba sesgado por las ventanas y lo teñía todo de dorado. Dentro de Bad Seeds, Sage se secó los ojos y miró su reflejo en el espejo de la pared compartida.

El rímel había aguantado sorprendentemente bien para alguien que había llorado tres veces en dos horas. El de calidad profesional

resistente al agua valía los doce dólares de más.

Volvió al trabajo.

CAPÍTULO
Trece

La Feria de la Cosecha de Millbrook Falls había transformado la plaza del pueblo en un caos organizado. Las carpas de lona restallaban con el viento de octubre, y el olor a palomitas acarameladas competía con el humo de leña de la hoguera junto al quiosco.

Sage había llegado a las siete para asegurarse su puesto, solo para encontrar a Cole ya allí, descargando cajas de la parte trasera de su camioneta con gesto adusto. Llevaba haciendo ese montaje cada año desde que abrió la West's Hardware: vendía los productos de la granja, honraba sus raíces.

Se habían saludado con un gesto de cabeza a través de la plaza, y lo habían dejado así.

Había parecido un progreso.

Ahora, una hora después, Sage contemplaba su mesa con satisfacción. Se había esmerado: coronas de otoño tupidas de vid y ramas de abeto frescas de la granja West, cuyo verde profundo contrastaba con cintas burdeos y racimos de rodajas de naranja secas. Los arreglos otoñales se derramaban por el expositor en estallidos controlados de óxido y oro.

Su madre le había dicho que estaba orgullosa de ella.

Sage todavía no sabía muy bien qué hacer con eso.

Su mesa parecía que el otoño hubiera explotado y luego alguien con ojo para el caos controlado lo hubiera recompuesto con esmero.

La mesa de Cole parecía un puesto de mercadillo diseñado por alguien que había leído exactamente un libro sobre presentación visual y había decidido que era un libro de más. Filas ordenadas de calabazas organizadas por tamaño. Tarros de sidra de manzana especiada alineados con precisión militar. Mermeladas de la granja West dispuestas con eficiencia práctica.

—¿Vas a quedarte mirando mis calabazas todo el día, o piensas vender algunas flores?

Cole no levantó la vista de los carteles de precios escritos a mano que pegaba al borde de la mesa.

Sage se dio cuenta de que llevaba de pie con un manojo de eucalipto en la mano, juzgando abiertamente su montaje durante treinta segundos enteros.

—Estoy apreciando la estética —dijo Sage ajustando una corona que no necesitaba ajuste—. Muy... geométrica.

—Son calabazas, Hartwell. Ya son redondas.

—Podrías haber hecho algo con ellas. Variación de altura. Gradación de color. Un punto focal.

—Son calabazas.

—Exacto. Trabaja con lo que tienes.

Cole se enderezó y contempló su exposición con la expresión de alguien a quien acababan de decirle que su hijo era solo moderadamente atractivo. Luego cogió una calabaza mediana y la movió siete centímetros a la izquierda.

—¿Mejor?

—Eres graciosísimo.

—Lo sé.

Le sostuvo la mirada, y había algo en su expresión que hizo que ella apartara los ojos primero. Un destello de humor en las comisuras.

—Y para que conste, el punto focal es la sidra. Las calabazas son el reparto secundario.

—Las calabazas parecen acusadas de un crimen que no cometieron.

—Son CALABAZAS.

—Y se merecen algo mejor.

Entrecerró los ojos.

—¿Quieres reorganizar mi mesa?

—Ni se me ocurriría.

—Mentirosa.

—Cierto.

Se entretuvo con los carretes de cinta antes de meterse en más líos.

La plaza se fue llenando poco a poco, y luego de golpe. Dieron las nueve y media, y de repente los pasillos entre puestos estaban abarrotados: familias con cochecitos, parejas de la mano con termos de café, las señoras de la iglesia metodista avanzando en grupo compacto y decidido.

Sage entró en su ritmo: envolvía las compras en papel de estraza atado con cordel, explicaba los cuidados, sugería piezas a juego.

—La corona durará hasta Acción de Gracias si la mantiene fuera del sol directo —le dijo a la señora Henderson, que dudaba entre dos tamaños—. Pero si quiere que destaque de verdad, coja una calabaza de al lado. Monte todo un conjunto para la entrada.

—¿Intentando endosarme clientes? —dijo Cole desde su derecha.

—Intentando que las entradas de este pueblo no den pena.

—Caritativa.

—Soy generosa.

—Una generosa que se beneficia de mi labor agrícola.

—¿Tu labor agrícola?

Sage señaló su exposición impecablemente organizada.

—¿Cultivaste estas calabazas tú mismo?

—La granja de mi familia.

—Así que eres un intermediario.

—Estoy apoyando la agricultura local.

—Te estás beneficiando del huerto de calabazas de tu padre.

—Y tú te estás beneficiando de los abetos de mi familia.

—Que convertí en arte.

—Por los que cobras sesenta y cinco dólares a la gente.

—Ochenta la grande —corrigió Sage—. Y valen cada céntimo.

La señora Henderson, que había estado observando el intercambio como si fuera un partido de tenis particularmente

entretenido, compró la corona más grande, tres calabazas pequeñas y dos tarros de compota de manzana. Parecía absurdamente satisfecha consigo misma.

—Acabas de alegrarle el día —observó Sage cuando la señora Henderson ya no podía oírles.

Cole estaba dando el cambio a otro cliente, con manos rápidas y precisas.

—Ella se alegró el día sola. Yo solo tenía calabazas.

—Tu humildad es abrumadora.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Lo sé.

La mañana se difuminó en transacciones. Sage explicó la diferencia entre coronas de vid y de sauce seis veces, recomendó colores de cinta, escribió instrucciones de cuidado en el reverso de sus tarjetas de visita. A su lado, Cole vendía calabazas con la misma energía que la mayoría de la gente dedica a hacer la declaración de la renta: eficiente, metódico, sin rastro de labia comercial. Alguien preguntó si la sidra era de producción local y él dijo «Sí», como si esa fuera la respuesta completa.

Cuando ella se agobió, él apareció con las tarjetas de visita de ella. Cuando a él se le acabó la sidra, ella atendió la mesa de él sin decir nada. Sin discusión. Solo movimiento sincronizado.



A MEDIA TARDE, Zara apareció con Tommy detrás, que llevaba una bandeja de cartón con bebidas.

—Ruby envía refuerzos —anunció Zara, dejándola sobre la mesa de Sage—. Cafés con leche de calabaza y arce. La última creación de Jake. Dijo que parecías un cadáver.

—No se equivoca —Sage cogió una de las tazas, agradecida.

Tommy ya estaba en la mesa de Cole.

—Ruby dice que no puedes morirte de deshidratación. Malo para la moral de Main Street.

—Dile que estoy bien —dijo Cole, aunque cogió la taza igualmente.

—¿Te estás quedando con las calabazas buenas, Cole?

—Vendí la última hace una hora —Cole dio un sorbo al café con leche y señaló los tarros de sidra que le quedaban—. Esa es la sidra que le gusta a Sage. Me quedan dos tarros si quieres uno.

A Sage se le quedó grabado.

La sidra que le gusta a Sage.

No «la especiada» o «ese lote». Su preferencia. Algo que él había notado y guardado en la memoria.

Se volvió hacia sus coronas y enderezó una que ya estaba recta.

La mirada de Zara fue de Sage a la mesa de Cole y volvió.

—Entonces, ¿ahora venís juntos a la feria, o...?

—Tenemos mesas contiguas.

—Claro. Y cuando esa mujer preguntó dónde poner las calabazas, ni siquiera os mirasteis antes de responder al unísono. Muy propio de «mesas contiguas».

—No sé de qué hablas.

—Mmm —Zara cogió uno de los arreglos—. Esto es precioso. ¿Trabajo de las tres de la mañana?

—¿Cómo...?

—Me lo dijo Ruby —el tono de Zara era despreocupado, pero su mirada no—. ¿Piensas dormir en algún momento, o es opcional?

—Estoy bien.

—Pareces agotada.

—Puedo con esto —dijo Sage, más brusca de lo que pretendía. Luego, más suave—: De verdad.

Zara la miró un largo momento. Luego a Cole, que había dejado de reorganizar y las observaba.

—Vale —dijo Zara finalmente—. Pero Ruby va a ser insoportable cuando descubra que tenía razón.

—No tiene razón en nada.

—Sigue diciéndote eso —Zara le apretó la mano—. Vamos a por comida. Intenta no matarte trabajando.

La mano de Tommy se posó en la parte baja de la espalda de Zara cuando se giraron para irse: casual, automático, un gesto que no requería pensar.

Sage apartó la mirada la primera.

Cole apareció a su lado con otra taza de sidra.

—Tus amigos son muy sutiles —dijo.

—Creen que están ayudando.

—¿Y lo hacen?

Sage lo miró. Miró la sidra que acababa de darle sin preguntar.

—Sí —dijo en voz baja—. Creo que sí.

La mirada de Cole se suavizó un instante.



Para cuando el sol empezó a descender hacia el horizonte, los pies de Sage habían pasado del dolor a un latido sordo y entumecido. Se le había quedado la voz ronca.

Cerca del atardecer, Cole le pasó otra sidra sin decir nada.

Ella la cogió sin más. Habían dejado de acusar recibo de los intercambios en algún momento del mediodía.

Las luces del festival se encendieron cuando cayó la noche. Sage empezó a desmontar su puesto.

—Déjalo —dijo Cole—. Empaqueta lo que tengas que empaquetar. Deja el montaje. Total, los dos volvemos aquí a las ocho mañana.

Sage se lo pensó. La espalda le protestó con solo pensar en cargar y descargar todo dos veces.

—Vale —dijo.

—Revolucionario.

Empaquetó las piezas delicadas. Dejó las coronas resistentes sujetas con pulpos al armazón de la carpa.

—Necesitas una lona —dijo Cole.

—No tengo lona.

Él ya iba camino de su camioneta.

Por supuesto que tenía una lona perfectamente doblada y probablemente etiquetada como «LONA DE EMERGENCIA PARA FERIAS» en la caja meticulosamente organizada de su camioneta.

Sage empezaba a sospechar que Cole West tenía un plan de contingencia para el apocalipsis que incluía madera perfectamente cortada y provisiones ordenadas alfabéticamente.

Extendió la lona sobre el puesto de ella con eficiencia, la aseguró con pulpos y revisó los nudos dos veces.

—Veinte por ciento de probabilidad de lluvia después de medianoche —dijo cuando ella arqueó una ceja.

—Veinte por ciento no es...

—Veinte por ciento significa que deberías tener una lona —ya estaba volviendo a su propia mesa—. De nada.

Ella no había dicho gracias.

Pero tampoco estaba quitando la lona, cosa que él probablemente sabía, y probablemente por eso no había esperado que se lo agradeciera.

Hombre exasperante.

Cuando terminaron, la plaza se había quedado en silencio. La mayoría de los vendedores se habían marchado.

—¿Has avanzado algo con las cartas?

—Nada, pero aún no me rindo.

Cole sirvió el resto de su sidra en un vaso de papel y se lo tendió.

—Bien. Dicen que mañana hará más calor.

—Bueno para las ventas.

—Malo para la sidra. Se pondrá almibarada.

—Una tragedia —dijo ella, y aceptó el vaso.

Mañana volverían a hacer lo mismo: otro día entero de proximidad y cooperación forzada.

Sage se convenció de que solo le daba pavor.

Cada vez le costaba menos mentirse.

El domingo amaneció fresco y frío. Sage llevaba en la plaza desde las siete y media, reponiendo existencias con las coronas que había terminado a medianoche, a base de tanto café que podría haber propulsado un avión pequeño. Le olían las manos a resina de pino y pegamento caliente. La espalda le mataba. Los pies la odiaban.

La mesa tenía un aspecto espectacular. Había valido la pena.

Cole había llegado a las siete cuarenta y cinco con dos termos de sidra y, para más inri, parecía haber dormido ocho horas y desayunado como Dios manda. Le tendió un vaso sin decir nada. Ella lo aceptó sin dar las gracias. Ya le iban cogiendo el tranquillo.

A mediodía había vendido la mitad del género y se había quedado ronca, y el ritmo fluido del día anterior no había hecho más que afianzarse.

A media tarde, ya había anotado su tercer encargo personalizado del fin de semana.

—A la gente le gusta lo que ve —dijo cuando el cliente se alejó.

—Les gusta que vendas sin que parezca que estás vendiendo.

—Se llama atención al cliente, West.

—Se llama ser buena en tu trabajo —lo dijo sin más, reponiendo tarros de sidra, sin mirarla, lo cual era de algún modo peor que si la hubiera mirado.

Se volvió hacia su exposición antes de soltar alguna tontería.



Una hora más tarde, llegó el desastre.

Sage estaba cobrando a una mujer que compraba tres coronas cuando lo oyó: un crujido de madera al partirse.

La mesa se le ladeó de golpe.

Las manos le salieron disparadas por instinto y agarró la corona más cercana. Todo el expositor se inclinó, las coronas resbalaron, los arreglos se precipitaron al suelo como una avalancha carísima a cámara lenta.

Cole ya se había lanzado.

Había estado apilando cajas en su puesto, a unos tres metros. Lo bastante cerca para ver cómo empezaba el desastre. Lo bastante cerca para reaccionar.

Atrapó el borde de la mesa con las manos antes de que se desplomara del todo. Cargó el peso contra ella, el hombro aguantando la tensión, las botas bien plantadas para hacer palanca.

No gritó instrucciones. Simplemente actuó.

—No toques nada —dijo con la voz tensa por el esfuerzo—. Quédate quieta.

Sage se quedó inmóvil. Una mano aferrada a una corona, la otra presionada contra un arreglo de hojalata a punto de estrellarse contra el suelo.

Cole sujetó la mesa con un brazo mientras palpaba la pata con el otro, la mandíbula apretada.

—El soporte está rajado —dijo—. Mesa de alquiler. Herrajes baratos.

—¿Puedes...?

—Sí. Pero necesito meterme debajo. ¿Puedes aflojar la presión de ese lado?

Sage desplazó el peso con cuidado. La mesa crujió, pero aguantó.

Cole se arrodilló sin dejar de apuntalar el borde con el hombro. Sacó una multiherramienta del cinturón —porque por supuesto que llevaba una multiherramienta— y empezó a aflojar el soporte con precisión.

—Voy a necesitar madera —murmuró.

—¿De dónde?

—De mi camioneta. Reserva de emergencia.

—¿Tienes madera de emergencia?

—¿Tú no?

Se había congregado un corrillo. Las señoras de la iglesia metodista. Frank, con los brazos cruzados. La señora Henderson, absorta.

Nadie compraba. Todos miraban.

Cole no parecía darse cuenta. O le daba igual.

Bajó la mesa con cuidado, luego fue corriendo a su camioneta. Volvió con dos listones que parecían sospechosamente cortados a medida, un taladro inalámbrico y una caja de herramientas.

El ferretero al rescate.

—Claro que tienes un taladro en la camioneta —dijo Sage.

—Pues claro.

Trabajó rápido. Estabilizó la pata rajada, reforzó el marco, lo aseguró todo con soportes que al parecer llevaba encima precisamente para este tipo de situaciones.

Las manos se le movían con absoluta seguridad: medía a ojo, taladraba agujeros que encajaban a la primera. Memoria muscular, forjada a lo largo de años de arreglar cosas y devolverles la vida.

Diez minutos después, la mesa estaba firme. Sólida, resistente, estable. Él estaba cubierto de tierra y restos de corona, y le daba igual.

Cole la probó cargando el peso, y luego —sin pedir permiso— empezó a recolocar el expositor. Coronas de vuelta en los ganchos, arreglos recolocados, todo bien distribuido y equilibrado.

Trató el trabajo de ella con cuidado. Respetó su visión incluso mientras arreglaba la estructura.

—Esto aguantará hasta mañana. Después vas a necesitar algo que soporte peso de verdad.

Sage se rio sin poder evitarlo.

—Tomo nota.

—Creas cosas preciosas —dijo Cole en voz baja—. Deberías usar mesas mejores.

Debería darle las gracias. Hacer una broma. Hacer algo que no fuera quedarse ahí plantada mirándolo.

Él le sostuvo la mirada un instante de más.

—Gracias —dijo al fin.

—Sí.

Apretó ligeramente la mandíbula y se volvió hacia su mesa.

Frank estaba tres puestos más allá, con los brazos cruzados, observándolos con lo que podría haber sido el fantasma de una sonrisa. Todo el pueblo acababa de ver cómo Cole West lo dejaba todo para reconstruir la mesa de Sage Hartwell.

Y parecía que llevaran haciéndolo toda la vida.

Los cotilleos durarían semanas.

Sage volvió a vender flores.

Intentó no pensar en manos firmes, buenos instintos y madera de emergencia.

Había salido con hombres que no sabían cambiar una rueda. Hombres que llamaban al casero por una bombilla fundida. Hombres que trataban la mínima habilidad práctica como un logro olímpico digno de elogio.

Cole West le había reconstruido la mesa en diez minutos y había actuado como si nada.

Estaba metida en un buen lío.



CUANDO el sol empezó a descender hacia el horizonte, a Sage solo le quedaban tres coronas.

Las calabazas de Cole estaban agotadas. La sidra se había acabado.

Desmontaron los expositores en un silencio cómplice.

—Deja la mesa —dijo Cole—. Mañana por la mañana la reforzaré como es debido.

—No tienes que...

—Lo sé.

La miró.

—Lo haré de todos modos.

Cuando todo quedó recogido, la plaza se había sumido en el silencio.

Cole bajó la compuerta de la camioneta sin ceremonias.

—Sube.

Los pies de Sage tomaron la decisión antes de que su cerebro reaccionara. Se encaramó, dejó las piernas colgando e intentó no gemir de alivio.

Él le pasó una taza del termo y desenvolvió algo que olía a canela y mantequilla. Cuando ella alargó la mano, él lo apartó.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—Tomé café.

—El café no es comida, Hartwell.

—Lo es si le añades suficiente crema.

Él le lanzó una mirada capaz de decapar pintura y le pasó las galletas con mantequilla de manzana.

—Come. Luego hablaremos de tu definición de nutrición.

Le dio un mordisco. Perfecto. Dulce, especiado, exactamente lo que su cuerpo agotado necesitaba.

Se quedaron allí sentados en la oscuridad de octubre mientras la feria se apagaba a su alrededor. Las guirnaldas de luces lo bañaban todo en un dorado cálido. El aire olía a humo de leña, a las últimas palomitas caramelizadas y al frío que llegaba.

Por primera vez en diez horas, Sage relajó los hombros.

—Tu mesa aguantó —dijo Cole después de un rato.

—Tu ingeniería aguantó.

—Es lo mismo.

—Estoy bastante segura de que hay una diferencia.

—No desde donde estoy sentado.

Se preparó otra galleta y se la comió en dos bocados.

—Mi padre preguntó si necesitas una mesa mejor. Dice que tiene algunas en el granero que podrías usar. Mesas de verdad. Hechas para soportar peso.

—¿En serio?

—En serio.

La miró a los ojos.

—Al parecer, hacer que la mesa de tu vecina se derrumbe es malo para la reputación de la familia West. Quiere asegurarse de que no vuelva a pasar.

—No fue culpa tuya.

—Díselo a mi padre.

Su expresión era irónica.

—Se pasó veinte minutos explicándome la distribución del peso como si yo no fuera dueño de una ferretería.

—Los padres —dijo Sage.

—Sí.

Se quedaron en un silencio cómodo. Luego Cole volvió a hablar, más bajo esta vez.

—Lo hiciste bien hoy.

Sage lo miró. Él observaba las luces con expresión relajada, la mandíbula distendida. Cansado pero satisfecho.

—Gracias —dijo ella—. Por hoy. Por...

Hizo un gesto hacia la mesa, la sidra, las galletas.

—Todo.

Cole guardó silencio un momento. Luego:

—Lo habrías resuelto sola.

—Quizás. Pero habría tardado más. Y habría sido más caótico.

—Todo lo que haces es más caótico.

—Grosero.

—Preciso.

Ella le dio un codazo. Él soltó una risa queda. Le preparó otra galleta y se la pasó sin decir nada.

El silencio se asentó entre ellos, fácil, sin prisas.

El lunes volverían a sus tiendas. Vidas separadas. Vecinos comerciales con un saludo profesional por las mañanas.

Cole se movió a su lado, rozándole el brazo al coger el termo para servirles más sidra.

No se alejó después.

Ella tampoco.

El viento de octubre arreció, lo bastante frío como para hacerla tiritar. Cole la miró y se acercó más —sin tocarla, pero lo bastante cerca para que sintiera el calor que irradiaba de él. Lo bastante cerca para que el viento le diera a él primero.

—¿Mejor? —preguntó en voz baja.

Sage asintió, sin fiarse de su propia voz.

El brazo de él seguía tocando el de ella.

No se apartó.

Miró las luces del festival e intentó recordar en qué momento estar cerca de Cole West había pasado de ser un problema a convertirse en un refugio.

CAPÍTULO

Catorce

Sage dejó caer el ramo de eucalipto.

Cayó al suelo con un ruido sordo y rodó bajo la mesa de consultas como si intentara escapar. Había estado pensando en las manos de Cole otra vez, en cómo se habían movido cuando reconstruyó su mesa en la feria. Firmes. Seguras. Tierra bajo las uñas porque la estética podía esperar cuando había trabajo que hacer.

Había dado por sentado que proximidad más antagonismo equivalía a inmunidad. Resultó que equivalía exactamente a lo contrario.

Ruby, que se había pasado a traerle café y ahora estaba leyendo una novela romántica en la silla de consultas de Sage, levantó la vista con una ceja arqueada.

—¿Estás bien?

—Bien.

Sage se agachó para recuperar el eucalipto. Se golpeó la cabeza con el borde de la mesa.

—Completamente bien.

—Acabas de agredirte con un mueble.

—Estoy haciendo varias cosas a la vez.

—Llevas cinco minutos mirando ese mismo ramo.

—Estoy pensando en los arreglos.

—Te estás rayando.

Ruby cerró el libro.

—Te vi envolver tres pedidos esta mañana sin medir la cinta ni una vez. Hiciste lazos perfectos en piloto automático mientras mirabas la pared fijamente, como si tuvieras visión de rayos X.

Sage se sonrojó.

—No estaba...

—Sí estabas. Y no has discutido con él en cuatro días. Cuatro días, Sage. Eso es un récord.

Lo era. El período más largo sin hablarse desde el incidente de la pintura en agosto. Habían intercambiado exactamente tres mensajes desde el domingo: uno para pedirle prestada la carretilla, otro confirmando que tenía que devolverle la mesa, y un único «gracias» que Sage se había quedado mirando durante diez minutos.

Había querido responder. Ese era el problema.

—He estado ocupada —dijo Sage.

—Has estado evitándolo.

—He estado ocupada evitándolo.

La risa de Ruby fue demasiado fuerte para un martes por la tarde.

—Ahí está.

Sage abandonó el eucalipto y se dejó caer en la silla frente a Ruby.

—No sé lo que estoy haciendo.

—Nadie lo sabe nunca. Por eso es interesante.

—Eso no ayuda.

—No estoy aquí para ayudar. Estoy aquí para verte resolverlo y de vez en cuando traerte vino.

Ruby hizo una pausa.

—Aunque si necesitas vino a las dos de la tarde, no te voy a juzgar.

—Esto no es una emergencia.

—Acabas de admitir que no sabes lo que estás haciendo con el hombre al que has estado fingiendo odiar durante tres meses. Yo diría que eso es al menos una crisis menor.

Sage se miró las manos. Competentes cuando se trataba de flores. Menos competentes para todo lo demás.

—No lo odio —dijo Sage en voz baja.

—Lo sé.

—Pensé que sí. En agosto, estaba segura de que sí.

—¿Y ahora?

Sage pensó en el sábado por la noche, sentados en el portón trasero de su camioneta. Galletas con mantequilla de manzana. Cómo le había ido pasando sidra sin decir nada, apareciendo con ella a intervalos regulares como si llevara la cuenta. Cómo había reconstruido su mesa y luego había quitado importancia a su agradecimiento como si no fuera nada.

Cómo su mano había rozado la de ella al pasarle la última taza de sidra, y ninguno de los dos se había apartado.

—Creo que estoy metida en un lío —dijo Sage.

La sonrisa de Ruby fue inmediata.

—Por fin.

—Él no ha dicho nada —dijo Sage.

—Tú tampoco.

—No puedo simplemente decírselo.

—¿Por qué no?

—¿Y si estoy equivocada?

Sage hizo un gesto vago con la mano.

—¿Y si lo de la feria fue solo proximidad y agotamiento? ¿Y si me lo he inventado todo y él simplemente está siendo un buen vecino?

—Cariño.

La voz de Ruby sonó paciente.

—Conozco a Cole West desde hace tiempo. No es simpático. Es educado cuando toca, servicial cuando se lo piden, y le importa un bledo la cháchara. Una vez le dijo a Frank que sus teorías conspirativas eran «infundadas y una pérdida de oxígeno».

—Eso le pega.

—Lo que quiero decir es que Cole no hace las cosas por ser amable. Las hace porque quiere hacerlas.

Ruby se recostó en la silla.

—Así que cuando aparece con sidra cada hora, te reconstruye la mesa en pleno festival y se sienta contigo en el portón helado de una camioneta a compartir galletas cuando podría estar en casa durmiendo, eso no es proximidad. Es una decisión.



El jueves por la noche llegó con el frío suficiente para que Sage se arrepintiera de todas las decisiones de vestuario que había tomado en su vida.

Estaba plantada en el camino de entrada de la Granja West a las seis y cuarto, con una botella de vino en la mano y dudando de todo.

La invitación había llegado por mensaje el martes por la mañana, de Cole nada menos: Mi madre quiere que vengas a cenar el jueves. Algo del pedido de plantas de invierno. Intenté disuadirla. Fracasé. 6:30.

Sage había respondido con un emoji de pulgar hacia arriba y luego se arrepintió inmediatamente porque quién responde a una invitación a cenar en familia con un pulgar hacia arriba como si fuera una quedada para tomar café y no una situación monumentalmente importante de conocer-a-los-padres-por-primera-vez, aunque no estaban saliendo, así que técnicamente no era conocer-a-los-padres, era solo una cena sobre investigación histórica, excepto que no era solo eso en absoluto y—

Estaba entrando en bucle.

La casa de los West era más grande de lo que había esperado: dos plantas, blanca con contraventanas oscuras, luz cálida que se derramaba por las ventanas. La camioneta de Cole estaba aparcada junto a un sedán.

Sage respiró hondo. Subió los escalones del porche. Llamó a la puerta.

La puerta se abrió de inmediato.

Ellen West estaba allí: pelo oscuro con mechones plateados, los ojos grises de Cole, una sonrisa cálida que hizo que Sage se relajara durante tres segundos antes de que volviera el pánico.

—Debes de ser Sage. Entra, hace un frío que pela.

La casa olía a pollo asado, a hierbas y al tenue aroma de cera para muebles. Fotos familiares cubrían las paredes del pasillo. Cole

de niño, con un hueco entre los dientes, mirando ceñudo a la cámara como si lo hubiera ofendido personalmente.

—Llegaste —dijo Cole desde la puerta de la cocina.

—Tus indicaciones eran buenas.

—Eran indicaciones. No un test de personalidad.

A Sage se le escapó una sonrisa.

—Aun así.

Ellen cogió la botella de vino.

—Gracias. No tenías que traer nada.

—Ruby dijo que el Pinot Noir era apuesta segura.

—Ruby tiene muy buen gusto.

Ellen se dirigió a la cocina.

—Cole, presenta a Sage a tu padre mientras reviso el pollo.

Un hombre apareció desde el salón: alto, de hombros anchos, lo que sería Cole en treinta años. La misma intensidad serena, las mismas manos encallecidas.

—Robert West.

Le estrechó la mano con firmeza.

—Cole me ha hablado de ti.

—Bien, espero.

—Con precisión.

Le brillaron los ojos.

—Dijo que le perforaste la tubería del agua.

Sage se sonrojó.

—Fue un accidente.

—También dijo que arreglasteis juntos lo del seguro.

La expresión de Robert se suavizó un poco.

—Eso no es poca cosa.

Cole apareció con dos copas de vino.

—No la interrogues antes de cenar, papá.

—No la estoy interrogando. Estoy estableciendo contexto.

—La estás incomodando.

—Estoy bien —dijo Sage, cogiendo el vino.

Sus dedos se rozaron. Cole retiró la mano como si se hubiera quemado.

O quizá se lo había imaginado. Últimamente le pasaba mucho.

Ellen los llamó a la mesa. El comedor era acogedor: mesa de roble, sillas desparejadas que de algún modo combinaban, una ventana con vistas a los campos.

Sage acabó sentada frente a Cole, entre Robert y Ellen.

La cena era pollo asado que Ellen insistía en que no tenía nada de especial, lo que significaba que lo tenía. Piel perfectamente dorada, hierbas que Sage no sabía identificar, verduras asadas que parecían sacadas de una revista.

Sage fue a coger el vaso de agua. Tiró el salero.

—Perdón.

Lo enderezó y derramó una montañita de sal sobre la mesa.

—Perdón.

—No pasa nada.

Ellen le pasó una fuente de patatas.

—No somos supersticiosos.

Sage se sirvió una cantidad razonable de patatas y se dijo que se relajara.

—Así que —dijo Robert, cortando el pollo con precisión quirúrgica — te hiciste cargo de la floristería de tu madre.

—Le di un cambio de imagen, en realidad. Mi madre se jubiló por la artritis.

—Y la pintaste de rosa.

—Rosa chicle —confirmó Sage—. El pueblo tuvo sus opiniones.

—El pueblo siempre tiene opiniones —dijo Ellen—. Me enteré de que Gladys Murphy no estaba precisamente encantada.

—Qué va. Dijo que Daisy conocía su lugar. A la cara. En la inauguración.

—¿Y qué le dijiste?

—Que ya no era la tienda de mi madre. Era la mía.

—¿Y?

—Y me dijo que esperaba que supiera lo que hacía, y se fue sin comprar ni un solo tallo.

Ellen sonrió.

—Eso es muy de Gladys. Mucho ladrar, pero sin morder.

La conversación continuó: temas seguros, ritmo fácil. Sage empezó a relajarse. Entonces hubo una pausa. Ese tipo de silencio

incómodo en el que alguien tiene que decir algo, y el cerebro de Sage, presa del pánico, echó mano del primer tema que encontró.

—Encontré cartas de amor —soltó.

Todos la miraron.

—Durante la reforma —continuó, ya metida de lleno—. Escondidas en un hueco de la pared. Muy antiguas. De los años sesenta.

—¿Cartas de amor?

El rostro de Ellen se suavizó.

—Qué romántico.

—Lo son. Muy poéticas. Ya nadie escribe así.

Sage estaba hablando demasiado, pero no podía parar.

—Llevamos un tiempo intentando averiguar a quién pertenecían. Van dirigidas a una tal Rose, pero la firma es completamente ilegible. Solo hay una floritura muy característica.

—Un misterio —dijo Ellen—. Qué maravilla.

—Mencionan Vietnam —añadió Sage—. Quien las escribió iba a la guerra. Hay referencias al despliegue, cartas desde el extranjero. Todo es muy...

Hizo un gesto vago.

—Desgarrador, la verdad.

—Jake cree que la Rose de las cartas podría ser su abuela —dijo Cole. Era lo primero que aportaba de verdad a la conversación—. Jake Sullivan.

—¿Del café? —Ellen suavizó el gesto—. ¿Rose es su abuela?

—Sí —confirmó Sage—. Aún no le hemos preguntado sobre las cartas. Queríamos averiguar primero quién las escribió.

—Jake es muy protector con ella —dijo Cole—. La visita todos los domingos. Le lleva la compra, arregla cosas en su casa.

—Qué dulce —dijo Ellen—. Sullivan's Coffee, ¿verdad? Tenía pensado pasarme.

—Deberías —dijo Sage—. Jake hace los mejores cafés con leche del pueblo. Ruby no para de recomendarlos.

—¿Ruby de Scattered Beans dice eso? —Ellen arqueó una ceja.

—Respeto profesional —Sage sonrió—. Son pareja, de hecho. Los dueños de negocios de Main Street están bastante unidos.

—Excepto Gladys Murphy —murmuró Cole.

—Gladys no cuenta —se rio Ellen—. La única unión que tiene es con su propia desaprobación.

La conversación derivó. Ellen preguntó sobre el calendario de la reforma. Robert quería saber si la pared compartida había dado problemas. Sage explicó el incidente de la tubería, y la boca de Robert se torció en algo que podría haber sido diversión.

Pero notó que Robert seguía volviendo al tema. Preguntaba sobre las cartas. Cuándo las habían escrito. Qué decían. Qué antigüedad podían tener.

—Es un misterio tan romántico —dijo Ellen—. Un amor perdido en la guerra. Esas historias de la época de Vietnam siempre son tan trágicas.

—Lo son —coincidió Sage—. Las cartas son hermosas pero desgarradoras. Se nota que la amaba.

Robert se había quedado callado. Estaba mirando fijamente su plato, el tenedor olvidado.

Ellen lo notó.

—¿Robert?

Levantó la vista lentamente.

—El hermano de mi padre fue a Vietnam —dijo. Las palabras le salieron medidas—. Dean. Desapareció en el 68. Lo declararon muerto un par de años después, cuando dejaron de buscarlo.

Hizo una pausa.

—Apenas caminaba cuando se embarcó. No lo recuerdo de verdad. Solo un nombre, más que nada. Una foto en la repisa de la chimenea de mi abuela.

La mesa se quedó inmóvil.

—Lo siento —dijo Sage en voz baja.

Robert asintió.

—Fue hace mucho tiempo. Mi padre no hablaba mucho de él.

Dejó el tenedor.

—Aunque había cartas. De Dean. Las encontré después de que mi padre falleciera, en su escritorio, en un cajón que siempre tenía cerrado con llave. Nunca las leí. Sentí que le pertenecían a él.

Miró a Sage.

—Pero si estás rastreando cartas de la época de Vietnam... quizás valga la pena echarles un vistazo. Para tu misterio.

—No tienes que... —empezó Sage.

—Me gustaría —dijo Robert, y se puso de pie—. Dame un minuto.

Ellen lo siguió sin decir palabra.

Sage miró a Cole.

—¿Acabo de abrir algo que no debería?

—Tranquila —los ojos de Cole se fueron hacia el umbral por donde habían desaparecido sus padres—. Él tampoco habla mucho de la familia. Por lo visto, lo lleva en la sangre.

Se quedaron sentados escuchando los sonidos de la casa: pasos en el piso de arriba, un cajón, el crujido de algo pesado al moverse. Cuando Robert regresó, llevaba una caja de zapatos, sujetándola por debajo con ambas manos como si el fondo fuera a ceder.

La dejó sobre la mesa y levantó la tapa. Dentro: cartas. Papel envejecido, dobleces cuidadosos, sellos que Sage reconocía de los libros de historia.

Robert sacó una y la desdobló.

—Vietnam, 1967.

La giró para que ella pudiera ver.

Sage miró la firma al final y se quedó paralizada.

La misma floritura en bucle. La misma letra cuidadosa. El mismo garabato elegante e ilegible que cerraba cada carta que había sacado de la pared de Bad Seeds.

Exactamente la misma.

—Es la misma firma —dijo. Le salió la voz rara; se aclaró la garganta—. Llevo semanas mirándola. Es la misma persona que le escribió a Rose.

Robert se quedó muy quieto.

—¿Estás segura?

—Completamente. La forma en que la D hace el bucle, la floritura al final... es idéntica.

Robert volvió a mirar la carta en sus manos.

—Dean West —dijo en voz baja—. Mi tío. El que murió en Vietnam en 1968.

Entonces Ellen, que había estado revisando la caja, sacó un sobre diferente. Papel más nuevo. Sin sello de guerra.

Un matasellos de Chicago. 1975.

Se lo tendió a su marido sin decir palabra.

Robert lo miró un largo momento antes de tomarlo.

—Chicago —dijo, como si la palabra no le encajara en la boca—. Siete años después de que muriera.

Lo abrió con cuidado y leyó en silencio, con Ellen leyendo por encima de su hombro. Sage observó cómo la comprensión iba transformando ambos rostros: no era exactamente dolor. Algo más cercano al vértigo. Un hecho que creían fijo desmoronándose.

—No murió —dijo Robert al fin—. Volvió a casa.

Pasó la página, la recorrió con la vista, y algo en su expresión se relajó y se complicó a la vez.

—Escucha. *«Gracias por mantener tu palabra. Sé lo que les he pedido a ambos, y sé que no es justo. Algún día podré explicarlo. Por ahora, me basta con saber que me dejarán seguir desaparecido»*.

La mesa quedó en silencio.

—Les hizo prometer —dijo Robert lentamente, pensándolo a medida que hablaba—. A mi padre. A mi madre. Que dejaran que todos siguieran creyendo que nunca volvió.

Dejó la carta con cuidado.

—Lo que fuera que le pasó allí, lo que fuera que no quería que nadie viera, ellos lo guardaron por él. El resto de sus vidas.

—¿Por qué haría eso? —preguntó Sage en voz baja—. ¿Volver a casa y luego desaparecer?

—No lo dice —Robert tocó el borde de la carta—. Esa parte se la guardó para sí.

Cole había permanecido en silencio durante todo aquello. Ahora se inclinó hacia delante, estudiando el sobre de Chicago como si fuera a reordenarse si lo miraba con suficiente intensidad.

—Así que Dean ha estado vivo todo este tiempo —dijo lentamente—. El tío abuelo que supuestamente murió en la guerra, el que ayudó a mi abuelo a construir ese granero. Volvió, se

recuperó en esta casa y luego se marchó a Chicago dejando que todos siguieran creyendo que había muerto.

Sacudió la cabeza, más atónito que otra cosa.

—Teníamos su nombre en un memorial. Resulta que estuvo en Illinois todo el tiempo.

—Porque nadie debía saberlo —dijo Ellen con suavidad—. Tus abuelos cumplieron una promesa. Para el resto de la familia, Dean murió en la guerra.

—No se perdió —Cole miró las cartas desplegadas—. Simplemente no quería que lo encontraran.

Robert dispuso el resto de los sobres en fila, como una cronología.

—1975. 1976. 1978. Y luego nada después del 79 —estudió los matasellos—. Cuarenta y tantos años de silencio, sumados a los primeros.

Nadie habló durante un momento. Entonces Robert miró a Sage.

—Esas cartas tuyas. Las que iban dirigidas a Rose. ¿Qué son?

—Cartas de amor —dijo Sage—. Auténticas. La amaba; se nota en cada línea.

Robert miró la caja, luego el matasellos de Chicago, uniendo las piezas.

—Le escribió durante toda la guerra —dijo Sage en voz baja—. Hasta que desapareció. Y luego nunca más. Ella cree que las cartas dejaron de llegar porque él murió.

—Pero dejaron de llegar porque él decidió dejar de escribir —la voz de Cole sonaba grave—. Estaba vivo en Chicago y nunca le envió ni una sola palabra.

—No sabemos por qué —dijo Robert.

—No —coincidió Cole—. No lo sabemos.

El rostro de Robert se endureció con determinación.

—Podríamos averiguar si sigue vivo.

—Si llamamos antes, podría echarse atrás y no contestar —Cole hablaba con calma, pero con seguridad—. Si vamos a hacer esto, vamos en persona.

Sage pensó en un anciano en Chicago, cargando con cincuenta años de silencio.

—¿Juntos? —preguntó.

La palabra quedó suspendida entre ella y Cole, y no se refería solo al viaje.

—Sí —dijo Cole—. Juntos.

Robert ya había ido a por su portátil. Estaba tecleando antes de haberse sentado del todo; la frustración daba paso a la concentración, y luego a algo más intenso. Esperanza, o el miedo a sentirla.

—Registros de propiedad —dijo—. Dean A. West. El mismo barrio de Chicago que la dirección de 1975.

Giró la pantalla para que todos pudieran verlo.

—Nacido en 1947. Sigue registrado. Sigue allí.

La prueba estaba en la pantalla, ante ellos. Dean West: vivo, localizable, viviendo en Chicago con su propio nombre, como si una parte de él hubiera pasado cincuenta años esperando que lo encontraran.

Sage cruzó la mirada con Cole desde el otro lado de la habitación. Ninguno de los dos dijo nada. No hacía falta. La decisión ya se había tomado en el sofá hacía un minuto, y no había cambiado.

Ellen acompañó a Sage a la puerta sobre las diez. La temperatura había bajado y el aliento de Sage se condensaba en el aire frío.

—Gracias por venir —dijo Ellen—. Y por hacer esto con él. Nunca lo dirá, pero necesita a alguien.

—Os tiene a vosotros —dijo Sage.

—Así es. Pero eso es diferente —la sonrisa de Ellen era cómplice —. Tú eres diferente.

Entró de nuevo antes de que Sage pudiera preguntarle qué quería decir.

Cole apareció en la puerta.

—Te acompaño al coche.

—Está a cuatro metros.

—Está oscuro.

Bajaron juntos los escalones del porche. La noche era fría y despejada, y Sage podía ver todas las estrellas. Su aliento se

condensaba en el aire entre ellos. La camioneta de Cole era una silueta oscura en la entrada. Su sedán parecía pequeño a su lado.

—Chicago —dijo Cole en voz baja.

—Chicago —coincidió Sage.

Cole tenía las manos en los bolsillos. La miraba de una forma que le aceleraba el pulso. Como si estuviera buscando las palabras para decir algo.

—Le caes bien a mi familia —dijo por fin.

—Son muy majos.

—A ellos no les cae bien casi nadie.

—Me cuesta creerlo.

—Es verdad —esbozó una leve sonrisa—. Mi madre no invita a nadie a cenar a menos que crea que importa.

A Sage se le aceleró el pulso. Debería decir algo gracioso. Algo que rompiera la tensión. Pero en lugar de eso, se escuchó a sí misma preguntar:

—¿Y yo importo?

La pregunta le salió más tenue de lo que pretendía.

Cole mantuvo las manos en los bolsillos, pero todo en él cambió. Sus hombros. Su respiración. La forma en que la miraba.

—Eres la persona a quien elegí para hacer esto conmigo —dijo. Su voz se había vuelto más grave. Serena, pero segura.

No era una respuesta. O quizá la única que podía dar en ese momento.

La luz del porche a su espalda hacía que sus ojos parecieran más oscuros. Sage veía su propio aliento en el aire frío. No oía nada salvo el viento en los árboles y el latido desbocado de su corazón.

Tenía que subirse al coche. Despedirse. Hacer cualquier cosa menos quedarse ahí preguntándose qué pasaría si eliminaba la distancia entre ellos.

—Debería irme.

—Sí.

Ninguno de los dos se movió.

Entonces Cole dio un paso atrás, apenas. Dándole espacio. Dándole la opción de elegir.

Sage asintió. Abrió el coche. Se metió dentro antes de hacer alguna estupidez, como quedarse.

Se quedó sentada un momento, solo para recuperar el aliento. Los faros del coche de Cole iluminaron el camino de entrada mientras él se marchaba.

Condujo a casa con el corazón en la garganta.

Cuando aparcó en la entrada de su casa, se quedó sentada en la oscuridad un momento. La luz del porche estaba encendida. La casa de Cole, justo al lado, estaba a oscuras salvo por una ventana en el segundo piso.

Se preguntó si estaría mirando.

El móvil vibró.

COLE

¿Llegaste bien a casa?

Miró hacia su ventana iluminada. Tecleó:

SAGE

Literalmente puedes ver mi coche desde tu casa.

COLE

Eso no es una respuesta.

Sage sonrió sin poder evitarlo.

SAGE

Sí. Llegué bien. Gracias por esta noche.

COLE

Sí.

Esperó. Los tres puntos aparecieron. Desaparecieron. Aparecieron de nuevo.

COLE

Ya resolveremos los detalles.

Sage entró en casa, todavía sonriendo.

Chicago.

Pronto estaría ante la puerta de un desconocido, con Cole West a su lado, a punto de devolverle a un anciano la vida de la que había huido.

Y descubrió que no le daba ningún miedo.

CAPÍTULO

Quince

El pronóstico del tiempo mostraba un sistema de baja presión que se formaba sobre Pensilvania: lluvia intensa, posible hielo, tormentas de noviembre que podían hacer la I-84 peligrosa durante doce horas seguidas.

—Deberíamos volar —había dicho Cole dos días antes, mientras consultaba los precios de los vuelos en el móvil—. Dean tiene casi ochenta años. Si vamos a hacer esto, no podemos quedarnos esperando a que mejore el tiempo.

Así que aquí estaban. Rumbo al aeropuerto de Hartford. Domingo, 4 de la madrugada.

La maleta de Sage parecía la de alguien huyendo del programa de protección de testigos.

Un viaje de una noche. Había metido tres cambios de ropa, dos pares de zapatos y, por razones que no podía explicar, las joyas buenas. Las que se ponía para las bodas. O, aparentemente, para tender emboscadas a ancianos con sus propias cartas de amor.

Su teléfono vibró.

COLE

Afuera cuando estés lista.

Agarró la bolsa repleta, echó un vistazo a su reflejo —ansiosa, falta de cafeína, posiblemente demente— y salió a la oscuridad de noviembre.

La camioneta de Cole esperaba con el motor en marcha en la entrada, con los faros rasgando la oscuridad previa al amanecer.

Salió del coche cuando la vio. Le cogió la bolsa sin preguntar.

—Madre mía —la sopesó—. ¿Cuánto tiempo pensabas que íbamos a estar fuera?

—Una noche.

—Esto pesa como para una semana.

—Me gusta tener opciones.

—¿Para qué? ¿Para una cena de gala con la Sinfónica de Chicago? —la dejó en la caja de la camioneta junto a su propia bolsa, pequeña, que parecía contener un cambio de ropa y un cepillo de dientes de viaje.

—He hecho la maleta de forma práctica.

—Has hecho la maleta como si te fueras a mudar.

Ella cruzó los brazos.

—¿Vas a criticar mi equipaje o vamos a Chicago?

Los ojos de él se suavizaron con un brillo cálido.

—Las dos cosas, por lo visto.

—¿Has dormido? —preguntó una vez en la autopista.

—Algo. ¿Tú?

—Lo suficiente.

Los dos parecían agotados.

Hartford quedaba a una hora. Sage observó cómo el paisaje oscuro se deslizaba ante sus ojos e intentó imaginar qué dirían cuando Dean abriera la puerta. *Hola, hemos encontrado tus cartas. Sorpresa, Rose está viva.* No había forma buena de empezar esa conversación.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Cole.

—Aterrada.

—Yo también.

El aparcamiento del aeropuerto estaba casi vacío. Cole aparcó, apagó el motor y se quedó allí sentado un momento.

—Todavía podríamos dar la vuelta —dijo.

—Podríamos.

—Volver a casa. Fingir que nunca encontramos la dirección.

—También podríamos hacer eso.

Él la miró. Ojos grises, serios, en la tenue luz.

—Pero no lo vamos a hacer —dijo Sage.

—No —su boca se curvó ligeramente—. No lo vamos a hacer.



Pasar el control de seguridad fue pan comido a esa hora. La terminal estaba llena de viajeros de negocios y gente que parecía tan cansada como se sentía Sage.

Se compró un café que sabía como si se hubiera rendido consigo mismo. Cole pidió café solo y no se quejó, lo cual parecía profundamente injusto.

Encontraron su puerta de embarque. Se sentaron en sillas incómodas atornilladas al suelo, como si el aeropuerto temiera que alguien se las llevara.

—¿Vuelas mucho? —preguntó Cole, mirando el panel de salidas como si lo hubiera ofendido personalmente.

—Antes sí. De Nueva York a donde estuviera el cliente —Sage dio un sorbo—. ¿Tú?

—La verdad es que no. Chico de campo. Vamos en coche a los sitios. Despacio. Por tierra. Donde Dios manda.

—Qué bien estás disimulando lo de «a mí volar no me da miedo».

—Volar me parece genial. Me encanta. No me canso de cruzar el cielo a toda velocidad en un tubo que se sostiene con remaches y oraciones.

Sage contuvo una sonrisa.

—Conoces las estadísticas, ¿no? Es más probable morir conduciendo hasta el aeropuerto que...

—Como termines esa frase, me vuelvo a la camioneta.

—Anotado.

—Solo digo que, si los humanos estuviéramos hechos para volar, habríamos nacido con alas.

—Anotado.

—Y mejores instintos para eso —dio un sorbo de café e hizo una mueca—. Los chicos de campo sabemos cuándo algo es mala idea.

Ella le dio un codazo. Él soltó un bufido sobre su café horrible.

El agente de embarque anunció que podían subir al avión. La mandíbula de Cole volvió a tensarse.



Embarcaron entre un borrón de anuncios por megafonía y filas que avanzaban arrastrando los pies. Sage acabó junto a la ventanilla, Cole en el asiento del medio, y un tipo trajeado se quedó con el pasillo y se puso los auriculares de inmediato.

El avión rodó por la pista. Sage observó al personal de tierra a través de la ventanilla mientras Cole se aferraba al reposabrazos hasta quedarse con los nudillos blancos.

—¿Estás bien? —preguntó Sage en voz baja.

—Bien.

—Estás destrozando el reposabrazos.

—Qué observadora. Genial.

Los motores rugieron. El avión empezó a moverse y a Cole le tembló un músculo en la mejilla.

Sage no lo pensó. Simplemente se puso a hablar.

—Una vez hice las flores para un baby shower cuyo tema era «dark academia meets coastal grandmother» y la futura madre pidió específicamente peonías negras porque quería que la estética dijera: «Este niño será extremadamente culto pero también potencialmente el Anticristo».

Cole la miró, sorprendido.

—Perdona, ¿qué?

—Peonías negras. Para un baby shower. Tenía todo un tablero de inspiración.

—¿Lo hiciste?

—Oh, por supuesto. Teñí peonías blancas, añadí algunas rosas negras secas, metí algo de paniculata gótica. La abuela lloró. Y no de alegría.

El avión despegó. Sage siguió hablando.

—Luego estaba la boda en la que la novia quería rollo «hada de jardín salvaje», pero su prometido quería «minimalismo moderno y limpio», así que tuve que crear arreglos que combinaran ambas cosas. Imagínate: orquídeas blancas elegantes atravesadas por flores silvestres como si estuvieran en una pelea de cuchillos muy educada.

La mano de Cole se había relajado en el reposabrazos. Ahora estaba escuchando, ya sin pensar en la altitud.

—¿Siguieron casados?

—Ni idea. Pero los centros de mesa quedaron de muerte.

Le contó lo del gato de la tienda que había aprendido a tirar los cubos de rosas para llamar la atención. Lo del cliente habitual que llevaba seis meses escribiendo mal el nombre de su mujer en las tarjetas y solo se enteró cuando ella lo mencionó en su club de lectura. Lo de aquella vez que un novio pidió un ramo para su novia que coincidía por casualidad con las flores de la boda de su ex, y nadie se dio cuenta hasta la cena previa a la boda.

El avión se niveló. La señal del cinturón de seguridad se apagó con un pitido. Los hombros de Cole habían bajado; ya no intentaban fusionarse con sus orejas.

—Lo estás haciendo a propósito —dijo.

—¿Hacer qué?

—Hablar. Distraerme.

—¿Está funcionando?

Miró sus manos en el reposabrazos: sin tocarse, casi tocándose.

—Sí —dijo en voz baja—. Está funcionando.

El beso flotaba entre ellos. Ninguno lo mencionó. Pero Sage pensaba en él constantemente: en cómo su mano le había acariciado la cara, en cómo ella le había devuelto el beso sin pensar, en cómo ambos habían fingido que no significaba nada al día siguiente.

Sus manos estaban cerca en el reposabrazos. Tan cerca que podía sentir el calor de él.

Se apartó en el último segundo.

Él se dio cuenta. No comentó nada.



Para cuando aterrizaron, Cole casi había olvidado sus nervios por volar.

Chicago apareció entre las nubes. Torres de cristal, el lago extendiéndose azul e interminable, el sol de principios de noviembre que lo volvía todo nítido y brillante.

Cuando aterrizaron, la pasarela estaba helada y la terminal olía a café quemado y a producto de limpieza. Cole se echó la bolsa al hombro, miró el móvil y lo guardó sin decir lo que estaba a punto de decir.

—¿Estás bien? —preguntó Sage.

—Podría decir que no. Hacemos todo este viaje, abre la puerta y nos dice que nos larguemos.

—Podría —convino ella—. Pero aun así habrías venido. Eso es lo que importa.

La miró un segundo más de lo necesario, luego asintió una vez y parte de la tensión se le fue de los hombros.

El conductor del Uber era de esos tipos charlatanes que trataban cada viaje como si grabaran un podcast. Se pasó todo el trayecto hasta el barrio de Dean explicando el setup de Twitch de su compañero de piso Anthony, las dinámicas parasociales de las comunidades de gaming, y por qué «construir una marca» requería «compromiso auténtico con tu audiencia».

Sage se mordió el labio para no reírse. A Cole se le torció la boca.

Para cuando pararon frente al edificio de Dean —un edificio de piedra rojiza corriente en un barrio tranquilo y arbolado—, el conductor ya había pasado al número de suscriptores de Anthony y sus planes de merchandising. Se quedaron en la acera.

Unidad 2B. Segundo piso.

Subieron juntos.



El pasillo olía a alfombra vieja y a la comida de alguien. El corazón de Sage intentaba salírsele por la garganta.

Se quedaron frente a la unidad 2B.

Una puerta se abrió más allá en el pasillo. Una mujer joven asomó la cabeza.

—¿Vienen por el paquete? Porque le dije que lo guardaría, pero nunca recoge nada, y mi marido se está empezando a mosquear...

—Venimos a ver a Dean —dijo Cole.

—¡Oh! Buena suerte con eso. No es muy de visitas. —Sonrió a modo de disculpa—. Es un hombre agradable, solo que muy reservado. Intenté llevarle pastel en Janucá y me miró como si le hubiera ofrecido una granada de mano.

Ella se retiró. Su puerta se cerró con un clic.

Sage y Cole se quedaron solos en el pasillo.

—Última oportunidad —dijo Cole en voz baja.

Sage llamó a la puerta.

Silencio.

Luego pasos. Lentos, cautelosos.

La puerta se abrió.

Un anciano apareció en el umbral: rozaría los ochenta, de hombros anchos y rostro curtido, cabello gris y ojos penetrantes que los escrutaron con recelo inmediato.

—¿Puedo ayudarles? —Su voz era áspera. La voz de alguien que no recibía visitas.

Cole buscó la mano de Sage. La apretó una vez.

—¿Es usted Dean West? —preguntó Cole.

El hombre se quedó inmóvil.

Sage levantó una de las cartas, con el texto descolorido pero aún legible.

—Somos de Millbrook Falls —dijo sin más.

El rostro de Dean cambió: se cerró, se puso a la defensiva.

—No conozco a nadie en Millbrook Falls.

—Usted conoció a Rose Sullivan —dijo Sage con suavidad—. Hace cincuenta años.

Las manos de Dean se alzaron, no para coger la carta, sino quedándose suspendidas en el aire. Se había quedado pálido.

—¿Cómo han...? —Se detuvo. Miró la carta. Miró el rostro de Cole: los ojos grises, la línea de la mandíbula, el parecido familiar que probablemente estaba viendo.

—¿Podemos pasar? —preguntó Cole en voz baja—. Usted es mi tío abuelo.

Dean los miró fijamente. Miró la carta en la mano de Sage. Miró el rostro de Cole.

Retrocedió.

Los dejó pasar.



El apartamento era pequeño. Ordenado con una pulcritud que delataba una disciplina militar nunca del todo abandonada: cojines del sofá alineados con precisión geométrica, libros organizados por altura en los estantes. Textos de historia, en su mayoría. Memorias de la Segunda Guerra Mundial. Testimonios orales de Vietnam. Ni una sola novela. Ni una sola fotografía en ninguna superficie.

El espacio de un hombre que había renunciado a tener compañía décadas atrás.

Dean se sentó en el sillón. Cole y Sage se acomodaron en el sofá.

—Disculpen —dijo Dean—. No recibo visitas.

—Ya lo hemos notado —dijo Sage, mirando los cojines del sofá alineados con precisión geométrica—. ¿Los mide con una regla o es puro talento natural?

La boca de Dean se torció. Casi. —Costumbre militar.

—Conocí a un tipo en el Ejército —dijo Cole—. Su cajón de calcetines parecía un archivo organizado por colores.

—El mío también —admitió Dean.

Sage y Cole intercambiaron una mirada.

Sage dejó las cartas sobre la mesa de centro, entre ellos.

Dean las miró como si pudieran explotar.

—¿Cómo me han encontrado? —preguntó.

—Lo buscamos —dijo Sage sin más—. Nunca se cambió el nombre.

Su rostro se volvió deliberadamente inexpresivo. —No me escondía de la ley. Solo del pasado. ¿Y ustedes simplemente... se presentaron aquí?

—Si hubiéramos llamado, quizá no habría contestado —Cole se inclinó ligeramente hacia delante—. Necesitábamos hacer esto en persona.

Las manos de Dean temblaban mientras acercaba una de las cartas y la abría con dedos temblorosos. Leyó.

Las comisuras de la boca se le curvaron hacia abajo, los ojos se le humedecieron. Se llevó los dedos a los labios como si pudiera contener físicamente el sonido que pugnaba por escapar.

A Sage se le nubló la vista.

Dean leyó en silencio, dejó la carta, cogió otra. También la leyó. Su respiración se había vuelto entrecortada.

—Yo escribí estas —dijo. Apenas le salía la voz—. Mis cartas. Ella las recibió.

—Así es —dijo Sage—. Las encontramos escondidas en una pared durante una reforma. Llevaban allí décadas.

—Las guardó —Las manos de Dean temblaban sobre el papel—. Todo este tiempo.

—Ella no tenía que esperar —Dean cerró los puños sobre las rodillas—. Yo volví a casa. 1973. Prisionero de guerra repatriado.

Estaba vivo.

—Volvió —dijo Cole.

—Durante unos meses. Me quedé en la granja recuperándome —Dean alzó la vista y miró a Cole a los ojos—. Tu abuelo me ayudó. Me mantuvo escondido. Se lo pedí yo. Le pedí que dejara que todos creyeran que había muerto en Vietnam.

—¿Por qué? —A Sage se le quebró la voz.

La boca de Dean se apretó en una línea exangüe. Las manos se le abrían y cerraban sobre las rodillas.

—Porque no podía confiar en mí mismo —Le tembló la voz—. La guerra, lo que nos hicieron, lo que vi que les hicimos. Volví sabiendo de lo que son capaces los seres humanos. De lo que yo era capaz —Se detuvo—. No podía meter eso en la vida de Rose. Las pesadillas, la rabia... no era seguro estar conmigo. El hombre que ella amaba murió allí.

A Sage se le cerró la garganta.

Él eligió esto. Cincuenta años de silencio porque decidió que ella no podría con la verdad. Porque decidió lo que ella podía soportar, lo que merecía saber.

Sage pensó en la distancia que ella misma mantenía con Cole. En cómo se había apartado de su mano en el avión. En cómo seguía diciéndose que era más seguro no arriesgarse, más fácil fingir que el beso de septiembre nunca había ocurrido.

Dean había pasado cinco décadas tomando esa misma decisión. Y Rose había pasado cinco décadas sin saber que él seguía vivo.

—Así que me fui —dijo Dean—. Vine a Chicago. Empecé de nuevo. Llevo desde 1973 diciéndome que fue la decisión correcta.

Nadie habló. El radiador traqueteó. Alguien pasó por el pasillo exterior.

—Ella sí siguió adelante —dijo Cole en voz baja—. Se casó. Tuvo una familia.

Dean miró fijamente las cartas sobre la mesa. Sus propias palabras de 1967. Conservadas todo ese tiempo.

A Sage se le cortó la respiración. Más de cincuenta años desde que lo dieron por desaparecido en combate. Dean creyendo que

Rose nunca recibió sus cartas, Rose creyendo que él estaba muerto, los dos cargando con aquello.

Dean miró las cartas, luego a Cole, luego a Sage.

—¿Está...? —se le quebró la voz—. ¿Rose sigue viva?

—Sí —dijo Sage—. Vive en Northfield. Tiene setenta y ocho años, es viuda. Tiene nietos. Pero creía que habías muerto en Vietnam.

Dean emitió un sonido. No era exactamente un sollozo. No era exactamente nada.

Cole agarró la mano de Sage. Se la apretó tan fuerte que dolió.

—Deberías verla —dijo Cole. Le salieron las palabras en voz baja, con cuidado—. Ella merece saber la verdad.

—Te amaba —dijo Sage. Las lágrimas le resbalaban por la cara, pero su voz era firme—. Te lloró. Merece saber que sobreviviste.

Dean miró las cartas. Su propia letra de hacía décadas.

—No puedo —dijo finalmente—. Siento que hayáis venido hasta aquí. Pero no puedo.

—Dean... —empezó Cole.

—No lo entendéis —las manos de Dean temblaban sobre las cartas—. He pasado cincuenta años diciéndome que ella está mejor sin mí. Que irme fue la decisión correcta. Si vuelvo ahora y veo lástima en sus ojos, o asco, o... —se le quebró la voz—. No puedo hacerle eso. Ni a ella ni a mí.

Sage sacó el móvil. No le temblaban las manos del todo.

Jake le había enviado la foto la semana anterior: Rose frente a Sullivan's Coffee, riéndose de algo fuera de cámara. Sage la había guardado sin saber por qué.

Ahora lo sabía.

—Esta es Rose —dijo, tendiéndole el móvil—. La semana pasada.

Dean se quedó mirando la pantalla. Alzó la mano, temblorosa, pero no cogió el móvil. Como si temiera que tocarlo lo hiciera real.

—Parece feliz —susurró.

—Lo es —dijo Sage—. Y merece saber que sobreviviste. Aunque no puedas verla. Aunque sea demasiado. Merece la verdad.

Dean no apartó los ojos de la foto. Del rostro de Rose, más mayor ahora, pero seguía siendo ella.

El silencio se alargó.

—Dejadme vuestro número —dijo finalmente. Tenía la voz áspera. Rota—. Necesito tiempo. Para pensar. Para... —se detuvo—. Os llamaré. De un modo u otro.

No era una promesa.

Pero era algo.



Se quedaron otros veinte minutos. Dean les habló de Chicago, de la vida tranquila que se había construido. De ser cuidadoso. De las cartas que había escrito a su familia en los setenta: prueba de que estaba vivo, pero que había elegido aquella distancia deliberadamente.

Cuando por fin se fueron, Dean los acompañó a la puerta.

—Gracias —dijo—. Por encontrarme. Aunque no... gracias.

Cole le dio una tarjeta de visita.

—Llámame. Decidas lo que decidas.

Dean asintió. Cerró la puerta.

Se quedaron en el pasillo un momento.

—No va a venir —dijo Sage en voz baja.

—Puede que no —la mano de Cole buscó la de ella—. Pero lo intentamos.



El trayecto en ascensor empezó en silencio.

—Bueno, eso ha salido bien —dijo Sage.

Cole la miró.

—Quiero decir, no ha llamado a la policía —continuó—. Y ha cogido tu tarjeta. Eso es básicamente una victoria.

—Sage...

—Además, no hemos llorado tanto. Solo lo normal para una emboscada matutina.

Se le torció la boca: casi sonrió, pero no del todo.

—Lo estás haciendo otra vez —dijo en voz baja.

—¿El qué?

—Hablar cuando intentas no sentir algo.

Sonó el timbre del ascensor. Las puertas se abrieron.

—Sí —admitió—. Lo estoy haciendo.

Salieron al vestíbulo.

Fuera, el sol de la tarde ya caía bajo. Luz de noviembre, fría y clara.

Se quedaron en la acera, sin que ninguno hiciera ademán de pedir un coche.

—Cincuenta años —dijo Sage por fin. Le salió la voz débil—. Esperó cincuenta años creyendo que era lo más compasivo. Y ella también esperó, sin saber que él seguía vivo.

Cole no le había soltado la mano desde que habían salido del apartamento de Dean. Su agarre había pasado de cuidadoso a aplastante.

—Cole...

—No. —Le salió la voz rota. Desnuda—. Solo... todavía no.

Ella le devolvió el apretón. Comprendió sin comprender. Lo que acababan de presenciar había alterado algo en él, como si le hubieran cambiado el cableado, y ella podía sentir la corriente fluyendo entre sus manos unidas: cable pelado, peligroso, imposible de soltar.

CAPÍTULO

Dieciséis

El restaurante tenía manteles blancos, iluminación tenue y una carta de vinos que Sage no habría podido permitirse en su vida anterior. Cole pagó sin mirar la cuenta, lo que probablemente significaba que tampoco había mirado los precios.

Pidieron comida que ninguno de los dos probó.

Sage removía el risotto en su plato, observando cómo los granos se separaban y volvían a unirse bajo el tenedor. La reserva había parecido buena idea seis horas antes: algo normal, algo que los anclara después del peso emocional del apartamento de Dean. Ahora parecía absurdo. Cenar mientras su cerebro seguía reproduciendo cómo habían temblado las manos de Dean sobre aquellas cartas.

Al otro lado de la mesa, Cole cortaba el filete en trozos precisos que no comía. Tenía la mandíbula tensa. Sus hombros cargaban la misma tensión rígida desde que salieron del apartamento de Dean.

Un camarero apareció junto al codo de Cole.

—¿Qué tal está todo esta noche?

Cole lo miró. Miró el filete intacto. Volvió a mirar al camarero.

—Está genial —dijo con voz neutra.

—¡Estupendo! ¿Puedo ofrecerles nuestra carta de postres? Tenemos una panna cotta deliciosa…

—Estamos bien —dijo Sage.

La sonrisa del camarero no flaqueó.

—Por supuesto. Les traigo la cuenta.

Se alejó con paso deslizante. En los ojos de Cole brilló algo parecido a la diversión.

—Pobre hombre —dijo Sage.

—¿Qué?

—Cree que estamos rompiendo.

Cole parpadeó. Miró a su alrededor: la iluminación romántica, las parejas inclinadas sobre sus mesas, todo el ambiente gritaba cena de aniversario o propuesta de matrimonio.

Luego se miró a sí mismo y a Sage. Dos personas que apenas habían hablado, apenas habían comido, que irradiaban una tensión nacida de presenciar devastación, no del final de una relación.

—Ni siquiera estamos juntos —señaló.

—Él no lo sabe —Sage dio un sorbo al vino—. Cree que me trajiste a un restaurante elegante para dejarme y que me lo estoy tomando muy bien.

—¿Te lo estás?

—¿Me estoy qué?

—Tomando muy bien.

Ella lo miró. Sus ojos grises estaban ensombrecidos bajo la luz tenue del restaurante, pero había un asomo de humor en las comisuras.

—No lo sé —dijo con sinceridad—. Pregúntame mañana.

Ninguno de los dos había dicho mucho desde el ascensor.

El silencio no estaba vacío. Estaba lleno del rostro de Dean al ver las cartas. Lleno de la foto de Rose en el teléfono de Sage, de cómo él la había mirado como si fuera a desvanecerse si parpadeaba. Lleno de cincuenta años de un hombre que había decidido que el silencio era más amable que la verdad, y de una mujer que nunca supo que él había sobrevivido.

Sage dio un sorbo al vino. Dejó la copa. La volvió a levantar.

Cole se dio cuenta. Las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo.

—No tienes que hacer eso —dijo.

—¿Hacer qué?

—Fingir que estás bien.

La risa le salió torcida. Amarga.

—No estoy fingiendo. Solo estoy… procesando.

—Sí —dejó el tenedor. Dejó de fingir que comía—. Yo también.

La pareja de la mesa de al lado se reía. Aniversario, quizás, o primera cita. Felices de una manera que resultaba obscena junto a los escombros que Sage aún llevaba en el pecho.

—No dejo de pensar en las cartas —dijo en voz baja—. En cómo las miró. Como si fueran…

—Evidencia —terminó Cole—. Prueba de que sucedió.

—Prueba de que ella lo amó —a Sage se le cerró la garganta—. Cincuenta años y todavía no lo sabía con certeza. No hasta hoy.

—¿Estás bien? —preguntó Cole por fin.

Sage alzó la vista. Sus ojos grises estaban ensombrecidos bajo la luz tenue del restaurante.

—No —dijo—. ¿Tú?

—No.

Al menos eran sinceros.

Afuera, el viento de noviembre le calaba la chaqueta. El frío de Chicago era diferente del de Connecticut: más agudo, más cruel, llegaba del lago y atravesaba la tela hasta el hueso.

Se abrazó el cuerpo. Cole se dio cuenta.

—Vamos —dijo, y echó a andar.

El hotel estaba a cuatro manzanas. Habían recorrido ese camino antes, bajo el sol brillante de la tarde, después de llamar a la puerta de Dean y de que todo cambiara. Después de oír la voz de un hombre muerto y ver cómo cincuenta años de dolor se derrumbaban en una conversación forzada en un apartamento demasiado ordenado.

Ahora las calles estaban a oscuras, las aceras más vacías, y el silencio entre ellos tenía peso.

Los tacones de Sage repiqueteaban sobre el pavimento. Cole igualó su paso sin decir nada.

Pasaron junto a un bar del que se derramaba música en vivo: guitarra, risas y tintineo de vasos. Junto a una cafetería que cerraba, con las sillas ya apiladas sobre las mesas. Junto a una pareja que reía, envuelta en bufandas, ajena a todo salvo el uno al otro.

El camino de vuelta al hotel debería haber sido cuatro manzanas de silencio cómodo.

En cambio, el cerebro de Sage no paraba quieto.

—Di algo —dijo por fin.

Cole la miró. —¿Como qué?

—No lo sé. Algo que haga que esto no parezca tanto que vamos directos a nuestra perdición.

—No vamos hacia nuestra perdición.

—Entonces, ¿por qué lo parece?

Se detuvo. Justo ahí, en la acera, mientras una pareja tenía que rodearlos y el tipo murmuraba algo sobre turistas.

—Porque estamos aterrados —dijo Cole—. Porque lo que vimos hoy es lo que pasa cuando la gente elige el miedo antes que el riesgo. Y los dos nos preguntamos si estamos a punto de cometer el mismo error u otro distinto.

Sage lo miró fijamente. —Eso es... inquietantemente certero.

—Lo sé. —Esbozó una leve sonrisa—. Soy muy perceptivo.

—Eres un incordio.

—También es cierto. —Echó a andar de nuevo. Ella se puso a caminar a su lado.

—Eligió el silencio antes que el riesgo —dijo ella al cabo de un momento—. Dean. Prefirió no saber a arriesgarse a que ella lo rechazara.

—Y ella pasó cincuenta años llorando a un hombre que estaba vivo en la otra punta del país.

La injusticia de todo aquello quedó suspendida entre ellos, pesada.

Cruzaron en un semáforo. El letrero del hotel resplandecía más adelante, demasiado luminoso, hospitalidad corporativa estéril.

El teléfono de Cole vibró en su bolsillo.

Lo sacó. Miró la pantalla. Se detuvo.

—¿Qué? —preguntó Sage.

—Número desconocido. —Se quedó mirando la pantalla un segundo más y luego contestó—. ¿Hola?

Toda su postura cambió. Se giró ligeramente, como hace la gente cuando una llamada importa más que la calle en la que está.

—Dean —dijo en voz baja.

A Sage el corazón le dio un vuelco.

—Sí. No, todavía estamos en Chicago. Volamos mañana. —Cole escuchó. Se metió la mano libre en el bolsillo y volvió a sacarla—. No tienes que decidir nada ahora mismo. Sé que es mucho.

Una pausa. Larga. Sage le observó el rostro, pero no logró descifrar nada.

—Acción de Gracias —dijo Cole—. En casa de Jake Sullivan, el nieto de Rose. Él puede asegurarse de que ella esté allí. —Otra pausa—. Te mando todo por mensaje.

Cole apretó la mandíbula. Lo que Dean dijo a continuación le llevó un momento responder.

—Sí —dijo, con la voz más ronca—. Sí. Nos vemos entonces.

Bajó el teléfono. Se quedó ahí, mirándolo.

—Cole. —Sage apenas pudo articular su nombre.

Levantó la vista. Le brillaban los ojos bajo la luz fría de la calle.

—Va a venir —dijo Cole—. Para Acción de Gracias. Quiere verla.

A Sage se le cerró la garganta por completo.

—Dijo... —Cole se detuvo. Empezó de nuevo—. Dijo que se acabó eso de dejar que el silencio decida por él.

El aire frío entre ellos se había vuelto tenso, cargado con todo lo que el día había removido.

Sage notaba el pecho demasiado oprimido. Le temblaban las manos, y no era por el frío.

—No vamos a esperar cincuenta años —dijo en voz baja.

Cole se detuvo. Se giró para mirarla.

Apretó la mandíbula, y por un segundo pareció más joven y profundamente herido.

—No —dijo—. No lo haremos.

En el vestíbulo del hotel hacía calor. Demasiado, después del viento de noviembre. A Sage le ardían las mejillas por el cambio de temperatura.

Cole había llamado a sus padres desde el vestíbulo mientras Sage esperaba junto a los ascensores. No oyó casi nada, pero él volvió callado y solo dijo que su madre había llorado y su padre había

dicho «bien» tres veces, como si no encontrara otra palabra. Verían a Dean en la granja, dijo. Acción de Gracias era de Rose.

El viaje en ascensor fue silencioso. Quinto piso. Sus habitaciones estaban una frente a la otra en el pasillo; Cole las había reservado así cuando hicieron las reservas. Cerca pero separadas. Profesional. Dos habitaciones porque eso es lo que hace la gente cuando viaja junta por trabajo, por investigación, por cualquier cosa que no fuera lo que esto se había convertido.

La alfombra del pasillo era de un beige industrial. La iluminación, fluorescente y nada favorecedora. La habitación de Sage era la 512. La de Cole, la 515.

Se detuvo en su puerta. Sacó la tarjeta del bolso con dedos torpes.

Cole se detuvo en la suya. No hizo ademán de abrirla.

Se quedaron ahí. Tres metros de alfombra beige entre ellos.

A Sage no se le calmaba el pulso. Todavía le temblaban las manos. Debería entrar. Darse una ducha. Dormir. Procesar todo lo que habían presenciado hoy en la intimidad de su habitación, donde podría derrumbarse como era debido.

En cambio, se giró.

Lo miró.

—Deberíamos hablar de ello —dijo.

Cole tenía la mano en la puerta. Se quedó inmóvil.

—¿De qué?

—De septiembre. —Su voz sonaba más firme de lo que ella se sentía—. De lo que pasó.

El silencio se alargó. Cole mantenía el rostro cuidadosamente inexpresivo.

—Dijiste que fue un error —continuó Sage. Le retumbaba el pulso en los oídos—. Dijiste que deberíamos olvidarlo.

—Sé lo que dije.

—¿Y bien? —Dio un paso hacia él—. ¿Lo fue?

Él apretó la mandíbula.

—¿Que si fue qué?

—Un error.

Las luces del pasillo zumbaban débilmente. En algún lugar del corredor, una puerta se abrió y se cerró. Los ojos grises de Cole se clavaron en los de ella, y Sage no podía respirar.

—Te dije que no me arrepentía —dijo él en voz baja.

Las palabras la golpearon como un puñetazo.

—¿Qué?

—Esa mañana. En la ferretería. —Tenía la voz ronca, grave—. Te dije que no me arrepentía del beso. Y entonces entró Frank y te fuiste y nunca... —Se detuvo. Se pasó una mano por el pelo—. Simplemente volvimos a fingir.

La tarjeta se le escurrió de los dedos a Sage. Cayó sobre la moqueta sin hacer ruido.

—Pero dijiste que había sido un error. Justo después de...

—Me entró el pánico. —Cruzó el pasillo en tres zancadas y se detuvo frente a ella, tan cerca que podía ver cómo le palpitaba un músculo en la mandíbula—. Parecías aterrorizada, y pensé que si no decía algo, tú... —Se detuvo. Tragó saliva—. Así que dije lo que no debía. Y luego pasé dos meses intentando desdecirme sin pronunciar las palabras.

A Sage se le cortó la respiración.

—¿Intentando desdecirte?

Cole la miró. Y lo que vio en su rostro hizo que algo se soltara en su mirada.

—No fue un error —dijo—. Llevo desde septiembre intentando decírtelo. Solo que... no sabía cómo hacerlo para que me creyeras.

El mundo se tambaleó.

Sage alzó la mano y le tocó el rostro: la línea afilada de su mandíbula, el calor de su piel, la barba incipiente áspera bajo su palma.

—¿No fue un error? —Se le quebró la voz.

—No fue un error.

Ella lo besó.

O él la besó a ella. No importaba quién se había movido primero, porque de repente tenía su boca sobre la de ella y las manos enredadas en su pelo, y ella le devolvía el beso como si llevara ahogándose desde septiembre y él fuera el aire.

El primer beso había sido tentativo. Accidental. Impulsivo, y del que se arrepintió de inmediato.

Este era seguro.

Este reclamaba lo suyo.

Este era real.

Las manos de Cole bajaron de su pelo a su cintura, atrayéndola hacia él. Ella se dejó llevar, aferrándose a su abrigo, y cuando él emitió un gemido ronco, lo atrajo aún más.

La espalda de ella chocó contra algo sólido. La puerta. Su puerta. Le daba igual.

—Sage... —Tenía la voz rota.

—No pares.

—Debería... deberíamos...

—No. —Volvió a besarlo. Con más intensidad—. No le des tantas vueltas.

Él soltó una risa entrecortada contra su boca.

—Un poco tarde para eso.

Ella encontró la tarjeta en el suelo a tientas. De algún modo consiguió meterla en el lector y abrir la puerta.

Entraron a trompicones.

La puerta se cerró tras ellos. El cerrojo se activó con un clic suave que resonó demasiado fuerte en la repentina oscuridad.

Por un momento, se quedaron allí sin más, sin que ninguno buscara el interruptor de la luz. Sage oía su propia respiración, sentía el pulgar de Cole trazando pequeños círculos en su palma.

—No tenemos que... —empezó él.

—Quiero —dijo ella. Y luego, porque seguía siendo Sage y no podía evitarlo—: Lo he querido desde septiembre. En realidad, desde antes de septiembre. Desde el primer día, cuando sujetaste la escalera antes de que me rompiera el cuello y me fijé en que tus manos eran... —Se detuvo—. Estoy hablando demasiado.

—No es verdad. —La atrajo hacia él, y con la otra mano le acarició el rostro, recorriéndole la mandíbula con las yemas de los dedos—. Me gusta oírte hablar.

—¿Incluso ahora?

—Sobre todo ahora. —La besó, y esta vez no había pasillo, ni restaurante, ni el público de sus propios miedos. Solo ellos dos en la oscuridad, por fin siendo sinceros.

Cuando se apartó, apoyó la frente contra la de ella.

—Dime si lo estoy haciendo mal.

—¿Estás seguro? —susurró ella.

Él le tomó el rostro entre las manos.

—Estoy seguro. ¿Y tú?

—Sí. —Ella le recorrió la mandíbula con los dedos—. Sí.

El abrigo de él cayó al suelo. La chaqueta de ella lo siguió. Las manos de él encontraron la cremallera del vestido y a ella se le cortó el aliento.

—¿Sigues bien? —murmuró él contra su boca.

—Muy bien.

El vestido cayó a sus pies. La camisa de él fue detrás.

—¿Bien? —volvió a preguntar.

—Deja de preguntarme eso.

—No puedo evitarlo. —Le tomó el rostro entre las manos—. Quiero asegurarme.

—Estoy segura. —Lo atrajo hacia ella—. Estoy completamente segura.



Más tarde—mucho más tarde—yacían entrelazados en la oscuridad de la habitación, con la respiración agitada y el corazón aún desbocado.

Sage tenía el rostro apoyado en el hombro de Cole. Él le acariciaba el pelo con los dedos, ahora suaves, trazando dibujos perezosos sobre su cuero cabelludo. Las sábanas del hotel se enredaban en sus piernas. La habitación estaba a oscuras, apenas iluminada por la tenue luz que se colaba entre las cortinas desde la ciudad.

Sentía el cuerpo exprimido y vuelto a armar de una forma que, sorprendentemente, le parecía perfecta.

—Te noto pensando —murmuró Cole, mientras sus dedos se deslizaban lentos por su pelo, distrayéndola de forma injusta.

—No estoy pensando. Estoy disfrutando el momento.

—Se te da fatal disfrutar. Tu cerebro hace tanto ruido que lo oigo desde aquí.

Ella le mordió el hombro. Con suavidad. Más o menos.

—Ay —no sonaba especialmente dolido—. ¿Y eso a qué viene?

—Por decir que soy ruidosa. Soy delicada y misteriosa.

—Eres tan misteriosa como un megáfono.

Ella se rio contra su piel.

—Qué cosas más bonitas dices.

—Lo intento —la estrechó con más fuerza—. ¿En qué estás pensando de verdad?

—En septiembre. En la tubería. En las ganas que tenía de que volvieras a besarme y en lo aterrada que estaba de que lo hicieras.

El pecho de Cole subió y bajó bajo su mejilla.

—Yo también quería.

—Lo sé —y era verdad. Lo había sabido incluso entonces, viéndolo alejarse después de decirle que había sido un error—. Pero dijiste...

—Me entró el pánico —su voz sonaba ronca—. Me miraste como si acabara de arruinarlo todo, y pensé que si no te daba una salida... —se detuvo—. No sé qué pensé. Solo que no podía perderte antes de tenerte siquiera.

—Así que lo llamaste un error.

—Así que lo llamé un error —su pulgar trazaba círculos en el hombro de ella—. Los dos peores meses de mi vida.

—¿Solo dos meses?

Él soltó una risa queda.

—Vale. Los tres peores meses. De agosto a noviembre. Desde la pintura en la camioneta hasta hoy.

—Hoy no ha estado mal.

—No —le besó la sien—. Hoy ha sido aterrador. Y perfecto.

A Sage se le encogió el pecho.

—Oye —dijo Cole en voz baja.

—¿Mm?

—Iba en serio. Lo que dije en el pasillo.

A Sage se le hizo un nudo en el pecho.

—¿Qué parte?

—Todo —su mano se quedó quieta en su pelo—. Se acabó el fingir. Sea lo que sea esto, lo que seamos nosotros, no quiero volver a actuar como si no existiera.

Ella volvió la cabeza. Lo miró en la oscuridad.

Los ojos grises de Cole la miraban con seriedad. Aún tenía la mandíbula tensa, pero los labios se le habían relajado, y la forma en que la miraba le cortó la respiración.

—¿Y si es un desastre? —preguntó ella—. ¿Y si lo intentamos y no funciona y acabamos empeorándolo todo?

—Pues lo empeoraremos —le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Vi a Dean darse cuenta de que había desperdiciado cincuenta años por miedo. Yo no pienso hacer eso. No vamos a pasarnos cincuenta años preguntándonos qué habría pasado si hubiéramos tenido el valor de intentarlo.

Sage tragó saliva.

—No quiero que seamos como ellos.

—No somos como ellos —Cole le acarició el pómulo con el pulgar —. Estamos aquí. Estamos hablando. Estamos eligiendo esto con los ojos abiertos.

—¿De verdad?

—Sí —le besó la frente—. De verdad.

Sage tenía un nudo en la garganta. Hundió el rostro de nuevo en su hombro y lo respiró: jabón, colonia y algo más debajo que era solo él.

Fuera, una sirena pasó con su aullido. Se perdió en la distancia. La ciudad siguió con su zumbido, indiferente a la revolución silenciosa que tenía lugar en la habitación 512.

—¿Qué pasará cuando volvamos? —preguntó Sage en voz baja —. Cuando entremos en Millbrook Falls y todos vean...

—Verán exactamente lo que queramos que vean —Cole la estrechó con más fuerza—. Si queremos mantener esto en secreto,

lo mantenemos en secreto. Si no... —se detuvo—. ¿Qué quieres tú?

Sage pensó en las miradas cómplices de Ruby. En las preguntas de Zara. En cómo todo el pueblo llevaba observándolos desde agosto, esperando a que algo cambiara.

En el resoplido de desaprobación de Gladys Murphy y los comentarios mordaces de Frank Kowalski y en cómo hasta la alcaldesa Greene había soltado indirectas sobre «nuestros dos vecinos más nuevos de Main Street, que se llevan tan bien».

Todos habían estado esperando esto.

Seguro que algunos hasta habían hecho apuestas.

—No lo sé —admitió—. No sé qué quiero, salvo...

—¿Salvo?

—Esto —se apretó más contra él—. Quiero esto. Pase lo que pase con lo demás, quiero esto.

La mano de Cole se quedó quieta en su pelo.

—Vale —dijo en voz baja.

—¿Sí?

—Sí.

Mañana cogerían el avión de vuelta a casa. Mañana tendrían que lidiar con la sonrisa cómplice de Ruby, con la curiosidad del pueblo y con todas las complicaciones de estar juntos cuando todo el mundo los observaba.

Pero esa noche, en una habitación de hotel de Chicago con las luces de la ciudad colándose por las cortinas, tenía esto. Lo tenía a él.

Y no iba a soltarlo.

CAPÍTULO
Diecisiete

El café del aeropuerto sabía como si llevara una semana hecho, pero Sage se lo bebió igual.

Ella y Cole estaban sentados en la puerta C17 con las bolsas a los pies y unos veinte centímetros de espacio cuidadosamente mantenido entre ellos. Era consciente de cada uno de esos centímetros, y de lo poco que costaría cerrar esa distancia.

Colegas profesionales. Eso era lo que parecían. Dos personas que habían viajado juntas por trabajo.

Solo que Sage no dejaba de revivir esa mañana. Despertarse con el brazo de él sobre su cintura. La forma en que la había besado en la puerta de la habitación, al despedirse, como si estuviera memorizándole la boca. El silencio cuidadoso en el Uber camino al aeropuerto.

El móvil le vibró. Lo miró.

MAMÁ

Buen viaje. Llámame cuando aterrices.

Sage tecleó una respuesta rápida. Dejó el móvil. Observó a Cole pasar correos con ese ligero ceño fruncido de siempre, el que decía que el mundo era levemente decepcionante pero que ya se las apañaría.

—Estás haciendo eso con la mandíbula —dijo en voz baja.

Levantó la vista.

—¿El qué?

—Eso que haces cuando piensas demasiado.

Se le torció la boca.

—Estoy bien.

—Vale.

Pero le tocó la muñeca de todas formas. Breve. Él le atrapó la mano antes de que pudiera apartarla.

—Estamos bien —dijo.

La mano de él se apretó sobre la suya.

—Sí. Lo estamos.

—Vuelo 2847 con destino Hartford, embarque inmediato —anunció el agente de la puerta.

Se levantaron. Cogieron las bolsas. Caminaron juntos hacia la cola.

La mano de él rozó la de ella mientras avanzaban por la pasarela. Solo un segundo. Deliberado.

Se le cortó la respiración.



El vuelo duró poco más de dos horas. No lo bastante para procesar nada, cosa que Sage decidió considerar un regalo, porque cada vez que intentaba procesar algo, su cerebro se limitaba a reproducir el sonido que había hecho Cole cuando ella...

Asiento de ventanilla. Ella se sentó junto a la ventanilla. Cole, en el pasillo. El del medio quedó vacío, lo que pareció un pequeño milagro hasta que se convirtió en un problema, porque ahora había un asiento entero de espacio donde sus manos podían encontrarse, y ninguno de los dos parecía saber cuál era el protocolo.

Aun así, seguían buscándose por encima de él. Ella apoyaba la mano en el asiento del medio vacío; un minuto después, la de él aparecía también, los dedos sin llegar a tocarse del todo, ambos fingiendo mirar el móvil. Era como ver a dos adolescentes negociando el reposabrazos en el cine, solo que eran adultos que,

unas nueve horas antes, habían llegado a conocerse bastante a fondo.

—Esto es ridículo —anunció Sage.

—Totalmente —convino Cole, y se desabrochó el cinturón, se pasó al asiento del medio y entrelazó los dedos con los de ella como si ese hubiera sido el plan desde el principio. Así estaba mejor. Mucho mejor. Ella miró por la ventanilla para que él no le viera la cara haciendo el ridículo que estuviera haciendo.

Chicago se encogía bajo ellos: lago gris, horizonte afilado, toda esa ciudad improbable donde habían entregado a un desconocido cartas de cincuenta años y le habían cambiado la vida por completo. Y la de ella, por lo visto. Prefería no analizar eso a diez mil metros de altura.

—Estás vibrando —observó Cole.

—No estoy vibrando.

—Te has revisado el cinturón cuatro veces.

—Es un elemento de seguridad, Cole. Soy responsable.

Se lo revisó una quinta vez. Él la observó hacerlo.

—Ni se te ocurra.

—No he dicho nada.

—Lo estabas pensando muy fuerte.

El carrito de las bebidas llegó traqueteando por el pasillo, y Sage —a base de dos horas de sueño, un gofre de hotel y una cantidad de sentimientos que no sabía dónde meter— pidió un ginger ale con el entusiasmo de una mujer que había decidido que el ginger ale era un rasgo de personalidad. La azafata le pasó la lata y un vaso con hielo. Cole se lo pasó a ella.

Justo entonces el avión entró en una zona de turbulencias.

El ginger ale no llegó a la mesita. Llegó, en un arco efervescente, principalmente encima de Cole.

Por un momento, ninguno de los dos se movió. El ginger ale le goteaba de la mandíbula al bolso de lona que había insistido en llevar a los pies. Se miró con la resignación cansada de un hombre que, en el fondo, siempre había sabido que así iba a acabar el día.

—Eres —dijo— un peligro para la aviación.

—¡Ha sido la turbulencia! Eso es fuerza mayor, no me puedes echar la culpa...

—Pintaste mi camioneta. Agujereaste mi pared. Inundaste tu propia tienda.

Se apartó la camisa empapada del pecho.

—Y ahora esto.

—Yo no inundé la tienda, la inundó la tubería...

—Eres un desastre natural con patas.

—Entonces, ¿por qué —dijo Sage, secándole con una servilleta del tamaño de un sello— estás sonriendo?

Lo estaba. Y no paró. Le atrapó la muñeca, servilleta inútil incluida, y se la llevó al pecho, donde el corazón le latía un poco demasiado rápido para ser un hombre tan tranquilo, y Sage olvidó, por un momento, cómo funcionaba una servilleta.

—Porque soy idiota —dijo.

—Sí —dijo ella en voz baja—. Yo también.

Ella desistió de la servilleta. Él no le soltó la mano. Pasaron el resto del vuelo sin hablar de nada importante, discutiendo en cambio sobre si los pretzels del avión eran un aperitivo (la posición de él: no) o una tragedia (la de ella) mientras el avión los llevaba a casa y las cosas importantes esperaban, con paciencia, a que pisaran tierra firme.

El avión inició el descenso hacia Hartford.



Sonó el pitido de la señal del cinturón al apagarse. A su alrededor, la gente sacó los teléfonos y la cabina se llenó de sonidos de notificaciones.

Cole sacó el suyo. Frunció ligeramente el ceño.

—Jake —dijo, mostrándole la pantalla.

JAKE SULLIVAN

¿Lo encontraste?

Cole respondió.

COLE

Sí. Está vivo.

Tres puntos aparecieron de inmediato. Luego:

JAKE SULLIVAN

¿Es ella? ¿Es Rose?

COLE

Lo confirmó. Le mostré su foto. Es ella.

Una pausa más larga. Sage observó el rostro de Cole mientras esperaba.

JAKE SULLIVAN

¿Quiere verla?

COLE

Sí.

Otra pausa. Luego:

JAKE SULLIVAN

Bien, entonces voy a decírselo.

Cole miró a Sage. Ella asintió.

COLE

Buena suerte.

El avión se iba vaciando a su alrededor. Se quedaron en sus asientos, con las manos entrelazadas.

En ese momento, Jake se lo estaba contando a Rose. Que el hombre al que había amado y llorado durante cincuenta años estaba vivo en Chicago.

A Sage se le hizo un nudo en la garganta.

—Vamos —dijo Cole en voz baja—. A casa.



La terminal estaba abarrotada: viajeros de negocios, familias y estudiantes universitarios que parecían exhaustos, cada uno a su manera. Cole le puso la mano en la parte baja de la espalda cuando alguien con un bolso enorme casi la tira al suelo. Recogieron el equipaje en un silencio agradable.

Afuera, el frío de Connecticut le golpeó la cara. Cortante y limpio. Nada que ver con el viento de Chicago.

La camioneta de Cole estaba en el parking de larga estancia. Caminaron hacia ella entre filas de coches, el aliento formando vaho en el aire de noviembre.

Él la abrió. Tiró las bolsas en la parte de atrás. Luego se detuvo con la mano en la puerta de ella.

—No quiero fingir que esto no ha pasado —dijo.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos: simples, aterradoras, verdaderas.

—Yo tampoco.

Entonces él la besó, rápido y seguro, con la mano en su mejilla.

Cuando se apartó, Sage estaba sonriendo.

—Sube a la camioneta, Hartwell.



Cole conducía. Sage se adueñó de la radio y encontró rock clásico: Fleetwood Mac, luego los Eagles, luego algo que no reconoció pero que le gustó de todos modos. La mano de él descansaba en la consola. La de ella la buscó a mitad de «Take It Easy».

El paisaje de Connecticut desfilaba en tonos dorados y marrones. Noviembre, todo reducido a lo esencial.

—La gente va a hablar —dijo Cole finalmente.

—Ruby ya lo sabe.

Su expresión se suavizó ligeramente.

—¿Cómo?

—Porque Ruby lo sabe todo. Es inquietante.

Cole guardó silencio un momento. Luego:

—Todo el pueblo se va a enterar.

—Probablemente.

—¿Te parece bien?

Sage lo miró. Su mandíbula. La forma en que su mano sostenía la de ella como si fuera a desvanecerse si la soltaba.

—Sí —dijo—. ¿A ti te parece bien?

—Sí.

Condujeron otro kilómetro sin hablar, a gusto con el silencio.

—Para que conste —dijo Sage—, sigo enfadada por los pretzels.

—Eran un aperitivo.

—Eran seis pretzels en una bolsa diseñada para hacerte sentir que habías recibido más pretzels. Eso es una estafa. Eso es fraude a gran altitud.

Los labios de Cole se curvaron. Sin mirar, extendió la mano y entrelazó sus dedos con los de ella sobre la consola. Siguió conduciendo. No la soltó.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó ella.

Con un tono más ligero de lo que sentía.

—No lo sé —dijo él—. Ya lo iremos viendo.

—Sí.

Observó el paisaje dorado y marrón deslizarse ante ellos, con la mano de él cálida en la suya.

—Lo haremos.

La canción de la radio cambió a algo más antiguo, más suave. Hicieron el resto del camino a casa en un cómodo silencio.



Millbrook Falls apareció como siempre: gradualmente, y luego de golpe.

Cole aparcó junto al bordillo, entre las dos casas, y apagó el motor. La valla seguía allí, en la oscuridad, exactamente donde siempre había estado.

Durante un momento, ninguno de los dos se movió.

—Bueno —dijo Sage—. Esta es la parte en la que camino tres metros hasta mi puerta.

—Una distancia trágica —coincidió Cole.

Pero se giró en el asiento y la miró de verdad.

—¿Mañana?

—Mañana.

La besó. Más despacio esta vez, con la mano deslizándose entre su pelo, y ella olvidó que estaban aparcados en una calle residencial donde cada cortina de la manzana tenía una opinión.

Cuando por fin se separaron, Sage respiraba entrecortadamente y los ojos de Cole se habían oscurecido.

—Gladys Murphy vive a doce metros en esa dirección —dijo ella.

—Lo sé.

—Tiene un telescopio.

—Me da igual.

La besó de nuevo.

Cuando por fin se apartó, estaba sonriendo.

—Mañana —dijo, y se obligó a salir de la camioneta antes de hacer alguna tontería, como acabar sentada en su regazo.

Dio unos cuatro pasos hacia su puerta.

A su espalda, la puerta de la camioneta se abrió y se cerró. La grava crujió. Y de pronto Cole estaba a su lado, con las manos en los bolsillos, caminando junto a ella como si fuera lo más natural del mundo.

—Son tres metros —dijo ella.

—Tres metros peligrosos. Pueden pasar muchas cosas.

—¿Como qué?

—Mapaches. Placas de hielo. Tú, tropezando con la nada, cosa que he visto dos veces.

Se detuvo en su puerta. Él también, cerca, con la luz del porche iluminando el gris de sus ojos. Ninguno de los dos dijo adiós. La palabra estaba ahí mismo y ninguno de los dos la pronunció.

—Bueno —dijo Sage—. Ya he llegado.

—Ya has llegado.

Miró su puerta. Lo miró a él. Miró los tres metros que no la había dejado recorrer sola.

El móvil le vibró.

RUBY

Café mañana. 9 a.m. Scattered Beans. NO LLEGUES TARDE.

Sage sonrió.

—Quédate —dijo ella.

Se quedó.



Sage entró en Scattered Beans.

Ruby ya estaba allí. Y Zara también. Estaban sentadas en la mesa del rincón con tres cafés y expresiones idénticas que dejaban claro que Sage no iba a librarse de aquella conversación.

—Siéntate —ordenó Ruby.

Sage se sentó.

Ruby deslizó un café con leche hacia ella.

—Habla.

—¿De qué?

—Ni lo intentes. Te fuiste a Chicago dos días. Has vuelto radiante. Suéltalo.

Sage rodeó la taza con las manos. Todavía estaba caliente. Ruby debía de haberlo calculado al segundo.

—Encontramos a Dean —dijo.

—¿Y?

—Está vivo. En Chicago. Y puede que venga a ver a Rose.

—Eso es increíble —dijo Zara despacio—. Pero no es por eso por lo que parece que te ha tocado la lotería.

Ruby se inclinó hacia delante.

—Sage Hartwell. Estás radiante. ¿Qué pasó en Chicago?

Sage notó que se le encendían las mejillas. Dio un sorbo al café. Lo dejó. Miró a sus dos mejores amigas.

—Me acosté con él.

Ruby soltó un grito.

El café de Zara estuvo a punto de derramarse. Lo dejó en la mesa a toda prisa.

—POR FIN.

Ruby le agarró las manos.

—¿Estuvo bien? Por favor, dime que estuvo bien.

—Muy bien.

—LO SABÍA.

Zara sonrió de oreja a oreja.

—La tensión nos estaba matando a todos.

Ruby alzó su café en señal de triunfo.

—Todo el pueblo lleva esperando esto desde agosto. He ganado trescientos dólares.

—¿Apostasteis por nosotros?

—Todo el mundo apostó por vosotros.

A Ruby le brillaron los ojos.

—Gladys apostaba por Navidad. Frank, por Año Nuevo. Yo aposté a noviembre y...

La puerta de la cafetería se abrió.

Jake Sullivan entró. Echó un vistazo a la mesa de ellas. Empezó a darse la vuelta.

—¡Jake! —llamó Ruby—. ¡Ven aquí!

—No voy a...

—Ahora.

Suspiró. Se acercó. Sacó la cuarta silla y se sentó.

Sage le miró la cara y se le cayó el alma a los pies.

—Se lo dijiste.

La expresión de Jake era respuesta suficiente: tierna y devastada a la vez.

—Sí.

Ruby se quedó inmóvil.

—¿Cómo se lo tomó?

—No dijo nada durante mucho tiempo. Solo se me quedó mirando.

Jake cerró las manos alrededor de una taza de café invisible.

—Luego me preguntó si estaba seguro. Si estaba absolutamente seguro de que Dean estaba vivo.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Sage en voz baja.

—Le dije que tú y Cole lo habían visto en persona, y que realmente era él.

La voz de Jake sonaba áspera.

—No dijo ni una palabra. Luego empezó a llorar.

Zara se llevó la mano a la boca.

—Nunca he visto llorar a mi abuela —dijo Jake—. Ni cuando murió mi abuelo. Nunca. Pero se sentó a la mesa de su cocina y lloró como...

Se detuvo.

—Como alguien que lo hubiera estado conteniendo durante cincuenta años.

El ruido de la cafetería se desvaneció hasta convertirse en un murmullo de fondo. A Sage se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué dijo? —preguntó Ruby con delicadeza.

—Nada, al principio. Luego me pidió que me fuera para poder pensar.

Jake se apretó los ojos con las palmas de las manos.

—No dijo que sí. No dijo que no. Solo... necesita tiempo. Cincuenta años pensando que estaba muerto, y yo le suelto esto sin previo aviso. Pero no hay forma de preparar a nadie para algo así.

—Le diste la posibilidad de elegir —dijo Sage en voz baja—. Es todo lo que se puede hacer.

—Acabo de decirle a una mujer de setenta y ocho años que el amor de su vida ha estado vivo todo este tiempo. Que podría haberlo sabido.

Se detuvo. Bajó la mirada hacia sus manos.

—No sé si esto es un regalo o lo más cruel que he hecho en mi vida.

—Es ambas cosas —dijo Ruby—. Y es lo que ella merecía saber.

A Jake se le hundieron los hombros. Parecía exhausto. Vacío.

—Decida lo que decida —dijo Sage—, no lo harás solo. Nada de esto.

—Estaremos ahí —dijo Ruby de inmediato—. Todos. Lo que necesite.

Zara asintió.

Jake tenía los ojos enrojecidos.

—Gracias.

Se quedaron allí sentados un momento, en silencio.

Entonces Ruby carraspeó.

—Bueno —dijo, intentando quitarle hierro al asunto—. Sage se acostó con Cole.

Jake se puso rojo hasta las orejas, echó la silla hacia atrás y se levantó.

—Y esa es mi señal para irme.

Ruby, Zara y Sage se quedaron allí sentadas, mirando sus cafés.

—Bueno —dijo Ruby, apurando su café—, esto es lo más dramático que ha pasado en este pueblo desde que la llama de los Henderson se escapó en el Cuatro de Julio.

—La llama era una amenaza —dijo Zara.

—La llama era una leyenda.

Ruby se levantó y recogió las tazas.

—Vete a casa, Sage. Y por el amor de Dios, respóndele: seguro que está reorganizando toda la tienda por colores ahora mismo.

No lo estaba. Cuando Sage miró el móvil de camino a casa, estaba haciendo algo mucho peor: le había enviado una foto de la bisagra torcida de la puerta trasera de su tienda con el mensaje: «voy a arreglar esto. también a verte. sobre todo la bisagra».

Todavía sonreía cuando llegó a casa.



Resultó que estar con Cole West se parecía mucho a que Cole West la sacara de quicio, solo que ahora podía besarlo por ello.

Empezó a pasarse por Bad Seeds con café. Una mañana, se quedó mirando el arreglo de boda que tenía entre manos.

—Bonitas rosas.

—Gracias. Bonito... estar ahí parado.

A él se le torció la boca. La besó antes de irse, rápido y natural, como si llevaran años haciéndolo. La siguiente vez que Sage miró, la puerta chirriante estaba misteriosamente arreglada.

El pueblo, por supuesto, se enteró de inmediato. Gladys hacía comentarios sobre «ciertas personas». Frank sonreía con suficiencia cada vez que Sage pasaba por delante. Ruby recogió sus ganancias de la porra con alegría descarada.

Entonces el móvil de Sage se iluminó mientras estaba hasta los codos con un arreglo funerario.

RUBY

DIJO QUE SÍ

ROSE. DIJO. QUE. SÍ. Dean llega el miércoles. Acción de Gracias en casa de Jake. Ya lloré dos veces y ni siquiera estoy emparentada con nadie involucrado.

Trae el pastel. Vamos a hacer esto.

Sage lo leyó tres veces, dejó las tijeras de podar y se llevó una mano a la boca. Cincuenta años, y Rose Sullivan había dicho que sí.



Terminaron en el porche de ella otra vez esa noche: se estaba convirtiendo en costumbre, el porche de ella en lugar del de él, la chaqueta de él sobre los hombros de ella, los dos sin ninguna prisa por dar la noche por terminada.

La valla entre sus casas permanecía allí, en la oscuridad.

Cole la rodeaba con el brazo por los hombros. Ella apoyaba la cabeza contra su pecho. El frío de noviembre le calaba la chaqueta, pero no le importaba.

—Deberíamos entrar —dijo ella.

—Sí.

Ninguno de los dos se movió.

—Todo el pueblo nos está observando ahora —dijo en cambio.

—Todo el pueblo lleva observándonos desde agosto.

—Sí, pero ahora les toca juzgar los resultados.

Se apartó lo justo para mirarlo, y entonces las palabras empezaron a salir antes de que pudiera frenarlas.

—¿Y si lo echo todo a perder? Le pongo nombres horribles a todo, soy ruidosa, soy demasiado, y todos los tíos en Nueva York me dijeron que era demasiado…

—Sage.

—…demasiado caótica, demasiado todo, y ¿qué pasa si tenían…?

—Acabo de ver a un hombre malgastar cincuenta años por miedo a llamar a una puerta —dijo Cole—. Yo no pienso hacer lo mismo.

Eso la detuvo.

—Oh —dijo ella.

—Sí. Oh.

Se le curvaron los labios.

—Eres demasiado. Yo tengo una ferretería y la personalidad de un poste. Y aun así, esto funciona.

—¿La personalidad de un…?

Se rio, sorprendida.

—Es lo más que has hablado en toda la noche.

—No te acostumbres.

Se levantó y tiró de ella para que hiciera lo mismo. La chaqueta se le resbaló de los hombros y cayó sobre las tablas del porche. Ninguno de los dos la recogió.

—Hace un frío que pela. Entra, Hartwell.

Llegó hasta la puerta antes de detenerse en seco.

—Dios mío.

Se dio la vuelta.

—Se me olvidó decírtelo. Rose ha dicho que sí.

Cole parpadeó.

—¿Qué?

—Ruby me mandó un mensaje, estaba…

Hizo un gesto de impotencia señalando toda la situación, a él, al porche, a sus propias prioridades catastróficas.

—Me distraje.

—Te olvidaste de mencionar que…

Cole negó con la cabeza, con una media sonrisa, y se echó a reír.

—Entra. Ya me cuentas el resto en un sitio calentito.

Y entonces entraron a trompicones por la puerta, un lío de codos y manos frías, ella sin dejar de hablar, y lo demás, todo, quedó para la mañana.

CAPÍTULO
Dieciocho

Sage estaba en la cocina de Jake Sullivan con un pastel de calabaza en las manos que debería haber quedado perfectamente dorado, pero parecía haber sobrevivido a una pequeña explosión.

—¿Debería estar... lleno de bultos? —preguntó Ruby, asomándose por encima de su hombro.

—Es rústico.

—Es la escena de un crimen.

—Es RÚSTICO —Sage dejó el pastel en la encimera junto a los panecillos perfectos de Zara—. Seguí la receta al pie de la letra.

—¿La receta decía que lo atacaras con un martillo?

Cole apareció en el umbral, echó un vistazo al pastel y apretó los labios.

—Ni se te ocurra —advirtió Sage.

—No he dicho nada.

—Se te nota en la cara.

—Estoy pensando que lo has intentado —su mirada se suavizó—. Eso es lo que importa.

—Te odio.

—Has traído un pastel. Eso es valiente —le besó la sien—. Una estupidez, pero valiente.

Ruby los señaló con el dedo.

—Vosotros dos sois adorables y me estáis dando náuseas. Necesito vino.

—Es la una de la tarde —gritó Jake desde el salón.

—¿Y?

Sage echó un vistazo a la cocina de Jake. Era un caos organizado: Jake alineando los cubiertos como si fueran a pasar revista, Zara colocando panecillos en una cesta como si fueran reliquias.

Y en algún momento de la próxima hora, un hombre que llevaba cincuenta años muerto cruzaría esa puerta.

—Todo va a salir bien —dijo Sage. A sí misma. A todos. Al universo.

—Totalmente bien —coincidió Ruby, abriendo su segunda botella de vino.

—Eso es preocupante —dijo Cole.

—Esta es una SITUACIÓN preocupante —Ruby se sirvió con generosidad—. Estamos a punto de cenar con un fantasma en Acción de Gracias. Esto es medicación preventiva.

—No es un fantasma —dijo Jake—. Es un ex prisionero de guerra que lleva años viviendo en Chicago.

—Semántica.

Sonó el timbre.

Todos se quedaron inmóviles.

A Jake se le cayó un tenedor. Zara agarró la cesta de panecillos como si fuera un escudo.

—Vale —dijo Jake—. Vale. Ya está aquí.

Cruzó hasta la puerta. La abrió.

Dean West estaba en el porche. Detrás de él, la camioneta de Tommy seguía aparcada junto al bordillo, con el motor aún chasqueando mientras se enfriaba.

Rondaba los ochenta, de hombros anchos pero moviéndose con cautela. Pelo canoso cortado al estilo militar. Manos curtidas aferrando una botella de vino con la que claramente no sabía qué hacer. Tenía los ojos de Cole —ese mismo gris penetrante— y la mandíbula de Cole, y esa quietud que solo dan años de práctica.

—Dean —dijo Jake—. Pasa.

Dean entró. Tommy subió los escalones detrás de él mientras se guardaba las llaves en el bolsillo.

Ya había estado en la granja: Robert y Ellen habían ido a buscarlo el día anterior, y los tres se habían sentado juntos con cincuenta años de ausencia entre ellos. Por acuerdo tácito, ninguno había venido hoy. Hoy era el día de Rose.

Sage vio a Cole mirar a su tío abuelo cruzar el umbral: la segunda vez que estaban juntos en una habitación, y de algún modo más cargada que la primera. Vio cómo la mandíbula de Cole se tensaba, cómo sus hombros se cuadraban y luego se relajaban.

—¿Estás bien? —susurró.

—Se parece a mi abuelo —la voz de Cole sonaba extraña—. Exactamente. Es...

—¿Raro?

—Muy raro.

La mirada de Dean encontró a Cole, y parte de la rigidez lo abandonó.

—Dean —Cole cruzó la cocina y le estrechó la mano con más firmeza que dos semanas atrás en aquel apartamento de Chicago, cuando ninguno de los dos había sabido qué decir—. Lo conseguiste.

—No me dejaste muchas opciones. Tú y esa novia tuya tan cabezota —la boca de Dean se curvó en algo casi parecido a una sonrisa.

Nadie parecía saber qué decir.

—¿Café? —ofreció Tommy, rompiendo el silencio—. Tenemos café.

—Me vendría bien.

La mirada de Dean pasó de largo hacia la ventana y se detuvo. Fuera, junto al bordillo, aparcada detrás de la camioneta de Tommy, estaba la Chevy del 65, verde oscuro y reluciente bajo la luz gris de la tarde.

—Esa camioneta de ahí fuera —dijo Dean despacio—. La Chevy verde. ¿De dónde ha salido?

Cole siguió su mirada.

—Era de mi abuelo, de tu hermano. Yo la restauré.

—De tu abuelo —Dean guardó silencio un momento—. Le regalé esa camioneta a mi hermano la semana antes de embarcarme. Le

dije que la mantuviera en marcha hasta que volviera —algo se movió en su rostro curtido—. Nunca pensé que volvería a verla.

La cocina se había quedado en silencio.

—Todavía funciona —dijo Cole.

Dean asintió, incapaz de articular palabra.

Se movían con cautela, evitándose. Dean aceptó el café. Se quedó de pie junto a la encimera porque sentarse parecía demasiado definitivo. Los demás buscaron excusas para mantenerse ocupados: Ruby reorganizando botellas de vino, Zara recolocando panecillos que ya había colocado, Tommy comprobando el pavo por octava vez.

Sage sintió cómo la mano de Cole buscaba la suya.

—Nunca me había sentido tan incómoda —susurró ella.

—Igual.

—¿Qué le dices a alguien que ha estado muerto?

—¿«Buen tiempo»?

—¿«Qué tal el vuelo»?

—¿«Disfruta de estar vivo»?

Ella contuvo la risa. Él le apretó la mano.

—¿Qué tal el vuelo? —le preguntó Ruby a Dean, decantándose por la opción dos.

—Largo —Dean rodeó la taza de café con ambas manos, como si fuera a escapársele—. No he vuelto a Connecticut desde 1973.

—Eso es mucho tiempo —dijo Zara.

—Sí.

El silencio se alargó. A alguien le rugió el estómago. Probablemente a Tommy. Tommy parecía querer que se lo tragara la tierra.

—El pavo huele bien —comentó Dean.

—Gracias —dijo Tommy demasiado alto—. Está en salmuera. Cuarenta y ocho horas. Muy científico. Usé un gráfico y todo.

—Un gráfico —repitió Dean.

—Varios gráficos. Temperatura, proporción de salmuera, tiempo de cocción por kilo...

—Tommy —dijo Jake con dulzura.

—Estoy nervioso y hablo del pavo cuando estoy nervioso.

—Lo sabemos.

—Aunque es un buen pavo.

—Es un pavo estupendo —coincidió Sage—. El mejor pavo que he olido en mi vida.

—Aún no lo has olido. Acabas de llegar.

—Me impresiono por anticipado.

La comisura de la boca de Dean se curvó levemente: lo más parecido a relajación que había mostrado en toda la tarde.

—Ven a ver lo que te espera —dijo Tommy, guiándolo hacia la cocina—. Te enseñaré el gráfico.

Y Dean se dejó arrastrar para recibir una lección magistral sobre salmuera, dejando al resto a solas en el salón.

Ruby sirvió más vino.

—¿Alguien más siente que estamos en un episodio de «La dimensión desconocida»? Porque yo siento que estamos en un episodio de «La dimensión desconocida».

—No estamos... —empezó Jake.

—Vamos a cenar en Acción de Gracias con un hombre que murió en 1968. Esto es LITERALMENTE un argumento de «La dimensión desconocida».

—No murió —corrigió Zara—. Estaba desaparecido en combate y luego fue prisionero de guerra y después...

—Detalles.

—Detalles importantes.

Dean volvió de la cocina, visiblemente abrumado por la exhaustiva ciencia del pavo de Tommy, y la conversación se redujo a un murmullo cortés.

Jake miró el reloj. Lo miró de nuevo. Empezó a caminar de un lado a otro.

—Vendrá —dijo Sage en voz baja.

—Lo sé.

—Quería venir.

—Eso también lo sé —las manos de Jake temblaban ligeramente —. Es solo que... ¿y si esto es un error? ¿Y si verlo empeora las cosas en lugar de mejorarlas?

—Pues las empeora —dijo Cole—. Pero al menos lo sabrá.

—Eso no es nada reconfortante.

—No pretende serlo. Pretende ser verdad.

—Odio cuando tienes razón.

—Lo sé.

Dean dejó el café con cuidado.

—Puedo irme. Si esto es demasiado. Si cambia de opinión.

—No lo hará —dijo Jake de inmediato.

—No lo sabes.

—La conozco. No cambia de opinión una vez que la ha tomado —Jake dejó de caminar. Miró a Dean de verdad—. Ha estado esperando cincuenta años para esto. Solo que no lo sabía.

A Dean se le movió la nuez. No dijo nada.

El silencio era insoportable.

El timbre volvió a sonar.

Jake ya estaba en movimiento. Sin vacilar esta vez. Fue hasta la puerta y la abrió antes de que Rose pudiera llamar dos veces.

Rose Sullivan estaba en el porche.

Setenta y ocho años, el cabello gris recogido, con un cárdigan azul y pendientes de perlas. Tenía la mirada penetrante y clara, y cuando entró, caminó erguida como una reina.

Dean dejó la taza de café.

Se miraron.

Sage oía la respiración de Cole a su lado. Oía el tictac del reloj en la cocina. Oía los latidos de su propio corazón, demasiado fuertes en los oídos.

—¿Dean? —la voz de Rose era apenas audible.

—Hola, Rose.

Ella cruzó la habitación. Sin prisa. Con pasos firmes y deliberados hasta quedar frente a él.

Las manos de Rose se alzaron. Se extendieron hacia él. Se detuvieron.

Dean las tomó entre las suyas.

—Eres real —susurró ella.

—Soy real.

—Me dijeron que habías muerto.

—Lo sé.

El rostro de Rose se descompuso. Aún no lloraba. Solo el peso de cincuenta años cayéndole encima de golpe.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Dean con suavidad.

Ella asintió.

Se dirigieron al sofá. Sin soltarse las manos.

Los demás se alejaron hacia el otro extremo de la cocina y los dejaron a solas. Lo que Dean y Rose tuvieran que decirse después de cincuenta años no era asunto de nadie más.

Sage no miró. Sirvió vino que nadie había pedido, ayudó a Tommy con un pavo que no lo necesitaba, y les dio lo único que cincuenta años les habían negado: privacidad.



La cena fue una clase magistral de cómo sortear campos de minas emocionales mientras se pasaba el puré de patatas.

Se sentaron: Rose y Dean a un lado de la mesa, los demás dispuestos a su alrededor como un escudo protector. El relleno era digno de un chef. La salsa de arándanos era de lata porque Tommy tenía sus límites. El pastel mutante de Sage reposaba en la encimera con aire acusador.

Dean intentó cortar el pavo con el tenedor de ensalada.

Tommy se lo cambió en silencio.

—Gracias —dijo Dean.

—De nada.

—No como fuera mucho. Los cubiertos son… —Hizo un gesto vago.

—¿Complicados? —sugirió Rose.

—Innecesarios.

—Siempre decías eso.

—Y sigo pensándolo. —Miró los cubiertos frente a él—. Nadie necesita tres tenedores.

—Es Acción de Gracias —dijo Tommy—. Una ocasión especial.

—Es pavo. No la reina de Inglaterra.

Rose se rio, y el sonido hizo que todos relajaran los hombros.

—Nunca tuvo modales en la mesa —dijo ella.

—Sí tenía modales —protestó Dean—. Solo que no refinados.

—Comiste con las manos en la feria del condado.

—Era MAÍZ. El maíz se come con las manos.

—Era una mazorca con mantequilla chorreándote por los brazos.

—Aun así cuenta.

Sage captó la mirada de Cole al otro lado de la mesa. Sus hombros temblaban con risa contenida.

—¿Qué tal Chicago? —le preguntó Ruby a Dean, decidida a que la conversación siguiera fluyendo.

—Bien.

—¿Solo bien?

Dean dejó el tenedor.

—Ha sido una vida solitaria. No voy a mentir. Pero no podía volver aquí. No en aquel momento.

—¿Y ahora? —preguntó Rose en voz baja.

—Ahora estoy aquí, cenando contigo en Acción de Gracias. —Se le quebró la voz—. Es más de lo que jamás pensé que tendría.

La mano de Rose encontró la de él sobre la mesa.

Esta vez el silencio fue denso. Cargado con el peso de cincuenta años.

Fue Rose quien lo rompió.

—Las cartas —dijo, volviéndose hacia Sage—. Jake me dijo que fuiste tú quien las encontró. ¿Dónde estuvieron todo este tiempo?

—En la pared de Bad Seeds. Detrás de las viejas estanterías del almacén. Las encontré durante la limpieza, después de que reventara una tubería.

—Bad Seeds. —Rose lo dijo despacio, como si el nombre estuviera removiendo algo en su interior—. Esa era la tienda de mi madre. En los sesenta.

La mesa quedó en silencio.

Rose se miró las manos.

—Desaparecieron mientras lo lloraba. Un día, simplemente ya no estaban. Pensé que las había perdido yo misma, en medio de todo aquel dolor. —Su voz no se alteró. Se mantuvo firme, lo cual era

peor—. Pero estaban en su pared. Ella las cogió. Me vio llorar a un hombre durante cincuenta años y se llevó lo único que me quedaba de él.

—Ella pensó que estaba ayudando —dijo Dean en voz baja.

—Sé por qué lo hizo. —La mano de Rose encontró la de él—. Eso no significa que tuviera derecho.

Sage clavó la mirada en su plato. Una madre convencida de que sabía lo que era mejor. Llevándose algo que no le correspondía, porque ver sufrir a su hija era más difícil que dejarla conservar su dolor. El letrero de Bad Seeds le vino a la cabeza: el rostro de Daisy la primera vez que lo vio, el dolor que Sage había estado demasiado ocupada para comprender. Bajo la mesa, la mano de Cole encontró su rodilla.

—Entonces —dijo Zara alegremente—. ¿Quién quiere oír la historia de la clienta que intentó devolver un libro porque la protagonista tomaba malas decisiones?

—Dios, sí —dijo Ruby—. Por favor. Necesito distraerme.

Zara se lanzó a contar la historia. Incluía una novela romántica, una lectora furiosa y una discusión de quince minutos sobre libre albedrío frente a estructura narrativa que, de algún modo, había acabado con la clienta llorando y Zara recomendándole un libro de autoayuda sobre aprender a soltar.

—¿Qué hiciste? —preguntó Tommy.

—Le encontré el libro de autoayuda y le recomendé otro donde la protagonista toma decisiones EXCELENTES y vive feliz para siempre sin el más mínimo conflicto.

—¿Ese libro existe?

—No. Pero se fue contenta.

—Eso es fraude —dijo Jake.

—Eso es atención al cliente.

Cole se inclinó hacia Sage.

—Tu tarta me está mirando.

—Está en la encimera. No puede mirarte.

—Tiene ojos. Siento cómo me juzga.

—Eso es culpa. No es lo mismo.

—Me está MIRANDO.

—Estás paranoico.

—Me está acosando un postre.

Le dio una patadita por debajo de la mesa.

Ella le devolvió la patada.

Rose se dio cuenta. Su expresión se suavizó.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Sage se sonrojó.

—No estamos... solo somos...

—Un mes —dijo Cole con calma—. Oficialmente.

—¿Oficialmente?

—Llevamos peleándonos desde agosto. Pero juntos-juntos, cosa de un mes.

—Él taladró mi tubería del agua —añadió Sage—. Espera. Yo taladré la suya. Nuestra tubería compartida. La de la pared. Había agua por todas partes.

—Romántico —dijo Ruby con sequedad.

—Fue un desastre.

—Sigue siendo romántico.

Dean los observaba con cierta diversión.

—Me recordáis a nosotros —le dijo a Rose—. Nos peleábamos constantemente.

—Una vez me tiraste un batido encima.

—Te lo merecías.

—No me lo merecía en absoluto.

—Dijiste que mi camioneta era fea.

—ERA fea. Era gris imprimación y le faltaba una puerta.

—Tenía CARÁCTER.

Ahora la sonrisa de Rose era genuina. Cálida.

—Era horrible. Pero la quería igual.

—Porque me querías a mí.

—Porque te quería a ti.

La mesa se quedó en silencio.

No incómodo esta vez. Solo... presente.

Dean alargó la mano y le rellenó la copa de vino, y Rose se lo permitió, y ese pequeño gesto cotidiano pareció significar más que cualquier cosa que pudieran haber dicho.



La velada fue apagándose poco a poco.

Dean se levantó para irse sobre las ocho. Rose lo acompañó hasta la puerta. Se quedaron en el porche hablando —visibles a través de la ventana, con las cabezas inclinadas la una hacia la otra — durante un buen rato.

Dentro, la limpieza comenzó con la eficiencia de quienes necesitaban hacer algo con las manos.

—Eso fue intenso —dijo Ruby mientras recogía los platos.

—Te quedas corta —coincidió Zara.

—Estoy emocionalmente agotado —anunció Tommy—. Y ni siquiera HICE nada salvo cocinar el pavo.

—Lo hiciste genial con el pavo —dijo Jake.

—El pavo estaba perfecto.

—YA SÉ que el pavo estaba perfecto. Usé GRÁFICOS.

Sage agarró la tarta desastrosa de la encimera.

—Me llevo esto a casa.

—¿Por qué? —preguntó Ruby—. ¿Para qué?

—Para comérmela.

—Eso es un peligro para la salud.

—Está BIEN.

Cole apareció detrás de ella.

—No, no lo está.

—Sois unos amigos horribles.

—Somos amigos honestos —corrigió Ruby—. Hay una diferencia.

—Amigos brutales.

—Brutalmente honestos. Matiz importante.

Sage agarró la tarta de todos modos, acunándola como a un animal herido. Cole recogió la fuente de los panecillos.

Cuando Rose volvió a entrar, tenía los ojos enrojecidos, pero el rostro sereno.

—Se queda el fin de semana —dijo—. Mañana vamos a tomar un café.

—Eso está bien —dijo Jake con suavidad.

—Sí.

Le tocó la mejilla.

—Gracias por contármelo.

—No sabía si debía.

—Hiciste bien.

Su voz era firme.

—Merecía saberlo. Y él merecía saber que importaba.

Ruby dejó el plato que estaba fregando.

—¿Puedo preguntarte algo?

Rose se volvió.

—¿Te habría gustado saberlo antes? ¿Que estaba vivo?

Cole se quedó inmóvil. Sage captó la expresión de su cara: llevaba haciéndose la misma pregunta desde Chicago, y ambos lo sabían.

Rose guardó silencio un largo momento.

—No lo sé. Quizás. Probablemente.

Miró hacia la puerta por la que Dean acababa de salir.

—Pero agradezco saberlo ahora. Eso es lo que importa.

Los hombros de Cole se relajaron. Alivio, quizás. O simple agotamiento tras cargar con la tensión todo el día.

Ella se marchó poco después.

Ruby y Zara empezaron a recoger con la eficiencia de quienes ya lo habían hecho antes.

Sage y Cole se despidieron y salieron hacia su camioneta, el frío cortante tras el calor de la casa.

—¿Y SI SOY COMO ÉL? —dijo Cole en algún punto del breve trayecto a casa—. ¿Y si me asusto y me convenzo de que te estoy protegiendo?

Sage se rio. Se inclinó sobre el asiento corrido. Lo besó.

—No —dijo simplemente.

—¿No?

—No. No te lo permitiré. Ahora deja de ponerte trascendental, es Acción de Gracias y llevo tres copas de vino.

Su boca se curvó. Aparcó junto al bordillo entre las dos casas y apagó el motor.

—¿Te quedas esta noche?

—En la mía —dijo ella—. Tengo mejor música.

—Tienes una música horrible.

—Tarareaste «Dreams» a través de la pared el martes pasado.

—Calumnias. —Pero ya estaba bajando de la camioneta, ya estaba rodeándola para ir a su lado, ya la seguía por el sendero hasta su puerta como si nunca hubiera planeado estar en otro lugar.

CAPÍTULO
Diecinueve

Sage estaba en su mesa de trabajo en Bad Seeds, reorganizando un arreglo invernal que no necesitaba ser reorganizado, cuando le vibró el teléfono.

COLE

Buenos días.

Dos palabras. De Cole. A las siete y media de un viernes por la mañana.

Sonrió al eucalipto como una idiota.

El teléfono volvió a vibrar.

COLE

Hay café si quieres.

Sí quería café. Quería café y la cocina de Cole y cómo se apoyaba en la encimera viéndola echar demasiado azúcar mientras fingía que no la miraba.

SAGE

Me encantaría pero no puedo. Abro pronto.

Ahora estaba sonriendo. Una sonrisa ridícula de oreja a oreja que le valdría las burlas de Ruby si esta pasara por allí y la pillara de pie en Bad Seeds a las siete y media de la mañana sonriéndole al móvil como si nunca hubiera recibido un mensaje en su vida.

La noche anterior había sido—

Se detuvo antes de que el pensamiento pudiera completarse. Antes de poder revivir cada palabra que él había dicho en casa de Jake después de que todos se fueran. Cómo sus manos habían buscado las suyas en la camioneta. Algo en su pecho se inclinó hacia él antes de que pudiera evitarlo.

La campanilla sobre la puerta sonó.

Ruby entró con dos cafés en la mano y la expresión de alguien que llevaba toda la mañana esperando ese momento exacto.

—Estás radiante.

Sage volvió a su arreglo.

—No estoy radiante.

—Estás LUMINOSA. Como un elemento radiactivo. Podría usarte de lamparilla.

—La radiactividad no funciona así.

—¿Qué pasó después de que os fuerais de casa de Jake?

—No pasó nada.

—Tu cara está haciendo literalmente la cosa.

—¿Qué cosa?

—La de «pasó algo».

Ruby dejó los dos cafés en la encimera.

—¿Qué te dijo?

A Sage se le torció la boca a su pesar.

Ruby la señaló.

—AHÍ. Esa cara. ¿Qué te dijo?

—No te lo voy a contar.

—¿Fue romántico?

—Las dos cosas —admitió Sage—. Fue las dos cosas.

Ruby dejó su café para poder agarrar a Sage por los hombros.

—Estoy tan feliz por ti que podría LLORAR.

—Por favor, no llores.

El teléfono de Ruby vibró. Lo miró y suspiró.

—Tengo que abrir Scattered Beans en diez minutos. Pero vamos a hablar de esto luego.

Ruby la señaló.

—Con DETALLE.

Salió como un torbellino, dejando los dos cafés atrás.

Sage se quedó allí con su eucalipto en la mano, sonriendo como una idiota.



La mañana pasó en un borrón de pedidos navideños y una tranquila satisfacción que no dejaba de sorprenderla.

Alrededor de las once, sonó la campanilla.

Una mujer entró de la mano de un niño pequeño. Tenía una elegancia natural que hizo que Sage reparara de inmediato en la mancha de tierra de su delantal: buen abrigo, joyas sencillas, pelo que parecía haber sido convencido profesionalmente de portarse bien.

Sage se miró. Mancha de tierra. Listo. Pelo recogido en un moño sujeto con un lápiz y esperanza. Listo. Delantal que había conocido tiempos mejores. Listo.

Básicamente era la foto del «antes» en un vídeo de transformación.

Pero la sonrisa de la mujer frenó su espiral en seco. Cálida. Genuina. Una sonrisa que sugería que jamás había conocido a nadie con quien no pudiera hacerse amiga ni a un cachorro que no fuera a adoptar.

—¡Oh, qué espacio tan encantador!

La mujer miró alrededor de Bad Seeds como si acabara de descubrir algo maravilloso.

—Me han dicho que hay una florista nueva en el pueblo.

—Gracias.

Sage se limpió las manos en el delantal: la mancha de tierra ahora era más bien un Jackson Pollock de tierra.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Solo estoy echando un vistazo.

La mujer miró al niño, que ya se había acercado a los sauces gatunos con la cuidadosa reverencia de alguien que entiende que las

cosas bonitas son frágiles.

—Es Luke. Está obsesionado con las plantas.

Luke levantó la vista al oír su nombre. Saludó con un gesto tímido.

El cerebro de Sage se trabó.

—Yo mato todo lo que toco —continuó la mujer, riendo—. Pero Luke se fija en cada flor que pasamos. ¿A que sí, cariño?

Luke asintió con seriedad y volvió a examinar los sauces gatunos.

—Puede explorar tranquilamente —logró decir Sage. Profesional. Podía ser profesional aunque su cerebro estuviera haciendo piruetas —. Solo que... ¿Luke?

Esperó a que él se girara.

—Las rojas son amarilis. Bonitas, pero la savia puede irritar la piel, así que mejor no las toques.

Luke asintió.

—Vale.

—Todo lo demás está permitido.

Le dedicó una sonrisa con los dientes separados.

—Gracias —dijo la mujer—. Ha estado encerrado en casa de mis padres toda la mañana. Hemos venido a pasar el puente.

—Ah, ¿eres de aquí?

—Crecí en Millbrook Falls, la verdad. Me mudé a Boston hace unos años —la mujer se acercó al expositor de arreglos de invierno —. Pero es agradable volver. Hay cosas que nunca cambian.

Lo dijo con calidez. Con cariño. Como quien vuelve a casa.

A Sage se le cortó la respiración por razones que no sabía nombrar.

—Entonces, ¿qué buscas hoy? —preguntó, sacando su cuaderno de consultas.

—Algo especial —la expresión de la mujer se suavizó—. Para alguien que me importa mucho. Alguien que siempre ha estado ahí.

Las palabras le llegaron de forma extraña, demasiado íntimas, demasiado cargadas.

—¿Alguna flor en particular? —preguntó Sage.

—Algo cálido. Cómodo. Clásico.

—Vale. ¿Y cuándo lo necesitas?

—¿Hoy, si es posible? Sé que es con poca antelación...

—Hoy me viene bien. ¿Dame una hora?

—Sería perfecto.

Mientras Sage anotaba el pedido, Luke apareció en el mostrador sosteniendo un solo tallo de sauce gatuno que se había caído del cubo.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó en voz baja.

Sage se quedó en blanco. Esos ojos, ese tono particular de gris que solo había visto en otra familia.

—Es tuyo —dijo.

Su rostro se iluminó. Agarró el tallo con cuidado, como si fuera un tesoro.

La mujer pagó el depósito.

—Has hecho un trabajo precioso con este lugar. De verdad.

—Gracias.

—Soy Tina, por cierto.

—Sage Hartwell.

Se estrecharon las manos. El apretón de Tina era cálido, seguro.

La campanilla sonó. Tina tomó la mano de Luke. Se marcharon.

Sage se quedó allí observándolos a través del escaparate. Luke agitaba su rama de sauce gatuno. Tina se rio de algo que él dijo, con la cabeza inclinada hacia él con cariño espontáneo.

Parecía encantadora.

Luke era adorable.

Y se llamaba Tina. De Boston. La agente literaria que Zara había mencionado en aquella noche de copas, hacía semanas: la ex de Cole.



Sage fue a la mesa de trabajo en piloto automático.

Crisantemos en color herrumbre. Rosas crema. Eucalipto. Cinta burdeos. Recipiente de latón.

Sus manos conocían el trabajo. Cortes precisos en ángulos de cuarenta y cinco grados. Quitar las hojas inferiores. Construir la estructura desde fuera hacia dentro.

Un niño de cinco años. Tina se había mudado hacía seis años. La ex de Cole, de vuelta en el pueblo con un hijo que tenía algo familiar en la cara. Las cuentas cuadraban como un horrible sudoku, y Sage nunca había sido de las que dejan los misterios sin resolver.

Tiró de la cinta con tanta fuerza que rompió un tallo.

Sacó el teléfono.

Le escribió a Cole:

SAGE

Pregunta rara: ¿conoces a alguien que se llame Tina?

Aparecieron los tres puntos. Desaparecieron. Volvieron a aparecer.

Finalmente:

COLE

Sí. ¿Por qué?

SAGE

Acaba de comprar flores en Bad Seeds. Dijo que eran para alguien especial. Solo tenía curiosidad por saber quién es.

Pausa más larga esta vez.

COLE

Vieja amiga. Está de visita por las fiestas.

Sage se quedó mirando ese mensaje.

Vieja amiga.

Dos palabras que no explicaban nada y lo explicaban todo.

Escribió:

SAGE

¡Genial! El arreglo ha quedado muy bonito.

COLE

Seguro que sí.

Eso fue todo. Nada más. Ningún «¿Qué tal tu día?». Ningún «¿Quedamos para comer?».

Solo... nada.

Dejó el teléfono.

Volvió al arreglo.

Se dijo que todo estaba bien.



TINA REGRESÓ EXACTAMENTE UNA HORA DESPUÉS.

—Es perfecto —dijo cuando Sage lo llevó al mostrador—. Absolutamente perfecto.

Pagó el resto. Recogió el arreglo con cuidado.

Luke estaba examinando un expositor de suculentas, con los dedos suspendidos sobre las hojas sin llegar a tocarlas.

—Espero que les encante —dijo Sage.

Tina sonrió.

—Estoy segura de que a él le encantará.

Se marchó con la mano de Luke en la suya y el arreglo apoyado contra la cadera.



SU TELÉFONO VIBRÓ a las 17:47.

COLE

Completamente agotado. ¿Dejamos la cena para otro día?

Sage se quedó mirando el mensaje.

Era la primera vez que cancelaba desde Chicago. Desde antes de Chicago, en realidad. Desde que habían empezado con este lío complicado que se suponía que ahora iba a ser sencillo.

Escribió:

SAGE

¡Por supuesto! Descansa.

Aparecieron tres puntos de inmediato. Luego:

COLE

Estás usando un signo de exclamación. Solo lo haces cuando estás realmente emocionada o cuando finges. ¿Cuál de las dos?

Maldito él por fijarse en todo.

SAGE

De verdad quiero que descanses.

COLE

¿Pero?

SAGE

No hay pero.

COLE

Sage.

SAGE

DESCANSA. Hablamos mañana.

Una pausa larga. Luego:

COLE

Vale. Mañana.

Cerró Bad Seeds. Volvió a casa andando.



Esa noche, Sage hizo pasta.

Había comprado la variedad elegante, la pasta en bolsa de tela que gritaba: «Tengo mi vida bajo control». Albahaca fresca. Parmesano auténtico. Vino con corcho de verdad.

La había preparado pensando en Cole.

Ahora la estaba haciendo para ella sola y para una inquietud creciente que no sabía cómo llamar.

A través de la ventana, la sombra de Cole pasó por su cocina. Luego por el salón. Luego de vuelta.

Comió tres bocados y se rindió.

Su teléfono vibró.

RUBY

¿Qué tal la cena con Cole?

Sage miró su mesa puesta para una sola persona.

SAGE

Genial. Está muy aquí. Lo estamos pasando de maravilla.

RUBY

Estás usando frases completas y puntuación. Solo haces eso cuando te estás rayando.

Maldita sea.

SAGE

Una mujer vino a la tienda hoy. Tina. De Boston. Con un niño de cinco años.

RUBY

Mañana. Café. Me lo cuentas todo.

Sage bloqueó el teléfono.

Esa noche, solo iba a dormir e intentar no soñar con ojos grises y sonrisas melladas y todas las formas en que esto podía salir mal.



Sage entró en Scattered Beans y supo de inmediato que ella era el tema de conversación.

La clientela habitual del sábado por la mañana estaba allí: Frank en su mesa del rincón, Gladys Murphy reinando cerca de la ventana, un puñado de parroquianos dispersos por el local. Pero la energía era diferente. Más tensa. Ese murmullo de conversación que indicaba que alguien era objeto de cotilleo.

Ruby estaba detrás del mostrador, sacando cafés con intensa concentración, fingiendo no percibir el ambiente del local.

Sage se puso a la cola. Sacó el móvil. Comprobó si había mensajes que sabía que no iban a estar.

Nada de Cole desde que canceló la noche anterior.

La fila avanzó.

—La vi ayer en correos —decía alguien. La señora Patterson, quizás—. Con el niño pequeño.

—¿Tina Orwell? —Esa era Gladys, sin duda—. Hacía años que no la veía.

Sage aguzó el oído.

Tina Orwell.

Así que ese era su apellido.

—He oído que está de visita con sus padres por el puente. Trajo a su hijo.

—¿Cuántos años tiene ya?

—¿Cinco? ¿Seis? Un niño adorable. Muy bien educado.

Una pausa. Luego, en voz más baja:

—Es curioso lo mucho que se parece a los West.

La mano de Sage se quedó paralizada sobre el móvil.

—Esos ojos —coincidió la señora Patterson—. Inconfundibles.

Otra pausa. Más larga esta vez.

—Bueno —la voz de Gladys tenía ese tono de quien está sumando dos más dos—. Echa cuentas.

—¿Alguien le ha preguntado a Cole?

—¿TÚ le preguntarías a Cole?

Risas discretas. La conversación pasó a la lista de compras navideñas de alguien.

—¿Sage? —La voz de Ruby la sacó de sus pensamientos—. ¿Qué te pongo?

Levantó la vista. Ruby la observaba con una expresión que dejaba claro que había oído toda la conversación y sabía exactamente lo que Sage estaba pensando.

—Solo café —logró decir Sage—. Para llevar.

—¿Segura? Podría prepararte algo más fuerte. Emocionalmente hablando.

—El café está bien.

Ruby lo sirvió. Lo deslizó por el mostrador. Sus manos se rozaron un instante.

—Aquí no —dijo Ruby en voz baja—. Ahora no.

Sage pagó. Se fue.

Volvió a Bad Seeds aturdida, la mañana de repente demasiado brillante y demasiado fría a la vez.



Intentó trabajar.

Se quedó en su mesa de trabajo con un encargo para la fiesta de aniversario de los Henderson, mirando un montón de rosas blancas sin verlas.

Clavó un tallo de rosa en la base de espuma con tanta fuerza que la agrietó.

—No estoy enfadada —le dijo a las flores.

Las flores, sabiamente, no discutieron.

A las dos, había terminado tres arreglos, mirado el móvil novecientas veces y empezado a imaginarse lo peor en serio.

Necesitaba aire. Movimiento. Cualquier cosa que no fuera quedarse en Bad Seeds esperando un mensaje que no iba a llegar.

Cogió el abrigo. Cerró la tienda temporalmente. Un paseo hasta correos. De verdad necesitaba sellos.

Main Street estaba llena para ser sábado por la tarde. Compradores navideños, familias, gente que parecía tener fines de semana normales.

La camioneta de Cole estaba aparcada frente a Sullivan's Coffee.

Sage se paró en seco y alguien detrás de ella tuvo que esquivarla.

A través del ventanal de Sullivan's, los vio.

Cole estaba de espaldas a ella, los hombros inclinados hacia la mesa de esa manera que tenía cuando escuchaba de verdad. Tina estaba sentada frente a él, con las dos manos rodeando una taza blanca, diciendo algo que le arrugaba los ojos en las comisuras. Entre ellos, la cabeza oscura de Luke se inclinaba sobre un libro para colorear, con la lengua fuera en señal de concentración.

Parecían una familia.

Parecía fácil. Natural. Como si lo hubieran hecho mil veces.

Cole alargó la mano sobre la mesa —esa mano, la que había arreglado su tubería rota, la que había trazado círculos perezosos en su hombro hacía solo unos días— y examinó el dibujo de Luke. Su expresión se suavizó. Dijo algo. La cara de Luke se iluminó.

Entonces Cole le revolvió el pelo al niño.

Un gesto tan pequeño. Casual. Cariñoso.

A Sage se le encogieron las costillas dos tallas.

Siguió caminando. Si se paraba, se rompería. Si se rompía, entraría allí y exigiría respuestas que no estaba preparada para oír.

El sol de la tarde daba en la ventana en un ángulo que la convertía en espejo. Por un momento, Sage vio su propio rostro superpuesto a la escena: pálido, ojeroso, sin invitación.

Parecía un fantasma victoriano acechando una cafetería. Muy dramático. Muy patético.

Solo le faltaba un camisón blanco y unos cuantos traumas sin resolver.

Espera. Los traumas ya los tenía.

Los sellos podían esperar. Ella también.



Aguantó hasta las seis y media antes de que la obsesión con el móvil se volviera insoportable.

Escribió: Hola, ¿estás bien?

Lo borró.

El pulgar le quedó suspendido sobre el teclado. Lo que quería escribir: ¿QUIÉN ES TINA Y LUKE ES HIJO TUYO?

Lo que escribió en realidad: nada.

Tiró el móvil al sofá.

Sonó el timbre.

Abrió y se encontró a Ruby con dos botellas de vino y a Zara cargando una bolsa de la licorería.

—Intervención —anunció Ruby, entrando sin esperar invitación.

—No necesito...

—Llevas una hora con «Zombie» en bucle —dijo Ruby—. Gladys le ha dicho a todo el mundo que no se oía ni pensar. Esa es la señal de socorro internacional de «mis amigas tienen que aparecer con alcohol».

—No he estado... —Sage se detuvo. Miró el altavoz. The Cranberries, efectivamente, preguntaban qué había en la cabeza de alguien—. Vale, quizá un poco.

—Cocina —dijo Zara, que ya iba hacia allí—. Voy a preparar bebidas. Tú te vas a sentar y nos lo vas a contar todo.

—No hay nada que...

Ruby señaló el sofá.

—Siéntate.

Sage se sentó.

Cinco minutos después, Zara apareció con tres cócteles que eran un noventa por ciento vodka y un diez por ciento el concepto de zumo de arándanos.

—Empieza por el principio —dijo Ruby.

Y eso hizo Sage. La visita de Tina a la tienda, el mensaje de Cole de «viejos amigos», los cotilleos del pueblo en Scattered Beans.

Haberlos visto en Sullivan's a través de la ventana.

—¿No entraste? —preguntó Zara.

—No estaba preparada.

—Tienes que preguntarle directamente —dijo Ruby.

—O —replicó Zara— esperas a que él venga a ti. Si tiene algo que decir, lo dirá.

—Eso es pasivo —argumentó Ruby.

—Eso es darle espacio para que sea honesto.

Las dos miraron a Sage.

—Yo elijo la opción tres —dijo Sage—. Beber hasta que deje de importarme.

—Esa no es una opción real —dijo Ruby.

—Ya veréis.

—Mira —dijo Zara—. Los números cuadran. Un niño de cinco años, Tina se fue hace seis. Pero eso no significa que...

—Lo del gris Westgrey es muy concreto —dijo Sage—. Gladys Murphy lo dijo. La señora Patterson le dio la razón.

—Gladys Murphy especula sobre todo —dijo Ruby—. El mes pasado estaba convencida de que el nuevo cartero era un espía porque tenía «mirada huidiza».

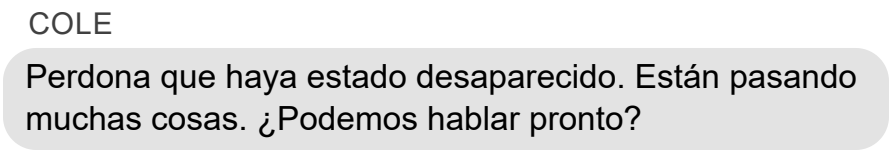
A pesar de todo, Sage casi se echó a reír.

—Lo que tienes que hacer es hablar con Cole —dijo Ruby—. Preguntarle directamente. Es patológicamente honesto.

—O dale espacio para que te lo cuente él mismo —añadió Zara a regañadientes—. Pero una cosa o la otra. Nada de este limbo.

El móvil de Sage vibró en la mesita.

Las tres se quedaron mirándolo.



El pulgar de Sage quedó suspendido sobre el teclado. Ruby y Zara la observaban como si estuviera desactivando una bomba.

Escribió: ¿Qué está pasando?

Se quedó mirándolo. Lo borró.

Escribió: ¿Luke es tuyo?

También lo borró.

Su pulgar quedó en el aire. La voz de Ruby en su cabeza: Pregúntale directamente. La de Zara: Dale espacio.

Pero lo que necesitaba era que él le contara la verdad por iniciativa propia. Que confiara en ella lo suficiente para eso. No porque le exigiera respuestas, sino porque le importara lo bastante como para incluirla.

SAGE

Claro. Cuando quieras.

Porque, por lo visto, prefería la agonía prolongada a las respuestas inmediatas.

—Eso es muy maduro —dijo Ruby con cautela.

—Eso es muy estúpido —corrigió Sage.

La respuesta llegó de inmediato.

COLE

Gracias. Solo necesito resolver algunas cosas primero.

Ahí estaba.

Resolver algunas cosas.

Como si tiene un hijo.

Como si va a volver con su ex.

Como si hay sitio para Sage en lo que sea en que su vida esté a punto de convertirse.

—Vale —dijo Ruby, leyendo por encima de su hombro—. Está siendo honesto. Necesita tiempo. Eso es comunicación sana, en realidad.

—O es una ruptura a cámara lenta.

—Eso no lo sabes.

—No sé nada. Ese es el problema. —Sage dejó el móvil antes de escribir algo de lo que pudiera arrepentirse.

Zara rellenó las copas de todas.

—¿Qué es lo que quieres de verdad?

—Que esto no esté pasando.

—Aparte de eso.

Sage se quedó callada un momento.

—Quiero que me deje entrar —dijo al fin—. Cuando las cosas se complican. Quiero ser la persona con la que habla, no la persona a la que protege de la verdad.

Una pausa.

—Y no voy a suplicarle que lo haga. Ya he suplicado bastante para toda una vida.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Zara con suavidad.

—No.

—Entonces quizá —dijo Ruby—, cuando habléis, por ahí deberías empezar.

Se quedaron hasta casi medianoche. Terminaron las dos botellas de vino y le dieron un buen tajo a las reservas de vodka de Zara.

Para cuando se fueron, Sage seguía sin tener respuestas, pero el silencio en la casa ya no resultaba tan cortante.



El domingo por la mañana, el móvil vibró mientras contemplaba el techo.

RUBY

He pasado por la granja West de camino a unos recados. El coche de Tina estaba allí.

Sage se quedó mirando el mensaje.

Tina en la granja. Sage había estado allí hacía solo unas semanas. Solo que ahora era Tina quien estaba. O además de ella. O presentando al hijo de Cole a su familia mientras Sage seguía aquí, perfeccionando el arte de mirar al techo.

No le respondió a Ruby.

Una hora después, el móvil volvió a vibrar.

COLE

¿Puedo ir a verte?

Sage se quedó mirando esas cuatro palabras.

¿Puedo ir a verte?

Ahora Cole quería hablar.

El pulgar se le quedó suspendido sobre el teclado.

Debería decir que sí. Debería mantener la conversación que Ruby le había dicho que necesitaba.

Pero la idea de sentarse frente a él en ese momento —noventa por ciento resaca de vodka, diez por ciento pensamientos catastróficos, cien por ciento desastre—

No podía.

Que le diera veinticuatro horas. En veinticuatro horas podría fingir que era racional.

Escribió:

SAGE

La verdad es que estoy agotada. ¿Más tarde?

Tres puntos aparecieron. Desaparecieron. Volvieron a aparecer.

COLE

Sí. Más tarde.

Dejó el móvil. Miró por la ventana hacia la casa de Cole.

Cerró las persianas.

CAPÍTULO
Veinte

Sonó la campanilla.

Cole estaba en el umbral.

El estómago le dio un vuelco. No suavemente, sino como si alguien hubiera cortado los cables del ascensor.

Tenía un aspecto destrozado. La camisa de cuadros mal abotonada, un lado más alto que el otro. El pelo revuelto. Los ojos inyectados en sangre.

Bien, pensó. Espero que estés sufriendo.

Y también: ¿Estás bien?

Y también: Tu camisa está torcida y me está volviendo loca.

—Hola —dijo él.

—Estamos cerrados.

—El cartel dice...

—Cierre especial.

Hizo un gesto vago abarcando su vida.

—Circunstancias.

Él entró de todos modos. Cerró la puerta a su espalda.

Ella tenía unas tijeras de podar en la mano. Las soltó antes de hacer algo de lo que arrepentirse.

—Necesito explicarte —dijo él.

—De verdad que no...

Retrocedió. Y chocó de lleno con la escalera que había dejado ahí después de colgar la dichosa bola de muérdago que la señora Patterson había encargado.

La escalera se tambaleó.

Cole reaccionó rápido: cruzó la tienda y la sujetó antes de que la derribara.

Sus manos en el aluminio. Las de ella aferradas a los peldaños. Estaba tan cerca que podía distinguir el tono exacto de gris de sus ojos.

El mismo tono en el que llevaba tres días intentando no pensar.

—Cuidado —dijo él.

—Siempre tengo cuidado.

—Perforaste una tubería de agua.

—Eso fue UNA vez.

—Pintaste mi camioneta de rosa.

—Ya puedes soltarla.

La soltó.

Se quedaron ahí.

Demasiado cerca. Y no lo bastante.

La tienda olía a pino y canela. Como si nada hubiera salido mal. Como si el fin de semana no hubiera pasado y siguieran siendo ellos y ella pudiera simplemente...

No.

—Tu camisa está mal abotonada —dijo ella.

Él bajó la vista.

—Ah.

—El lado izquierdo está más alto.

—Ya lo sé.

No se la arregló.

—Es que...

Se contuvo.

—Da igual.

—Quieres arreglármela.

—No quiero hacer nada.

—Mentirosa.

Algo asomó en su expresión. Casi una sonrisa. Casi.

Y por un segundo, solo un segundo, todo pareció normal. Como antes. Como si él fuera a soltar algún comentario sobre su caos organizativo y ella a defender su sistema, y fueran a quedarse ahí

discutiendo por tonterías mientras estaban demasiado cerca en su floristería.

Le temblaron las manos. Con ganas de alargarlas y arreglarle los botones. De alisarle el cuello, que se le levantaba por un lado. De decirle que tenía agujas de pino en el pelo, vete tú a saber por qué.

—Te está molestando de verdad —dijo él. No era del todo una pregunta.

—Lo de tu camisa es un desastre total.

—Mira quién habla, la mujer que una vez fue a una reunión del pueblo con dos zapatos distintos.

—Eran zapatos PARECIDOS.

—Uno era negro. El otro, azul marino.

—Con poca luz son idénticos.

—Era mediodía, Sage.

—Me daba el sol en los ojos.

—Estabas dentro.

—Había ventanas. Con sol. Que entraba por ellas.

—Cómo te aferras a esto.

—Me aferro a todas mis posturas. Se llama tener principios.

—Se llama ser tozuda.

—Es lo mismo.

Y ahí estaba. Eso que hacían. Ese tira y afloja que fluía como respirar. Como si pudiera quedarse allí todo el día lanzándose pullas que no eran pullas de verdad mientras él casi le sonreía y ella fingía que su camisa torcida no la estaba sacando de quicio.

Casi se rio.

Y entonces recordó.

Tina. Luke. Todo el fin de semana de silencio. Cómo lo había visto a través del escaparate de Sullivan's, con pinta de ser la familia de otra.

La soltura se esfumó también de su rostro. Como si él también acabara de recordar por qué estaba allí. Por qué estaban de pie en su tienda a la hora de cierre en lugar de en casa de ella preparando la cena y discutiendo sobre a quién le tocaba elegir la música.

—¿Por qué estás aquí, Cole?

La ligereza se evaporó. Se le tensaron los hombros.

—El niño —dijo—. Luke. Creí que era mío.



Las palabras le cayeron encima de golpe. Como si le hubieran quitado la silla de debajo.

—¿Qué?

—Tres días —dijo—. Me pasé tres días echando cuentas. Su edad, cuándo se fue Tina, esos ojos...

Se detuvo. Se pasó una mano por el pelo.

—Todos en mi familia tienen esos ojos. No dejaba de mirarlo y pensar...

—Pero él no es...

—No. Su padre es un tipo de Boston. Rompieron el año pasado, pero sigue en su vida; Luke lo ve un fin de semana sí y otro no.

La risa de Cole sonó hueca.

—Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que yo pudiera pensar eso. Me había vuelto loco por una posibilidad que no existía.

—Eso no es poca cosa —las palabras le salieron antes de que pudiera frenarlas—. Pensaste que tenías un hijo del que no sabías nada. Eso es... Dios, Cole, tuvo que ser aterrador.

Su expresión se suavizó. Alivio, quizá, como si se hubiera preparado para la ira y en cambio hubiera encontrado compasión.

—Lo fue —dijo en voz baja—. Seis años desde que rompimos, un niño de cinco años con esos ojos... todos en mi familia los tienen. Las fechas encajaban demasiado bien como para descartarlo. No podía dormir, no podía comer.

Se detuvo. Miró al suelo.

—El viernes fui a la granja y me senté en el granero durante horas, intentando imaginar qué haría si ella decía que sí. Cómo te lo contaría.

Negó con la cabeza.

—El sábado le pregunté si quería tomar un café. Me convencí de que si pasaba tiempo con Luke, vería que no era mío. Pero fue peor.

Cada vez que lo miraba, veía los ojos de mi padre.

—Cole...

—No pude más. Fui a casa de sus padres antes de que se marchara y se lo pregunté directamente: «¿Es mío?»

Se le torció la boca.

—Me miró como si me hubiera vuelto loco. Y luego se rio.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le salió la voz más débil de lo que pretendía.

—No sabía cómo.

—Solo tienes que decirlo —ahora el dolor se coló en su voz, más agudo—. Cuando la viste el viernes. Cuando empezaste a echar cuentas. Dices: «Sage, está pasando algo, tengo miedo y no sé qué hacer».

—¿Y si me equivocaba? ¿Y si me había asustado por nada y te preocupaba sin motivo?

—Pero ERA real para ti. Estabas aterrorizado.

Necesitaba moverse. Hacer algo con la energía que se le acumulaba en el pecho.

—Te alejaste y me pasé tres días viéndolo ocurrir. Viéndote desaparecer. Y no sabía por qué.

—Estaba en la granja...

—YA SÉ que estabas en la granja —se le quebró la voz—. Pero TÚ no me lo dijiste. Simplemente te fuiste.

Se detuvo. Respiró.

Él esperó.

—Pensé que ibas a volver con ella —dijo por fin.

—¿Qué?

—Os vi. En Sullivan's. Por la ventana.

Las palabras le salieron a borbotones.

—Estabais allí sentados, ella y Luke y tú, y simplemente... parecíais una familia. Como si encajarais. Y pensé: *Claro. Claro que la elegiría a ella.* Alguien refinada y sin complicaciones. No el desastre que le pintó la camioneta de rosa.

—Sage...

—Pensé que era demasiado. Demasiado caótica. Demasiado ruidosa. Demasiado de todo lo que siempre he sido en exceso.

Tenía un nudo en la garganta.

—Y tú simplemente... habías pasado página.

Él se acercó. Se detuvo tan cerca que ella tuvo que alzar la vista para verle la cara.

—No eres demasiado —dijo con voz ronca—. Nunca lo has sido.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste? —estaba llorando, no podía evitarlo—. ¿Por qué no confiaste en mí para lo difícil?

—Intentaba protegerte.

—¿De qué? ¿De que tu vida se complicara? ¿De la posibilidad de que tuvieras un hijo?

Se rio, pero le salió una risa rota.

—No necesito que me protejas de la realidad, Cole. Necesitaba que me dejaras entrar. Que confiaras en que podía afrontarlo contigo.

—Lo sé.

Apretó la mandíbula.

—Tienes razón. Debería habértelo dicho.

Se detuvo. La miró.

—Pero tú tampoco preguntaste.

Ella se quedó paralizada.

—¿Qué?

—Me viste con Tina y decidiste que me iba. Te montaste toda una historia en la cabeza. Te convenciste de que la estaba eligiendo a ella en vez de a ti.

No estaba enfadado. Solo cansado.

—Tú también me dejaste fuera, Sage. Solo que de otra manera.

—Eso no es...

—¿No?

La miró.

—Yo no hablé. Tú no preguntaste. Los dos simplemente... dimos cosas por sentado. Nos quedamos callados por miedo en vez de decir nada.

Las palabras quedaron flotando en el aire.

Quería discutir. Quería decirle que no era lo mismo.

No pudo.

Porque tenía razón.

—Tenía miedo —dijo por fin.

—Yo también.

—Pensé que te darías cuenta de que no merecía la pena.

—Pensé que tener un hijo arruinaría todo lo que estábamos construyendo. Pensé que te arrastraría a este lío y me verías con otros ojos.

—Yo no habría—

—No lo sabes. Ninguno de los dos lo sabe —su voz era suave—. Porque no hablamos de ello. Los dos nos... dejamos llevar por el miedo. Nos pusimos a imaginar cosas.

—Pero tú SABÍAS que me estabas dejando fuera —dijo Sage—. Sabías que te estabas hundiendo y elegiste no decírmelo. Yo solo te vi desaparecer.

—Y tú no preguntaste qué pasaba.

—¡Porque te estaba dando espacio!

—No quería distancia contigo —se le quebró la voz—. Quería resolverlo solo. Pensé que te estaba protegiendo.

—No necesitaba que me protegieras. Necesitaba que me dejaras entrar.

Se quedaron allí, en la tienda de ella, rodeados de decoraciones navideñas a medio terminar, agujas de pino y el aroma de las velas de canela que se iban consumiendo.

No podía respirar bien.

—No sé cómo arreglar esto —dijo ella.

—Yo tampoco —la voz de Cole sonaba ronca—. Pero sé que lo siento. Por dejarte fuera. Por no confiar en ti cuando las cosas se ponían difíciles. Por hacerte sentir que no importabas cuando...

Se detuvo.

—Importas. Más de lo que puedo expresar.

—Yo también lo siento. Por no preguntar. Por asumir lo peor. Por estar tan convencida de que era demasiado para ti que no te di la oportunidad de demostrarme lo contrario.

—No lo eres—

—Ya sé que no paras de decirlo —se abrazó el cuerpo—. Pero todavía no sé cómo creérmelo.

Silencio.

Él apretó la mandíbula, como si buscara las palabras adecuadas.

—No puedo con esto —dijo ella.

El rostro de él se volvió inexpresivo.

—Simplemente... desapareciste. Decidiste que no podía manejarlo sin siquiera preguntarme —se le quebró la voz—. ¿Sabes lo que se siente? ¿Verte alejarte sin saber por qué? ¿Inventarme historias porque no querías contármelo?

—Creía que estaba haciendo lo correcto.

—Lo sé —ahora lloraba sin contenerse—. Eso es lo que me asusta. Que la próxima vez que pase algo, y pasará, porque la vida es un lío, lo volverás a hacer. Intentarás protegerme dejándome fuera. Y volveré a estar aquí, sintiéndome como si no importara lo suficiente para formar parte de tu vida de verdad.

—Eso no—

—¿Cómo voy a saberlo? —lo miró—. ¿Cómo puedo confiar en que no lo volverás a hacer?

Silencio.

Cole apretó los dientes.

—No sé cómo demostrártelo.

—Lo sé —le dolía la garganta—. Ese es el problema.

Más silencio.

—¿Entonces eso es todo? —su voz sonaba cautelosa. Demasiado cautelosa—. ¿Se acabó?

—No lo sé —las palabras le salieron más débiles de lo que pretendía—. Solo sé que ahora mismo no puedo... no puedo con esto. No así. No cuando no sé si la próxima vez me dejarás entrar o me cerrarás la puerta.

—Sage...

—Por favor, vete.

Él no se movió.

—Por favor.

Se fue.

La puerta se cerró tras él con un suave tintineo.

Sage se quedó allí, en su tienda vacía, rodeada de cubos de flores, velas de canela y las ruinas de lo que habían estado construyendo desde el desastre de agosto.

Se permitió desmoronarse. Se entregó por completo: los sollozos, los ruidos indignos, el dejarse resbalar sin gracia por el costado de la nevera hasta quedar sentada en el suelo entre los recortes de eucalipto. Fue una actuación tremenda. Las amarilis fueron los únicos testigos, y la estaban juzgando.

Después se levantó, se sonó la nariz con un trozo de papel y decidió que estaba bien.

De hecho, estaba genial.

Era una mujer fuerte e independiente con su propio negocio y un gusto excelente para las cintas, y desde luego no iba a pasarse la noche llorando por un hombre que gestionaba el miedo escondiéndose en un granero. Lo que iba a hacer —y aquí su cerebro le presentó el plan con la confianza brillante y maníaca de quien está tomando una decisión objetivamente excelente— era decorar la tienda para Navidad de una vez por todas.

Ya iba siendo hora. No tenía nada que ver con nada.

Cruzó hasta el altavoz y le dio a los botones hasta que la música llenó la tienda. «Carol of the Bells», pero no la versión suave del coro. La de Liliac. Puras guitarras desgarradoras y tambores atronadores, el viejo villancico convertido en algo con dientes. Retumbó en la tienda con la fuerza suficiente para hacer vibrar la nevera.

Lo bastante fuerte para acallar el muro. Lo bastante fuerte para acallarse a sí misma.

Si iba a desmoronarse, lo haría con banda sonora, y esta vez sonaría como ella se sentía.

—Perfecto —anunció Sage a la tienda vacía—. Esto es lo que significa prosperar.

Arrastró las cajas desde el almacén —luces, guirnaldas, los adornos buenos, la caja de bolas de cristal que había estado guardando— y se puso manos a la obra. Y en algún momento, hacia

la segunda tira de lucecitas, comenzó, con enorme dignidad, a exponer su caso.

—El acusado —informó a la sala— tuvo todas las oportunidades de decir tres palabras. «Tengo miedo». Eso es todo. El hombre tiene una ferretería. Sabe cómo funcionan las cosas.

Clavó un gancho en un adorno.

—Y en cambio eligió el granero.

Las flores de pascua, hay que reconocerlo, parecían horrorizadas en su nombre.

—¿Y quién, exactamente, tiene derecho a juzgar cómo lo manejé yo?

Se volvió hacia su jurado —las amarilis, los helechos, un cactus de Navidad de aspecto escéptico— y levantó un puñado de adornos de cristal; las bolas entrechocaron cuando las agitó para enfatizar.

—¿Quién aquí tiene las pelotas... —las sacudió— ...para decir que lo hice mal? ¿Tú?

A la amarilis.

—No has hecho nada en toda tu vida más que estar ahí plantada y florecer. ¿Tú?

Al cactus.

—Ni siquiera eres festivo.

Sage subió un poco más la música, colgó las bolas una por una a lo largo de la guirnalda con la concentración sombría de quien decora como si fuera una competición, y siguió construyendo su argumento.

Colocó luces en el escaparate. Enrolló guirnalda alrededor del mostrador. Reescribió toda la pelea en su cabeza, solo que esta vez ella era demoledora y serena y devastadoramente correcta, y Cole se quedaba ahí absorbiendo todo el peso de sus errores en lugar de pronunciar su nombre con esa voz grave y marcharse.

—Y otra cosa —le dijo al árbol de Navidad, con gran sentimiento —. Si cree que voy a estar aquí sentada suspirando por él, está muy equivocado. Tengo un negocio. Tengo amigos. Tengo... —gesticuló hacia el caos brillante a su alrededor— ...recursos.

Colgó una corona. Colgó una segunda corona. Se subió al taburete para alcanzar la viga alta y tuvo una discusión breve y

vívida con él sobre la confianza, en la que expuso varios argumentos demoledores y él no tuvo réplica, porque era imaginario. Era una máquina navideña autosuficiente, y lo único que quería para Navidad era que Cole West comprendiera plenamente lo que había tirado por la borda, idealmente desde la distancia, mientras ella permanecía visiblemente radiante y posiblemente más hermosa que nunca.

Para cuando sonó «Have Yourself a Merry Little Christmas» —suave, lenta, devastadora— se había quedado sin pared.

Bajó del taburete y miró a su alrededor.

Bad Seeds parecía que la Navidad hubiera detonado dentro. Cada superficie brillaba. Cada rincón resplandecía. Era, objetivamente, hermoso, y lo había hecho en menos de dos horas, sola, un lunes por la noche, mientras celebraba un juicio contra un hombre que no estaba allí.

—Vale —le dijo a la sala—. Eso es... eso es normal.

La canción siguió sonando, suave en el silencio brillante, y la fachada se resquebrajó de arriba abajo.

Le había dicho a Cole que no podía estar con alguien que la dejaba fuera. Y luego había pasado dos horas decorando una tienda para no darse cuenta de que estaba haciendo exactamente lo mismo.

Método diferente. Mismo desastre.

—Genial —murmuró, a nadie, a los adornos que aún tenía en la mano—. Somos compatibles. Los dos nos autodestruimos.

Apagó la música. La tienda quedó en silencio —resplandeciente y cálida, oliendo a pino— y vacía salvo por ella.

Su reflejo en el escaparate tenía una pinta horrible. El pelo se le escapaba del moño, los ojos rojos, una mancha de purpurina en la mejilla.

—Parece que has perdido una pelea con la Navidad —se dijo a sí misma.

La Navidad, que brillaba con suficiencia a su alrededor, declinó hacer comentarios.

AGARRÓ el abrigo y las llaves, apagó las luces, y toda aquella brillante sala de juicios quedó a oscuras.

—¡Se levanta la sesión! —anunció a la calle vacía, con toda la autoridad de una mujer que había ganado rotundamente su caso contra un oponente que no existía, y cerró la puerta de un tirón.

Main Street estaba vacía; las luces de las farolas se balanceaban como si también se burlaran de ella.

El móvil vibró.

Bajó la mirada.

COLE

Tu camisa estaba del revés en la reunión del ayuntamiento el mes pasado. No te lo dije porque pensé que te avergonzarías. Me equivoqué. Te habrías reído.

Siento seguir intentando protegerte de cosas de las que no necesitas protección.

No te pido que me perdones. Solo quería que supieras que estoy intentando averiguar cómo ser mejor en esto.

Sage se quedó mirando la pantalla.

No respondió.

Pero tampoco borró los mensajes.

CAPÍTULO

veintiuno

Dos semanas después de la pelea, Sage había perfeccionado el arte de evitar a alguien en un pueblo tan pequeño como Millbrook Falls.

Tenía un sistema. Un sistema detallado, con código de colores y ligeramente chiflado que habría enorgullecido a un agente de la CIA.

Bad Seeds abría a las nueve. West's Hardware abría a las ocho y media. Si llegaba a las ocho y cincuenta, aparcaba en la parte de atrás y entraba por la puerta trasera —que se atascaba y había que embestir con el hombro para abrirla—, podía evitar por completo que Cole la viera abrir la puerta de su tienda.

El sistema tenía un índice de éxito del 94%.

El otro 6% consistía en esconderse detrás de su propio contenedor de basura, que fue como descubrió a la familia de mapaches que vivía allí. Esos mapaches tenían opiniones sobre las decisiones que tomaba en su vida. Se notaba.

El problema de la Navidad en una floristería era que todo el mundo quería lo mismo: pino, bayas rojas, rosas blancas, cinta dorada. Eso significaba que podía hacerlo todo en piloto automático mientras su cerebro se iba a otra parte. El miércoles había hecho seis coronas idénticas sin proponérselo. Eran perfectas. Las odiaba todas.

Lo vio una vez, a través de la ventana del taller. Aparcó la camioneta en su sitio de atrás, se bajó y recorrió la mitad del camino hacia su puerta antes de detenerse. Se palpó los bolsillos, se dio la vuelta y volvió a apagar el motor que había dejado encendido. Se

quedó allí un segundo con la mano en la puerta, sin entrar. Luego miró hacia Bad Seeds. Más rato del que se mira un edificio. Lo suficiente para que ella se apartara del cristal antes de que pudiera descubrirla.

Parecía que no había dormido en una semana. «Bien», se dijo, y no se lo creyó ni por un segundo.



Sage decidió, contra toda evidencia y sentido común, comportarse como una adulta.

Pasaría por delante de West's Hardware. Saludaría si veía a Cole. Actuaría como una persona normal que había discutido con otra persona normal, y no como una heroína victoriana consumiéndose de tisis.

Logró dar tres pasos más allá de su puerta antes de pararse. Se dio la vuelta. Volvió sobre sus pasos.

Tenía la mano en el pomo cuando lo vio a través de la ventana: atendiendo a un cliente, riéndose de algo que le habían dicho, con un aspecto tan absolutamente normal que le dolió el pecho.

Soltó el pomo. Dio dos pasos atrás.

Y entonces se tiró detrás de un coche porque, por lo visto, había perdido la cabeza por completo.

Un coche aparcado de la señora Patterson, que en ese momento estaba metiendo en el maletero algo que parecían sospechosamente adornos de Navidad.

—¿Sage? ¿Qué haces ahí abajo?

—Se me ha caído el... pendiente.

—Llevas pendientes de botón.

—El otro pendiente. El de repuesto. Siempre llevo uno de repuesto.

La expresión de la señora Patterson sugería que estaba reconsiderando la cordura de Sage.

—¿Estás bien, cielo?

A través de la ventanilla del coche, Sage vio a Cole saliendo. Acercándose.

—¡Genial! ¡Nunca mejor! ¡Lo encontré!

Levantó un trozo de gravilla en señal de triunfo.

—Eso es una piedra.

—Es una piedra muy especial. Reliquia familiar. ¡Me tengo que ir!

Se arrastró a cuatro patas hasta el siguiente coche antes de que la señora Patterson pudiera responder.

Logró doblar la esquina.

Se levantó.

Se sacudió la gravilla de las rodillas e intentó recordar en qué momento exacto su vida se había convertido en una farsa.



La Nochebuena llegó, estuviera lista o no.

Bad Seeds estaba cerrada por las fiestas, pero le había prometido a la señora Patterson que su centro de mesa estaría listo para recoger a mediodía, lo que significaba que necesitaba cinta de la tienda de manualidades de Main Street. Porque, cómo no, a la señora Patterson se le había antojado una cinta que ella no tenía.

Que estaba justo en la acera de enfrente de West's Hardware.

Fue andando, diciéndose que era para apoyar el comercio local y que no tenía nada que ver con que, quizá, posiblemente, pudiera verlo.

Pasó por delante de West's Hardware sin mirar. Compró la cinta. Se quedó en la tienda de manualidades hasta que vio entrar a un cliente, sabiendo que él probablemente estaría demasiado ocupado para mirar por la ventana.

Luego tuvo que ir al banco, lo que implicaba volver a recorrer Main Street, lo que implicaba aminorar el paso al pasar por el escaparate de la ferretería, donde podía verlo en el mostrador atendiendo a un cliente.

Parecía cansado. Tenía un aspecto horrible.

Sus pies dejaron de moverse. Se quedó allí plantada en la acera como una idiota, mirando a través del cristal al hombre al que le había dicho que se marchara.

Él se giró. Sus miradas se cruzaron.

Durante un segundo, ninguno de los dos se movió.

Entonces el cliente dijo algo y Cole apartó la mirada, volviendo a lo que estuviera cobrando.

Sage siguió caminando. Llegó al banco. Ingresó sus cheques. Volvió por otro camino hacia la tienda.

Iba por la mitad de Maple Street cuando lo vio caminando hacia Bad Seeds.

Se quedó paralizada detrás de una farola.

Lo vio caminar hasta su puerta. Llamar. Esperar. Volver a llamar.

Los hombros se le hundieron. Fue hasta su camioneta. Se sentó allí un minuto, simplemente... sentado.

Luego se marchó.

Sage se quedó detrás de la farola otros cinco minutos, odiándose.



Esa noche, plantada en su jardín a oscuras mientras la casa de Cole resplandecía con perfectas luces blancas al otro lado de la valla, Sage decidió hacer algo estúpido.

A las nueve y media de la Nochebuena, estaba en el jardín delantero sujetando lo que parecía un nido de luces navideñas hecho por pájaros muy enfadados y muy metódicos.

Al otro lado de la valla, la casa de Cole era perfecta como una foto de catálogo. La suya lucía oscura y sentenciosa.

—Esto está bien —le dijo a la maraña de cables. La maraña discrepó.

Veinte minutos después, había conquistado aproximadamente un metro veinte de alero y perdido la sensibilidad en tres dedos. Las luces se combaban como una conga de borrachos.

—¿Me estás TOMANDO EL PELO?

Se abrió una ventana en la casa de al lado.

Se quedó paralizada, con una mano atrapada en un nudo de cable y la otra aferrada a un clip roto, seguramente con pinta de estar siendo atacada por la mismísima Navidad.

—¿Sage? —la voz de Cole atravesó la valla.

—¡Solo estoy decorando! —se liberó la mano de un tirón. Las luces oscilaron como locas—. ¡Actividad navideña totalmente normal!

Apareció en la ventana, a contraluz y con cara de preocupación.

—Son casi las diez.

—El tiempo es un constructo.

—Tus luces están torcidas.

—Tu cara está torcida.

Silencio. Luego:

—¿Necesitas ayuda?

Lo miró allí de pie en la ventana. Miró la distancia entre sus casas. Todo lo que había pasado.

—No —dijo finalmente—. Puedo sola.

Él asintió. Se quedó allí un momento más.

—Quedan bien, Sage. Las luces.

—Parecen colgadas por un crío borracho.

—Sí —dijo él en voz baja—. Pero las colgaste tú sola.

Cerró la ventana.

Se quedó allí, con las luces enredadas en las manos, intentando no llorar.

Terminó el resto en obstinado silencio. Las colgó todas. Las enchufó. La mitad de la tira parpadeaba cuando no debía. El lado izquierdo se descolgaba. El resultado era ridículo.

Pero eran suyas. Y las había colgado ella sola.



La mañana de Navidad, el móvil vibró.

RUBY

Estás siendo ridícula.

Otra vibración.

ZARA

Estamos preocupadas por ti.

Sage apagó el móvil y fue en coche a casa de su madre, donde al menos las críticas vendrían acompañadas de jamón.



La casa olía a jamón, a pino y a galletas de jengibre. El árbol en la esquina era más pequeño este año —reducido desde que Sage se había mudado— pero cubierto con los mismos adornos de siempre. La estrella de arcilla torcida de segundo de primaria. Carámbanos de cristal que atrapaban la luz de la tarde. El cascanueces de madera al que le faltaba un brazo desde los noventa.

Las guirnaldas adornaban la repisa de la chimenea. Las velas parpadeaban. Desde la cocina llegaba música navideña: Bing Crosby dando paso a Nat King Cole.

Llevaban años siendo solo ellas dos: un árbol más pequeño, un jamón más pequeño, dos calcetines navideños en la repisa en lugar de la hilera que Sage recordaba vagamente de antes de que su padre se marchara. Lo habían convertido en algo acogedor a su manera. Sage había dejado de notar lo pequeño que era hacía mucho. La mayoría de los días.

—Llegas tarde —dijo Daisy, atrayéndola hacia un abrazo que olía a canela y a Chanel N.º 5.

—Había tráfico.

—Estamos en Millbrook Falls. Aquí no hay tráfico.

Daisy dio un paso atrás y la estudió con la mirada.

—Siéntate. He preparado ponche.

—¿Del casero o del de brik?

—Del que lleva suficiente ron para que me cuentes qué te pasa de verdad.

Sage se dejó caer en el sofá, la misma monstruosidad floreada que llevaba allí desde que tenía diez años. Cojines hundidos. Una manta de ganchillo doblada sobre el reposabrazos, roja y verde y horrorosamente anticuada.

Daisy le pasó una taza de ponche que era claramente más ron que otra cosa.

—Tienes cara de agotada.

—Estoy bien.

—No paras de decir eso.

Su madre se levantó.

—Termínate ese ponche. Luego pasamos al té y me cuentas qué te pasa.

El ponche era tan fuerte que a Sage se le llenaron los ojos de lágrimas. Se lo bebió de todos modos.

Diez minutos después, sostenía una taza de manzanilla e intentaba explicar algo que ni ella misma entendía, mientras la luz de la tarde convertía los adornos en prismas giratorios de color.

—Tuvimos una pelea.

—Eso deduje.

—Me dejó fuera cuando pasó algo que le asustaba. No me lo contó. Simplemente lo manejó solo.

—Y estás herida.

—Sí.

—Y enfadada.

—Sí.

—Y asustada —añadió Daisy.

Sage alzó la mirada.

—¿Qué?

—Tienes miedo de que vuelva a hacerlo.

—Pues claro que tengo miedo de que vuelva a hacerlo. Ya lo hizo una vez.

Su madre dio un sorbo al té.

—¿Sabes qué hacía tu padre cuando tenía miedo? Reorganizaba el garaje. Por orden alfabético o por peso de las herramientas. Una

vez clasificó los tornillos por nivel de oxidación.

Sage parpadeó. —¿Qué?

—Tú haces coronas idénticas o reorganizas tus cintas. Él probablemente esté ordenando la madera por el patrón de la veta en esa ferretería. Los dos os asustáis y lo afrontáis solos.

A Sage se le cerró la garganta. Hacía años que no pensaba realmente en su padre. No se lo había permitido.

En la cocina, Nat King Cole le deseaba a alguien una feliz Navidad, con voz suave y pausada, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

A pesar de todo, casi se rio. —Eso es diferente.

—¿Lo es? —Daisy dejó la taza.

—¿Lo quieres?

La pregunta quedó suspendida entre ellas como algo vivo.

—No lo sé —dijo al fin.

—Mentirosa.

La palabra quedó suspendida en el aire. Algo cedió en el pecho de Sage: esa caja que había mantenido tan cuidadosamente sellada durante dos semanas.

Las luces del árbol parpadeaban con un ritmo lento e irregular en el rincón. Toda la habitación olía a jamón y canela, y a un par de décadas de Navidades vividas justo aquí, en este mismo sofá hundido.

—Sí. —Le salió la voz más débil de lo que pretendía—. Sí, lo quiero. Y aun así me dejó fuera. Entonces, ¿qué dice eso de nosotros? ¿De mí? ¿Que no soy alguien a quien dejar entrar cuando las cosas se ponen feas?

La expresión de su madre se suavizó. —Oh, cariño.

—No puedo hacer esto otra vez. —Sage dejó la taza antes de que el temblor de sus manos la derramara—. No puedo estar con alguien que desaparece cuando más importa. Ya pasé por esto con alguien que desapareció cuando las cosas se pusieron difíciles.

Ahí estaba. Lo que no había dicho en voz alta.

Su padre. Que había estado ahí cuando era pequeña: le enseñó a montar en bici, reorganizaba el garaje cuando el trabajo lo agobiaba. Y luego un día, sin más... dejó de estar. Cuando las cosas se

pusieron difíciles con mamá, cuando la tienda pasaba apuros, cuando la presión aumentó. Se fue.

—Lo intenté, ¿sabes? —dijo Sage—. Cuando era niña. Después de que se fuera, solía llamarlo. Escribirle. Suplicarle que viniera a mis cumpleaños. Él decía que quizá, y luego no aparecía, y yo volvía a hacerlo de todas formas. —Rodeó la taza que se enfriaba con las manos—. Aprendí con el tiempo. No persigues a alguien que ya ha decidido irse. Solo te quedas ahí, hecha una patética, mientras se va más despacio. —Tragó saliva—. Así que cuando Cole empezó a alejarse, no lo perseguí. No pregunté. Simplemente lo dejé ir en silencio. Porque al menos así no soy yo la que suplica otra vez.

Su madre permanecía muy quieta.

—Oh, Sage —dijo con suavidad—. Eso no es fortaleza. Es solo la misma puerta que yo cerré, pintada de otro color.

Daisy alargó la mano y tomó la de ella. —Tu padre se fue porque estaba roto, no porque tú no fueras suficiente. Cole no es tu padre.

—¿Cómo puedo saberlo?

—No lo sabes —dijo su madre sin más—. En eso consiste la confianza.

—No lo entiendes —dijo Sage, y las palabras le salieron más cortantes de lo que pretendía—. No es tan simple.

—¿No lo es?

—¡No! Él simplemente... me dejó fuera del todo. Decidió por mí que yo no podía con ello. ¿Y ahora se supone que tengo que qué? ¿Perdonarlo sin más? ¿Fingir que no pasó nada?

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo?

Daisy guardó silencio un momento. —Digo que los dos estáis haciendo lo mismo y lo llamáis de forma diferente. Él afrontó algo aterrador solo. Tú estás afrontando esto sola. Y mientras tanto, los dos sois desgraciados.

Al otro lado de la ventana, la oscuridad temprana caía azulada sobre la nieve, y unas casas más allá, alguien había colgado luces de colores en el porche que se difuminaban suaves contra el cristal.

Sage se quedó mirando el té, sin respuesta.

—Ven a ayudarme con la cena —dijo Daisy mientras se levantaba —. Hay jamón, y tú vas a hacer el puré de patatas y a contarme lo de esas luces de Navidad torcidas que mencionó Ruby.

Sage la siguió a la cocina, intentó no pensar en Cole West y fracasó estrepitosamente.



Salió de casa de su madre a las ocho, llena de jamón y puré de patatas y de una sabiduría serena que aún no estaba lista para asimilar, y se quedó sentada en el coche en la entrada con el motor apagado.

Las luces navideñas del árbol brillaban a través de la ventana principal. Nat King Cole aún sonaba tenue desde el interior.

El teléfono descansaba en su regazo, con un mensaje de Cole que la miraba fijamente: «¿Podemos hablar, por favor?».

La voz de su madre resonaba en su cabeza: *Tú también le cierras la puerta a la gente cuando las cosas se ponen difíciles.*

La de Ruby: Los dos estáis eligiendo ser desgraciados.

Podría escribirle. Ahora mismo. Dos palabras: Te echo de menos.

Simple. Cierto. Aterrador.

En lugar de eso —porque aparentemente había perdido la cabeza por completo— abrió Tinder.

Se quedó mirando la pantalla de inicio. Vaciló. Creó un perfil de todas formas porque ¿qué otra cosa iba a hacer? ¿Quedarse ahí sentada siendo madura? ¿Comunicar sus sentimientos como una adulta?

Subió una foto del verano pasado. Escribió una bio: Florista. Pueblo pequeño. No preguntes por las coronas.

Empezó a pasar perfiles.

No. No. ¿Quizá? No. Definitivamente no. Rotundamente no. ¿Eso es un pez? ¿Por qué siempre hay peces?

Entonces —porque el universo tenía un sentido del humor retorcido— hizo match con alguien.

Le saltó una notificación al instante: «¡Hola! Me encanta tu sonrisa :)».

Sage se quedó mirando el móvil horrorizada.

¿Qué había hecho? ¿QUÉ ESTABA HACIENDO? Cole West estaba en su casa, justo al lado de la suya, seguramente hecho polvo, ¿y ella qué? ¿Planeando quedar con desconocidos? ¿Con gente que no era él?

Apagó el móvil muerta de pánico y lo tiró al asiento de atrás como si quemara.

Arrancó el coche y volvió a casa atravesando Millbrook Falls, engalanado con luces navideñas, con el móvil abandonado atrás donde no pudiera hacer daño a nadie, e intentó con todas sus fuerzas no pensar en el desconocido del emoji sonriente que creía que estaba libre.

CAPÍTULO
Veintidós

SAGE ESTABA FRENTE AL ESPEJO DE SU HABITACIÓN, YA CON EL CUARTO conjunto del día, cuestionándose cada decisión que la había llevado hasta ese momento.

El vestido era perfecto. Verde esmeralda vintage con escote corazón, cintura ajustada, falda amplia que caía justo por debajo de la rodilla. Pintalabios rojo que la hacía sentir como una estrella de cine de la época del blanco y negro. El cabello recogido en ondas suaves. Se veía como ella misma —la mejor versión de sí misma—, y ese era exactamente el problema.

Porque verse bien equivalía a esforzarse demasiado, y esforzarse demasiado significaba que le importaba, y eso era precisamente lo que llevaba una semana evitando.

El móvil vibró.

RUBY

Vas a venir, ¿verdad?

Sage miró el mensaje. Escribió: No creo que pueda hacer esto.
Lo borró. Escribió: Estoy enferma.
Lo borró.

SAGE

Sí. Nos vemos allí.

Lo envió antes de poder arrepentirse.

Dejó el móvil. Se miró en el espejo otra vez: el vestido esmeralda, el pintalabios rojo, la mujer que había pasado una semana fingiendo que no le importaba.

Podía quedarse en casa. Preparar té, ponerse algo cómodo, dejar que el año terminara en calma, a salvo y sola. Sería fácil. Se le daba bien lo fácil.

O podía ponerse el abrigo y entrar en esa fiesta sabiendo que Cole estaría allí, sabiendo que apenas habían hablado en días, sabiendo que presentarse significaba admitir lo que se había negado a admitir desde el desastre de la pintura en agosto.

Dean había esperado cincuenta años. Su madre había pasado años aislada tras una puerta cerrada.

Sage cogió el abrigo.



El coche de su madre se detuvo en la puerta justo a tiempo. Sage cogió el abrigo y salió, intentando no tropezarse con unos tacones que no se había puesto desde que dejó Nueva York.

—Estás preciosa —dijo su madre mientras Sage se acomodaba en el asiento del copiloto.

—Gracias. —Sage se abrochó el cinturón—. No tenías que venir a buscarme. No queda lejos.

—En diciembre. Y con tacones. —Daisy arrancó—. No pienso dejar que llegues a lo de Sullivan con los pies helados y de mal humor.

—Mi actitud está perfectamente.

—Tu actitud nunca está bien cuando estás nerviosa.

Sage le lanzó una mirada.

—No estoy nerviosa.

—Ya. —Daisy giró hacia Main Street—. Cole estará allí, ¿lo sabes?

—Lo sé.

—Solo quería mencionarlo.

—Muy útil, gracias.



Sullivan's Coffee estaba mágico.

Sage se detuvo en el umbral, contemplando el espacio transformado. Jake había mantenido su estética —madera cálida, lámparas colgantes, las fotografías vintage de Millbrook Falls de la época de la Ley Seca—, pero había añadido toques festivos. Las guirnaldas adornaban la barra del espresso. Las velas parpadeaban en cada superficie. La multitud llenaba el espacio con ruido y risas y esa calidez particular de quienes se conocen de toda la vida.

Recorrió la sala con la mirada, buscando...

Allí.

Cole estaba cerca de la pared del fondo, hablando con Frank. Vaqueros oscuros, camisa azul claro que se le había salido del pantalón —solo una franja de piel visible en la parte baja de la espalda cuando cambiaba el peso de un pie a otro. Sage siguió esa franja de piel expuesta como un gato sigue un puntero láser: inútil, compulsivo, imposible de ignorar.

Él se giró. A ella se le erizó la nuca.

Por un segundo, ninguno se movió. La fiesta continuaba a su alrededor —ruido, gente, celebración—, pero ella lo había encontrado entre la multitud sin proponérselo.

Entonces Ruby apareció junto a Sage y le cogió del brazo con alegre brusquedad.

—¡Has venido!

—No me dejaste opción.

—Cierto. Además, estás increíble. ¿Es nuevo?

—Vintage.

—Cómo no. —Ruby la guio hacia la mesa de las bebidas—. Vamos. Necesitas champán, y yo necesito contarte la locura que acaba de soltar la señora Patterson sobre los tours de bares clandestinos.

Sage se dejó llevar, agradecida por la distracción, con el pulso aún martilleándole en la garganta.



Sage había logrado pasar cuarenta y cinco minutos sin cruzar la mirada con Cole. Todo un récord personal. Había perfeccionado el arte de la escapada estratégica al baño, la conversación interminable con la señora Patterson sobre hortensias, la contemplación intensa de las fotografías de Jake que sugería que estaba considerando un cambio de carrera hacia la crítica de arte.

El champán en su mano se había quedado tibio. Probablemente debería bebérselo o dejarlo, pero cualquiera de las dos cosas le parecía demasiado decisiva. Demasiado definitiva.

A esas alturas de la noche, la fiesta había encontrado su ritmo. Alguien se había adueñado de la lista de reproducción de Jake: Ella Fitzgerald dio paso a The Lumineers, que dio paso a lo que sonaba como la interpretación etílica de «Auld Lang Syne». La risa de la señora Patterson se elevaba por encima de todo lo demás, un sonido como el de una oca entusiasmada. Cerca de las ventanas, tres miembros del club de lectura de Gladys estaban claramente cotilleando sobre ella, con las cabezas juntas como una conspiración de cuervos elegantes. Toda la sala olía a champán y pan de jengibre y a ese perfume particular de demasiada gente en un espacio demasiado pequeño, que debería haber resultado claustrofóbico pero que, de algún modo, se sentía como volver a casa.

Iba a por su tercera copa de champán cuando otra mano se dirigió hacia la misma.

Sus manos no llegaron a tocarse —les faltó un centímetro— pero ambos se quedaron inmóviles.

Sage alzó la vista. Cole bajó la mirada.

Ella se inclinó hacia delante. Solo un poco. Lo justo para que el centímetro entre sus manos se convirtiera en medio.

Él retrocedió.

—Lo siento —dijo ella.

—Adelante —dijo él.

Su voz era áspera. Papel de lija y noches sin dormir.

Ella cogió otra copa. Él cogió otra copa. Ambos se retiraron a extremos opuestos de la mesa de bebidas como si se hubieran quemado.

—Sage...

—Debería...

Hablaron a la vez. Se callaron a la vez.

Cole carraspeó.

—¿Cómo has...?

—Bien —mintió ella—. ¿Tú?

—Bien.

Los dos mentían y los dos lo sabían.

—Escucha... —empezó él, y se detuvo. Se le tensó la mandíbula. Lo que iba a decir murió antes de salir de su boca.

—Da igual.

—Cole...

—Estás preciosa.

Ya se alejaba, perdiéndose entre la multitud antes de que ella pudiera responder.

Sage se quedó allí, con una copa de champán que no quería, mirando el hueco donde él había estado.

Estaba planteándose dar su tercera vuelta alrededor de la barra de café cuando Rose Sullivan apareció a su lado.

—Son preciosas, ¿verdad?

Sage siguió la mirada de Rose hacia las fotografías antiguas de la pared: una imagen en blanco y negro de Main Street en los años cincuenta, escaparates que casi reconocía, coches que parecían piezas de museo.

—Lo son —coincidió Sage.

Rose guardó silencio un momento y luego habló sin apartar la mirada de la fotografía.

—Dean y yo —dijo Rose en voz baja, todavía mirando la fotografía—, pensamos que habría tiempo.

Su voz era suave. Serena. Sin autocompasión. Solo sincera.

—No lo hubo.

A Sage se le cerró la garganta.

—Rose...

—Cincuenta años —Rose se volvió entonces y buscó los ojos de Sage con una mirada amable pero firme—. Lo recuperé. Estoy agradecida por eso.

Alargó la mano y tocó la de Sage: un contacto breve y cálido, la suavidad apergaminada de la piel envejecida contra la suya.

—Pero no recuperas los años, cariño.

Las palabras se le clavaron en el pecho y allí se quedaron.

Rose le apretó la mano una vez y la soltó. Volvió junto a Dean, al otro lado de la sala, dejando a Sage sola junto a las fotografías de un pasado que no podía cambiarse, con una sabiduría que no estaba segura de ser lo bastante valiente para usar.



Cuando Ruby apareció con Zara a cuestas, Sage seguía en el mismo sitio.

Zara debía de haber llegado mientras Sage hablaba con Rose: llevaba un vestido morado oscuro que hacía que su pelo negro pareciera aún más negro, y tenía la energía algo frenética de alguien que había estado escuchando las maquinaciones de Ruby.

—Vale —anunció Ruby—, tienes que venir a ver algo.

—¿Qué algo?

—Una cosa. Junto a la otra ventana. Una cosa muy importante.

—Ruby...

—Vamos —Ruby le agarró un brazo. Zara le agarró el otro. Juntas arrastraron a Sage a través de la sala hacia el gran ventanal que daba a Main Street.

Sage llegó a la ventana. Se dio la vuelta.

Se encontró cara a cara con Cole.

Ruby y Zara se habían esfumado.

—Oh, por el amor de... —empezó Sage.

—No son nada sutiles —dijo Cole.

—No.

Estaba tan cerca que ella podía ver la barba incipiente en su mandíbula. La pequeña cicatriz por la que nunca había preguntado. Cómo le latía el pulso en el hueco de la garganta: rápido, como si estuviera tan nervioso como ella.

Quería alargar la mano. Tocar ese punto. Presionar el pulgar contra él y sentir la prueba de que aquello le afectaba tanto como a ella.

Cole se metió las manos en los bolsillos.

—Probablemente deberíamos...

—Sí.

Los dos se volvieron para irse. Chocaron. Retrocedieron. Una comedia de errores en toda regla en cuatro segundos que habría sido graciosa si no fuera tan mortificante.

La mano de él le había rozado la cintura. Solo un segundo. Solo para sujetarla. Pero el calor le atravesó la tela del vestido.

—Lo siento...

—Fue culpa mía...

—O se besan o se van —dijo Frank Kowalski justo detrás de ellos, con sequedad—. Están tapando la vista.

A Sage le ardió la cara. A Cole se le tensó la mandíbula.

Al otro lado de la sala, Ruby articuló con los labios: HAZLO.

Se dispersaron en direcciones opuestas como adolescentes pillados besándose en la fiesta del instituto.

Frank retomó su conversación como si no acabara de lanzar una bomba.



La energía en Sullivan's Coffee cambió conforme se acercaba la medianoche. Las conversaciones se apagaron. La gente buscó a sus parejas, a sus amigos, a quienes querían besar con la llegada del año nuevo. Jake y Ruby estaban detrás del mostrador, trabajando codo con codo con el ritmo natural de quienes han encontrado su lugar. Zara y Tommy Sullivan estaban junto a la ventana, sin llegar a

tocarse pero lo bastante cerca. Hasta Gladys Murphy se había colocado cerca de Frank Kowalski, aunque seguramente lo negaría si alguien le preguntara.

Sage estaba sola junto a la barra del café, copa de champán en mano, contemplando Millbrook Falls a través del escaparate. Main Street permanecía a oscuras salvo por las farolas y el resplandor de las luces navideñas. Su tienda —Bad Seeds— quedaba dos puertas más allá, la fachada rosa convertida en gris por la oscuridad, las ventanas brillando tenuemente con las lucecitas decorativas.

Había construido aquello. Su sueño. Su nombre. Su rebelión contra todas las floristerías corporativas que le decían que era demasiado.

Y lo había hecho sola.

El problema era que ya no quería estar sola.

Al otro lado de la sala, Cole estaba con sus padres. Robert y Ellen West, que la habían acogido en su granja, que le habían preparado pollo y la habían hecho sentir que quizá podía encajar en algún sitio. Se reían de algo —probablemente Robert contando alguna historia vergonzosa de la adolescencia de Cole, a juzgar por cómo se le habían puesto las orejas coloradas.

Las palabras de Rose no la dejaban en paz: «Pensamos que habría tiempo. No lo hubo».

Cole se volvió y sus miradas se cruzaron.

La sala estaba llena de gente —Ruby maquinando sin disimulo, Jake coordinando algo detrás del mostrador, Frank con lo que debía de ser su cuarto whisky, Gladys fingiendo no mirar mientras no perdía detalle, la alcaldesa Greene consultando el móvil para ver cuánto faltaba para la cuenta atrás.

Pero Sage solo veía a Cole.

Prueba de que no era demasiado tarde.

Prueba de que la verdad importaba más que el miedo.

Sage dejó la copa de champán.

La sala cambió. La gente se movió, ocupó sus puestos, se preparó para la cuenta atrás.

Y Sage tomó una decisión.

Se alejó de la barra. Empezó a cruzar la sala hacia Cole con la misma determinación aterrada que había sentido el primer día que pintó Bad Seeds de rosa. La misma energía de «al diablo con todo» que la había empujado a dejar Nueva York, cambiar de vida, reclamar su nombre.

Iba a medio camino cuando alguien gritó:

—¡Dos minutos para medianoche!

Siguió caminando.

Cole abrió los ojos un poco más. Le dijo algo a sus padres —no alcanzó a oír qué— y echó a andar hacia ella.

Estaban a tres metros de distancia. Luego a metro y medio.

Entonces, en algún lugar detrás de ella, alguien dejó caer una bandeja entera de vasos.

Ninguno de los dos miró.

El estruendo fue espectacular —oyó el grito ahogado de la señora Patterson, el revuelo de gente acudiendo a ayudar, Jake seguramente ya con una escoba en la mano. Todas las miradas de la fiesta se volvieron hacia el desastre.

Sage siguió caminando. Cole siguió caminando.

Se encontraron en medio de Sullivan's Coffee mientras el cristal crujía bajo los zapatos de alguien y el caos estallaba a su alrededor, y a ninguno de los dos le importaba nada salvo el metro de distancia que por fin se había esfumado.

Cole echó un vistazo al desastre; todo su instinto servicial le gritaba «escoba, fregona, formulario de reclamaciones».

Volvió a mirar a Sage.

—Debería ayudar.

—Probablemente.

Ninguno se movió.

—Estoy siendo un dueño de negocio pésimo.

—Y yo una amiga horrible.

Señaló vagamente hacia el caos de la limpieza, donde Ruby sin duda tendría algo que decir después.

Se le curvó la comisura de los labios.

—¿Quieres que seamos horribles juntos?

Y por primera vez en toda la noche, Sage se rio.

El sonido la sorprendió: genuino, sin defensas.

El amago de sonrisa de Cole se transformó en algo más serio. Más decidido.

Y Sage estaba mirando a Cole West y él la miraba a ella y ninguno de los dos huía esta vez.

No esta noche.

CAPÍTULO

veintitrés

—¡Un minuto para medianoche! —gritó alguien.

Las manos de Sage se quedaron heladas. El vestido le pareció demasiado ajustado. Estaba pasando, y tenía sesenta segundos para huir o quedarse, y sus pies no se movían, así que se quedaba, lo cual significaba…

A su alrededor, Sullivan's Coffee volvía a la normalidad: alguien barría los últimos cristales rotos, la multitud se reagrupaba, las voces se elevaban hacia la cuenta atrás.

Alguien había subido el volumen de la música. El nivel de ruido aumentó: risas, anticipación, copas de champán que chocaban, esa energía especial de un pueblo pequeño a punto de celebrar haber sobrevivido otro año juntos. A través de las ventanas delanteras, Main Street estaba vacía, pero aquí dentro todo era calidez y luz de velas y demasiada gente en un espacio demasiado pequeño.

Sage y Cole permanecían en medio de todo aquello, tan cerca ahora que el caos parecía sucederle a otras personas, en otra habitación.

La carcajada encantada de la señora Patterson se elevó por encima de la música. Alguien cerca de la puerta ya cantaba «Auld Lang Syne» desafinado.

—¡Cincuenta segundos! —anunció la alcaldesa Greene, teléfono en mano.

Tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mantenerle la mirada.

La mano de él se alzó, vaciló, y luego le acunó el rostro.

Oh, no, pensó Sage. *Está siendo tierno. Estoy perdida.*

—¡Cuarenta segundos!

Cole apretó la mandíbula. Su pulgar se detuvo sobre la piel de ella.

—Me fijo en todo lo tuyo —dijo al fin—. Cuándo llegas. Cuándo te vas. Qué música pones. Cómo suena tu voz cuando hablas con los clientes. Cómo tarareas cuando arreglas flores.

Sage notó cómo el calor le subía por el cuello. No se había dado cuenta de que la pared fuera tan fina.

Él se detuvo, como si las palabras le costaran.

—Cómo maldices a tu nevera cuando la temperatura no está bien. Cómo cantas desafinada con Fleetwood Mac. Eso que haces de caminar de un lado a otro cuando piensas en un diseño. El silencio cuando la música paró.

Sage se quedó inmóvil.

Él había estado escuchando. Todas esas noches en que había puesto sus listas de reproducción demasiado alto, cantado desafinada con Stevie Nicks, tarareado mientras trabajaba, dado vueltas por la tienda a medianoche… él había estado al otro lado de esa pared, fijándose. Catalogando. Memorizando.

Y cuando ella paró después de Acción de Gracias, cuando el silencio se extendió entre ellos durante semanas, él lo había notado.

Lo había echado de menos.

La había echado de menos a ella.

—¡Treinta segundos!

—Me decía que era molesto —continuó Cole. Su mano se deslizó hasta la nuca de ella—. Que eras demasiado ruidosa, demasiado luminosa, demasiado.

Se detuvo.

—Me mentía.

—Cole…

—Se acabó fingir que no quiero esto.

—¡Veinte segundos!

El corazón le latía con fuerza a Sage. Vio el momento exacto en que la mirada de él bajó hasta su boca.

—No quiero silencio si el silencio significa que tú no estás en él —dijo.

La música. La pared. El silencio que se había extendido entre ellos durante semanas. Él lo había oído todo.

A Sage se le cortó la respiración. Llevaba meses aferrándose a algo, y por fin lo soltó.

—¡Quince segundos!

La cuenta atrás avanzaba. Todo el pueblo miraba.

A Sage le daba igual.

—¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho!

La mano de Cole se apretó en su cintura. Lo bastante cerca para besarlo. Lo bastante cerca para sentir el calor que emanaba de él, para captar el olor a serrín y cedro bajo el champán. Lo bastante cerca para contarle las pestañas si quisiera, cosa que no quería en absoluto porque sería de locos.

—¡Siete! ¡Seis! ¡Cinco!

La otra mano de él le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí. Ya no vacilante. Seguro.

Ella se puso de puntillas y cerró el último centímetro de espacio entre ellos.

—¡Cuatro! ¡Tres!

Cole empezó a decir algo (ella vio cómo su boca formaba la primera sílaba, la ene en sus labios), pero Sage se quedó completamente inmóvil antes de que llegara la segunda palabra.

Sabía lo que iba a decir.

No te muevas.

Pero esta vez ella se adelantó.

Le salió al encuentro. Se anticipó. Lo conocía.

La sorpresa que cruzó el rostro de él lo fue todo.

Él la agarró con más fuerza de la cintura.

—Tú…

—¡Dos!

—…eres malísima para seguir instrucciones —terminó, aunque casi sonreía.

—¡Uno!

Y entonces la sala entera estalló.

—¡FELIZ AÑO NUEVO!

Cole la besó.

Su boca era suave contra la de ella, con sabor a champán. La mano de él se deslizó entre su pelo, suave al principio, luego más adentro, y las horquillas cayeron al suelo. Las manos de Sage encontraron los hombros de él, se aferraron a su camisa. Sintió el corazón de Cole bajo la palma: latía rápido, al mismo ritmo que el suyo.

La barba incipiente le raspó la mandíbula. Él emitió un sonido grave cuando ella se apretó más contra él. La otra mano de Cole encontró la parte baja de su espalda, la palma cálida a través de la seda vintage, y la atrajo hacia sí hasta que no quedó espacio entre ellos. Ella olvidó a las cincuenta personas que miraban, lo olvidó todo excepto la forma en que él la besaba, como si llevara meses pensando en esto, como si hubiera memorizado exactamente cómo debía ser y por fin, por fin, estuviera poniendo a prueba la teoría.

La habían besado antes. En Nueva York, en la universidad, en aparcamientos de instituto y bares de mala muerte, y una vez en una azotea de Brooklyn que le había parecido romántica hasta este preciso momento.

Esto era diferente.

Este era Cole West, que había pasado cuatro meses fingiendo que no la soportaba mientras aparentemente catalogaba cada canción que ella ponía y cada vez que tarareaba desafinando. Cole, que había notado el silencio cuando la música se detuvo y lo había echado de menos. Cole, que acababa de cruzar toda la cafetería delante de todos sus conocidos para decirle que se había cansado de fingir.

Los dedos de él se enredaron en su pelo...

Y se quedaron atascados.

El reloj se enganchó en horquillas, laca y el milagro arquitectónico que Daisy hubiera construido tres horas antes.

Tommy Sullivan silbó. Alguien más empezó a aplaudir. La carcajada de la señora Patterson alcanzó niveles de decibelios que no deberían ser posibles para una mujer de su edad. La alcaldesa

Greene, sin duda alguna, lo estaba grabando todo con el móvil para el boletín del pueblo. Cerca de la barra de café, alguien gritó:

—¡YA ERA HORA!

El ruido fue en aumento: vítores, risas, aplausos, el alboroto entusiasmado de un pueblo pequeño viendo a dos personas decidirse por fin.

En algún lugar cerca de la barra de café, Ruby chilló «¡POR FIN!», tan alto que probablemente lo oyeron hasta en Main Street.

Cole intentó apartarse. No pudo.

—No te muevas —murmuró contra sus labios, y la ironía no se les escapó a ninguno de los dos.

Sage se echó a reír. No pudo evitarlo. Ahí estaba ella, besando a Cole West a medianoche en Nochevieja delante de todos sus conocidos, y el reloj de él se había quedado atascado en su pelo como el héroe más torpe de una comedia romántica.

—Esto es muy romántico —dijo ella.

—Estoy en ello. —Era evidente que intentaba liberarse sin arrancarle la mitad del pelo ni ninguna de las horquillas que se le clavaban en la palma.

—Tómate tu tiempo. Tenemos público.

—Ya lo sé.

—Ya está —dijo por fin, sacando una horquilla.

—Gracias a Dios.

—Una más...

—¿Cuántas horquillas te pusiste?

—Mamá se emocionó.

La besó de nuevo. Más despacio esta vez. Más profundamente. Con ambas manos por fin libres para enmarcarle el rostro, y Sage se olvidó de las horquillas, del público y de todo lo demás, excepto de que él sabía a champán y a promesas.

Los dedos de ella se aferraron a la camisa de Cole. Ambos respiraban agitados cuando por fin se separaron, ninguno de los dos del todo dispuesto a soltarse.

Él seguía con los ojos cerrados.

—Entonces —dijo Sage, todavía sin aliento—, ¿vamos a hacer esto?

Cole abrió los ojos. La miró como si ella fuera lo único que tenía sentido en el mundo.

—Sí. —Se aclaró la garganta—. Vamos a hacerlo.

—Lo siento, Cole. Lo siento muchísimo. Tenía miedo.

—No pasa nada. Lo único que importa es el ahora y lo que viene. —Le apretó la mano y ella le devolvió el apretón.

A su alrededor, Sullivan's Coffee celebraba. Ruby estaba llorando, sin duda: Sage la oía decirle algo a Jake sobre «por fin» y «te lo dije». Tommy le dio un codazo a Zara y dijo algo que la hizo reír. La señora Patterson se carcajeaba con el pintalabios corrido en los dientes. La alcaldesa Greene probablemente ya estaba planeando cómo meter esto en el boletín del pueblo del mes siguiente.

Al otro lado de la sala, Rose y Dean estaban sentados junto a las fotografías antiguas. Rose cruzó la mirada con Sage y sonrió: serena, cómplice, con esa sabiduría particular de quien entiende exactamente lo que cuesta un momento así y lo que vale.

Dean alzó su copa en un pequeño brindis.

Cerca de la puerta, Daisy cruzó la mirada con Sage. La sonrisa de su madre era radiante y llena de aprobación: una sonrisa que decía «por fin» y «sabía que lo harías» y «estoy orgullosa de ti», todo a la vez. Asintió levemente.

Sage notó que se le humedecían los ojos y parpadeó para contener las lágrimas. El pulgar de Cole le acarició el pómulo, atrapando una que se escapó de todos modos, y ella se inclinó hacia su contacto.

La besó de nuevo. Más suave esta vez. Más dulce. Un beso que sabía a comienzo en lugar de a error.

Cuando se separaron —despeinados, sin aliento, ambos un poco avergonzados por el incidente de la mano atascada en el pelo—, Ruby estaba de pronto justo ahí.

Tenía champán en una mano, el móvil en la otra (grabando, obviamente) y una sonrisa capaz de iluminar toda la costa este.

—¡POR FIN! —anunció Ruby a quien quisiera oírla, blandiendo el móvil como un trofeo—. Llevo esperando esto desde Acción de Gracias.

—Se han besado a medianoche en Nochevieja delante de todo el pueblo —continuó—. Se le ha quedado el reloj atascado en el pelo. Esto es lo más romántico que ha pasado en la historia de Millbrook Falls.

—¿Se le quedó el reloj atascado? —Zara abrió los ojos de par en par—. Dios mío, me he perdido esa parte...

—Desastre de horquillas —dijo Ruby con regocijo—. Romance en estado puro.

—Estoy aquí mismo —dijo Cole.

—Lo sabemos —dijeron Ruby y Zara al unísono.

Sage se echó a reír y no pudo parar.

—Esto va a ser insoportable —murmuró Cole, pero su mano encontró la de Sage y no la soltó.

—Completamente insoportable —coincidió Sage.

—De nada —dijo Ruby—. Jake está preparando chocolate caliente, por si vosotros dos podéis dejar de ser adorables durante cinco segundos.

—Ya hemos terminado de ser adorables —dijo Sage.

—Mentira —dijo Ruby alegremente—. Vais de la mano. Tu pelo es un desastre. Esto es adorable en estado puro y lo sabes.

—Podríamos irnos —dijo él.

—Desde luego que sí.

—¡Cobardes! —les gritó Ruby mientras se dirigían a la puerta, todavía de la mano—. ¡Al menos llevaos el chocolate caliente!

Jake apareció con dos vasos para llevar.

—Antes de que Ruby explote de suficiencia —dijo, y se los entregó sin añadir nada más, pero su sonrisa lo decía todo.

Cole miró a Sage. Ella le devolvió la mirada.



Fuera, Main Street estaba oscura y en silencio. Había empezado a nevar: solo unos copos al principio, luego más, esa nevada lenta de

copos grandes que lo convertía todo en una postal. Las farolas brillaban. El vaho de su aliento flotaba en el aire frío.

Sage apenas había dado diez pasos cuando sus tacones vintage pisaron una placa de hielo.

No llegó a caerse —Cole la sujetó del codo a tiempo—, pero estuvo cerca.

—Estos zapatos fueron una decisión terrible —dijo ella.

—Te quedan bien.

—Son trampas mortales.

—¿Quieres que te lleve en brazos?

Sage lo miró. Vio la sinceridad de su oferta. Calculó las dos manzanas que los separaban de casa.

—Si te quedas clavado, no pienso dar explicaciones a nadie.

—No me voy a quedar clavado.

—Eso dices ahora.

La expresión de Cole se suavizó. Le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Sage se pegó a él, y caminaron despacio por Main Street.

La nieve caía a su alrededor. Sus huellas eran las únicas marcas en el manto blanco que cubría la acera. Todo estaba en silencio: ese silencio profundo de las noches de invierno cuando todo el mundo está en casa, al calor, y el mundo parece pertenecer solo a dos personas.

—Entonces —dijo Sage después de media manzana—. ¿Tu casa o la mía?

—La mía, mejor café.

—La mía tiene mejor música.

Cole esbozó una media sonrisa.

—La tuya tiene un aislamiento horrible y pones Fleetwood Mac a horas intempestivas.

—Te encanta Fleetwood Mac.

—Tolero Fleetwood Mac.

—Estabas tarareando «Dreams» el martes pasado. Te oí a través de la pared.

—Eso es mentira y no puedes demostrarlo.

Sage se rio. Se detuvo. Se puso de puntillas —con cuidado, por el hielo— y lo besó allí mismo, en Main Street, con la nieve cayendo a su alrededor y todo el pueblo probablemente espiando desde detrás de las cortinas.

Cuando se apartó, Cole sonreía: una sonrisa amplia, sin reservas, sin guardarse nada.

—La tuya —dijo él—. Iremos a la tuya.

—¿Por la música?

—Porque tú ya estás ahí.

El corazón de Sage dio un vuelco que no sabía cómo describir. No hacía falta.

Caminaron el resto del trayecto de la mano, en silencio, simplemente juntos. Pasaron los escaparates a oscuras. Pasaron Bad Seeds con su fachada rosa apenas visible bajo la nieve, y West's Hardware a oscuras junto a ella. Bajaron por la calle lateral donde las casas dormían en silencio.

Primero la de ella: la casita de dos plantas con el porche techado, el jardín sepultado bajo la nieve. La de él justo al lado, separadas solo por la valla que compartían desde agosto.

Sage rebuscó las llaves con dedos torpes. Cole se las quitó, abrió la puerta y se la sostuvo.

La siguió adentro.

La casa estaba en silencio. Oscura. Solo ellos dos y la nieve cayendo fuera.

—¿Te quedas? —preguntó ella.

Cole dejó su chocolate caliente. La atrajo hacia él. La besó como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Sí —dijo contra su boca—. Me quedo.

El silencio entre ellos ya no estaba vacío.

Estaba lleno.

CAPÍTULO
Veinticuatro

SAGE LLEVABA TRES MINUTOS CON LA MIRADA CLAVADA EN LA CAFETERA, deseando que el café estuviera listo de una vez, cuando oyó la voz de Cole a su espalda.

—Sabes que mirarla no ayuda.

No se dio la vuelta. —Sabes que dar la lata tan temprano debería ser ilegal.

—Y sin embargo. —Podía oír la sonrisa en su voz—. Aquí estoy. En tu cocina. La mañana de Año Nuevo. Con la misma ropa de ayer.

—No suenes tan orgulloso de ti mismo.

—No puedo evitarlo. —Se acercó más; lo sintió antes de verlo—. Estoy muy orgulloso.

Sage se dio la vuelta. Estaba apoyado en el marco de la puerta, en vaqueros y camiseta, con el pelo todavía revuelto del sueño, mirándola con la concentración que la mayoría de la gente reserva para desactivar bombas.

—Me estás mirando fijamente —dijo.

—Así es.

—Es inquietante.

—Anotado. —Pero no dejó de hacerlo.

Sirvió dos tazas de café y le pasó una. Sus dedos se rozaron. Ninguno se apartó.

Cole dio un sorbo e hizo una mueca.

—¿Qué le pasa? —exigió Sage.

—Nada. Es solo que... —hizo una pausa—... es exactamente como siempre lo haces. Tan fuerte que podría quitar pintura.

—De nada.

—No he dicho gracias.

—Lo has insinuado.

Su boca se curvó. Esa casi-sonrisa que llevaba estudiando desde agosto y que todavía no conseguía predecir.

Fuera, la nieve caía tras la ventana de la cocina. Fleetwood Mac sonaba bajito en su móvil, sobre la encimera. La misma cocina. Solo que ya no estaba vacía.

—Bueno —dijo Sage—, esto es raro, ¿no?

—Rarísimo.

—Vale. Solo quería asegurarme.

Cole dejó la taza. Cruzó la pequeña cocina en dos zancadas. La atrajo hacia él lo suficiente como para que tuviera que echar la cabeza hacia atrás para mantenerle la mirada.

—Que conste —dijo— que voy a seguir mirándote así. Ve acostumbrándote.

—Eso sí que es inquietante.

—Mala suerte.

La besó. Suave y lento, con sabor a café horrible. Cuando se separaron, ella sonreía de oreja a oreja.

—Vamos a ser insoportables —dijo.

—Seguramente.

—Ruby va a ser insufrible con esto.

—Fijo.

—Todo el pueblo va a opinar.

—Ya lo hacen. —Le acarició la mandíbula con el pulgar—. Me da igual.

—A mí tampoco.

Tres semanas después, y Sage todavía no había descubierto cómo actuar con normalidad cuando estaba con Cole.

Una mañana, se plantó en el taller de Bad Seeds contemplando los ranúnculos que llevaba una hora acondicionando. Pétalos burdeos oscuros, casi negros en los bordes. Melancólicos. Inesperados. Cogió seis tallos antes de darle más vueltas.

Diez minutos después, estaba en el aparcamiento de atrás, dejando el ramo en el asiento del copiloto del Chevy. Sin nota. Sin explicación. Solo flores que le iban a él.

Iba a mitad de camino de vuelta a su tienda cuando oyó abrirse la puerta de la camioneta.

—Hartwell.

No se dio la vuelta. —¿Qué?

—¿Ahora te metes en mi camioneta?

—Estaba abierta. Eso no es meterse, es aceptar una invitación.

—¿Una invitación a dejar flores?

—Una invitación a lo que me dé la gana. —Miró hacia atrás. Sostenía el ramo y lo miraba como si fuera a morderle—. De nada, por cierto.

—No he dicho gracias.

—Lo has insinuado.

—Son deprimentes.

—Son sofisticadas.

—Parecen de funeral.

—Tu cara parece de funeral.

Cole se rio. A ella el pulso se le aceleró antes de poder evitarlo.

—Largo, West. Algunos tenemos trabajo de verdad.

Volvió a Bad Seeds sin mirar atrás. Pero sonreía.

Algunos días había café esperándola en el mostrador cuando abría, preparado justo como a ella le gustaba, con una nota en su letra de imprenta: «Vi tus luces encendidas». Otros días ella le dejaba flores en la camioneta: dalias, anémonas, lo que le recordara a él esa mañana. Él empezó a presentarse en su puerta con el desayuno y no se marchaba hasta la tarde siguiente.

Ninguno de los dos lo mencionaba. Ninguno de los dos paraba.



Ruby apareció en Bad Seeds una mañana con dos cafés con leche y una sonrisa capaz de iluminar toda la costa este.

—Ni se te ocurra —dijo Sage sin levantar la vista de las orquídeas que estaba trasplantando.

—No he dicho nada.

—Lo estás pensando en voz muy alta.

—Solo vengo a traerte café —Ruby dejó las tazas sobre el mostrador—. Como amiga. Una amiga que te apoya, que no juzga y que jamás presumiría de tener razón.

—Estás presumiendo ahora mismo.

—Me estoy recreando. Hay una diferencia —Ruby se apoyó en el mostrador—. Bueno. Tú y Cole.

—No empieces.

—No estoy empezando. Estoy terminando. Porque lo vi venir hace meses y tú dijiste... ¿cómo era? «Es un pesado y preferiría salir con un cactus».

—Yo nunca dije eso.

—Claro que lo dijiste.

Sage levantó la vista.

—El cactus habría sido menos espinoso.

—Y sin embargo —la sonrisa de Ruby se ensanchó—. Aquí estamos. Y tú dejándole flores en la camioneta como una adolescente enamorada.

—No estoy enamorada.

—Le hiciste un ramo.

—Le hago ramos a todo el mundo. Es mi trabajo, literalmente. Y que lo sepas, le hice varios.

—Le hiciste ranúnculos. Los elegantes y melancólicos. Eso en el lenguaje de las flores significa «Estoy enamorada de ti pero finjo que no».

—Eso no es lo que significan los ranúnculos.

—Ahora sí —Ruby cogió su café con leche. Se detuvo en la puerta—. Para que lo sepas, me alegro por ti. Te mereces a alguien que te mire como si fueras todo su mundo.

—Él no...

—Sí lo hace. Todo el mundo lo ve menos tú —la expresión de Ruby se suavizó—. Déjate querer, ¿vale?

Se fue antes de que Sage pudiera responder.

Sage se quedó allí, de pie en su tienda, rodeada de flores, pensando en que Ruby tenía razón, era insoportable y, a la vez, la mejor amiga que había tenido en su vida.



Sage estaba hasta los codos de tulipanes, intentando recordar si para la recaudación de fondos de la biblioteca querían «elegancia primaveral» o «primavera elegante» —porque al parecer eran cosas distintas— cuando su madre entró cargando lo que parecían siete mil peonías.

—Hay que arreglar estas —anunció Daisy.

—Y mi vida entera también, pero aquí estamos.

—No seas dramática —su madre dejó las flores con el cuidado que la mayoría reserva para la nitroglicerina—. Te he criado mejor que eso.

—Me pusiste nombre de hierba, literalmente.

—Una hierba útil.

—Que crece como mala hierba.

Daisy sonrió.

—Exactamente.

Acercó un taburete al mostrador de trabajo.

—Ahora limpia tallos y cuéntame si te está tratando bien.

—¿Quién?

—El hombre que sigue aparcando la camioneta en tu entrada todas las noches, aunque vive justo al lado. El del que te sabes el pedido de café de memoria. El que...

—Vale, vale —a Sage le ardió la cara—. Está bien. Estamos bien. Todo está bien.

—Tres «bien» en una sola frase. Muy convincente.

Trabajaron a un ritmo cómodo. Daisy clasificaba las flores por tamaño. Sage limpiaba tallos, componía, daba un paso atrás.

—Coral Charms —dijo Sage—. ¿De tu jardín?

—Tres años propagándolas. Ya era hora de que se ganaran el sustento.

Por la ventana, un movimiento en Main Street captó la atención de Sage. Rose y Dean, caminando de la mano frente a Sullivan's Coffee. Despacio, sin prisa. Rose dijo algo que hizo reír a Dean.

Sage le dio un codazo a su madre. Señaló hacia la ventana con la cabeza.

Las dos dejaron de trabajar. Observaron a la pareja mayor detenerse en la esquina, la mano de Dean en el codo de Rose mientras cruzaban la calle. Cincuenta años perdidos y reencontrados. Aún de la mano.

Daisy cruzó la mirada con Sage. Sonrió.

Volvieron a las peonías sin decir palabra.

—Ya está —Daisy ajustó un tallo—. Perfecto.

Cole tenía llave. Se la había dado la semana anterior, dejándola caer en su palma como si nada. Como si dejar entrar a alguien fuera así de sencillo.

Quizás lo era.



El atardecer se posó sobre Main Street.

Sage cerró Bad Seeds, apagó las luces del taller y cogió el abrigo. Fuera, Cole estaba apoyado en su camioneta, mirando el móvil.

Levantó la vista cuando ella salió. Se guardó el móvil.

—Estás aquí —dijo ella.

—Estoy aquí.

—No te pedí que esperaras.

—Lo sé.

Caminó hacia él. Se detuvo tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo en el aire fresco del anochecer.

—¿Y si hubiera tenido planes?

—¿Los tienes?

—No, pero ¿y si los tuviera?

—Habría esperado de todos modos. Y probablemente te lo habría echado en cara después.

—Típico de ti.

Esbozó una sonrisa. La atrajo hacia él tirando de las solapas de su abrigo.

—¿Lista?

—Tengo que comprobar si dejé el...

—No lo dejaste.

Cerró la puerta de la tienda tras ella con un chasquido rotundo.

—Te vi apagarlo todo.

—Eso es inquietante.

—No paras de decirlo.

—Y tú no paras de ser inquietante.

—Y aun así.

Abrió la puerta del pasajero de la Chevy.

—Sigues subiéndote a mi camioneta.

Sage miró la camioneta. Las flores que había dejado en el asiento del pasajero esa mañana: él las había movido con cuidado al salpicadero, con los tallos aún en agua. Miró a Cole, que la observaba.

Se subió.

Él cerró la puerta, rodeó la camioneta hasta el lado del conductor y arrancó el motor. La Chevy cobró vida con su sonido familiar: el que había oído cada mañana durante meses, el que antes significaba que él se marchaba, el que ahora significaba que iban juntos a algún lugar.

Recorrieron Main Street. Pasaron Bad Seeds con su fachada rosa y West's Hardware justo al lado, ambos a oscuras. Pasaron Sullivan's Coffee, donde se habían besado a medianoche mientras todo el

pueblo los miraba. Salieron hacia las colinas, donde el invierno por fin estaba perdiendo terreno.

La radio siguió apagada. Solo el motor, la carretera y sus respiraciones en la oscuridad.

La mano de Cole buscó la de ella en el asiento corrido.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sage.

—¿Importa?

Lo pensó. En agosto y el desastre de la pintura rosa. En las paredes compartidas y la música alta y los meses de peleas y deseo. En el primer beso en un suelo mojado y la noche en Chicago y el beso a medianoche.

—No —dijo—. No importa.

Empezó a deslizarse por el asiento corrido; camioneta vieja, sin consola, espacio de sobra para acercarse.

La mano de Cole apretó la suya.

—Quédate ahí.

—¿Por qué?

—Porque si te acercas...

La miró, esbozando una sonrisa.

—...voy a parar el coche. Y la verdad es que quiero llegar a donde vamos.

—¿Y dónde es eso?

—Mi casa. Tu casa. Cualquier lugar con una superficie horizontal.

—Romántico.

—¿Quieres romanticismo?

Le apretó la mano.

—Estuve atando lazos tres horas la semana pasada.

—Te ofreciste voluntario.

—Me coaccionaron.

—¿Con qué?

—Con tu existencia.

Se le cortó la respiración.

—Eso no es coacción.

—Claro que lo es.

El pulgar de él trazaba círculos en la muñeca de ella.

—Eres un peligro, Hartwell.

—Y tú un gruñón, West.

—Sí.

Le apretó la mano.

—Lo soy.

La camioneta los llevaba hacia delante. Dejaban atrás el pueblo donde Sage había crecido, del que se había marchado y al que había vuelto, donde Cole se había quedado y había construido su vida. Dejaban atrás todas las formas en que habían intentado evitar aquello.

—Conduce más rápido, West —dijo Sage, apretándole la mano.

—No puedo.

Le llevó los nudillos a los labios.

—Una multa por exceso de velocidad retrasaría el llevarte a casa.

—Qué responsable.

—Uno de los dos tiene que serlo.

Su sonrisa relampagueó en la oscuridad.

—Eres una mala influencia, Hartwell.

—La peor —coincidió ella.

Pensó en cómo había pasado veintisiete años evitando exactamente eso: alguien que la esperara en casa, alguien que supiera cómo le gustaba el café, alguien que se quedara.

—Eh —dijo Cole en voz baja—. ¿Dónde te has ido?

Lo miró. El hombre que la había desafiado el verano pasado, la persona que de algún modo se había convertido en su parte favorita de cada día.

—A ningún sitio —dijo—. Estoy aquí.

Cole guardó silencio un momento. Luego, con los ojos aún en la carretera:

—Te quiero, Sage. Que quede claro.

A ella se le cortó la respiración. Las palabras que casi había pronunciado en su porche en noviembre, las que había estado guardando para cuando fuera lo bastante valiente como para merecerlas, y él acababa de soltarlas entre los dos como si nada. Como si siempre hubiera sido así de fácil.

—¿Ni siquiera vas a mirarme cuando dices eso? —logró decir.

—La carretera.

Esbozó una media sonrisa.

—Y llevo tiempo queriendo decirlo. Decidí dejar de esperar.

—Yo también te quiero —le dijo, con la voz más firme de lo que esperaba—. Que quede claro.

—Bien. Porque no pienso dejarte ir otra vez.

—¿Promesa?

—Amenaza.

Ella se rio, y fue como volver a casa.

—No te muevas —dijo Cole en voz baja.

Se quedó quieta. Lo miró.

Él mantuvo la mirada en la carretera, pero esbozó una sonrisa.

Sage se recostó en el asiento corrido. Entrelazó los dedos con más fuerza con los de él.

No se movió.

No necesitaba hacerlo.

Ya estaba exactamente donde quería estar.

Gracias

¡Gracias por leer! Si has disfrutado de esta historia, te agradecería que dejaras una reseña sincera en tu tienda habitual. Tu opinión ayuda a otros lectores a descubrir nuevos libros y apoya a autores independientes como yo.

Visita a Clara en su página web: www.claraashby.com

También de Clara Ashby

Cómo perder a un tipo en diez acres

Serie Millbrook Falls

Libro 1: Café para llevar

Libro 3: Por determinar. Lanzamiento: 31 de octubre de 2026